Siempre nos quedará un libro



SILVIA CARRASCO

Copyright
Nota del Editor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
7 años después
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77

Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Tercera Parte
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103

Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Capítulo 116
Capítulo 117
Agradecimientos

Copyright

EDICIONES KIWI, 2026

Primera edición, mayo 2026

Silvia Carrasco
© de la cubierta, Borja Puig
Corrección, María Coma

Publicado por Grupo Ediciones Kiwi

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para todas aquellas personas que conviven con las nubes grises de sus allegados e intentan ser el arcoíris que podría iluminarlos.

«Parece que cuando algo pasa, primero lo entiende la mente, dicen que el corazón se tarda, pero que, al final, lo entiende».

De Adentro Pa Afuera,
Camilo Echeverry

«La salud mental no es algo que uno busca cuando está mal, es algo que hay que trabajar constantemente. Así cuando uno se siente *maluquito*, es mucho más fácil acudir a las cosas que te han ayudado en el camino».

Evaluna Montaner

Prólogo

Bajé la ventanilla para sentir la brisa fresca proveniente del Atlántico. Subí el volumen de la lista de Spotify de Jack Johnson y me pasé una mano por el pelo intentando que mis caracoles rebeldes no me irrumpieran la vista.

Necesitaba comprarme una gorra. Había perdido mi maleta en uno de los cuatro vuelos que tenía que coger para venir desde Neuquén, mi ciudad natal, hasta Fuerteventura, y estar en mitad de una isla sin crema de sol ni gorra era una pésima idea.

Fui frenando a medida que empezaba el camino sin asfaltar que me llevaría a mi primera clase de *kitesurf* y, paradójicamente, el corazón empezó a acelerárseme.

Nueve años era mucho tiempo. Quizás demasiado, pero ahora que estaba ahí tenía que intentar volver a verla; si no, solo añadiría otro punto más a la lista de cosas que jamás me perdonaría.

Capítulo 1

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 5 años

—¿Las ballenas son tus animales favoritos? —le pregunté a Nahuel. Nos estábamos terminando de comer los cereales mientras salía en la televisión un documental de esas hermosas criaturas.

—No lo sé. Creo que me gustan más los tiburones —me comentó, tan tranquilo.

—¿Los tiburones?

Puse cara de asombro mientras observaba los calcetines blancos que sobresalían por encima del pijama rojo que le había regalado Santa Claus la noche anterior y me acomodaba junto a él en el sofá.

—Sí —dijo, como si nada.

Continuamos viendo un rato más el documental y, en cierto punto, cuando aparecieron las orcas y el ojo de una de ellas ocupó la gran pantalla, me quedé absorta y pensé «ojalá el año que viene nos regalen una orca».

Capítulo 2

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 6 años

Estábamos todos juntos, tras un año sin vernos, en la casa de los abuelos de Itahisa. Nuestros padres andaban por la cocina, preparando algún guiso y compartiendo una botella de vino, mientras hablaban de todo lo ocurrido en el año que acababa de irse.

Mis abuelos habían salido con mi hermano a la verja a saludar a otros vecinos, y Fayna, la abuela de Itahisa, sostenía en brazos a Paola, su hermana menor. Yo trataba de robarle a Itahisa el peluche de ballena que le habían regalado los Reyes Magos. Me parecía un rollazo que no llegasen hasta Argentina.

—Déjame, Nahuel, es mío —gritaba. Huía y se escondía tras la mecedora de su abuela.

—Soy yo el que adora a las ballenas.

—El año pasado me dijiste que preferías los tiburones —me gritó, frunciendo el ceño, y cubrió el peluche con su menudo cuerpo.

—Eso fue el año pasado.

En ese momento, Abhau, el abuelo de Itahisa, entró en el salón con un regalo envuelto y se acercó a mí.

—¿Qué es? —pregunté, dubitativo.

—Un regalo de los Reyes Magos —me contestó con una sonrisa, acariciándose su frondosa barba blanca.

—¿Los Reyes Magos? —tartamudeé—. Pero si estos no llegan a Argentina.

—Tampoco a Brujas, pero Itahisa hizo su carta en España. Los reyes saben que una familia española pasa todas las Navidades aquí.

Itahisa se aproximó con lentitud a su abuelo y le rodeó una de las piernas, pues todavía no le llegaba a la cintura.

Abrí el regalo ante la atenta mirada de los cuatro y, cuando vi una ballena igualita a la de Itahisa, me quedé sin habla.

—Eres tonto. ¿Creías que no pediría una igual para ti? Eres mi amigo favorito, quería que los reyes supieran que existes, al menos una vez.

En ese momento, se escuchó un clic. Me giré y vi a Fayna haciendo una foto con una mano mientras mecía a Paola y la agarraba con el otro brazo.

Esa fotografía sería uno de mis recuerdos más preciados.

Itahisa frente a mí, con su melena castaña y lisa, su chándal celeste de franela y una sonrisa preciosa, mirándome mientras me cogía de la mano y chocaba nuestros peluches.

Capítulo 3

Diario de Itahisa

Navidad en Brujas - 7 años

Este año he empezado a escribir un diario. Me lo regalaron mis padres por mi cumpleaños en septiembre y me gusta. Tengo muchas ganas de aterrizar. Llevo esperando volver a ver a la familia de Nahuel once meses. En Fuerteventura no hay muñecos de nieve y los árboles de Navidad no son tan grandes como el de la casa de los abuelos de Nahuel. Quiero que Samuel, el hermano mayor de Nahuel, me coja en brazos y me ayude a poner la decoración en la parte más alta del árbol, y también quiero que Nahuel nos saque la lengua cuando nos vea juntos.

Los echo mucho de menos durante todo el año. Tener un amigo favorito tan lejos es un rollo. Espero que él también me eche de menos.

Capítulo 4

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 7 años

«Itahisa sigue siendo del tamaño de su maleta», pensé tras abrir la puerta de la casa de mis abuelos y cruzar la acera para saludarlos.

Iba dando las zancadas más grandes que podía y arrastraba el maletón con ambas manos mientras se inclinaba y miraba al suelo. Pero, cuando escuchó mis pasos cruzando la carretera, se detuvo y me sonrió con todos sus dientes, demasiado grandes para su menudo rostro.

—¡Nahuel! —exclamó.

Iba a ir a saludarla de forma educada, como me habían enseñado mis padres, aunque, de pronto, me fijé en la capa blanca que se acumulaba entre la acera y la verja de la casa de sus abuelos y decidí coger un puñado y lanzárselo.

Abrió los ojos de par en par ante el impacto y tiró su maleta al suelo. Corrió hacia mí, cogió un poco de nieve y me la lanzó.

Empezamos una lucha de bolas y corrimos por todo el barrio.

La había echado de menos.

Capítulo 5

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 7 años

Llegamos a la casa de Julián y Liliana con los mofletes colorados y nieve en cada parte de nuestro cuerpo. Nahuel se había quitado el gorro y sus rizos estaban empapados.

—¡Chicos! Directos a la ducha y a poneros ropa de abrigo —nos gritó Liliana, su abuela.

Nahuel entró en el baño de abajo con su abuelo, y yo subí con Liliana al de arriba.

—Ha empezado él —dije, apretando los dientes, con cara de traviesa.

—Lo sé. —Se rio—. Lleva dos días mirando por la ventana, esperando a que llegases.

Me quedé callada, pero sonreí hacia dentro. Nahuel también se acordaba de mí. A pesar de que solo nos viéramos un mes al año, me tenía presente. Qué suerte tener unos abuelos que habían decidido comprarse una casa en el mismo barrio a las afueras de Brujas.

—Voy a llamar a Fayna para que te traiga ropa; tus padres se han ido con los de Nahuel a comprar la cena de Nochebuena al supermercado.

—Vale.

Me zambullí en el agua caliente y pensé en diferentes formas de chinchar a Nahuel nada más que saliese de la bañera.

***

Cuando bajé, Nahuel se había puesto un pijama marrón limpio y estaba haciendo un puzle con Samuel frente a la chimenea.

Me escondí las manos detrás de la espalda y me balanceé de un lado a otro, acercándome a ellos.

—¿Qué escondes? —preguntó Nahuel, frunciendo el ceño.

—Nada. —Me hice la interesante.

Samuel nos miró a ambos y continuó centrado en el puzle. De momento, tenían muy pocas piezas juntas.

—Itahisa… —Habló con voz amenazante.

Yo saqué las manos de detrás de la espalda y simulé que le lanzaba algo. Nahuel cerró los ojos y se apartó mientras Samuel y yo nos tronchábamos de risa.

Fue mi perdición.

Pasé toda la tarde riéndome por culpa de sus cosquillas.

Terminé con agujetas en la barriga.

Capítulo 6

Grabadora de Nahuel

Navidad en Brujas – 8 años

—Hola, hola, probando. Estamos yendo hacia la playa de Blakenberge, está a solo un ratito en coche. Tengo muchas ganas de ir, pero aquí no hay ballenas ni delfines ni tiburones ni orcas ni nada interesante. Quiero ser explorador, como esos que salen en los documentales que veo. Y quiero grabarme y escuchar todas mis aventuras cuando sea mayor. Gracias, abuelo Julián, por regalarme esta grabadora. Cambio y corto.

(Se escuchan las risas de los padres de Nahuel y a Samuel hablando de la arquitectura de los grandes edificios cercanos a la playa).

Capítulo 7

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 8 años

Estaba haciendo galletas de jengibre con mi hermana, mi madre y mi abuela cuando escuché la bocina del coche de Julián. Me bajé del taburete y salí al jardín. Quería saber si habían visto alguna ballena en la playa.

Nahuel se bajó del coche con su chaquetón negro, los guantes, el gorro y la bufanda; apenas se le veían sus ojos verdes grisáceos cuando vino a mi encuentro. A través de la verja, negó con la cabeza.

—Nada de nada.

—¿Ni peces? —pregunté, subiéndome a la valla.

—Ni peces. Cuidado —añadió, alzándose y sentándose a mi lado. Nuestras piernas colgaban juntas y nuestros hombros se rozaban.

—¿Me dejas escuchar tu primer audio de la grabadora?

—Claro.

Le dio al *play* y me agarré con las manos a la madera para no caerme. Su voz sonaba alegre, con toques de risa contenida. Me gustó.

Me tiré muchos años pensando en que ojalá pudiera retroceder en el tiempo y volver a ese instante en el que su voz me envolvió por primera vez sin siquiera saberlo.

Capítulo 8

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 8 años

—Mirad a la cámara —nos pidió Adela, la madre de Itahisa, mientras su padre, Eduardo, la sostenía y miraba por un ojo entrecerrado.

Samuel, Paola, Itahisa y yo abríamos un regalo conjunto.

Los cuatro nos giramos hacia la voz de Adela, sin soltar nuestra parte de la caja; ninguno queríamos que nadie nos abriese nuestro lado.

—¡Es un trineo! —exclamó Paola, que fue la que más empeño le puso en deshacerse del papel.

—Un trineo. —Itahisa le siguió con un gritito y los ojos cargados de emoción.

Con un esfuerzo conjunto, terminamos de quitarle todo el papel. Ante nosotros teníamos un precioso trineo rojo, listo para que lo estrenáramos.

Samuel, que era quien tenía más fuerza, intentó cogerlo, aunque pesaba demasiado y tuvieron que ayudarlo Adela y mis padres.

—¡Vamos! —insistió mi hermano—, quiero probarlo ya.

En ese momento, entraron Liliana y Fayna con dos jarras de chocolate caliente.

—Desayunad primero y luego salimos —nos pidió mi abuela.

Asentimos y nos sentamos en la mesa del salón de los abuelos de Itahisa. Engullimos lo más rápido posible, sin parar de menear los pies bajo la mesa de la expectación.

Nos tiramos todas las Navidades jugando con el trineo. Paola se hizo una pequeña brecha en la ceja el penúltimo día. Tuvimos que guardarlo hasta prometer que nos comportaríamos bien.

Por suerte, seguimos usándolo varios años más.

Capítulo 9

Diario de Itahisa

Navidad en Brujas – 9 años

Este año, el cuerpo de algunas de mis compañeras ha empezado a cambiar. Varias tienen tetas e, incluso, les ha venido la regla. No tengo muy claro qué es, pero mi madre me ha dicho que me lo explica cuando yo quiera.

Muchos niños han empezado a decir que tienen novia y uno de mi clase, Airam, me ha dicho que si queremos podemos serlo. Airam es mi segundo amigo favorito del mundo, así que le he dicho que no. Creo que, si tengo uno, debería ser mi primer amigo favorito, ¿no?

De todas formas, eso no importa. Quiero que aterricemos ya para contarle a Nahuel que he empezado a hacer kitesurf. Estoy yendo tres días a la semana, aunque a veces falla el viento y no puedo dar la clase, así que esos días suelo gastarlos otra semana.

Me gusta mucho hacer kitesurf, pero me asusto cuando salgo volando demasiado alto. Solo espero poder ver alguna ballena pronto. Voy a decirle a Nahuel que yo también seré una exploradora.

Capítulo 10

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 9 años

Estaba ayudando a mi abuela a terminar de montar el portal de Belén cuando escuché el timbre. ¿Quién sería?

Era veintiuno de diciembre, y la familia de Itahisa siempre llegaba el veintidós, así que, cuando escuché su voz, alegre, conversar con mi abuelo, Julián, sentí un calorcito por dentro al que no supe ponerle nombre. Solo podía pensar que ese año Santa Claus me había otorgado un día más a su lado y me gustaba mucho ese regalo.

Itahisa apareció con unas botas rosas, una falda de tutú y varias pulseras.

—¿De qué vas disfrazada? —la chinché a modo de saludo.

Me sacó la lengua y se acercó a mí.

—Lo llaman estilo —me respondió, cruzándose de brazos y alzando el mentón.

—Estás muy guapa —la piropeó mi hermano desde detrás de mí, lo que la hizo sonreír.

Sus dientes empezaban a encajarle en el rostro, y la verdad es que estaba guapa, pero yo no quería decírselo. Ese año se habían formado las primeras parejas en mi clase; sin embargo, yo no veía a ninguna de mis compañeras tan guapas como a Itahisa, así que no tenía sentido que me echase ninguna novia.

Volví de mis pensamientos y me di cuenta de que Samuel estaba aupando a Itahisa en sus hombros para que esta pusiera la estrella encima del árbol.

Me gustó menos que de costumbre. Quería ser tan alto como Samuel de una vez por todas para poder hacerlo yo. Itahisa era mi amiga, más mía que de Samuel, y esperaba que no cambiase eso después de que mi hermano le hubiera dicho que era guapa.

Cerré los puños, bufé y seguí con el portal de Belén.

Capítulo 11

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 9 años

Nahuel se comportó raro los primeros días de esa Navidad que pasamos juntos, y no me gustaba. Decidí hacerle un dibujo de dos amigos agarrados de la mano con muchos copos de nieve alrededor y pegué a la puerta de su casa.

Me abrió su madre, Florencia, con la cámara encendida.

—Hola, pequeña —me dijo, sin despegar el ojo de la lente.

—Hola, ¿está Nahuel?

—Sí, arriba con Samuel. Sube.

Subí los escalones de dos en dos y los escuché reír. Entré sin avisar: veían atentamente el anime *One Piece*.

—Hola.

Se incorporaron, y Samuel me dio un abrazo mientras Nahuel volvía a fruncirme el ceño.

Exasperada, solté el aire y lo miré con cara de pocos amigos. Ese año se había cortado bastante el pelo y apenas se apreciaban sus caracoles.

—Te he traído este regalo, tonto.

Le di el folio y lo miré, atenta.

Nahuel se quedó callado, como si le hubiese comido la lengua un cetáceo.

—¿No vas a decir nada? —solté, sentándome a su lado en la cama deshecha.

—Me gusta mucho.

Estiró su cuerpo hacia el escritorio y cogió un lápiz. Luego, escribió sobre el fondo azul: amigos favoritos para siempre.

Sonreí y me apoyé en su hombro. Al fin pude contarle lo de mis clases de *kitesurf*. Me pidió muchos detalles, y yo le hablé sin parar durante horas.

Capítulo 12

Grabadora de Nahuel

Navidad en Neuquén – 10 años

Estoy triste porque este año solo vamos a ir a Brujas una semana. El hermano de mi madre está enfermo y hemos decidido pasar la mitad de las Navidades con la familia de mamá. No quiero que mi tío se muera, me gusta mucho jugar con él e ir en su barco a navegar, pero me enfada que se ponga malo el mes en el que puedo ver a Itahisa. No quiero decirle esto a nadie, así que lo grabo para mí.

Capítulo 13

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 10 años

—Itahisa está triste porque no está Nahuel —comentó mi hermana, chinchándome mientras íbamos de la mano de mi padre, Eduardo, a tirarnos con el trineo.

—Calla —respondí, enfadada.

Era la primera Navidad de mi vida que pasaba sin Nahuel. Nacimos el mismo año con escasos días de diferencia. Nuestras familias ya se conocían de antes. Nuestros abuelos se habían comprado sus casas hacía más de veinte años y, prácticamente, mi padre, Eduardo, y su padre, Lorenzo, se conocían desde la adolescencia.

Fue muy raro para mí estar en Brujas sin Nahuel, Samuel, Lorenzo y Florencia. Ellos siempre habían llegado antes que nosotros, y aterrizar en Brujas sin que Nahuel estuviese allí no me gustó.

—No quiero callarme —continuó Paola.

—Papá —protesté, esperando su apoyo.

—Paola, deja a tu hermana —me defendió, apretujándome la mano— si no, no te vas a tirar esta tarde por el trineo.

Respondí apretándole la mano todo lo que pude y este se agachó para darme un beso por encima del gorro.

Yo tenía muchas ganas de ver a Nahuel, pero salir con el trineo con mi padre me reconfortaba. Esa Navidad no me dejó aburrirme ni un segundo; él sabía que estaba triste y no se separó de mí.

Ese año había sido el que más me había acercado a él. Habíamos pasado mucho tiempo juntos: habíamos ido a Costa Calma a ver la competición de *kitesurf* y habíamos dormido por primera vez juntos en un *camping*. Mi padre era especial, aunque hasta ese año no me di cuenta de cuánto.

Capítulo 14

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 10 años

Jamás se me había hecho tan largo un vuelo. Recoger las maletas fue una agonía, y solo pensaba en llegar y encontrarme con Itahisa. Quería darle un regalo. Había pintado varias piedras que había encontrado en una playa que habíamos visitado cuando nos habíamos quedado varados con el velero de mi tío.

Este ya había salido del hospital y, aunque seguía en la cama, parecía que se iba a recuperar, así que mi madre estaba tranquila de nuevo. Me sonreía mientras yo movía el pie sin parar, esperando las maletas, y apretaba la piedra de Itahisa dentro del bolsillo de la chaqueta.

—¿Por qué hemos traído tantas maletas? —inquirí, frunciendo el entrecejo—. Vamos a estar pocos días.

—Nahuel, ya casi ves a Itahisa, tranquilo —dijo mi hermano con una sonrisita de medio lado mientras le mandaba mensajes a su nueva novia del instituto.

—La vería más rato si no tuvierais tantas maletas.

—¿Sois conscientes del problema que vamos a tener cuando estos dos crezcan algo más? —preguntó Samuel a mis padres.

En ese momento, no terminé de entenderlo. Ahora sé que mi hermano lo vio desde mucho antes que yo.

Capítulo 15

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 10 años

Al fin escuché la voz de Nahuel cuando bajaba del taxi. Corrí a su encuentro. Llevaba una coleta mal hecha tras haber estado toda la mañana aprendiendo con el *skate* que me habían regalado sus abuelos. No me resultó demasiado complicado: ya sabía manejar una tabla y ahora estaba aprendiendo a hacerlo en tierra.

Nahuel se bajó del coche y se giró, rápido, hacia mí.

Me lancé a sus brazos.

Fue la primera vez que nos abrazamos como saludo.

Fue la primera vez que fui consciente de que, una semana al año e, incluso, un mes al año, era demasiado poco tiempo para estar con él.

Capítulo 16

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 11 años

Itahisa estaba absorta mirando las luces del Mercadillo de la Ciudad. Nuestros padres estaban tomándose un vino caliente y, por primera vez, nos habían dejado que diésemos un pequeño paseo solos por los puestecillos.

—¿Qué te gustaría que te regalaran este año los Reyes Magos? —le pregunté, mirándola de medio lado.

—Nahuel, ya te dije que no existen. Me lo contaron en el colegio y mis padres me lo confirmaron —respondió. Se detuvo frente a unas magdalenas de chocolate y tocó la piedra que le regalé el año pasado con el dibujo del tiburón ballena que había decidido ponerse como collar.

—Ya, Santa Claus tampoco existe; pero, si por un momento siguiesen existiendo, ¿qué pedirías?

Se giró sin soltar mi piedra y se me aceleró el corazón.

—Más tiempo a tu lado, Nahuel.

Me miró con sus ojos marrones llenos de colores por las luces que nos rodeaban y empezaron a sudarme las manos. No sabía qué contestar. No esperaba esa respuesta.

—Me encanta tu collar —dije, intentando mostrarle mi parte sincera. En ese momento no quise reírme de ella, pero tampoco fui tan valiente como para decirle que yo pediría lo mismo.

—Es la única manera que he encontrado de sentirte a mi lado.

Capítulo 17

Diario de Itahisa

Navidad en Brujas – 11 años

Samuel, Paola y Nahuel duermen en la planta alta. Yo estoy en el sofá con mis padres. Ellos están viendo Solo en casa; yo estoy escribiendo en este diario. Mañana regresamos a Fuerteventura y no quiero ni subir a la habitación ni empezar a llorar. Este año, Nahuel y yo no nos hemos separado. Hemos estado con el trineo casi todos los días, hemos ido juntos a la playa de Blakenberge, hemos grabado nuestro primer mensaje de exploradores juntos, hemos visto varios documentales de kitesurf y de ballenas y nos hemos cogido la mano demasiadas veces.

Samuel tiene un móvil. Nahuel y yo queremos otro.

No quiero separarme de Nahuel.

(Me limpié las lágrimas, pero esa página continúa firmada con una de las tantas que me cayeron por las mejillas aquella noche).

Capítulo 18

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 12 años

Mi hermano era muy pesado con su novia y protestó durante meses porque no quería ir a Brujas ese año. Yo estaba muy preocupado; no quería que mis padres decidiesen que nos quedaríamos en casa. Por suerte, ver a mis abuelos era más importante para mis padres que consentir a su hijo mayor, así que, a pesar de la rabieta de Samuel, volvimos a Brujas.

Esas Navidades fueron agridulces. El abuelo de Itahisa, Abhau, tuvo un infarto y pasó dos noches en el hospital.

Itahisa lloraba sin parar, apoyada en mi hombro, mientras se sucedían imágenes en la televisión de delfines a las que, por primera vez en mi vida, no quise prestarles atención. Le propuse salir al jardín.

—¿Por qué quieres ir al jardín con el frío que hace y lo oscuro que está todo? —Hipó en mi cuello.

—Porque quiero pedir un deseo a la estrella más brillante.

—¿Cuál? —dijo, levantando su rostro con los ojos enrojecidos.

—Quiero pedir que Abhau salga del hospital sano y salvo.

—¿Y por qué crees que las estrellas te escucharán?

—Porque cada año les pido poder verte y que sigas siendo mi amiga favorita, y siempre me escuchan.

Agrandó sus ojos y se lanzó a mi cuello. Me abrazó muy fuerte y lloró un rato más. Al final, salimos al jardín, pedí mi deseo y me volvieron a escuchar.

Capítulo 19

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 13 años

Paola tenía once años y ya había dado su primer beso. El día que me lo contó no me lo podía creer. Me explicó que no le había gustado demasiado. Los labios algo babosos de un compañero de su clase habían rozado los suyos cuando estaban jugando a la botella.

Mi hermana, que estaba en quinto de primaria, ya se había besado con alguien, y yo, que había entrado al instituto, seguía sin saber qué era eso. No obstante, después de hablar con Paola, se lo conté a Aairam, y él me propuso que nos podíamos dar un beso si quería, pues él ya lo había hecho también y no creía que fuese algo demasiado especial.

Yo lo miré, incrédula, y abrí los ojos. Ese año me había visto todas las películas de *Harry Potter*, y el beso de Ron y Hermione sí había sido especial. También me había leído *Temblor*, donde el beso entre Sam y Grace me había robado el corazón.

—¡Eo! ¿Te vienes con el trineo o qué? —Nahuel estaba moviendo la mano de un lado al otro delante de mi cara y tuve que centrarme en él.

—Sí, sí.

—¿En qué pensabas?

—Libros y películas —dije atropelladamente mientras lo seguía a la casa de sus abuelos para coger el trineo.

—¿Te has acabado ya todas las de *Harry Potter*?

—Sí.

—¿Y te han gustado? —inquirió, bajándose más el gorro marrón para taparse del viento gélido, lo que causó que sus caracoles se le aplastasen por encima de las cejas.

Ese año me pareció que había crecido como si hubieran pasado tres en vez de uno. Empezaba a dejar atrás sus rasgos de niño, sus

dientes le encajaban en el rostro, le apareció algo de pelusilla por la cara y él estaba bastante más alto.

—Un montón, ¿y a ti?

—Sí, ¿sabes… —empezó, algo tímido—. … para mí, yo soy Ron y tú eres Hermione.

Cruzó la acera corriendo después de decirme eso y mi corazón comenzó a galopar.

Me negaba a dar un beso porque sí: el mío sería especial. Y, en el fondo de mi corazón, sabía quién sería esa persona que lo merecería.

Capítulo 20

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 13 años

Estábamos volviendo en tren desde Gante con toda nuestra familia. Habíamos ido a ver las luces de la ciudad y el mercado navideño para celebrar los setenta años de mi abuelo, Julián, y lo habíamos pasado genial.

Mi hermano se había hinchado de vino caliente con mis padres y los de Itahisa, y nosotros lo habíamos probado y habíamos puesto la misma cara de asco; lo que había ocasionado que todos se riesen y nos echasen alguna que otra foto.

Paseamos por sus calles y nos quedamos embelesados en el puente de San Miguel, observando las torres del ayuntamiento e iglesias de la ciudad; y los gofres que nos comimos mientras alzábamos la vista nos sentaron genial.

Mientras rememoraba esa tarde, mirando por la ventana la oscuridad del paisaje, Itahisa se quedó dormida y se apoyó en mi hombro sin darse cuenta. Yo comencé a acariciarle el pelo liso y castaño, algo enredado por el gorro y la bufanda que había llevado durante horas. Estuve un rato tratando de quitarle los nudos de la forma más delicada posible y mi hermano nos hizo una foto con su móvil. Tenía demasiada poca calidad, pero jamás me la había quitado de la cartera.

No quería que el viaje en tren acabase, no quería que Itahisa se despertase y se retirase de mí, no quería que pasase el fin de semana y tuviéramos que alejarnos de nuevo; como le había dicho, ella era mi Hermione.

Capítulo 21

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 14 años

Nahuel acababa de tocar el timbre, así que corrí a abrirle la puerta. Tenía el pelo alborotado e iba vestido con un pantalón corto y negro, y una camiseta azul de deporte.

—Te vas a congelar así.

—Lo sé. Estaba jugando al fútbol y me tuve que quitar la sudadera y el pantalón largo. Tenía demasiado calor.

—Nahuel, a la ducha, rápido, que te refrías —le gritó mi abuela.

—Ya voy, Fayna, pero antes quiero enseñarle una cosa a Itahisa.

Me agarró la mano y me arrastró al jardín, justo en frente del garaje.

Yo empecé a tiritar. También llevaba una camiseta de manga corta; morada y a rayas. Antes de que Nahuel llamase a la puerta, había estado haciendo ejercicio: ese año tenía mi primera competición de *kitesurf* y estaba nerviosa.

—¿Qué pasa? —pregunté. Me castañeteaban los dientes.

—Mira. —Nahuel se apartó y vi un sendero de piedrecitas pintadas que dirigía hacia la verja de salida.

Las observé durante unos minutos y se me quitó el frío.

Nahuel era un artista. Había pintado en piedras recuerdos nuestros juntos de la infancia. Fui deleitándome con cada una; era precioso ver a dos personas agarradas de la mano, entre puestos navideños; a cuatro en un trineo o dos mirando al mar y esperando encontrar algún animal.

—¿Te gusta? —quiso saber, dando un saltito entre nervioso y congelado.

Subí la mirada y me detuve en sus ojos verde grisáceos.

—¿Somos nosotros? —pregunté para estar segura.

—Sí. —Se encogió de hombros y yo me lancé a su cuello para abrazarlo.

—Me encanta —le susurré.

—Es mi regalo de Navidad, quiero que te las lleves a casa y hagas un camino como este en ella. Yo tengo el mío hecho en Neuquén.

Sus palabras me calentaron el alma, y me olvidé por completo del frío. Lo abracé más fuerte y le susurré con la voz algo ahogada un «gracias».

Capítulo 22

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 14 años

No quería que me soltase. Mientras pintaba nuestra historia ese año, me imaginé cientos de veces cómo reaccionaría cuando la viese, pero no esperaba que fuese a abrazarme con esa intensidad.

El motivo por el que había decidido regalarle algo así era porque empezaba a serme demasiado difícil estar lejos de ella. Ese año, al fin, nos habían comprado un móvil a cada uno y podríamos hablar más, pero, hasta entonces, lo único que habíamos tenido había sido un par de semanas cada año. Y, sin embargo, cuando pensaba en los recuerdos de mi vida, en la mayoría estaba ella. Solo esperaba que a Itahisa le sucediese lo mismo, aunque, como no estaba seguro, decidí pintarnos nuestra amistad para que los dos la tuviéramos presente cada día al llegar a nuestras casas a más de nueve mil kilómetros de distancia.

A pesar del frío que hacía fuera, ambos estábamos calientes. Nuestros cuerpos abrazados se transmitían calor. Nunca había abrazado a una chica de ese modo; bueno, realmente nunca había abrazado a nadie así.

Noté mi cuello algo húmedo y la agarré por los brazos para retirarla un pelín.

—Oye, ¿estás bien?

—Sí. —Se enjugó las lágrimas con el antebrazo y sonrió.

—¿Segura?

—Nahuel, es el mejor regalo que nadie me va a regalar jamás.

—Bueno, solo tenemos catorce años, nos queda mucha vida para afirmar eso, ¿no? —Traté de restarle importancia, nervioso, pero la verdad es que estaba muy feliz por su reacción y esperaba que ese fuese el mejor regalo de toda su vida.

Volvió a abrazarme y a enterrar su cara cubierta de pecas en mi pecho.

Me encantaba haber crecido; ya no hacía falta que Samuel la aupase. Ya era alto, ya era grande.

Capítulo 23

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 14 años

Al cabo de un rato, me alejé del cuello de Nahuel y presencié cómo tragaba y su nuez bajaba. Levanté el rostro y sentí cosquillas en los dedos.

—Itahisa —añadió con cierta intensidad.

Me quedé perdida en sus ojos grisáceos y noté el latido de mi corazón en cada parte de mi ser.

—Nahuel —creí decir.

Él me devolvió la mirada con la misma intensidad y comenzó a bajarla por mi rostro.

El corazón me martilleaba en el pecho.

—¿Estás segura? —me preguntó, atreviéndose al fin a decir en voz alta algo que ambos llevábamos callándonos demasiado tiempo.

Di un paso hacia adelante como respuesta y alcé mis brazos para rodearle el cuello, algo frío.

—Estoy segura.

Nahuel agachó su rostro y yo levanté el mío. Cerré los ojos y sentí por primera vez sus labios sobre los míos; suaves, tiernos y fresquitos. Me rodeó la espalda con sus brazos y me apretó contra sí, sin dejar de besarme. Habíamos ido poquito a poquito cada año sin ser realmente conscientes, pero, al fin, estábamos viviendo nuestro beso de película. La espera había merecido la pena; no pude elegir mejor persona para dar mi primer beso.

Capítulo 24

Grabadora de Nahuel

Invierno en Neuquén – 15 años

En la otra punta del Atlántico, Itahisa está teniendo su primera competición de kitesurf mientras yo estoy levantándome para mi último examen de biología antes de las vacaciones.

En Fuerteventura es verano, aquí es invierno; en Fuerteventura es por la tarde, aquí apenas está amaneciendo. Pero hoy, es un día importante para ambos. Itahisa va a ganar esa competición, estoy seguro, y yo voy a terminar mi examen y me voy a ir a explorar con el barco y con mi tío todo lo que he aprendido en los libros.

Cada día estamos un paso más cerca de ser grandes exploradores del mar. Yo iré en barco e Itahisa se lo recorrerá con su cometa. Y nos da igual que nos digan que es imposible porque, si estamos juntos, nada lo es; ni siquiera mantener una amistad en la que estamos tan lejos. Nunca lo ha sido, ni cuando solo sabíamos el uno del otro durante unas semanas al año, ni ahora, que nos escribimos cada día.

Cambio y corto. Suerte, Itahisa, en el futuro escucharemos esta grabación, rememorando nuestras victorias.

Capítulo 25

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 15 años

Me peiné mis rizos rebeldes. Necesitaba cortarme el pelo, Itahisa nunca me había visto con el pelo tan largo, pero había vuelto de estar en el barco con mi tío un día antes de montarme en el avión que me volvería a llevar junto a ella y no había tenido tiempo.

Una vez que conseguí domar mi pelo, me puse una colonia que tenía mi abuelo y bajé las escaleras de dos en dos. Hacía casi un año desde que nos habíamos besado por primera vez, y también hacía casi un año que no nos habíamos visto.

—Itahisa, cuánto has crecido —aseguró mi abuela Liliana.

—Soy consciente, sí. —Su voz sonó risueña. Me asomé al pasillo para ver cómo abrazaba a mi abuela y levantaba la mirada hacia mí.

Habíamos hablado casi todos los días de aquel año e, incluso, habíamos hecho alguna que otra videollamada cuando nuestros horarios coincidían; pero no habíamos hablado del beso que nos habíamos dado y, en ese momento, solo quería volver a besarla.

Itahisa se acercó a mí y me rodeó el cuello con sus manos. Ese año no había tanta diferencia entre nosotros como el anterior, pero yo también había crecido.

Me miró a los ojos de nuevo y me sonrió. Estaba guapísima. Ella también tenía el pelo más largo que nunca y sus pecas cada vez se le acentuaban más. Supuse que pasar tanto tiempo cerca del mar estaba teniendo su efecto.

—Feliz Navidad —comentó sin perder la sonrisa.

—Feliz Navidad. —Acerqué mi rostro al suyo para besarla, pero, entonces, Paola se asomó al pasillo y se puso a gritar que Itahisa y yo íbamos a besarnos.

Sacudí la cabeza y me alejé de ella. Itahisa era mi amiga favorita, no quería que toda nuestra familia descubriese que quizás se había

convertido en algo más.

Capítulo 26

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 15 años

El centro de la mesa estaba repleto de comida. De fondo, flojito, sonaba algún que otro villancico. El olor a verduras asadas en el horno aún se sentía y en la chimenea se quemaban los últimos rescoldos de leña.

Julián y Liliana levantaban las copas para brindar por otra Navidad unidos. Mis padres se reían mientras Paola les contaba un chiste malo y yo estaba sentada en el regazo de mi abuelo Abhau. Lo había pasado muy mal cuando le había dado el infarto y, desde aquel entonces, intentaba pasar el mayor tiempo a su lado cada Navidad.

—Abuelo, me encanta tu barba. —Acerqué mi rostro al suyo y me acaricié la frente con su frondosa barba blanca—. Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?

—Sí, mi niña, lo sé, pero gracias por decírmelo tanto.

—Me encantaría que vinieras a una de mis competiciones. Quedé segunda de mi categoría en la más importante de este año.

—A mí también me encantaría ir, pero sabes que aquí siempre tenemos cosas que hacer, y en la isla hace demasiado calor para tu abuela Fayna.

Mi abuela puso los ojos en blanco y se mantuvo callada, conteniendo una sonrisa. Ambas sabíamos que el que sufría por el calor era mi abuelo.

—Está bien, le pediré a papá que mejor me grabe la próxima vez, y así os lo puedo enseñar.

Mi abuelo me apretó contra sí y yo me quedé mirando a Nahuel, quien estaba terminando de comerse el postre, enfrascado en una conversación con Samuel.

Me encantaban las Navidades. Esa pertenencia a una familia más grande que la mía, a un lugar en el que cada vez abundaban más recuerdos felices, a una época que era mágica desde que había nacido. Esa sensación de que todo seguía bien y estable, a pesar de la distancia y el tiempo sin vernos, de que al otro lado del mundo había alguien que era más importante para mí que cualquier otra persona de mi isla.

Sin duda, esperaba que esa escena se repitiese toda mi vida. Mi familia y su familia riendo, hablando, comiendo y consumiendo ratitos de vida.

Capítulo 27

Diario de Itahisa

Primavera en Fuerteventura – 16 años

Julián ha muerto. Hoy he recibido un mensaje de Nahuel que me ha desgarrado por dentro. ¿Por qué nadie nos enseñó nunca a sobrevivir a esto? Julián ha muerto y estamos lejos de Liliana y al otro lado del océano de Nahuel, Samuel, Lorenzo y Florencia. Julián ha muerto y no puedo fundirme con Nahuel hasta intentar, por todos los medios, que una parte de sí mismo sobreviva a esta noticia. Julián ha muerto y ya no volveremos a vivir ninguna Navidad como todas las anteriores. Julián ha muerto y, aunque hayamos intentado llevar bien toda nuestra vida la distancia que nos separa, hoy más que nunca percibo lo lejos que estamos el uno del otro; lo lejos que transcurren nuestras vidas.

Capítulo 28

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 16 años

Llevaba horas con los ojos empapados, apoyado en el pecho de Itahisa. Mi abuelo fue enterrado en Neuquén, sus restos viajaron en un avión hasta Argentina, junto con mi abuela, y fue allí donde partió, lejos de nosotros. Itahisa y su familia no pudieron asistir, y yo había tenido que esperar meses hasta reencontrarme con ella y cerrar mi duelo.

Itahisa sabía lo que Julián había significado para mí porque para ella también había sido casi como un abuelo. Por eso, en aquel momento, los dos nos dejamos embargar por la tristeza y nos permitimos llorar todo lo que no habíamos podido hacerlo juntos hasta entonces.

—Me da pavor vivir estas Navidades —le confesé entre susurros.

—A mí también.

—Mi abuela se va a mudar con nosotros este año.

Itahisa me apretó más fuerte contra sí, y yo le rodeé la espalda.

—¿Y si no volvemos más a Brujas? —dije con la voz ahogada y agarrando su jersey lo más fuerte posible. No me imaginaba lejos de ella, no me imaginaba que el beso que nos habíamos dado hacía dos años no se repitiese más. Itahisa era mi todo, pero un todo que vivía demasiado lejos. Solo teníamos dieciséis años.

Un sollozo como respuesta fue lo único que Itahisa dijo. Estábamos destrozados.

Capítulo 29

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 17 años

Corrí hacia la casa de Liliana con las mochilas aún a cuestas. Habían venido por Navidad. Nuestro temor no se había cumplido: habían viajado hasta Brujas, a pesar de que ya ninguno de ellos viviese allí, para pasar esas fechas a nuestro lado.

Nahuel me abrió la puerta con la sonrisa más bonita que existía en el universo. Tenía la piel más tostada de la cuenta, ya que se dedicaba a pasar los fines de semana cerca del océano con el barco de su tío. Cada vez que podía, se iba de la tierra para navegar por las aguas. Me encantaban todos y cada uno de los vídeos que me mandaba de sus expediciones. Las seis horas largas que tenía que hacerse en coche para llegar al Atlántico parecían no importarle cuando avistaba ballenas, lobos marinos o, incluso, orcas.

—Estás preciosa, Itahisa —me dijo, sorprendiéndome. Aunque hacía años que nos habíamos besado, Nahuel y yo habíamos seguido siendo los amigos favoritos del mundo sin dar ningún otro paso más.

—Tú también —respondí con sinceridad—. Te quedan genial esas mechas rubias de tanto sol y tanta sal.

—No te creas, eh, hace demasiado frío muchos meses del año.

—¿Desde cuándo eso es un impedimento para el gran explorador Nahuel? —Lo abracé muy fuerte y me refugié en su pecho. Nahuel llegaba al metro ochenta y, aunque yo había crecido bastante, nunca lo alcanzaría.

—Te he echado de menos —me susurró contra mi pelo.

—Y yo a ti.

Capítulo 30

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 17 años

Faltaba mi abuelo, y se notaba en cada esquina de nuestra casa y de la de Itahisa. El año anterior, con tanta tristeza, no había sido consciente de que llegaría el día en el que nos reiríamos y sonreiríamos sin tenerlo a nuestro lado. Sin ver cómo se peinaba su bigote cada mañana, se tomaba su yerba mate y se iba a conversar con Abhau hasta dar su paseo protocolario con mi abuela, Liliana.

Mi abuela había estado haciendo todo lo posible para sobrevivir sin él, y me di cuenta de que era mucho más valiente de lo que yo lo sería jamás porque no me imaginaba vivir en un mundo en el que supiese que no podría abrazar a Itahisa nunca más.

Salí de mi ensimismamiento cuando un trozo de pan me golpeó en la cara, y vi el ceño fruncido de Itahisa. Traté de sonreírle como respuesta y me recosté en la silla, esperando a que terminase de comer. Queríamos irnos de turismo por la ciudad los dos solos. Ya éramos lo suficientemente grandes como para pasear sin la supervisión de nuestros padres y no veía la hora de quedarme a solas con ella.

—Estoy lista —me respondió al cabo de un rato. Yo me levanté como un resorte y fui a ponerme las botas de nieve.

—¿Llevas protección? —Mi hermano me guiñó un ojo antes de salir de la casa. Yo lo fulminé con la mirada y cerré la puerta.

Siempre llevaba un condón en mi cartera, aunque no tenía claro para qué. Sabía que, si algún día lo usaba, solo sería con ella, mi amiga favorita del universo, y eso parecía estar bastante lejos de suceder.

Capítulo 31

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 17 años

Terminamos de tomarnos un vino caliente, el cual por fin habíamos conseguido disfrutar, y pusimos rumbo a casa. Habíamos paseado por las luces de la ciudad como cada año desde que teníamos uso de razón, pero, esa vez, había sido diferente. No habíamos parado de abrazarnos, reírnos y mirarnos de una forma que no era la adecuada para solo dos amigos, daba igual si eran los favoritos del mundo.

Sentí el carraspeo de Nahuel y me detuve a su lado. Él nunca había sido una persona que se callase las cosas y menos conmigo.

—¿Qué pasa? Suéltalo ya —dije, perdiéndome en el verde grisáceo de su mirada brillante.

—¿Repetiremos ese beso alguna vez?

—Al fin —añadí, acercándome a su lado.

—¿Al fin qué?

—Pensé que nunca me lo pedirías.

—Oye, tú tampoco lo has vuelto a mencionar desde entonces —me respondió con una sonrisa cada vez más grande y me rodeó por la cintura.

—Yo te envolví entre mis brazos hace tres Navidades, pero tú decidiste que era mejor que nuestra familia no se enterase, así que…

Nahuel me calló con un beso que me supo a vino caliente y a manzana caramelizada. El recuerdo de sus labios volvió enseguida a mí y sentí que, otra vez, acariciaba la boca más suave, tierna y fresquita del mundo.

Profundicé en el beso y lo atraje todo lo posible hacia mí. De fondo, escuchamos a un grupo tocar villancicos; de cerca, solo el bombardeo de nuestros corazones.

Capítulo 32

Recuerdos de Nahuel

Navidad en Brujas – 17 años

Nos besamos todos y cada uno de los días de esas Navidades. No nos soltamos ni un instante y, una noche, cuando todos se habían ido a ver una obra de teatro, me escabullí a la casa de Fayna y Abhau. En dos días, regresábamos a nuestros respectivos países, y sentía que no podía esperar un año más sin fundirme con mi mejor amiga.

—Hola—. Me abrió la puerta, tímida, y, al instante, los colores se le subieron a su piel dorada.

—Hola —añadí, rascándome la espalda, nervioso.

—Pasa.

Entré en mi tercera casa y me senté en el sofá mientras Itahisa terminaba de hacerse una tortilla francesa.

—¿Todavía no has cenado?

—Estaba entrenando y se me fue el santo al cielo —explicó, sentándose a mi lado y hundiendo el sillón.

—Ya veo, ya.

La observé comer con calma mientras un calor se iba asentando en mi interior. Decidí poner algún documental para desviar mi mente de todos esos pensamientos que me asaltaban una y otra vez, y aprendimos sobre la vida de los elefantes en África.

—¿Has venido para ver documentales toda la noche? —me preguntó con un deje travieso en su voz.

Me giré y entrelacé mis ojos con los suyos.

—Por supuesto que no.

Capítulo 33

Recuerdos de Itahisa

Navidad en Brujas – 17 años

Nahuel comenzó besándome suavemente, pero yo estaba cansada de esa sutileza infinita con la que me trataba cada vez que rozaba sus labios con los míos. Lo había visto mirarme mientras cenaba, respirar de manera acelerada y buscar el documental como vía de escape. Así que pasé las manos por su espalda y le subí el jersey verde que llevaba.

Ese fue el punto inicial para empezar a quitarnos la ropa entre caricias y besos en el sofá que nos había visto crecer.

Cuando lo vi desnudo con los calzoncillos como única vestimenta, languidecí.

—Eres precioso, Nahuel —aseguré, recorriendo con mi mirada cada parte de él.

—Y tú eres lindísima —me dijo, enraizando sus pupilas con las mías.

Me reí cuando lo escuché usar ese adjetivo y lo abracé.

—¿Estás segura? —me preguntó, como hacía tres años.

—Lo estoy —volví a responderle al alejarme de él.

A partir de ese momento, empezamos a explorarnos más a fondo, a besarnos en aquellos lugares en los que nuestros nervios se concentraban y a descubrir lo especial que es cuando te entregas a alguien con todo tu ser porque, no, no fue el mejor sexo de mi vida, pero quería tanto a Nahuel que tenía claro que no podía haberle entregado a ninguna otra persona mi primera vez.

***

—¿Cómo te sientes? —me preguntó y me acarició el pelo mientras nuestras piernas seguían entrelazadas y respirábamos algo más calmados en el sofá.

—Feliz —añadí.

—¿Te ha dolido mucho? —murmuró.

—Solo un poquito. ¿Y tú? ¿Cómo te sientes?

—Como el hombre más afortunado del planeta. Prometo que aprenderé a ser el mejor para ti; siempre te cuidaré, nunca más te va a doler —aseguró contra mi frente.

Yo lo abracé lo más fuerte que pude. Nahuel era mi lugar seguro, me había enamorado de él y me pareció el sentimiento más bonito que podía existir.

Capítulo 34

Grabadora de Nahuel

Navidad en la Patagonia – 18 años

Se acabó el instituto y he entrado en Biología Marina. Para celebrarlo, me he ido de excursión con mi tío y un grupo de amigos a pasar las Navidades cerca del estrecho de Magallanes. Solo espero ver cientos de miles de especies de animales marinos. Estas son mis primeras Navidades lejos de Itahisa y la extraño muchísimo, pero son las primeras en mi nueva vida.

Estoy cumpliendo el sueño de aquel niño que tantos documentales vio. Voy a ser biólogo y explorador. Cambio y corto.

(De fondo se oye el rugido de las olas a causa del fuerte viento del estrecho).

Capítulo 35

Diario de Itahisa

Navidad en Brujas – 19 años

Hace dos años que no veo a Nahuel. Mi persona favorita del mundo tampoco viene este año a Brujas. Otra nueva excursión al gran azul lo requiere. Su familia ha decidido pasar las Navidades en Neuquén. Para Liliana es demasiado difícil venir aquí sin Julián, y yo siento que todo se ha acabado. El año pasado me dolió en el corazón que Nahuel no viniese; sin embargo, traté de entenderlo porque sé lo importante que es para él el mar.

Pero ¿dos años consecutivos? Se despidió de mí asegurándome que siempre estaría ahí, que se había enamorado de mí y que no podría dejar de contar las horas para pasar otra Navidad a mi lado. De eso hace ya setecientos treinta días. Se ve que no me echa tanto de menos. No cuando sus mensajes han empezado a ser un par a la semana como mucho, no cuando no desea con las mismas ganas que yo volver a Brujas para estar a mi lado. Nahuel se está alejando, y mi corazón se está marchitando.

7 años después

Capítulo 36

Nahuel

Junio en Fuerteventura – 26 años

Bajé la ventanilla para sentir la brisa fresca proveniente del Atlántico. Subí el volumen de la lista de Spotify de Jack Johnson y me pasé una mano por el pelo, intentando que mis caracoles rebeldes no me irrumpieran la vista.

Necesitaba comprarme una gorra. Había perdido mi maleta en uno de los cuatro vuelos que tenía que coger para venir desde Neuquén, mi ciudad natal, hasta Fuerteventura, y estar en mitad de una isla sin crema de sol ni gorra era una pésima idea.

Fui frenando a medida que empezaba el camino sin asfaltar que me llevaría a mi primera clase de *kitesurf* y, paradójicamente, el corazón empezó a acelerárseme.

Nueve años era mucho tiempo. Quizás demasiado, pero ahora que estaba ahí tenía que intentar volver a verla, si no, solo añadiría otro punto más a la lista de cosas que jamás me perdonaría.

Bajé del coche y me adentré en las piscinas naturales de la playa de Cotillo. La arena era tan blanca como las escasas nubes que se dibujaban en el cielo, y el azul del océano tan claro que costaba mirarlo.

Me senté con los pies bañados en el agua y contemplé a los *kitesurfistas*. No tardé demasiado en divisarla y… parecía que el tiempo no hubiese pasado. Itahisa estaba saltando, agarrada a su cometa negra y rosa fosforita. Su melena al viento y sus piernas y brazos más que fuertes.

Saltó varias veces hasta que se acercó a la orilla y me vio.

Se cayó al instante.

Cuando volvió a emerger, alzó su cometa al vuelo de nuevo y se alejó tan rápido como el viento hacia otra playa.

No sé qué esperaba de nuestro encuentro, pero, desde luego, que huyese de mí con esa mirada despavorida, no.

Itahisa siempre había corrido hacia mí y, en aquel momento, comprendí que todo era muy diferente.

Capítulo 37

Itahisa

Junio en Fuerteventura – 26 años

—Itahisa. —Escuché que Airam gritaba mientras se acercaba a mí—. ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? Te has caído en la orilla.

El corazón me martilleaba en el pecho y me costaba respirar. ¿Había visto a Nahuel después de nueve años o era un espejismo? No me atrevía a girar la cabeza ni a buscarlo en la playa.

—Ey, Itahisa…

Airam se quitó la tabla y llegó hasta la arena, donde yo sostenía con fuerza la cometa aún en el aire.

—¿Puedes decirme si hay un hombre sentado en aquella orilla con un bañador azul?

Airam se giró y asintió.

—Sí, él y unos cuantos más. Tenemos que empezar la clase.

—Es Nahuel, Airam.

El silencio de mi amigo me hizo estremecerme. Durante muchas noches y muchos días, me moví en piloto automático. Nahuel desapareció de mi vida como el agua va descendiendo de un pantano, poco a poco. Yo sabía que, si no volvía pronto, me vaciaría; al igual que el pantano necesita que llueva de nuevo, yo necesitaba que Nahuel volviese. Sin embargo, nunca lo hizo. Y fue demasiado duro cuando vi que mis reservas de agua eran mínimas; cuando descubrí que nuestra amistad se había secado, que no volvería a llenarse de amor.

No obstante, Airam siempre estuvo ahí. Desde pequeños hasta ahora. Jamás me había fallado y esperaba que se le ocurriese una de sus ideas rápidamente porque no podía enfrentarme a Nahuel, ya no.

—Vete a casa. Hoy doy yo la clase por los dos. Diré que te encontrabas mal.

—¿Estás seguro? —Me mordí los carrillos y me pasé el antebrazo por el rostro. Necesitaba encerrarme en mi casa y romperme otro poquito.

—Seguro. Te veo luego y cenamos juntos.

Se acercó y me dio un beso en la frente, con el cual me estremecí. Durante años, los besos en la frente fueron de Nahuel; luego, este los compartió con Airam y, ahora, son exclusivos de mi mejor amigo.

Capítulo 38

Nahuel

Junio en Fuerteventura – 26 años

Con los ojos achicados, intenté entender la escena que se sucedía a unos cuantos metros de distancia. Itahisa llevaba un bañador rosa precioso que le realzaba su figura y el pelo suelto. No pude verle la cara porque en ningún momento se giró, pero, cuando vi cómo Airam (podía reconocerlo sin problemas) se acercó a ella y la abrazó antes de depositarle un beso en la frente, como tantas veces había hecho yo, un dolor se instaló en el fondo de mi pecho, y me di cuenta de que, quizás, no iba a ser tan sencillo como había pensado al inicio.

Hasta ese momento, había creído que Itahisa había entendido por qué nos fuimos alejando. Ella siempre supo cuál era mi sueño y, por aquel entonces, nada ni nadie había logrado interponerse a él; ni siquiera mi amistad con ella. No obstante, ver que no era capaz ni de mirarme me dolió de una forma descomunal porque, a pesar de todo, para mí, Itahisa siempre sería mi amiga favorita del mundo.

—Bueno, chicos, vamos a empezar la clase. Mi compañera ha tenido que irse a casa por un asunto personal. —Airam no dejó de mirarme ni un segundo mientras lo comentaba—. Así que hoy estáis todos conmigo. ¿Quiénes probáis por primera vez este deporte?

No quise seguir atendiendo a la explicación y me alejé de allí. Solo me había apuntado porque me apetecía aprender algo nuevo y porque cuando había descubierto que Itahisa era la dueña de una de las mejores escuelas de *kitesurf* de la isla, no dudé que quería que ella fuese mi profesora. Pero, en ese momento, si ella no estaba, aquello no tenía sentido.

Me dediqué a andar por la playa de Cotillo y llegué hasta el Faro del Tostón. Alcé la vista para ver esas rayas rojas y blancas que lo adornaban y me senté en el suelo.

Marqué el número, y mi hermano me lo cogió al instante.

—¿Qué tal, hermanito? ¿Algún motivo para despertarme de madrugada?

—¿Avisarte de que ya he llegado a la isla?

—Eso podrías haberlo hecho con un mensaje —se quejó, y con razón.

—La he encontrado. —Suspiré.

—¿Y? —La voz de mi hermano sonó más despierta de repente.

—Ha salido corriendo.

Me pasé la mano por el rostro y la apreté contra mi ojo. Estaba cansado, tenía *jet lag*, había volado sin maletas e Itahisa no quería saber nada de mí.

—¿Y qué esperabas, Nahuel? ¿Que te recibiese con los brazos abiertos y volviese a engancharse a tu cuello?

—Más bien una sonrisa y un vamos a almorzar, por ejemplo.

—¿En qué planeta vives, tío?

—Nunca nos peleamos, Samuel —le recordé, cerrando los ojos.

—Desapareciste de un año para otro.

—No. Ambos fuimos dejando de hablar a la vez.

—Yo sigo felicitándola cada año por Navidad, su cumpleaños o cualquiera de las competiciones que gana —me confesó mi hermano a través del móvil.

—¿Qué? —Estaba incrédulo.

—Lo que oyes, Nahuel.

—¿Por qué nunca me lo has dicho?

—Porque dejaste de preguntarme.

—Es mi mejor amiga, Samu.

—Era —me corrigió mi hermano con la voz completamente despierta.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Nahuel, voy a dormir. Ahora estás allí, puedes hacer algo para cambiar la situación. Yo me prepararé para mañana recibir un mensaje de cabreo por su parte porque Itahisa siempre ha sido considerada y no se le ocurriría despertarme a estas horas —terminó con ironía.

—Que te den.

Colgué y me tiré de los rizos rebeldes. No tenía ni idea de que Itahisa y Samuel mantenían el contacto. ¿Qué más cosas no sabía? ¿Qué más me había perdido por pasar tantos meses en altamar?

Capítulo 39

Itahisa

Junio en Fuerteventura – 26 años

Llegué a casa y abrí el *tupper* en el que tenía cortada la sandía. Me senté en el suelo y empecé a degustarla mientras me encogía sobre las rodillas y me hacía cada vez más pequeña. Habían sido muchas las noches en las que había deseado volver a hablar con Nahuel, recibir un mensaje suyo, que me comentase que podría intentar quedar en algún lugar; aunque eso nunca pasaba. En cierto punto, había aprendido a vivir sin él, había aprendido que mi corazón siempre tendría un agujerito, pero que estaba bien, que, incluso, podría ser feliz.

Sabía que él nunca había querido hacerme daño, pero, cuando se hacía una promesa, había que cumplirla, y en su caso me falló estrepitosamente. No solo perdí a mi primer gran amor, también perdí a mi mejor amigo y mi época favorita del año; todo a la vez. Y, en aquel momento, no creía ser capaz de volver a verlo y hacer como si nada, de que el dolor no me nublase al tenerlo en frente.

Tres toques en la puerta me hicieron levantarme varias horas después y, cuando abrí, me encontré con Airam y mi hermana.

Paola se lanzó a mis brazos y me apretó todo lo posible contra sí; intentó que las lágrimas no le cayesen, pero fue imposible. Ella también adoraba a Nahuel, las Navidades y la unión de nuestras familias.

—¿De verdad está aquí? —preguntó, dando un paso hacia atrás.

—De verdad.

Parpadeó varias veces en un intento fallido y, al final, se echó a llorar de nuevo.

Paola era una mujer fuerte e independiente. Vivía sola en Madrid, estudiando Derecho, y acababa de volver a la isla para pasar las vacaciones. Siempre que podíamos, cogíamos un vuelo de una

ciudad a otra para disfrutar del tiempo juntas. Ella me complementaba en todo, me hacía pensar en cosas mundanas y aburridas pero importantes, y yo le daba ese toque fresco a su vida y la impulsaba a que intentase ser algo más salvaje. Pero, por encima de todo, ambas cuidábamos a nuestra madre. Ella en la distancia y yo en el día a día.

—Chicas, se nos van a enfriar las *pizzas*.

Airam estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo y había puesto música de ambiente de fondo con varios surfistas.

Nos sentamos a comer y Airam intentó romper el silencio varias veces, pero era imposible que Paola o yo nos concentráramos en ninguna conversación.

—¿Para qué habrá venido? —pregunté al fin cuando había pasado un rato desde que nos habíamos comido las *pizzas*.

—Ni idea —me aseguró mi amigo—. Se ha ido de la clase de *kitesurf* antes de empezar.

Me mordí el labio, nerviosa, e intenté imaginar qué lo habría traído a este trozo minúsculo de tierra en mitad del océano. Quizás sería alguna de sus exploraciones, quizás se iba pronto, quizás había perdido la oportunidad de verlo, aunque fuese durante un instante.

—Itahisa, sal de esa maraña de pensamientos —añadió Airam—. Has reaccionado de un modo completamente normal, y no sabemos qué va a pasar, pero, al final, todo estará bien.

—Airam, no puedo con más dramas en mi vida. Ahora no.

—Lo sé.

Mi hermana se acercó para abrazarme, y yo me apoyé en su hombro.

—Y siento que la presencia de Nahuel solo añadiría eso: dramas.

—Pues entonces trata de descansar y no le des demasiadas vueltas —musitó mi amigo.

Volteé los ojos hasta el techo blanco de mi pequeña casa y pensé «como si fuera tan fácil».

Capítulo 40

Nahuel

Junio en Fuerteventura – 26 años

Mis maletas llegaron a los tres días, así que tuve tiempo más que suficiente para hablar con el departamento de biología marina de la Universidad de Las Palmas y empezar a planear de forma más seria las primeras expediciones al azul para estudiar a los calderones.

En el aeropuerto, contacté con mi grupo de investigación y me informaron de que mi velero también estaba en camino. Llegaría a la semana siguiente. Se me hizo muy extraño dormir en la tierra, sin vaivenes de mareas ni gaviotas como compañeras de desayuno, almuerzo y cena.

Una vez hube recuperado mi equipaje, me embadurné en crema, me puse mi gorra y volví a acercarme a Cotillo. Había pagado un curso de *kitesurf* de un mes entero y a ese ritmo lo iba a perder.

Volví a llegar algunos minutos antes, pero, esta vez, también había un par de chicas esperando. Itahisa estaba haciendo varias piruetas en el agua, y Airam y varios más estaban silbándole sin parar.

No necesité ponerme la mano como visera para presenciar el tremendo espectáculo que estaba dando en la playa. Decidí apartarme y observarla, escondido, tras varias rocas. No quería que me viese y se volviese a caer.

Había visto muchos vídeos de Itahisa haciendo *kitesurf*, desde que empezó hasta que se convirtió en una campeona a nivel europeo, pero no había comparación alguna con verla en persona.

¿Por qué habría tardado tantos años en permitirme esto? ¿En volver a verla? ¿En gozar de esta manera al observarla fundirse con el mar, el aire y las olas?

—Y esta, señoras y señores, es la profesora que vais a tener este verano. ¿No me digáis que no sentís que vais a ser los mejores

kitesurfistas cuando acabéis el curso? —bromeó Airam, esperando a Itahisa para salir del agua de la mano.

Itahisa le sonrió con todos los dientes y pude ver bien su rostro después de nueve años. Bañado en pecas en la nariz y los mofletes, el pelo mucho más largo de lo que lo había tenido nunca, un arito adornándole la nariz y… mi collar. El tiburón ballena que le había regalado hacía tantos años seguía apoyado en su pecho.

El corazón comenzó a martillearme, y salí de mi escondite.

Itahisa se percató de mi presencia al instante, como si un viejo imán nos atrajese todo el tiempo, y esa sonrisa que tenía desde que había salido del agua desapareció. Sin embargo, esta vez, no huyó.

—Gracias a todos. —Alzó la voz, volviendo a mirar al grupo, y descubrí que hasta esta le había cambiado. Tenía un tinte más adulto, algo más grave, más seria a pesar de que estaba sonriendo.

—Vamos a empezar con la clase. Algunos ya habéis venido varios días, así que podéis ir cogiendo el material e iros preparando. Os meteréis al mar con Airam. Los otros, quedaros en la arena; empezaremos de cero. Hoy hay bastante viento, así que, quizás, no entremos al agua.

En ningún momento me miró a mí mientras hablaba, pero supe que, a pesar de todo, estaba dispuesta a enseñarme. Yo había pagado ese curso como cualquier otro alumno y era mi derecho, pero podría haberse ido ella con los que iban al agua y, sin embargo, decidió quedarse en tierra conmigo, donde tantas horas habíamos pasado juntos y donde tan raro parecíamos sentirnos ambos en aquel momento.

—Id acercándoos y diciéndome vuestra edad, peso y altura para que busque una cometa adecuada para cada uno.

Solo éramos tres los que empezábamos aquel día; no obstante, decidí esperarme hasta que la pareja que me acompañaba dio sus datos. Itahisa volvió con dos cometas verdes fosforescentes y una más pequeña. Hacía mucho viento y parecían pesar un quintal. Quise acercarme a ayudarle; sin embargo, sentí que mejor me quedaba donde estaba.

Volvió a coger la libreta y, ahora sí, alzó la mirada hacia mí. Sus ojos marrones se enraizaron con los míos y se me secó la boca. El

pelo más claro de lo que lo recordaba le golpeaba la cara a causa del viento y, en ese momento, solo quise abrazarla.

—Nahuel —inició con resquemor—. Peso, altura y edad. Bueno —se corrigió—, peso y altura.

Capítulo 41

Itahisa

Junio en Fuerteventura – 26 años

—Uno ochenta y ochenta y un kilos —respondió, suave, agachándose, cerca de mi oído. Terminé rompiendo el papel sobre el que escribía y levantándome de golpe. Necesitaba mantener la distancia.

Entré en la escuela y busqué una cometa adecuada para él. La última vez que lo había visto había sido alto, pero había seguido creciendo algo más. Por suerte, yo también. En aquel momento, podía poner sola la estrella en el árbol. Ya no necesitaba a ninguno de los hermanos.

Agarré la cometa contra mi pecho y apoyé la espalda en la pared.

—Dale una oportunidad —me pidió Samuel cuando lo llamé, exigiéndole explicaciones.

—No soy capaz.

—Él dice que nunca os peleasteis.

—Habría preferido mil veces los gritos y los reproches a ese silencio ensordecedor. A perdernos como lo hicimos. Era mi todo, Samu.

—Y ese fue el principio de tu error. Solo tú debes ser tu todo.

Escuché el bullicio de los pitidos de los coches y me lo imaginé andando por alguna nueva ciudad entre rascacielos, reuniéndose con una nueva empresa a la que hacerle otro edificio de lo más moderno.

—¿Dónde estás ahora?

—Mar del Plata —añadió algo más alto para que pudiera entenderlo.

—Está bien. Ten un buen día.

—Tú también. —Hizo una larga pausa antes de continuar—: Dale una oportunidad; y ni siquiera lo hagas por él, hazlo por ti. Porque,

si no lo haces, siempre te preguntarás qué podría haber pasado.

Apreté el móvil contra la oreja mientras me acurrucaba en el sofá. Samuel me conocía tan bien…

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—No lo sé, pero parece que un año mínimo.

Un año viviendo en el mismo lugar que Nahuel. Estuvimos juntos diecisiete años, unas dos semanas al año. Toda una vida que, si la unía, no sería ni un año. En aquel momento, podría tener todo ese tiempo y más junto a él.

Un año al lado de Nahuel. La Itahisa de diecisiete años no cabría en sí de felicidad; la de veintiséis, solo pensaba en si conseguirá sobrellevarlo sin perderse de nuevo por el camino.

—Está bien; al menos, voy a intentar tolerar su presencia —respondí medio susurrando.

—Te he oído. Gracias. Estoy aquí para lo que necesites. Tienes permitido hasta llamarme en mitad de mi madrugada.

Me reí y le agradecí al cielo que Samuel nunca nos hubiese abandonado a ninguna de las dos.

—Hasta luego. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, pequeña. Tú puedes.

Continuaba apoyada en la pared, apretando demasiado fuerte la cometa, recordando la conversación y preguntándome si de verdad iba a poder cuando oí los pasos de alguien que entraba.

—¿Itahisa?

El corazón se me paró para luego galopar. Su voz continuaba siendo la misma; algo más madura, con un deje más grave y seguro, pero habría reconocido esa forma de llamarme en cualquier lugar y parte del mundo.

—Ya voy —alcé la voz, tratando que sonase contundente.

—¿Te ayudo?

—No hace falta.

Respiré hondo y salí de mi escondite.

Me enfrenté a la mirada de Nahuel. Esos ojos verdes grisáceos que siempre me habían parecido los más bonitos del mundo me miraban, insondables.

—Itahisa. —Volvió a pronunciar mi nombre con cierto anhelo.

—Vamos. Nos están esperando para empezar la clase.

No sé de dónde saqué esa falsa seguridad, pero conseguí pasar por su lado sin que me fallasen las rodillas y volver a la playa.

Me tocaba saltar la ola más grande y complicada de mi vida.

Capítulo 42

Nahuel

Junio en Fuerteventura – 26 años

Estábamos sentados en la playa, escuchando cómo Itahisa nos explicaba que el *kitesurf* era un deporte relativamente fácil de aprender, ya que después de un par de días la mayoría de las personas solían poderse poner de pie en la tabla. Además, era más seguro de lo que parecía desde fuera. Si hacíamos las cosas correctamente, no tenía por qué pasar nada. El riesgo siempre estaba en el viento y las fuerzas naturales del agua.

Yo trataba de escucharla con atención, pero mi mente se iba una y otra vez a los momentos que habíamos compartido hacía casi una década y, me parecía increíble tenerla delante, ya hecha toda una mujer profesional, una gran deportista…

Pisaba la arena con fuerza y desprendía una confianza en sí misma digna de admirar mientras seguía añadiendo adjetivos positivos al deporte que tanto amaba.

—Es muy dinámico, así que siempre estaréis en movimiento y, si al final os engancha, veréis que siempre se están aprendiendo trucos nuevos. Nunca llegas a decir «ya lo sé todo».

Desvió la mirada al océano un instante para ver cómo iban los compañeros y sonrió al ver a la mayoría encima de la tabla. Ninguno saltaba ni hacía gran qué, pero estaban encima.

—Os lanzo una pregunta. ¿Cuáles son los materiales que necesitamos para hacer *kite*?

—Una cometa —respondió la chica.

—Y una tabla —añadió el chico.

—Muy bien. Estas cometas son *freeride*. Ideales para empezar porque vienen muy bien reforzadas y son fáciles de realzar en el agua. Además, si os caéis y soltáis la barra, pierden por completo toda la potencia.

Mis dos compañeros asentían, muy atentos, pero yo seguía despistándome con la voz de Itahisa, el pelo de Itahisa, el cuerpo de Itahisa, la luz que desprendía Itahisa…

—Con respecto a la tabla, la más utilizada es la *twintip*. Es bidireccional, así que podemos navegar en ambos sentidos sin que haga falta modificar la posición de nuestros pies. Es una tabla simétrica.

—¿Qué tal? ¿Vais bien?

En ningún momento me miró fijamente mientras lo preguntaba, pero, tras ver que yo no asentía, levantó las cejas.

—¿Nahuel?

Escuchar mi nombre en sus labios me hacía sentir tan fuera de lugar que no contesté.

—Ey, ¿estás enterándote de lo que digo? —Su tono de voz se volvió algo más suave.

—Sí, sí…

Arrugó la frente y me preguntó esta vez solo a mí.

—¿Qué más nos hace falta además de una tabla y una cometa?

—El sistema de control y el arnés —añadí, enraizando mis ojos en los suyos, porque eran demasiadas las veces que me había explicado todo esto, rodeados de nieve o escuchando la lluvia en las casas de nuestros abuelos.

Asintió, y noté cómo sus piernas perdían algo de esa seguridad que parecían tener. Terminó de explicar los tipos de arnés que existían, nos comentó que nosotros usaríamos el de asiento y empezamos a aprender a dirigir la barra de *kitesurf*, que, al final, sería lo que nos salvaría de perder el control y tener un gran accidente.

Tratamos de levantar la cometa e intentar mantenerla en el aire varios segundos. La idea era conseguir que fuesen varios minutos, pero ninguno de los tres estábamos muy luchos.

Itahisa se acercó a mí después de que se me cayese unas cinco veces.

—Vamos a intentar levantarla juntos.

Se puso detrás de mí, muy pegada a mi cuerpo y, a pesar de sacarle unos cuantos centímetros, parecía sobresalir sin problemas.

—Vamos. —La voz le flaqueó y me di cuenta de que estaba tan nerviosa como yo.

—Itahisa…

—Nahuel, venga. A la de tres nos agachamos y la levantamos.

—Itahisa… —Traté de que se detuviese un momento, de que me mirase, de que quisiera hablar conmigo sobre cualquier cosa que no estuviera relacionada con esa clase.

—Uno, dos, tres. —Me ignoró.

Conseguimos levantar la cometa juntos y, rápidamente, me empujó por los hombros, echándome hacia atrás.

—Mantén el peso hacia atrás. Haz fuerza con el abdomen, venga.

Traté de hacer todo lo que me decía, pero concentrarme me era demasiado complicado a su lado.

—Nahuel. —Posó sus manos en mi vientre plano—. Fuerza. Aquí. Ya.

Fracasé estrepitosamente, pero, en mi defensa, no me esperaba que su cuerpo volviese a acariciar el mío, y menos aún la segunda vez que nos veíamos.

Cuando alcé la mirada hasta su rostro, después de ver la cometa en el suelo, Itahisa estaba apretando los labios y parecía contener una sonrisa.

—Lo siento…

—Está bien. Inténtalo de nuevo. Sabes izar velas, esto no puede ser tan complicado.

Y, no, no lo era. El problema era que quería aprender *kitesurf*, pero, sobre todo, quería hablar con ella; y no podía concentrarme en dos tareas tan complicadas a la vez.

Capítulo 43

Itahisa

Junio en Fuerteventura – 26 años

Terminamos la clase sin ningún accidente, tanto dentro como fuera del agua, lo que era nuestro logro diario. Airam me chocó los cinco antes de despedirnos de nuestros alumnos y empezar a recoger.

—¿Os ayudo?

Me tensé y dejé que Airam contestase por mí. Había tenido demasiado de Nahuel aquel día.

—No te preocupes, nosotros lo hacemos.

—De verdad, no me cuesta nada.

—Nahuel, vete a casa, nos vemos mañana —supliqué, agachándome para recoger una de las cometas.

—La única casa que tengo en esta isla eres tú.

Apreté el intradós y las lágrimas se me agolparon en los ojos. No tenía derecho a decirme algo así. Yo lo sabía y él también. Lo odié un poco más por ello.

—Nahuel —comenzó Airam—, será mejor que te vayas. Nos vemos mañana.

Recogimos en silencio, le quitamos la sal a todo el material, desinflamos las cometas y lo dejamos todo listo para mañana. Airam puso música de *El vega life* para intentar levantarme los ánimos y algo consiguió; lo malo era que la tarde no pintaba mucho mejor.

Cogimos nuestros *skates*, me puse una sudadera celeste y paramos a comprar un par de cervezas tropical.

—¿Cómo sigue? —Quiso saber Airam mientras íbamos uno al lado del otro con los *skates*.

—Como siempre, no cambia. Estoy empezando a pensar que voy a tener una madre depresiva toda mi vida. —Me encogí de hombros y avancé algo más rápido con el *skate*.

—Nada dura toda la vida, ya deberías saberlo.

Le saqué la lengua y me fui más rápido.

Necesitaba unos segundos de soledad antes de ir a ver a mi madre y, por suerte, él lo sabía.

***

—¿Mamá? —Entré en la que había sido mi casa hasta hacía dos años y la busqué.

—Cariño, aquí abajo —gritó con cierta alegría y quise pensar que, quizás, ese día estaba mejor.

Estaba fregando con unos pantalones desgastados, el moño mal hecho y música de fondo.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bien, bien. ¿Tú qué tal?

¿Podría hablarle a mi madre de cómo me sentía en ese momento? ¿O solo añadiría un motivo más por el que verla llorar? Decidí intentarlo.

—Ahí voy…

Mi madre soltó la fregona y me miró. Se dio cuenta de que algo me pasaba y se sentó conmigo en el sofá.

Sus ojos hundidos, como de costumbre, me preguntaron en silencio, y yo empecé a hablar:

—Nahuel está en la isla.

La sorpresa en su rostro me confirmó que no estaba loca. Para ella también fue algo completamente inesperado, algo que nunca pensamos que fuese a suceder.

—Y se ha apuntado a mis clases de *kitesurf*.

—Itahisa… —Me abrazó fuerte con su cuerpo delgado, y sentí los huesos de su espalda.

—Sí.

—¿Y cómo lo ves?

—Parece que está bien. No sé. No sé qué hace aquí. No sé por qué ha venido y no sé qué pretende.

—¿Y te apetece descubrir las respuestas a todos esos «no sé»?

—No lo sé —dije con una pequeña sonrisa—. La verdad es que ahora mismo no lo sé. Ha pasado demasiado tiempo, mamá, demasiadas cosas. Ya no es mi persona favorita en el mundo y, sobre todo, ya no confío en él.

—La vida es sabia, cariño. Si te ha traído de vuelta a Nahuel, será por algo.

—¿Tú crees?

—Sí, todo pasa por algo.

Me alejé de su abrazo y la miré. Parecía tan frágil. «Qué fácil es dar consejos a los demás», pensé. Si todo pasa por algo, me encantaría que se aplicase ese cuento.

—¿Y tú cómo llevas el día?

Vi que se le aguaban los ojos nada más que terminé la pregunta y me di un bofetón interno. ¿Para qué pregunté? Quizás porque parecía que era uno de los buenos.

—Ahí voy. ¿Cómo está tu padre?

—Bien, mamá, trabajando, con su moto…

Asintió y volvió a abrazarme.

—¿Quieres quedarte a cenar? He hecho albóndigas en salsa de almendra. Tu hermana me dijo que hoy llegaría pronto. Así cenamos las tres juntas, como antaño.

—Vale, me quedo. ¿Te ayudó a limpiar mientras?

—No hace falta. Tú túmbate en el sofá y descansa.

Mi madre no paró ni un segundo hasta que llegó mi hermana y, aunque traté de ayudarla con la lavadora, me sacó toda la ropa para colocarla como ella quería.

Airam decía que las cosas no duraban para siempre, pero no creía que llegase el momento en el que mi madre aprendiese a delegar, tampoco en el que volviese a sonreír con los ojos.

Capítulo 44

Nahuel

Junio en Fuerteventura – 26 años

El mejor momento de cada día eran mis clases de *kitesurf*. No solo porque veía a Itahisa, sino porque estaba en contacto con el agua. Me sentía tan extraño en aquel hotel lujoso que habían elegido para mí mientras llegaba mi velero. No se movía; todo estaba estático y colocado perfectamente en su sitio; todo era demasiado limpio, carente de vida, de personalidad.

—Hoy lo has hecho mejor —me felicitó Itahisa, pillándome por sorpresa. En toda la semana no habíamos compartido más que dos o tres frases, siempre ligadas al aprendizaje, y los últimos días había sido Airam quien había estado más rato conmigo.

—Gracias —le confesé con una sonrisa.

—Has conseguido hacer el *waterstart* varias veces. Dominando esa técnica, todo irá mucho mejor en adelante.

—Estoy reventado. No he tragado tanta agua en mi vida, pero contento, sí. Siento que los brazos y el abdomen me van a explotar.

—No es fácil mantener la cometa a las doce, flotar sobre tu espalda con las piernas flexionadas, los pies dentro de los *straps* y tu tabla a favor del viento. Así que siéntete orgulloso.

La miré, dudoso de si responderle con una frase más larga, asentir e irme, entablar una conversación o esconderme bajo una roca y gritar de alegría porque me estaba tolerando. Y entonces la vi agarrarse mi collar con un gesto completamente involuntario y decidí atreverme.

—¿Quieres hacer algo ahora?

—¿A qué te refieres? —Cruzó y descruzó las piernas varias veces.

—¿Cenar?

Noté el nerviosismo en cada poro de su rostro, y pensé que me iba a decir que no.

—Está bien. Pero debería ir a ducharme.

—Estás preciosa así.

El labio inferior le tembló y agarró más fuerte el collar. Me pregunté si era consciente de ese simple gesto conmigo delante.

—Quiero ducharme, igualmente. ¿Nos vemos en un par de horas?

—De acuerdo, ¿dónde?

—¿En el faro?

Asentí y se metió para dentro de su escuela.

Tenía que llamar a Samuel, ya. No podía cagarla; quizás, esa era mi única oportunidad.

***

—¿Qué pasa ahora, hermanito?

—Voy a cenar con Itahisa en una hora y media —contesté sin rodeos.

—Hostia puta.

—Sí.

—Solo te ha costado un par de semanas. Estoy orgulloso de ti.

—Pues yo estoy asustado. ¿Hay algo importante que debería saber?

—¿Me estás pidiendo que te haga un resumen de los últimos nueve años de su vida?

—Básicamente. Aunque creo que los últimos siete serían suficiente.

—Me da a mí que no. Vas a tener que descubrirlo tú por tu cuenta.

—Samuel… No seas así.

—Es lo que hay. Si te vas, lo haces con todas las consecuencias.

—La veo más triste, Samu. Solo parece estar bien cuando está en el agua.

—Ya.

—¿Por qué?

—Te lo repito: búscate la vida para que te lo cuente ella.

—Idiota.

Me colgó el teléfono y, cuando lo volví a llamar, no me contestó. Sería cabrón.

Apreté el acelerador y llegué lo más rápido posible a mi aburrido hotel. Me arreglé y, en un santiamén, estaba volviendo en dirección al faro.

Itahisa ya estaba allí, vestida con unos vaqueros claros, unas Vans de cuadrados blancos y negros y una camiseta celeste de tirantillas que le quedaba espectacular.

—Hola —la saludé al bajar del coche.

—Hola.

Capítulo 45

Itahisa

Junio en Fuerteventura – 26 años

Nahuel bajó del coche y me permití, por primera vez desde que lo había visto, observarlo varios segundos seguidos. Adoraba sus caracoles y sus ojos verdes grisáceos, además de esa sonrisa canalla que me dedicaba desde pequeños y que empezó a gustarme demasiado en la adolescencia. Sin embargo, sus cejas gruesas y su barba de pocos días eran rasgos de él que no me eran tan familiares, al igual que pasaba con el tatuaje de una ballena que llevaba en el antebrazo y el anillo de metal en su dedo índice.

Escuché un carraspeo y me obligué a parpadear y a apartar la vista. No obstante, Nahuel se acercó a mí y, sin previo aviso, me achuchó entre sus brazos. Volví a tardar unos segundos en reaccionar.

—No —casi grité dando un paso, y alejándome.

Perdió la sonrisa y se rascó el lateral de la cabeza.

—Perdona —dijo sin abrir los labios. Esos labios suaves, carnosos y fresquitos que tanto llegué a amar.

Sacudí la mano, tratando de restarle importancia. No quería que el encuentro se volviese demasiado raro y, la verdad, iba de culo; pero, en mi defensa, él tampoco estaba ayudando mucho. ¿Quién se creía que era para abrazarme de ese modo?

—¿Vamos? —Traté de sonar segura de mí misma.

Abrió su brazo, invitándome a pasar por delante de él, y así lo perdí de vista los minutos que tardamos en llegar al chiringuito. Cuando nos sentamos frente al mar, aprecié sus bermudas blancas y su camiseta celeste. Habíamos elegido el mismo color de vestimenta. El azul era nuestra identidad, el mar nuestra vida, y eso, no parecía haber cambiado.

Ojeamos la carta o, mejor dicho, la ojeé yo porque Nahuel no paraba de mirarme, con la mano apoyada en la cabeza. Tras pedir unas cervezas tropicales bien frías, unas papas arrugadas y unos pimientos de Padrón, se hizo el silencio en la mesa.

—¿Cómo estás? —lo rompió Nahuel.

Su pregunta englobaba demasiado, y no estaba preparada para responderla. Mentirle me parecía mal, pero tampoco veía como una opción contarle la verdad.

—¿Qué especie de ballena es? —Decidí cambiar el tema a algo más sencillo. Ya sabía la respuesta, pero quería que me respondiese.

Nahuel tragó, y el movimiento de su nuez me gustó demasiado; apretó su mandíbula cuadrada y trató de sonreír.

—Ballena franca austral.

—Te queda muy bien. ¿Son tus favoritas?

—Mis favoritos siempre serán los tiburones ballena. —Sus ojos eran demasiado, sus respuestas eran demasiado no iba a aguantar la cena.

Bajé la mirada a mi collar y acaricié la piedra por inercia, pero, esta vez, no me relajó.

Tomé una respiración profunda y volví a hacerle otra pregunta:

—¿Entonces por qué te tatuaste la franca austral?

—¿Has oído hablar de la península de Valdés?

Negué con la cabeza, mintiéndole estrepitosamente, pero intuía que podríamos tener un buen tema de conversación, uno más sencillo, uno que ni dolía ni rasgaba el pecho.

—Cuando terminé la carrera, fui de viaje allí. Me pareció increíble cómo protegen y conservan las ballenas. Desde el hotel puedes escuchar los soplos sin parar…

Nahuel continuó hablando y yo traté de seguirle, de estar atenta, de que mis manos dejasen de sudarme sobre los muslos, pero no lo conseguí. En mi cabeza, dos cosas rumiaban sin parar: qué hacía allí y por qué seguía gustándome tanto.

Capítulo 46

Nahuel

Junio en Fuerteventura – 26 años

—Solo una embarcación puede salir al día. Así, la interacción con la ballena es muchísimo mejor, se vuelven superjuguetonas…

La cara de Itahisa parecía pedir auxilio. Ya la había visto huir de mí, pero, hasta aquel momento en el que estábamos hablando de algo que nos apasionaba a los dos, no fui realmente consciente de la distancia que nos separaba. El mar y sus animales habían sido nuestra unión desde la infancia; todavía conservaba el peluche de ballena que había pedido a los Reyes para mí. Este seguía vigilando el colchón del camarote de mi velero.

Y verla tan incómoda en mi presencia me rompió el corazón y me hizo pensar, por primera vez, que quizás no había hecho las cosas del todo bien; que quizás al querer perseguir tanto mi sueño había sido algo egoísta.

La comida llegó y desvié la vista unos segundos a las olas. El mar estaba bravo aquella noche, parecía enfadado, gritaba al cielo que le dejase, pero el cielo lo seguía cubriendo. Volví a mirar a Itahisa, quizás un enfado habría sido mejor.

…

En la cena, Itahisa habló entre poco y nada; y, al final, comimos con las olas de fondo. Cuando salimos del chiringuito, sentía que estaba perdiendo la oportunidad de que, si nos alejábamos esa noche, volver a ser Itahisa y Nahuel, los amigos favoritos del mundo, sería completamente imposible.

—Lo siento —expulsé.

Itahisa alzó la mirada y se abrazó a sí misma, protegiéndose del viento.

—¿Por qué?

—Por todo; lo siento mucho, Itahisa.

—¿Por qué has vuelto, Nahuel?

—Tengo una investigación…

Itahisa no me dejó acabar. Se dio media vuelta y, cuando la seguí y la agarré del brazo, se zafó de un tirón y salió corriendo.

Me pasé las manos por los rizos y grité al cielo. La había perdido. La había perdido para siempre.

Capítulo 47

Itahisa

Julio en Fuerteventura – 26 años

Adoraba mi trabajo. Mi escuela de *kitesurf* era de lo que más orgullosa me sentía en la vida. Sin embargo, ese verano estaba siendo demasiado. No obstante, en un par de clases más, Nahuel terminaría su curso y, al fin, podría volver al mar y a la escuela sin sentirme tan nerviosa.

—Buenos días. —Abracé a Airam con mejores ánimos y me fui al fondo de la caseta a buscar mi cometa.

—Itahisa, ven, anda.

Su voz me preocupó, y giré sobre mis pasos en un santiamén.

—¿Qué pasa?

—Nahuel ha pagado otro mes más de curso.

Se me cayó el alma a los pies. No iba a poder librarme de él por más que quisiera.

—¿Por qué?

—Me comentó que todavía le falta mucho para llegar a ser como tú.

Lo miré, incrédula, y me pasé las manos por el pelo, alzándomelo en una coleta alta.

—Ni pasándose todo el año en clases llegaría a ser como yo —musité, fastidiada.

—Mejor no tientes a la suerte.

Volví al interior de la caseta e inflé mi cometa. Hacía más de tres semanas del encuentro con Nahuel. Desde entonces, nuestras interacciones se habían basado exclusivamente en enseñarle a hacer *kitesurf*. Una parte de mí sentía mucha tristeza: durante años me había imaginado enseñando a Nahuel mi deporte favorito y nunca había pasado por mi mente que fuese a ser en esas condiciones. Pero no estaba preparada para compartir tiempo con él. La cena

había sido asfixiante; ya no me reconocía estando con él. En nueve años habían pasado demasiadas cosas que no podía pasar por alto, pero, sobre todo, me mató el hecho de que para haber tenido que visitar mi trozo de tierra del mundo hubiese tenido que necesitar una investigación.

En su vida él tenía demasiadas cosas que estaban por encima de mí y, en ese momento, a mí me pasaba igual. Nahuel ya no era mi todo y, sin duda, no quería que volviese a convertirse en eso, pero no me fiaba demasiado de mí; no cuando, al verlo, descubrí que seguía queriéndolo tantísimo.

***

El grupo de la mañana fue muy bien y el de esa tarde me lo salté. Iba a merendar con mi padre y llevaba días esperando ese ratito. Se había ido varias semanas con la moto hasta Cabo Norte y tenía muchas ganas de que me contase sus aventuras.

Mi padre, Eduardo, era clave en mi vida. Hacía un año que había tenido que ayudarlo a recoger todas las cosas de nuestro antiguo hogar porque mi madre le había pedido que se fuera de casa. Honestamente, para Paola y para mí había sido un alivio; hacía demasiado tiempo que las cosas iban mal, que entre ellos ya no brillaba esa magia que recuerdo de mi infancia y mi adolescencia. Sin embargo, eso no había hecho menos duro el momento de verlo sacar todo de su armario con suma rapidez, sin pensar ni detenerse en nada, ni tampoco el camino en coche hasta el nuevo piso que había alquilado mientras lo acompañábamos, cargadas con las pertenencias de toda una vida.

Pero, a pesar de todo, estaba saliendo adelante y estaba tremendamente orgullosa de él. Así que pasar tiempo con mi padre era primordial para mí, y Airam lo sabía y, como siempre, estaba ahí para sustituirme y abarcar él los grupos enteros cuando yo lo necesitaba.

Tardé pocos minutos en llegar con mi *skate* a la cafetería en la que habíamos quedado, donde mi padre ya estaba esperándome. Su puntualidad excesiva era algo que me alegraba de no haber heredado.

Me dio un abrazo que sabía a hogar y a calma en mi corazón, y comenzamos a hablar. Me explicó que en Francia había tenido que soportar mucho viento por la autovía, pero que, quitando ese tramo, todo había ido más que bien. Me mostró varias fotos de Cabo Norte, de sus paisajes verdes y espectaculares, y me trajo un imán de la bola del mundo típico de la zona.

Le prometí que, en algún momento de mi vida, me uniría a él en un viaje en moto. Quizás cuando mi madre estuviese algo mejor.

—¿Y vosotras cómo estáis? —preguntó, pasándose la mano por su cabeza sin pelo y sonriéndome.

En verdad, sabía que lo que quería saber era si las cosas con mi madre iban algo mejor, pero decidí tomarme la pregunta al pie de la letra y hablarle de Nahuel; de todas formas, mi madre continuaba igual.

—Nahuel está en la isla.

La cara de asombro de mi padre merecía haber sido inmortalizada.

—¿Qué me dices? ¿Ha pasado algo grave?

Me pareció hasta gracioso que mi padre pensase que, para que Nahuel hubiese decidido venir a nuestro lugar, algo malo tenía que haber pasado.

—No, una investigación sobre no sé qué. Se va a quedar un tiempo largo.

—¿Y tú cómo estás? ¿Cómo os habéis visto?

—Se ha apuntado a mis clases de *kitesurf*. Apareció, así como si nada —añadí con más valentía en mi voz. Sabía que mi padre me entendería.

—Hay que fastidiarse. Este chico no tiene ni idea de lo que te ha hecho, ¿verdad?

—Parece que no.

Nos terminamos de tomar los cafés y nos quedamos unos momentos en silencio mirando nuestra playa. Aquella que nos había

hecho unirnos al máximo. Cotillo era nuestro hogar.

—¿Te apetece que vayamos a Costa Calma a ver la competición de *kite*? —me preguntó con una sonrisa.

—Sí, ya que ahora no compito, puedo disfrutarla con más calma.

—No compites porque no quieres —me recordó, achicando los ojos marrones.

—Lo sé, lo sé.

Seguimos hablando un rato más y, antes de despedirnos, nos volvimos a fundir en un abrazo.

—Estamos bien, papá. Mamá tiene sus días, como siempre, pero ahí vamos.

Él me respondió achuchándome más fuerte.

—Lo único que no tiene solución es la muerte, cariño, y Nahuel está vivo y está aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Que vivir con dolor y rencor es una mierda. Que hagas lo que te salga del corazón, no vaya a ser que te arrepientas luego.

Me alejó y me miró con ternura.

—Te queda bien esa barba blanca, empiezas a parecerte al abuelo. —Fue mi respuesta antes de girarme y alejarme con el skate.

Capítulo 48

Nahuel

Julio en Fuerteventura – 26 años

Si algo me caracterizaba en la vida, era mi tenacidad por hacer aquello que me proponía. Tomar decisiones ante cosas sencillas me costaba, pero ante propósitos de vida, lo tenía claro. Por eso, después de empezar mis clases de *kitesurf* me había propuesto dos cosas: ser el mejor alumno que Itahisa hubiese tenido y conseguir que sonriese con todos los dientes en mi presencia.

Por ahora, iba de culo, pero, oye, no me rendiría. Había sido capaz de lograr casi todo lo que me había propuesto hasta ese instante, así que seguiría insistiendo, costase lo que costase.

Después de mi primer mes en el curso, ya era capaz de mantenerme en la tabla, aguantar la cometa y cambiar de dirección. Notar cómo había progresado me hacía sentir muy orgulloso de mí mismo; además, pasar tanto rato en el agua me ayudaba porque el hotel que iba a dejar, por suerte, aquella tarde, me desesperaba.

—Buenos días —saludé a Itahisa cuando llegué más temprano de lo usual y la encontré inflando las cometas.

Esta alzó el rostro y pronunció un escueto «hola» antes de bajar la cabeza y cubrirse con otra de sus gorras de visera plana.

—Me gustaría empezar a aprender algunos trucos —le confesé, agachándome a su lado y buscando su mirada huidiza.

La sorpresa se reflejaba en sus pupilas negras y su expresión de cautela.

—¿Y eso?

—Recuerdo cuándo me contaste lo increíble que había sido la primera vez que hiciste un *grabs*. Estábamos frente a la chimenea de la casa de mis abuelos, acabábamos de llegar de comprar con nuestros padres la cena de Nochevieja y tú me pusiste un vídeo tuyo en el que te soltabas de la barra y agarrabas la tabla. Estabas tan

contenta relatándome lo poderosa que te habías sentido… Me gustaría sentirme así también.

Itahisa se quedó en silencio varios segundos que parecieron minutos. Me miraba con los labios apretados, y el pequeño aro en su nariz brillaba a causa del reflejo del sol.

Quizás ella quisiera olvidar todo lo que habíamos vivido, pero para mí era imposible. Pensaba dejarle muy claro que me acordaba de todos y cada uno de los momentos que habíamos compartido.

—Has pagado otro mes más de clases, ¿verdad?

—Sí, pero, me gustaría tener clases privadas. ¿Es posible? Airam no quiso responderme.

—Sí, es posible —añadió de forma escueta.

—Y quiero tenerlas contigo.

Su expresión se tornó incómoda de nuevo y presencié el debate en su rostro.

—Está bien. Tendremos clases privadas y te enseñaré todos los trucos que seas capaz de lograr.

Una sonrisa me bañó el rostro, y aplaudí internamente.

—Te quiero… —se calló, y yo abrí los ojos de forma exagerada— te quiero aquí a las ocho todos los días —dijo con la voz entrecortada.

—Está bien, pero en septiembre empiezo a trabajar.

—A las ocho o nada, Nahuel.

Asentí. Ya vería cómo la convencería. En aquel momento, tenía un par de meses para seguir aprendiendo y mi barco llegaba esa misma tarde.

Me quité la camiseta ante la atenta mirada de Itahisa y comencé a embadurnarme en crema solar. Ese día sería mi última clase grupal; quería demostrarle que le merecería la pena apostar por mi aprendizaje.

***

El camino hasta Puerto del Rosario se me hizo tranquilo en la guagua. Mi velero ya estaba ahí; al fin dormiría en mi casa. Los trámites para recogerlos no se demoraron, y esa misma tarde ya estaba navegando hacia Cotillo. Al sentir el viento fresco en el rostro, grité de alegría. Para mí, la felicidad se resumía rápido: mar, veleros y animales; no importaba el lugar del mundo en el que estuviese. Si tenía esas tres cosas, me sentía pleno.

Salí del puerto de Cotillo hacia el hotel para recoger todas mis cosas y dejar la habitación y, volviendo hacia mi velero, me detuve en un rostro conocido. Unos ojos verdes oscuros, un pelo largo y rubio, una sonrisa bonita y una vestimenta de lo más elegante.

Corrí unos metros hasta alcanzarla y, sin pensar en lo que estaba haciendo, tiré de su brazo.

Paola se dio la vuelta, dispuesta a gritar al hombre que se había atrevido a agarrarla de aquel modo, pero, cuando me vio, se llevó las manos a la boca y los ojos se le aguaron. Sí que había crecido.

—¿Nahuel? —preguntó con cierto titubeo.

—Él mismo.

Quería abrazarla, chincharla, meterme con ella o hacer algo que me recordase a nuestros momentos juntos, pero, al verla tan nerviosa, tan dubitativa como su hermana, tan triste y sorprendida, mi alegría del día se disipó.

¿Tan mala persona había sido?

Capítulo 49

Itahisa

Julio en Fuerteventura – 26 años

Paola aporreó mi puerta mientras estaba en el sofá viéndome un documental sobre un grupo de equilibristas que practicaban salto con cuerdas en los parajes de los Pirineos.

Al abrirle, la noté ansiosa.

—¿Mamá está bien? —inquirí con un repentino nudo en el pecho.

—Sí, sí. He visto a Nahuel.

—Ah…

Volví al sofá y pausé el documental. Paola empezó a caminar de un lado al otro de la estancia. Llevaba unos tacones preciosos y una falda entubada.

—No ha cambiado casi nada —comentó al aire—. Bueno, sí, está más hombre, pero, sigue siendo él, tal cual, tal y como lo recordaba. Y está aquí, como tú me habías dicho y…

—Paola, ¿quieres tranquilizarte?

—Itahisa, tu Nahuel está en la isla.

—¿Es que no me escuchas? Lleva un mes aquí. —Alcé las cejas y sacudí la cabeza.

—Sí, o sea, quiero decir, me refiero…

La agarré y la obligué a sentarse a mi lado en el sofá.

—¿Dónde lo has visto?

—Al lado del puerto. Acababa de dejar a mamá en casa de Adrián e iba a comprar una sandía en la frutería antes de venir a visitarte. Me agarró del brazo y estaba dispuesta a lanzarle el bolso cuando lo vi.

—Ya, sí, me ha comentado que hoy llegaba su velero.

—Sí, a mí me ha dicho lo mismo. Estaba buscando aparcamiento para dejar todas sus cosas, así que el encuentro ha sido de pocos minutos, pero me ha propuesto ir a comer con él.

—Eso está bien, ¿no? —Tenía un nudo en el estómago. Nahuel ya había encontrado a Paola, no tardaría en tropezarse algún día con mis padres, y no quería que él descubriese nada de mi nueva vida; de nuestra nueva familia.

—Quizás puedo romperle los dos brazos para que deje esa sonrisa canalla que lleva y empiece a pensar en lo gilipollas que ha sido.

—Paola, tú nunca dices palabrotas.

—Pues para que veas: Nahuel me saca mi lado malo.

Me reí y la atraje hacia mí.

—No le permitas que te saque esa parte.

—Te destrozó, Itahisa. Por su culpa vi cómo mi hermana se quedaba sola y rota. Tiene que abrir los ojos y ser consciente de cómo nos abandonó. Cómo te abandonó.

Le puse las manos en los hombros y la miré con cariño.

—No merece la pena, Pao.

—Pues claro que lo merece, porque después de romperle los dos brazos, pienso darle un abrazo y decirle que, como vuelva a desaparecer, se queda sin extremidades.

Sus ojos verdes se movían con velocidad y ella respiraba de manera acelerada. Le di otro abrazo y me levanté a por un vaso de agua. Nahuel había sido mi amigo favorito del mundo, pero para Paola también había sido una persona clave. Los cuatro fuimos, durante años, una pandilla maravillosa, aunque ella sufrió mucho cuando él se alejó y dejó de responderle.

Me volví a sentar a su lado y le puse una mano en la pierna.

—Eres la mejor hermana del mundo.

—Lo sé, pero gracias por recordarme que tú también lo sabes.

Volví a reírme y le di al play cuando me preguntó qué estaba viendo. Pasamos la tarde noche juntas, aprendiendo sobre otro deporte extremo y comiendo sandía. Cuando Paola se fue a casa de mi madre, me agarré el collar con fuerza y agradecí a la vida por haberme dado una hermana tan maravillosa como ella.

Capítulo 50

Nahuel

Julio en Fuerteventura – 26 años

Volver a coincidir con Paola me costó más de lo esperado; primero, porque no sabía cómo contactarla ni dónde vivía y, segundo, porque Samuel no me quería dar su número y no me atrevía a pedírselo a Itahisa. Así que, tumbado en la proa de mi velero mientras leía un libro, fue como la volví a encontrar. Di un salto repentino y me puse frente a ella.

Paola se llevó la mano al corazón y me miró con cierto hastío.

—Dios, Nahuel, ¡qué susto!

—Perdona, llevo días tratando de encontrarte.

Elevó las cejas y se le formaron algunas arruguitas en la frente.

—¿A mí? ¿Por qué?

—¿Estás ocupada? ¿Damos un paseo?

La vi mirar el móvil unos segundos y levantar la mano, pidiéndome unos minutos antes de alejarse.

Yo aproveché para volver al velero y ponerme una camiseta y calzarme unas chanclas.

—Ya estoy. —Se acercó a mi barco y se puso las manos en la cintura. Llevaba un pantalón blanco de vestir muy elegante y una camiseta de tirantillas marrón claro.

—¿A dónde ibas? —pregunté, pisando la tierra.

—Había quedado con una amiga. Le he dicho de cambiarlo a mañana.

Sonreí, apretando los labios, y echamos a andar.

—Espero no ser el culpable de romper una amistad.

Paola se rio y yo sentí que un pequeño hilo de todo el nudo que tenía formado en mi pecho desde que aterricé aquí se deshacía.

—¿Dónde vamos a comer? —añadí.

—¿Comer? ¿A las seis de la tarde? —Meneó la cabeza de un lado al otro y se pasó el pelo por detrás de la oreja—. ¿Y si nos tomamos un helado?

Me pareció buena idea, así que asentí.

Anduvimos varios segundos en silencio hasta que decidí que la había asaltado para algo y, ese algo, era intentar volver a estar en la vida de esas dos hermanas.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondió, rápido—. ¿Y tú?

—También estoy bien —añadí porque, en parte, era cierto. Podría estar mejor, pero me encantaba mi vida, y eso ayudaba mucho a que estuviese bien.

—Me alegro, Nahuel.

—¿Qué estás haciendo últimamente?

Paola se paró y me agarró un brazo. Ahora era mucho más alta que la última vez que la vi con quince años.

—Quiero decirte una cosa antes de contarte nada y volver a confiar en ti. ¿Estamos? —Se puso seria, y pensé que era la primera vez que la veía de ese modo.

—Estamos.

—Como se te ocurra hacerle daño a mi hermana otra vez, te quedas sin brazos con los que izar tu vela, así que, Nahuel, déjate de sonrisitas y tonterías y dime: ¿a qué has venido?

Me paré y respiré hondo.

—Me encantaría poderte contar a qué he venido, igual que me encantaría contárselo a Itahisa, pero no quiere. No voy a dejar de sonreír porque Itahisa ya no lo haga. No soy el malo de esta película, ¿vale? Solo tenía diecisiete años. Lo siento si nací en la otra punta del océano, pero lo único malo que hice fue perseguir mis sueños.

Me agarré uno de mis caracoles y volví a respirar hondo. Estaba cansado de tanta culpabilidad.

—Dejaste de escribirle —me acusó con menos seguridad.

—Lo hicimos los dos.

—No volviste a Brujas —continuó.

—Mi abuelo había muerto, mi abuela no quería volver, yo no tenía dinero. ¿Te lo repito? Solo tenía diecisiete.

—Nunca viniste a visitarnos.

—Vosotras tampoco a mí —añadí, exasperado.

—Nosotras fuimos a Argentina.

Sus últimas palabras estaban acompañadas de una mirada demasiado triste.

—¿Cómo?

¿Itahisa había estado en Argentina? ¿Qué me había perdido?

—Solo tenías diecisiete años, es verdad, pero te alejaste, Nahuel; te alejaste tanto que no sabes que Itahisa y yo estuvimos con Samuel en Argentina.

Iba a matar a mi hermano.

—No puede ser…

Paola me volvió a agarrar del brazo antes de seguir.

—Ahora, vamos a ir a comernos un helado y vamos a hablar de mí y de ti en el presente; pero, esta noche, cuando vuelvas a tu velero, intenta pensar que no eres el malo de la película, pero tampoco el bueno.

Seguía alucinando con lo último que me había dicho, no daba crédito. Así que moví la cabeza en un pequeño asentimiento y puse el brazo en forma de ele para mantener a Paola agarrada a mí.

—¿He sido demasiado dura? —añadió con un intento de sonrisa.

—No lo sé. Tengo que procesar varias cosas.

—Tú procesa que no puedes hacerle daño a Itahisa, eso métetelo bien fuerte aquí. —Me dio un toquecito en la frente—. Lo demás, puedes ir interiorizándolo poco a poco.

***

Anduvimos unos minutos hasta llegar a una heladería con cientos de sabores. No era el mayor fan de los helados, así que decidí pedirme una granizada de limón. Paola, en cambio, los adoraba desde

pequeños, y se pidió uno de turrón. Nos sentamos mirando al océano y empezamos a hablar.

Me contó que estudiaba en Madrid. Le quedaba muy poco para graduarse en Derecho y estaba pasando el verano en la isla antes de volver a encerrarse. Echaba mucho de menos a Itahisa cuando estaba lejos, pero se veían siempre que podían. Por ejemplo, la había ayudado a decorar casi toda la casa nueva a la que Itahisa se había mudado hacía un par de años.

Mientras me hablaba, pude notar cómo los gestos nos siguen acompañando a lo largo de toda nuestra vida. Seguía colocándose un mechón de pelo tras la oreja, moviendo y gesticulando con las manos más de la cuenta y poniendo los ojos en blanco cuando le hacía alguna pregunta estúpida o que, según ella, debería de saber de sobra, como «por qué Itahisa ya no compite» o «por qué Itahisa no me dijo que había estado en Argentina».

Por mi parte, le pude contar de qué iba mi investigación, y me sorprendió al mostrarse interesada. De pequeños, ella y Samuel pasaban de todos nuestros documentales.

Tuvimos una tarde muy buena y me alegré mucho de haberla asaltado en mitad de la carretera.

—En fin, me voy ya. —Se levantó para despedirse con un par de besos.

—Te acompaño hasta tu casa.

—No, de verdad…

—Paola —la interrumpí—. Es tarde, no voy a dejar que vayas sola. Si te pasa algo, ¿cómo me voy a sentir?

Esta puso los ojos en blanco y una cara divertida.

—Seguro que en los cinco minutos que tardo en llegar a casa me va a pasar algo.

—Insisto.

—Está bien, vamos, anda.

—¿Tus padres cómo están? —pronuncié cuando echamos a andar hacia su casa.

—Bien —contestó demasiado cortante, dejándome con la duda. La tarde había ido muy bien; ese tipo de respuesta ya no pegaba. Me dije que tendría que volver a ese tema en otro momento y, entre

pensamientos y pensamientos, llegamos a una casa blanca con una cancela para entrar.

—Bueno, aquí es; nos vemos otro día, Nahuel.

—Me gustaría saludar a tus padres.

—Y a mí me gustaría que salieras de mi vista por hoy—. Paola me puso las manos en el pecho y me empujó, tratando de sonar desenfrenada.

Iba a quejarme cuando se abrió la cancela y salió Itahisa.

Esta se quedó muda durante unos segundos, mirándonos a los dos. Ese día llevaba otro vaquero corto y una camiseta roja de mangas cortas; el pelo suelto le caía a ambos lados y las Vans negras con los calcetines altos le sentaban muy bien.

Paola e Itahisa no podían tener estilos más diferentes, pero, en la profundidad de sus miradas y en sus sonrisas, eran clavadas. Lástima que no viese apenas la de Itahisa.

—Hola —decidí romper el hielo.

—Hola —contestó Itahisa, mirando a su hermana con demasiadas preguntas no dichas en voz alta.

—Nahuel ya se iba —aclaró Paola.

—Vale, yo también me voy ya, Pao. Hablamos luego.

Iba a insistir en saludar a sus padres, pero la oportunidad de irme a la vez que Itahisa me pareció demasiado buena como para desperdiciarla y, además, después de haber pasado la tarde hablando con Paola me había dado cuenta de que tenía que hacer algo. Y, si no empezaba por eso, no creía que fuese a conseguir que Itahisa volviera a quererme en su vida.

Capítulo 51

Itahisa

Julio en Fuerteventura – 26 años

—El otro día, cuando te dije «lo siento» —empezó Nahuel nada más que dimos un par de pasos— no me expliqué bien, y me gustaría hacerlo.

Iba con las manos en los bolsillos, las chanclas de la playa y los caracoles despeinados por el viento. Alcé la mirada hacia su rostro.

No sabía cómo manejar el hecho de que Nahuel hubiese estado en la puerta de mi antiguo hogar. Sobre todo, porque había deseado que eso pasase muchos años de mi vida, demasiados. Y, en ese momento, cuando sucedió, no me encantó.

Cada vez me gustaba menos la sensación que me producía todo lo relacionado con Nahuel y no conseguía quitármelo de encima. Quizás debía escucharlo, darle esa oportunidad de la que me había hablado Samuel. Entre amarlo, ser los mejores amigos del mundo y caernos bien había diferencia; podía intentar quedarme con la tercera opción.

—¿Itahisa? —insistió con cierta duda en sus ojos grises.

—Está bien, dime, Nahuel.

No fui capaz de mantenerle la mirada, así que comencé a andar, despacio, sin rumbo fijo.

—Lo siento mucho, Itahisa. Siento no haber cumplido mi promesa, siento no haber sido el mejor amigo que esperabas que fuese. Siento que mi sueño, mi familia y mi casa estuviesen tan lejos de ti. No era consciente del daño que te había hecho; pensaba que dejamos de hablar porque los dos lo fuimos viendo conveniente. —Respiró hondo y se pasó una mano por sus caracoles.

Acabábamos de llegar a la playa y decidí sentarme en una de las rocas de cara al mar.

—Yo… —continuó— no sabía que habías estado en Argentina.

Mi cara debió de reflejar la sorpresa que sentí. Paola no era capaz de mantener nada en secreto.

—Ya…

El rugido de la marea al chocar contra las piedras oscuras que bañaban algunas zonas de Cotillo podía hacerte estremecer, pero esa noche no era el mar quien me provocaba esos temblores.

—Y pensar que cogiste un avión, te plantaste en mi país, estuviste con mi hermano, te reíste, disfrutaste, comiste nuestra comida, conociste nuestras costumbres y yo no estuve allí me está provocando un dolor muy fuerte aquí —se tocó el corazón—, y me lleva a pensar que he hecho las cosas mal. De verdad, lo siento con todo mi corazón.

En la oscuridad de la noche, su anillo de plata brillaba por la luz de la luna y la lejana de algunas farolas y, de repente, me apeteció tocarle el dedo índice y apagar esa luz. No quería que nada me pudiese mostrar un ápice de su reflejo porque en él veía de verdad arrepentimiento y, sabía que lo acabaría perdonando antes de que el sol volviese a ponerse.

—Di algo, Itahisa, por favor.

—Estuvimos en la península de Valdés.

Sus ojos se abrieron de par en par y respiró, despegando su vista de mí.

—Entonces ya sabías sobre las ballenas francas australes y mi tatuaje…

—Tu tatuaje es precioso —aseguré—. Fuimos allí porque me apetecía ver las ballenas que tanto nos habían apasionado siempre en un lugar que de verdad las respetase. Fuimos hace un año y poco. Las cosas por aquí no iban bien y mi hermana y yo necesitábamos escapar. Samuel se ofreció a llevarnos donde quisiéramos y yo no lo dudé: quería que me llevara a vuestra tierra.

Sentí la voz cansada después de haber hablado tanto. Hacía siete años que no compartía nada personal con él.

—¿Y por qué no me avisasteis?

—Creo que para esa fecha andabas cerca de Australia.

Abrió y cerró la boca varias veces hasta que se decidió.

—Nunca estoy.

Su tono triste me puso la piel de la columna vertebral de gallina.

—Eres un hombre de mundo.

—Me gustaría encontrar la forma de perseguir mi sueño y de teneros en mi vida.

—La mayoría de los sueños conllevan renuncias, Nahuel.

—Lo sé. ¿Estás enfadada porque me haya convertido en un explorador? —tanteó.

—No. No estoy enfadada, ya no. Hace años que solo estoy decepcionada. Pero no es porque te hayas convertido en un explorador, es porque elegiste al mar por encima de cualquier cosa, incluida yo. Pensé que me amabas, vaya tontería, ¿eh? —terminé a toda prisa.

—No es una tontería, Itahisa. Sí que te amaba, pero solo tenía diecisiete años. También amaba el mar…

—Nahuel, déjalo. Ya no me interesa competir contra el mar. Acepto tus disculpas.

—¿Y por qué siento que sigues muy lejos?

—No me puedo acercar con una sola conversación.

—¿Podemos intentar ser amigos? —rogó.

Y yo volví a fijarme en la luz de su anillo.

—No te prometo que pueda conseguirlo, pero sí que puedo intentarlo.

Mis palabras le sacaron una sonrisa grande, ancha y preciosa.

¿Qué acababa de prometer?

Capítulo 52

Nahuel

Julio en Fuerteventura – 26 años

—¿Te acompaño a casa? —pregunté después de llevar más de media hora en silencio, mirando al mar.

—No, tranquilo, está aquí al lado.

—La mía también, de hecho—. Me volví hacia el puerto y apunté con el dedo hacia un velero que estaba en una esquina—. Es esa. ¿Te apetece que te la enseñe?

La duda bailó en sus ojos unos minutos.

—¿Mañana de día mejor?

Me guardé una sonrisa para mí y asentí.

Mañana.

La idea de volver a vernos. De intentarlo. De volver a empezar.

***

Al día siguiente llegué a mis clases privadas de *kitesurf* con una sonrisa tatuada. Vi a Itahisa salir del agua unos minutos después con un bikini verde que le quedaba de infarto y acercarse con los ojos algo menos inquietos.

—¿Estás preparado para aprender otro truco hoy?

La voz le sonaba algo más desenfrenada que en los días anteriores. No iba a cantar victoria, pero no podía ocultar mi júbilo.

—Estoy preparado para todo lo que tú quieras.

Una sombra le cruzó las pupilas.

Mierda. La había liado.

—Podemos intentar ser amigos, pero, como me mientas, no vuelvo a intentarlo más—. Me lanzó la toalla con la que acababa de quitarse las gotas de agua y entró en la tienda.

—Oye, pero si no te he mentido—. La seguí.

Me estampó la cometa contra el pecho, volteó los ojos y se puso mandona, como una buena profesora.

—Hoy vas a aprender a hacer un *pop*. Un tipo de salto en el que no levantas el *kite*.

Me debí de quedar embobado mirándola mientras me lo explicaba. Seguramente me perdí en sus piernas, tan definidas y bonitas; pero no lo recuerdo demasiado, solo sé que Itahisa me lanzó una bola de arena.

—Espabila, Nahuel.

Y salió corriendo hacia el agua.

Me puse el arnés, alcé la cometa y corrí hacia el agua con la tabla.

La clase fue dura y me caí demasiadas veces. Para hacer un *pop,* tenía que ser capaz de dominar con soltura dos movimientos: el *carving*, para crear tensión, y pisar fuerte sobre la tabla.

Al final de la clase, había conseguido levantar la tabla del agua un par de veces, pero me había caído muchísimas más. Estaba reventado.

—Lo has hecho muy bien —me felicitó, saliendo del mar tras de mí.

—Lo tuyo es de otro planeta, te mueves con la tabla como si nada, y es la hostia de complicado. Tendría que haber valorado más el deporte que hacías.

—Yo siempre sentí que lo valorabas —aseguró.

—Ya, pero no tanto como lo estoy haciendo ahora.

Me volvió a sonreír y se fue a la trastienda.

—¿Qué vas a hacer?

—Limpiar las cometas. —Se echó su larga melena hacia atrás y me miró con suspicacia—. Como cada día, vamos.

—¿Te puedo ayudar?

—Como quieras.

Es la primera vez que no me soltaba un «no» rotundo, así que me puse a su lado y limpiamos juntos el material.

Al terminar, estaba sudando, por lo que decidí volver al mar. Itahisa tenía varias clases más, pero disfruté observándola durante horas. Quería estar todo el día con un *kite*. Me sentía muy cansado, pero, al verla con la cometa, no me apetecía seguir en la arena; quería irme con ella al mar, a nuestro gran azul.

Capítulo 53

Itahisa

Agosto en Fuerteventura – 26 años

Julio pasó como un soplo de aire fresco. Tenía que reconocer que intentar llevarme bien con Nahuel era mucho menos agotador que odiarlo y sentir todo ese rencor. Las cosas en mi familia continuaban igual: convulsas y algo tristes.

La nueva pareja de mi madre había comenzado a ir más a nuestra casa, y a mi hermana y a mí nos costaba asimilarlo, pero, oye, para eso era su casa y nosotras nos habíamos independizado. Lo único que queríamos era que sonriese algo más y parecía que cuando estaba con él lo hacía un poco. Lo malo era que, al quedarse sola, volvía esa tristeza que llevaba acompañándola durante años y de la que mi hermana y yo empezábamos a dudar de si podríamos desprendernos.

Además, disfrutar de los días con Paola era una suerte. Durante el año, estaba demasiado lejos para lo mucho que la quería y la necesitaba.

La historia de mi vida: la maldita distancia.

La distancia con mi primer amor. La distancia con mis abuelos. La distancia con mi hermana y sus estudios. La distancia con mi madre y su razón de ser.

Pero, entre tanta distancia, había aprendido a vivir en soledad con mis olas, mis vientos, mis cometas y mi alma. No podía decirse que me sintiese plena, pero no estaba del todo mal; lo cual consideraba un gran paso.

De una forma u otra, entramos en agosto, y Nahuel ya era capaz de hacer varios trucos. Estaba sentada en la arena con mi gorra azul de visera plana y mis gafas de sol cuando le salió el *back roll* por primera vez. Me levanté, toda emocionada, y le aplaudí. Sabía lo que costaba hacer cada uno de esos trucos y movimientos que Nahuel

no paraba de aprender y, la verdad, estaba sorprendida con su perseverancia, con sus ganas de meterse en el agua y de encontrarse con los vientos y las cometas.

—¡Lo he conseguido! —me gritó, contento, saliendo del mar.

—¡Sí! —respondí, sonriendo.

—No ha hecho falta que saltase demasiado, creo que estaba empecinado en alejarme más de la cuenta del agua.

—Te dije que con un pequeño salto, manteniendo la cometa cerca de las doce y con la barra recta, podrías conseguirlo.

—Eres la mejor profesora que existe —declaró agachándose y dándome un beso en la frente como antaño. Me puso tensa al momento y me aceleró el corazón.

Nahuel volvió a levantarse y sus ojos reflejaban demasiadas emociones mezcladas.

—Perdona… la costumbre.

—Tranquilo—. No quería que las cosas se volviesen raras—. Te acompaño al mar. Sigamos mejorando ese *back roll*.

Y eso fue lo que hicimos toda la tarde. Parecía que las clases privadas con limitación de tiempo iban a pasar a un segundo plano, pero disfruté muchísimo.

Durante muchos años, también me había imaginado haciendo *kite* con Nahuel, enseñándole mis trucos, riéndonos y disfrutando en mi isla, y debía admitir que esa tarde hacía justicia a todas esas imaginaciones.

Salimos exhaustos del agua y nos tiramos en la arena. El sol empezaba a ocultarse y el reflejo de esos últimos rayos en el océano era sumamente precioso.

—Me encanta el *kite*, Itahisa.

—A mí también.

—Es una pasada de deporte —comentó con una sonrisa inmensa dibujada en su rostro. Su piel tostada por tanto sol y llena de sal se veía preciosa con esos rayos dorados danzándole sobre el cuerpo.

—Es muy gratificante.

—Quiero dormir y seguir.

Me reí con ganas cuando lo vi mirar el agua con ese anhelo. Él se giró y me devolvió una mirada indescifrable pero demasiado intensa.

Acaricié mi collar. Su collar. Nuestro collar. Y tragué saliva, desviando la vista.

—¿Por qué dejaste de competir?

—Sufrí una lesión —decidí contarle después de varios minutos de lucha interna.

Abrió sus ojos verde grisáceos y se acarició su anillo.

—¿Cuándo?

—A los veintiuno.

Nahuel permaneció callado, pero empezó a observar todo mi cuerpo, buscando alguna señal que le pudiese indicar dónde fue esa lesión.

Tras unos segundos en los que el cuerpo se me quedó flojo por ese escrutinio, decidí ponérselo fácil.

—Rodilla derecha.

Le mostré las dos pequeñas cicatrices que tenía a cada lado de la rodilla por haberme roto el menisco. Sin darme cuenta, me acerqué mucho a él.

Alzó el rostro y se pasó la lengua por los labios, humedeciéndoselos, y respiró con cierta rapidez.

—¿Te dolió?

—Tuve que abandonar la competición europea en la que iba ganando.

—Joder.

No quería que Nahuel sintiese lástima por mí. Me arrastré por la arena para alejarme algo de él y volví a mirar el mar.

—¿Puedes contarme algo más de esa época? —preguntó, flojo.

—Hay vídeos en Internet; puedes ver el momento exacto en el que me lo rompí. Hasta mi cara en un primer plano.

—Creo que no quiero verlo.

Asentí.

—Me gustaría que me cuentes tú qué sentiste en ese momento.

El sol ya había terminado de esconderse y empezaba a hacer frío. Me eché arena por encima de las piernas, esperando que esta me arropase antes de empezar a hablar.

—Han pasado cinco años y los recuerdos ya no son tan nítidos. Dolió muchísimo, pero más que el dolor en sí de la rodilla fue el

dolor en el alma. Había entrenado durante años y años. Si ganaba esa competición, iba a ir a Ciudad del Cabo en Sudáfrica a participar en la aclamadísima final del Red Bull King of the Air. La mayor final de *kite* del momento.

»Y lo tenía, lo estaba rozando ya, faltaban pocos minutos para que finalizase la competición e iba primera; pero una ráfaga de viento más fuerte de lo esperado y un mal giro… —Inspiré hondo. La voz me fallaba—. Supe que estaba todo perdido. Caí al agua y tuvieron que sacarme los de salvamento. Después, no fue una época fácil.

—Siento mucho no haber estado ahí, Itahisa.

Subí la mirada hasta sus caracoles, porque la angustia de sus ojos no me gustaba ni me parecía justa, y porque tampoco sabía qué responderle. Habían pasado muchas cosas en mi vida y él no había estado; ni siquiera se había enterado.

—Toda tu familia me llamó, incluida tu abuela Liliana.

Nahuel frunció el ceño y se pasó una mano por el rostro.

—¿Por qué nunca me contaban nada de lo que os pasaba?

—Creo que la forma en la que decidiste vivir al margen nuestro nos sorprendió tanto a todos, tanto a tu familia como a la mía, que pensaron que era mejor así. Sinceramente, Nahuel, si hubieses aparecido en aquella época, te habría odiado.

—Yo no quería vivir al margen, solo quería…

—Da igual, de verdad, no te lo cuento para que te martirices, lo hago porque me lo has preguntado.

Capítulo 54

Nahuel

Agosto en Fuerteventura – 26 años

Y, a pesar de esas palabras, tenía la mente a cien grados, ebullendo de emociones. ¿Por qué me sentía tan desplazado por todas las personas que creía que eran mi familia? ¿Por qué Samuel nunca me había contado nada? ¿Por qué había viajado por Argentina con Paola e Itahisa? ¿Por qué mi abuela había sabido que Itahisa había tenido un accidente?

Yo no había hecho nada malo. Ni que me hubiese dedicado a drogarme. Solo estaba en alta mar, en el lugar que sentía que era mi hogar.

—Nahuel, en serio…

Para mi sorpresa, noté que Itahisa de verdad no me guardaba rencor por ello y, aunque debía alegrarme, me seguía encontrando fatal.

—Lo siento mucho.

Ella se abrazó las piernas y miró al horizonte. Su pelo castaño le caía por la espalda y su rostro parecía en calma.

—Te perdono.

Algo en mi interior se quebró en ese momento porque sentí, en lo más hondo de mí, que de verdad me perdonaba por no haber estado ahí y, a la vez, me detesté por haber tenido que necesitar ese perdón. Ya no iba de amor o primeras veces, iba de que mi persona favorita del mundo lo había pasado muy mal y yo ni siquiera lo había sabido.

Tenía que compensarla por toda mi ausencia y me costaba encontrar cómo empezar, pero no quería volver a alejarla de mí nunca más.

—Voy a irme a casa, Nahuel. Hace frío y ya es tarde.

Se giró con la mirada más clara y pensé lo guapísima que estaba y lo bien que le quedaba su arito en la nariz.

—Vente a mi barco. Hace semanas que me dijiste que vendrías.

Sus labios se curvaron en una mueca, y alzó las pupilas.

—Estoy llena de arena y sal.

—Tengo ducha.

Su mandíbula se apretó y su pecho subió y bajó con intensidad.

—No voy a ducharme en tu velero, Nahuel.

—¿Por qué no? ¿Acaso no te has duchado infinitas veces en casa de mis abuelos?

—Esto es diferente.

Se levantó y se sacudió la arena de las piernas. Unas piernas que eran toda una perdición: fuertes, con cada músculo marcado y bien definidas.

Alcé el rostro hacia ella para parar el rumbo de mis pensamientos, y me la encontré frunciéndome el ceño con una expresión curiosa.

—Por favor, prometo esperar fuera en la proa.

—Está bien.

El pecho se me aceleró, y me levanté con ímpetu.

Quería hacer las cosas bien esa vez. De verdad que sí.

***

Mientras Itahisa se duchaba, no me quedé en la proa. Por el contrario, decidí hacer algo de cenar. Nada demasiado elaborado. Unos burritos de falafel y una ensalada. Además, saqué un par de cervezas tropical de la nevera y puse el último vinilo de Jack Johnson.

Itahisa salió de la ducha oliendo a mi champú de spa y con el pelo ondulado de forma natural. Me fijé en sus puntas algo más rubias, al igual que les sucedía a las mías, y en cómo metía las

manos dentro de las mangas de su sudadera blanca de Blue Banana Brand.

—Espero que te guste lo que he preparado.

—Seguro que sí, no soy exquisita para comer.

Permaneció a unos pasos de la mesa, observándome con detenimiento.

—¿Por qué no vienes?

Sus manos seguían escondidas en las mangas, pero notaba que no paraban de moverse.

Estaba nerviosa.

«Bien. La entiendo».

Yo también lo estaba.

—No tenías que hacer esto, Nahuel.

—Hay tantas cosas que tenía que haber hecho… Déjame por lo menos hacerte la cena.

—¿Te gusta cocinar? —preguntó, acercándose al fin.

—Me gusta saber qué me llevo a la boca. Las largas temporadas en alta mar son difíciles y no siempre se come bien.

—Esto está muy rico, ¿has hecho tú el falafel?

—No, pero también sé hacerlo, otro día te lo preparo casero.

Me sonrió y asintió.

—Vale.

Le di otro bocado a mi burrito, conteniendo la euforia por tenerla cerca de mí y por pensar que ese momento se podía repetir. Continuamos hablando.

—¿De qué va tu investigación?

Al fin iba a poder hablarle de ella.

—Voy a investigar el comportamiento de los calderones; concretamente, de dos especies: el Común y el de Ala Corta, ya que suelen habitar en las aguas de estas islas.

—Alguna que otra vez los he visto muy de lejos.

—¿Sí? Yo todavía no, pero lo estoy deseando.

—¿Por qué no has salido ya en su búsqueda?

—Porque también estaba deseando verte a ti —le confesé.

Itahisa paró de comer y negó con la cabeza con gesto pesaroso.

—Ahora no me creo que yo sea más importante que los cetáceos para ti.

—Elegí la investigación de esta especie porque quería verte.

Me levanté y cogí mi cartera. La abrí y le mostré a Itahisa la foto que llevo siempre conmigo. Los dos sentados en el tren, volviendo de Gante con trece años. Yo acariciándole el pelo y ella dormida en mi pecho.

—Siempre te llevo conmigo, en cualquier expedición, en cualquier lugar que he visitado. Siempre.

Los ojos de Itahisa se volvieron brillantes y acuosos.

—No… —titubeó—. No puedo, Nahuel.

—¿Qué no puedes?

—No puedo ver esta foto y tenerte en frente.

—¿Por qué?

—Porque en ese momento eras mi lugar seguro. La persona que más quería y en quien más confiaba. En ese momento ya estaba enamorada de ti sin saberlo y verla ahora, teniéndote aquí en frente, y saber que no volvería a quedarme dormida en tu pecho así me duele mucho.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas como las gotas de agua solían hacerlo cada día. Sus palabras me quebraron el corazón. Pensaba que lo estábamos haciendo bien.

—Pero…

—Creo que esto no ha sido una buena idea.

Se levantó y se estiró las mangas de su sudadera. Ascendió las escaleras de madera y volvió a la tierra.

Capítulo 55

Itahisa

Agosto en Fuerteventura – 26 de años

Salí corriendo y empecé a llorar con ahínco. Nahuel guardaba una foto preciosa de los dos que ni siquiera sabía que nos habían hecho. En ese momento, me di cuenta de la mierda tan grande que era tener una relación tan bonita con alguien y volverlo a encontrar años después y que todo fuese diferente.

No se podía vivir de los recuerdos, bien lo sabía ya; pero era demasiado doloroso ver cómo los años, la distancia y el desinterés habían terminado con esa parte de mi vida: la que había considerado más importante en mi adolescencia.

Continué corriendo hasta que llegué al faro Tostón y me senté, apoyada en la pared. Marqué a Samuel y a Paola. Necesitaba hablar con los dos.

El primero que cogió la llamada fue Samuel. Llevaba un traje gris y estaba sentado en un despacho blanco impoluto.

—¿Qué pasa?

—Tu hermano.

Paola se conectó un par de minutos después. Estaba tumbada en su cama y habló flojito:

—Mamá duerme.

Asentí. Para un día que se dormía rápido, había que hacer todo lo posible para no despertarla.

—¿Entonces? ¿Qué ha hecho el tontaina de mi hermano?

Les puse al día. Les hablé de la tarde que habíamos pasado y de cómo había decidido ir a su velero.

Mientras les narraba cómo le hablé a Nahuel de mi lesión, el labio inferior de Paola comenzó a temblar. Ella había estado ahí cada día, en la distancia. Justo se había ido hacía unos meses a Madrid a

estudiar Derecho y había estado a punto de abandonar el cuatrimestre por mí.

—Mi hermano es gilipollas.

—Me gusta ese resumen —añadió Paola.

—Me ha sentado bien contároslo. He parado de llorar y todo —gemí, sorbiéndome la nariz.

—¿A quién se le ocurre? ¿De verdad? En vez de seguir hablándote de esa investigación que tanto quiere hacer, se pone a enseñarte fotos vuestras la primera noche que accedes a entrar en su vida.

—Le falta calle a tu hermano, Samu.

El comentario de Paola nos hizo reír a los tres.

—Ya te digo; tanto mar, tanto mar, pues ahí tienes.

—De todas formas, no creo que lo haya hecho con mala intención —Paola lo defendió.

—Lo sé, no lo estoy culpando. Solo os digo que me va a ser muy difícil volver a sentirme en paz a su lado.

—Quizás no te llegas a sentir como con trece años, pero no pasa nada, no hay que querer ser versiones antiguas nuestras. Hay que abrazar la de ahora. —Samuel se ajustó sus gafas de pasta y se levantó a por un vaso de agua.

—Por ejemplo, tú amas ahora tener esas gafas de intelectual, ¿no?

—Paola, hoy estás especialmente graciosa, ¿verdad?

Me reí ante los comentarios de los dos y estiré mis piernas sobre el cemento.

—En un rato se te pasará y te sentirás orgullosa de ti por los pasos dados hoy —aseguró mi hermana.

—Ojalá que sí, Pao.

—Pero, por si acaso no sucede, me quedo con el móvil debajo de la almohada. —Bostezó y me sonrió con ternura.

—Eres más boba.

—Pero me adoras.

—Bueno, después de este momento de amor entre hermanas. Voy a colgaros y llamar al mío; a ver si consigo de una vez que se dé cuenta de las consecuencias de sus actos.

—Buena suerte —comentó mi hermana.

—No hace falta, Samu.

—No es ni siquiera por ti, Itahisa, es por él. Le va a ir la vida regular con las personas si sigue así.

Se abrazó a su hombro y nosotras hicimos lo mismo antes de colgar. Era nuestra forma de abrazarnos en la distancia.

Capítulo 56

Nahuel

Agosto en Fuerteventura – 26 años

Estaba terminando de recoger los platos, después de la ducha de agua fría que me había dado para intentar no salir corriendo tras Itahisa, cuando me sonó el móvil. Era mi hermano.

—¿Qué pasa?

—Vaya, buenas noches a ti también. ¿Y ese careto?

Bufé y me senté en el borde del colchón de la cama.

Me abrí y le conté a mi hermano cómo había conseguido hacer un nuevo truco de *kitesurf*; cómo había disfrutado esa tarde en el agua con Itahisa y el momento tan íntimo que habíamos pasado en la arena en el que, por fin, ella se había abierto a mí; cómo habíamos decidido venir a mi velero, le había preparado la cena y todo se había estropeado.

Hablé sin parar durante media hora y mi hermano no se quejó. La suerte que tenía de cada vez ir mejor en el trabajo era que se podía permitir estas pausas en su horario.

—¿Puedo decirte algo?

—Sí—. Asentí con cierta derrota.

—Te falta calle—. Me dedicó una amplia sonrisa y yo le fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Nada, es igual. A lo que iba, la has cagado, Nahuel.

—Pero ¿por qué? Esa foto es de las pocas cosas materiales que me interesan. La llevo conmigo desde hace media vida. Quería demostrarle que no la he olvidado tanto como ella piensa.

—Pues lo que has conseguido ha sido espantarla. Escúchame. Ninguno de los dos sois ya esos chicos que se despidieron una Navidad en Brujas. Cada uno de vosotros ha evolucionado y, por supuesto, la esencia sigue ahí, pero tenéis que empezar a dejar de vivir de los recuerdos y construir momentos.

—Los recuerdos y las vivencias pasadas nos hacen ser quienes somos en el presente —repliqué, acariciándome mi anillo con el dedo pulgar.

Mi hermano se ajustó sus gafas y se levantó para acercarse a la gran cristalera que tenía a la espalda.

—Está claro, pero le has enseñado esa foto y solo has conseguido espantarla y que ella rememore todo el dolor que le causaste.

Fruncí el ceño, dispuesto a replicarle.

—Espera —me cortó, alzando la mano—. No te estoy echando la culpa, pero hay varias verdades en esta historia, y una de ellas es que para Itahisa desapareciste y no cumpliste tu promesa. Da igual los motivos, esa es su verdad. Así que, hermanito— me sonrió con esa mandíbula recta y esos dientes blancos perfectos que tenía— creo que lo mejor que puedes hacer es demostrarle que el Nahuel del presente la quiere y quiere pasar tiempo con ella, las cosas del pasado ya irán llegando si vuestra amistad vuelve a florecer, pero deja de espantarla.

Permanecí en silencio digiriendo sus palabras hasta que asentí.

Samuel era ese hermano racional, cauto, que siempre veía las consecuencias y trataba de contentar y ayudar a todos; por el contrario, yo era pasional, tomaba decisiones diferentes cada hora y solo quería vivir la vida que me daba la gana sin importarme qué pensaran los demás. Aunque comprendí que tenía razón.

Podía vivir esa vida solo, pero, si quería volverla a compartir con Itahisa, lo que ella pensara era importante.

—Está bien. Me encantaría ir a buscarla, pero no me ha dicho dónde vive.

Derrotado, me eché hacia atrás y me tumbé en mi colchón.

—¿Tú cómo estás? —Quise cambiar de conversación.

—Bien. Mañana hablamos. Ve al faro Tostón, anda, a ver si sigue ahí.

Abrí los ojos hasta achicarlos y levantarme de un salto.

—¿Cómo lo sabes?

Cogí las llaves y salí de mi velero.

—En fin, hermanito, te dejo.

—¿Samuel? —pregunté con un tono que quería sonar amenazante.

—Suerte.

Me colgó, dedicándome otra de sus sonrisas sabiondas y haciéndome sacudir la cabeza. Sería posible; Itahisa se alejaba de mí para acercarse a mi hermano, que seguía viviendo en la otra punta del océano.

***

Efectivamente, estaba sentada con las piernas estiradas en el suelo al lado del faro. Miraba al océano y tenía los cascos puestos, así que, al acercarme por detrás, no notó mi presencia hasta que estuve justo a su lado.

Alzó el mentón y le vi los ojos llorosos.

Maldije por lo bajo y le quité una lágrima que se deslizaba por su mejilla con mi pulgar.

Fue un impulso, pero, para mi sorpresa, Itahisa no se retiró, sino que siguió mirándome, enraizando sus ojos marrones con los míos.

—Lo siento —pronuncié, sentándome a su lado—. No paro de cagarla contigo, pero te prometo que es lo último que quiero hacer.

—Yo también siento haberme ido así; he pasado una buena tarde a tu lado —dijo, con la boca pequeña y sin apenas mover los labios.

—¿Hay algo que necesites de mí que consiga que dejes de llorar?

Se quitó los cascos y escondió sus manos en las mangas.

—Un abrazo.

Mi pulso se aceleró y, sin dudarlo un segundo, la abracé con todo lo que tenía de mí. Nuestros cuerpos recordaron muy rápido cómo había que poner los brazos, dónde apoyar las mejillas y cómo era que nuestros corazones latieran el uno frente al otro.

Nos levantamos, abrazados, y nos achuchamos más fuerte. Mi barbilla apoyada en su pelo y su cuerpo apretado entre mis brazos.

Volver a estar así con ella era un deseo que no sabía si se cumpliría.

Su corazón bombeaba tan rápido que lo notaba en mi pecho y sonreí.

Quería decirle en voz alta lo que estaba sintiendo, pero me mordí el labio: no quería volverla a espantar.

Capítulo 57

Itahisa

Agosto en Fuerteventura – 26 años

Conforme más fuerte me abrazaba Nahuel, más consciente fui de que todas mis reticencias habían caído al suelo, de que todos mis intentos por alejarme y no volver a sufrir se habían acabado.

Nahuel estaba en la isla conmigo e iba a estar más tiempo. El pasado ya no existía y el futuro era incierto, pero, en ese presente, volvíamos a estar juntos. Y por mucho tiempo que hubiese pasado, seguía deseando y queriendo a Nahuel con todo mi corazón. Luchar contra una misma era agotador.

Estuvimos abrazados demasiados minutos, aunque a mí se me hizo muy corto. Y, pensándolo mejor, ¿cuánto era «demasiado»?

La cosa fue que, al separarnos, vi sentimientos en esos ojos que me traían loca desde que tenía memoria, y tenía claro que en los míos se debía reflejar algo parecido.

Sin embargo, pronunciarlo en voz alta era otro paso que parecía estar al otro lado de un precipicio todavía algo ancho.

—Lo siento —me repitió sin despegar su mirada de la mía.

—No me pidas más perdón, Nahuel.

—Yo…

En su interior parecía cohabitar un mar embravecido, un mar con demasiados animales para tantas olas, un mar difícil de calmar.

—No te preocupes, no tenemos que decir nada. Seguro que llegará el momento en el que las olas se vayan.

Nahuel volvió a apretarme contra sí y me besó en la frente. Yo lo abracé y dejé mis palmas en sus escápulas.

—Esa foto es preciosa. No sabía que existía —murmuré en su pecho.

—Si en algún momento quieres una copia, solo pídemela.

Asentí y respiré hondo, tratando de calmar el corazón y la mente.

***

Después de aquella noche, las cosas con Nahuel se volvieron algo más sencillas. Las dos siguientes semanas las pasamos en el agua la mayor parte del tiempo. Nahuel estaba aprendiendo a hacer todos los trucos básicos de *kite*, y se compró su propia cometa y tabla.

Cuando me pidió consejo sobre cuál debía comprarse, no me lo podía creer. Lo había enganchado a mi droga.

Como solíamos terminar reventados de tanto deporte, nos tirábamos en la arena y esperábamos a que el sol bajase. Luego, me tocaba salir corriendo a hacer las tareas de persona adulta o a visitar a mi madre. No volví a su barco en ese tiempo y no hablamos de nada importante. Más bien, rememorábamos las tardes pasadas y le comentaba cosas sobre el *kite*.

Llegar a esa especie de calma y tregua fue una maravilla para mí. Podía volver a pasar tiempo con él sin estar alerta. Podía aprenderme de nuevo sus rasgos adultos y perderme en sus facciones mientras hablábamos de cosas triviales, pero que a ambos nos encantaban. Fueron dos semanas que terminaron de convencerme de que quería volver a ser una gran amiga de Nahuel, y así se lo transmití a Aairam.

—¿Piensas que estoy demasiado loca? —le pregunté mientras terminábamos de hacer una tarta de queso en mi piso. Esa noche habíamos quedado con Paola para ver la película *Como la vida misma* y me apetecía invitar a Nahuel.

—Para nada. —Aairam estaba en bañador, batiendo el queso crema y la leche condensada. Yo cogí los huevos de la nevera y los abrí para quitarles esa parte roja que tenían a veces y que no me gustaba.

—¿Lo llamo, entonces?

—Sí, venga, hazlo—. Me dedicó una sonrisa y siguió batiendo.

Me senté en el sofá y marqué su número. Me temblaban las piernas. Tantos años sin volver a teclear esa combinación.

—¿Itahisa? —Su voz sonó risueña al otro lado.

—La misma.

—Dime, ¿pasa algo?

—Mmm, esta noche vamos a ver una película Aairam, Paola y yo, y me preguntaba si te apetece venir.

—Pues claro—. No dudó ni un segundo, y eso me hizo sonreír.

Le levanté el pulgar a Aairam y él hizo lo mismo.

—Te mando mi dirección. Nos vemos en una hora.

—Allí estaré. ¿Qué hace falta que lleve?

—Ganas de pasar tiempo con nosotros —aseguré.

—De eso me sobra.

Colgamos y me lancé a la espalda de Aairam como un mono. Este apretó las piernas y el abdomen para que no nos cayésemos.

—Estaba viéndote desde el sofá y he pensado que estás negrísimo.

—¿Me lo tomo como algo bueno? —Alzó su ceja y echó los huevos.

Yo continué colgada como una niña pequeña.

—Sí. Entre ese moreno que tienes, tus músculos y lo rapado que estás, pareces africano.

—Es que somos africanos—. Rio.

—Somos guanches.

—Los guanches somos africanos. Venga, deja de hacer el mono y ayúdame a terminar esto.

—Sí, a sus órdenes.

Me bajé de su espalda y acabamos la tarta juntos. Pusimos unos nachos con guacamole y nos sentamos en el sofá a esperar a Paola y Nahuel.

—Itahisa, quiero decirte que me alegro mucho de que estés así.

—Así, ¿cómo?

—Contenta. Con ilusión.

Me fijé en sus manos grandes y pensé en la de veces que esas manos me habían levantado del suelo cuando era pequeña, del mar algo más grande y de la vida en los últimos años.

—Aairam, no sé qué habría hecho sin ti todo este tiempo.

—Lo mismo te digo.

—Tú eres mi mejor amigo, eso no va a volver a cambiar, ¿vale?

Una carcajada salió de su pecho musculoso.

—No te preocupes, no tengo celos; además, nosotros somos amigos, Nahuel y tú, por mucho que os empeñéis, sois otra cosa.

—Yo…

Cogió un nacho, lo mojó en el guacamole y me lo llevó a la boca.

—Come y calla.

Capítulo 58

Nahuel

Agosto en Fuerteventura – 26 años

La entrada de la casa de Itahisa era preciosa. Una pequeña valla azul con una portezuela y las paredes blancas con varias tejas colgadas te invitaban a llamar al timbre y sumergirte en su interior.

Itahisa fue quien me abrió la puerta. Llevaba unos pantalones cortos de chándal celeste, una camiseta básica de tirantillas blancas cernida y una trenza suelta por la espalda. Estaba cómoda y preciosa.

Me sonrió, divertida, y me fijé en sus pecas.

Pensé que sería una gran idea llegar cada noche a mi hogar y verla abrirme la puerta con ese entusiasmo.

—Bienvenido. —Se echó a un lado y me invitó a entrar.

Lo primero que noté fue ese olor dulzón que se respiraba, parecido al que ella llevaba siempre consigo. Busqué su origen y vi el humificador de sandía en una esquina del salón.

Lo siguiente, lo blanco y celeste que era todo, pero lo sencillo que se veía ese salón cocina.

Lo tercero, el sofá tan amplio en el que estaban repantingados en una esquina Paola y Aairam, mirándome con calma.

—Es muy bonita —aseguré, sentándome en la otra esquina después de haberle echado un buen vistazo a la estancia.

Itahisa se acomodó en el suelo frente a nosotros y sus ojos se iluminaron.

—Gracias.

—El mérito es mío —añadió Paola, con una expresión pillina—. Yo elegí toda la decoración.

—Aunque yo te dije cómo la quería —especificó Itahisa.

—Pues, ya que estamos, yo monté todos los muebles —aclaró Aairam, poniéndose al lado de Itahisa.

—Y yo te entretuve mientras montabas cada uno —siguió ella.

Los tres se miraron y rompieron en una carcajada.

—Me ha quedado claro —afirmé, riéndome también. Vaya tres.

—Lo importante es que fue un buen trabajo en equipo y que, sí, mi casa es preciosa. Un buen refugio —terminó Itahisa.

—Y, que sepas, Nahuel —habló Paola—, que solo deja entrar aquí a unos pocos.

La miré, apretando los labios para contener otra sonrisa descarada, y le pregunté con los ojos qué significaba aquello.

La única respuesta que tuve fue el nacho que le tiró Itahisa a su hermana y el mando que cogió para poner la película.

Y menuda película. Acabé con más lágrimas de las esperadas y, cuando salieron las letras del final, sorbí por la nariz con intensidad.

—Bueno, bueno… alguien se ha puesto sensible —bromeó Itahisa, a pesar de que ella también tenía los ojos brillantes.

A lo largo de la película, Aairam e Itahisa se habían subido al sofá y Aairam había acabado abrazando a un cojín, mientras que Itahisa había terminado con todo el lateral de su cuerpo pegado al mío. E incluso así, no había podido despegar la vista de la pantalla.

—Joder, es brutal, es… —Me pasé las manos por mis rizos y me hundí más en el sofá al lado de Itahisa.

—Sí, es como la vida misma —pronunció Aairam levantándose para ir a algún lado; supuse que sería al baño.

Itahisa me dedicó una sonrisa juguetona y me di cuenta de que quería borrársela de un plumazo con un beso. Que la vida podía dar demasiadas vueltas y que, joder, la nuestra las había dado, pero, en todo este tiempo, entre todos los labios que había besado, siempre había buscado los suyos. En ese momento, estaban a solo un palmo, descarados y traviesos.

Quizás Itahisa intuyó mis pensamientos porque esa sonrisa la cambió por una especie de mueca y se giró hacia Paola para preguntarle qué tal. Por suerte, no era el más perjudicado: Paola había gastado varios clínex.

***

Cuando llegó el momento de irnos, después de hablar durante horas, comernos esa tarta de queso tan deliciosa y pensar en la próxima película que podríamos ver juntos, me sentí feliz.

Estaba siendo incluido en la vida de esas tres personas como uno más. Aairam no me odiaba, como me había parecido el primer día, y las hermanas de mi vida parecían volver a sentirse a gusto a mi lado.

Agosto prometía ser un buen mes.

La decisión de haberme mudado a Fuerteventura cada vez me parecía mejor.

Capítulo 59

Itahisa

Agosto en Fuerteventura – 26 años

Había decidido ir al centro comercial de Puerto del Rosario con mi madre. Estaba pensando en poner mi habitación en alquiler para sacar alguna rentabilidad extra y ni mi hermana ni su novio, Adrián, podían. Además, así haríamos algo diferente juntas.

El rato en el coche fue bastante bien; mi madre era una persona un poco loca y a la que le costaba prestar atención a las cosas, pero en la carretera era uno de esos sitios en los que se centraba y su atención al fin se focalizaba.

Me estuvo contando cómo le iba en el nuevo bar en el que había empezado y la idea que tenía de, quizás, irse de vacaciones unos días al centro de Europa.

Me alegré mucho de escucharla pensando en el futuro, de verla con ganas de hacer planes. Así que le aseguré que la ayudaría en lo que hiciera falta.

Una vez que llegamos al centro comercial, empezó esa faceta suya de ir corriendo de un lado a otro. Miramos demasiadas tiendas y comencé a aburrirme. Comprar no era lo mío. Nunca sabía qué quería y me costaba mucho verle la utilidad a algo. No obstante, puse lo mejor de mí y conseguí aconsejarla sobre varias telas para hacer el cabecero.

No entendía por qué hacía falta un cabecero para alquilar la nueva habitación. Yo había vivido en ella casi toda mi vida y nunca lo había tenido; pero tampoco me apetecía ponerme a cuestionar a mi madre ni darle mi opinión.

Con los años, había aprendido que era mejor guardármela para mí, a no ser que ella me preguntase, como, por ejemplo, había hecho con qué tipo de tela elegir.

Lo importante era que la tarde había ido bien y que podría haber acabado bien si no hubiese sido porque mi madre vio el nombre de mi padre cuando me llamó y sus ojos volvieron a apagarse y las lágrimas volvieron a agolparse en ellos.

Qué difíciles me resultaban esos momentos. Mi madre llevaba triste tantos meses y tanto tiempo. Cuando al fin se había decidido a dejar a mi padre y buscar algo que le hiciese más feliz, era ella la que seguía triste, a pesar de haber encontrado una pareja. No parecía superar la culpa que le causaba haber dejado a mi padre y esa tristeza era como un *dementor* para mí.

Me consumía y me chupaba la energía.

Así que hice lo que mejor sabía hacer en esas situaciones: abrazarla hasta que se calmó y despedirme de ella, prometiéndole que la llamaría en un rato. Ojalá llegase el día en el que ver a mi madre no me tambalease por dentro ni me hiciese imaginarme tantos escenarios en los que el plan podía acabar consumido en la tristeza.

Necesitaba andar y despejarme, y así fue como acabé en el puerto de Cotillo frente al velero de Nahuel, quien estaba tumbado con un libro de cetáceos en la proa de su casa.

—Ey—. Me saludó al levantar la vista del libro y encontrarme mirándolo más de lo que debería.

—Hola.

—¿Me estabas espiando? —Una sonrisa canalla se instaló en su rostro, y yo puse los ojos en blanco. Nunca le admitiría que podría haberse quedado leyendo el tiempo que quisiese mientras yo lo observaba.

Ver a Nahuel en ese momento en el que las cosas habían mejorado era como estar justo antes de un tsunami. Por un lado, me producía calma, era meditativo ver su tranquilidad y buen humor constante; por otro, me hacía temblar y estremecerme. Nahuel había sido mi debilidad toda la vida, y no parecía que hubiese cambiado.

—¿Itahisa? —Empezó a reírse suave, y su libro se movió sobre su pecho.

—Perdona. Estaba en la inopia.

—Ya veo. ¿Qué tal?

Quería confesarle que me sentía triste y perdida con el tema de mi madre, que era una situación imposible de controlar por parte de mi hermana y mía y que nos costaba cada día más; pero, para eso, tendría que hablarle de muchas cosas para las que no me sentía preparada.

—Ya veo. Hoy no te apetece mucho conversar, ¿verdad?

Lo miré a los ojos y asentí.

Nahuel se puso de pie y me tendió la mano.

—¿Quieres dar un paseo en mi velero?

Me encantó la idea. Al fin, Nahuel e Itahisa navegando por el mundo… No obstante, la rechacé.

—¿No tienes ganas?

—No quiero escapar de mi realidad, y siento que si navegáramos ahora juntos sería eso lo que haría. Además, ya mismo cae la noche…

—El primer motivo te lo compro. El segundo… la noche no es ningún impedimento.

Con el sol justo detrás de él, las puntas de sus caracoles, ya de por sí más claras que el resto de su pelo, brillaban. Me volví a fijar en su tatuaje y también me detuve en los lunares que le recorrían el brazo. Eran cuatro.

Su piel morena parecía muy suave y me apetecía acariciársela.

En un arrebato inesperado, alargué mis dedos y le rocé el tatuaje.

Nahuel tragó saliva, y presencié el movimiento de su nuez. No me atrevía a levantar la vista y encontrarme con su rostro, no si solo quería seguir acariciándolo.

Capítulo 60

Nahuel

Agosto en Fuerteventura – 26 años

Itahisa continuó acariciándome lo que parecieron horas, pero se cubría la cara con su pelo. Me moría de ganas de posar mis dedos en su barbilla y alzar su rostro para que se encontrase con el mío; de ver el sol reflejarse en esos ojos tristes y conseguir apaciguarlos. No sabía qué le había ocurrido, pero no quería que volviese a huir. Así que no le alcé la barbilla ni le pregunté nada más. Simplemente me limité a dejarle su tiempo y a disfrutar del placer que sus dedos me daban.

La piel de gallina por sus caricias.

El corazón galopando en el pecho por su presencia.

—¿Me hablas del libro que estabas leyendo?

—*Cómo hablar balleno* es un ensayo sobre la posibilidad y las consecuencias que tendría la comunicación entre los humanos y los animales. Todo viene a raíz de un incidente que sufrió el escritor, un cineasta y biólogo. Estaba frente a la costa de California, observando las ballenas, cuando una jorobada de treinta toneladas se arrojó contra su kayak y casi lo mata.

—¿En serio?

—Sí. Se hizo muy viral.

Itahisa se atrevió al fin a levantar su rostro hacia el mío y mi corazón se derritió. En ese instante, pude ver el amor tan grande que había dejado de esconderse en sus ojos. Solo quería abrazarla contra mí y decirle que la quería. Pero, de nuevo, me mantuve en mi sitio y la relevé. Cambié y empecé a acariciarle la pierna que tenía junto a la mía y, al contrario que Itahisa, yo no despegué mis ojos de los suyos. Quería que ella viese el mismo amor en los míos.

—Pues no… —tartamudeó— … no lo sabía.

Le sonreí con ternura y continué haciéndole cosquillitas mientras le contaba.

—Tom Mustill, el autor, no entendía qué había sucedido y empezó a montarse muchas teorías en la cabeza de cuál podría haber sido el motivo y qué le habría pasado a la ballena por la mente; y así empezó a investigar y surgió este libro.

—¿Y ha encontrado el motivo? —me preguntó con esa curiosidad que tanto adoraba de ella cuando éramos pequeños, algo más relajada con mis caricias.

—Si te lo cuento, no tiene gracia. ¿Te sigue gustando leer?

—Sí.

—¿Qué sueles leer?

—Ahora, no ficción.

—Entonces, cuando lo acabe, te lo presto.

Asintió y paré las caricias para ir a por una manta que tenía en el camarote. Empezaba a hacer frío.

Subí con dos cojines y la manta y nos acomodamos, mirando hacia el océano.

—¿A ti también te sigue gustando leer? —inquirió, terminando de ponerse cómoda.

Dios. Era guapísima. Quería puntear cada una de esas pecas que le bañaban el rostro. Ese arito en la nariz le quedaba genial y sus pestañas largas aguardaban los ojos que más había echado de menos tantos años.

Volví a tragar saliva. Aquel día Itahisa no terminaría huyendo de mi casa.

—Sí. Leo bastante —pronuncié, recordando cuando comentábamos *Harry Potter* o cuando ella me hablaba de Sam, su hombre lobo. Me alegraba que aquel *hobby* hubiese perdurado en nuestras vidas, aunque leyésemos géneros diferentes a cuando nos encontrábamos en Brujas—. En la universidad empecé a empaparme de lecturas que me llamaban mucho la atención. Mi carrera era muy interesante y no paraba de encontrar libros que ampliaban los conocimientos que dábamos.

—Es increíble tener una pasión como la tuya, Nahuel.

—Tú también tienes el *kite*.

—Sí, pero yo no me paso el día leyendo libros de *kite*, por ejemplo.

Le sonreí y busqué su cuerpo debajo de la manta; quería seguir acariciándola.

—Al final, es el gran azul lo que nos apasiona a los dos. Sus deportes, su fauna, su flora, su vida, sus propiedades…

Cuando hablaba de los océanos y los mares, no podía evitar sentir cosquillas en la punta de los dedos. Todo el mundo se llega a sentir en algunos momentos perdido en su vida, pero yo siempre tenía mi brújula, mi azul.

—Pues sí, tienes razón.

—No sé qué te pasa, Itahisa, pero no te tomes el mar como una huida de la realidad. Este océano es nuestra realidad ahora mismo. Desde pequeños, amamos el azul; si queremos adentrarnos en él, no es porque queramos huir, es porque queremos ser y estar, encontrarnos en nuestra verdad.

Itahisa me miró y sus ojos marrones empezaron a brillar más y más hasta que varias lágrimas le cayeron por la mejilla.

—Gracias —musitó.

—¿Por qué? —le pregunté sin aguantarme más las ganas de darle un abrazo.

—Por recordarme cuál es nuestro motor. —Suspiró en mi pecho.

—Eso nunca lo has olvidado, te pasas el día en él.

—Pero hace mucho que no soy ni estoy.

—¿Hay alguna forma de poder cambiar eso que sientes?

—Quiero salir a navegar contigo.

—Miro los vientos y vamos alguno de estos días.

—Por favor—. Sus brazos me rodearon con más fuerza y deseé a mi azul que me permitiese vivir al lado de mi exploradora durante muchos años, pero siendo los dos esos exploradores que siempre habíamos querido ser.

Capítulo 61

Itahisa

Agosto en Fuerteventura – 26 años

Los últimos días de agosto llegaron. Mi hermana regresaría en un par de semanas a Madrid y me tocaría volver a echarla de menos y estar más pendiente de mi madre.

Sin embargo, estaba siendo el mejor verano en años, y eso era gracias a la presencia de cierta persona con caracoles y de sonrisas. Nahuel y yo estábamos disfrutando mucho haciendo *kitesurf*. La cometa y la tabla le llegaban en un par de días, y pretendíamos pasarnos el fin de semana entero en el agua, pero, antes, íbamos a ir a navegar. Nahuel había estado mirando los vientos durante los últimos días y había decidido que al siguiente las condiciones eran espectaculares para adentrarnos en el azul.

Preparé la cena y piqué un buen *tupper* de sandías para tener de qué alimentarnos mientras pensaba que, de una forma genuina, Nahuel había ido entrando en mi vida hasta volver a estar en cada esquina, como el agua líquida que va colándose por las grietas de un *iceberg*.

Las noches de cine con Paola, Aairam y él eran muy divertidas; los ratos haciendo *kitesurf* eran vitamina para ambos y las tropicales que de vez en cuando nos tomábamos en la arena o en la proa de su barco eran momentos de normalidad, sin traumas ni daños.

No obstante, Nahuel estaba cien por cien metido en mi mundo del *kitesurf* y en ese momento quería ser yo la que se adentrara en su mundo de océano abierto en mitad de la nada y en los avistamientos e investigaciones de su flora y su fauna. Quería saber para qué había venido a la isla y quería formar parte del proceso y de la investigación que hiciese porque sentía que, a través de ella, podría empezar a buscar una alternativa a mi dolor y sanar mis heridas.

Aprender siempre me había apasionado y, en aquel momento, tenía la oportunidad de hacerlo de la mano de un experto.

Estaba intentando darle la vuelta a la tortilla, así que en vez de pensar en el dolor que me había ocasionado su pasión, trataba de detenerme en que, quizás, podría convertirse también en algo muy importante para mí.

***

—Buenos días, señorita. —Nahuel vestía una camisa blanca de lino abierta por el pecho y un bañador celeste. Estaba izando la vela mayor del barco y me sonreía, guapísimo.

Desde aquella noche de caricias que habíamos compartido en este mismo hogar, no habíamos vuelto a acercarnos tanto. No obstante, las miradas que nos dedicábamos el uno al otro y el cariño que estas reflejaban podrían verse desde la costa del continente africano.

—Buenos días —respondí, levantando las piernas y entrando en el velero—. He traído la comida —expliqué, quitándome la mochila y alzándola para que la viese.

—Déjame adivinar: en esa mochila hay como mínimo —se puso la mano en la barbilla, haciéndose el interesante, y bajó de un salto hasta situarse a mi lado— sandía. —Terminó la frase apretándome entre sus brazos y haciéndome reír.

—No tienes ningún mérito. Todo el que me conoce en esta isla sabe que me encanta la sandía.

—¿Y también saben que tu pelo desprende el aroma dulzón de esta fruta? —me susurró al oído, poniéndome la piel de gallina—. ¿O que toda tú —su voz se había vuelto más ronca de la cuenta— mmm, que toda tú hueles a sandía?

Me estremecí entre sus brazos y negué sin levantar la vista.

La cercanía física entre Nahuel y yo era algo que me volvía loca. Me encantaba y me aterraba a partes iguales. Me moría por besarlo

y, a la vez, me mortificaba pensar que volvería a abandonarme. Tener un mejor amigo en la otra punta del mundo era duro de cojones, pero volver a dejar que el amor de pareja emanase de mí para separarme de él en un futuro volvería a destrozarme.

Así que no alcé la barbilla, pero lo apreté entre mis brazos cuando noté cómo me acariciaba la espalda a plena luz del día.

—¿Nos ponemos en marcha? —carraspeó pasado varios, quizás demasiados, minutos.

—Venga. —Traté de sonar con cierto desparpajo, pero lo cierto es que la voz me tembló casi tanto como las piernas al separarme de su lado.

Su sonrisa traviesa me hizo alejarme un par de pasos.

Tenía que relajarme.

Decidí acercarme a la proa mientras Nahuel empezaba a navegar y a sacarnos del puerto de Cotillo.

Pasada media hora, estábamos en mar abierto. Nahuel se acercó a mí con el portátil encendido y la página de una ONG.

—Mi universidad ha aceptado hacer una investigación conjunta sobre los calderones del océano Atlántico que viven entre las aguas de las Islas Canarias y el Estrecho de Gibraltar. ¿Conoces a esta especie?

—Sí —reconocí—. He visto algún que otro documental sobre ellos y los he observado en estas aguas a lo lejos.

Nahuel asintió y se sentó a mi lado.

—Yo pretendo documentar los comportamientos de estos animales más a fondo. Estudiar cuántos habitan por la zona y resaltar su importancia para el ecosistema—. Se había puesto un sombrero de explorador que le quedaba genial. Me gustaba que lo llevara atado a la garganta para que no le saliese volando. Escucharlo hablar sobre su proyecto, con su portátil y ese aspecto, me hacía querer achucharlo entre mis brazos otra vez. Quería demasiado a ese chico—. Ya hay algunas universidades que los investigan, pero ninguna como especie principal.

—¿A qué te refieres?

—Los calderones son un tipo de delfín y una de las siete especies que suelen verse en el Estrecho de Gibraltar, así que, por supuesto,

se estudia algo sobre ella, pero siempre en ese grupo de las siete especies. Mi misión es centrarme específicamente en ellos y aprender lo máximo posible.

—¿Cuáles son esas siete especies? —Tenía mucha curiosidad. Nunca había estado en el Estrecho de Gibraltar.

—El delfín común, el delfín listado y el delfín mular; el calderón, la orca, el cachalote y el rorcual común.

Lo miré y no pude evitar que una sonrisa apareciese en mi cara.

—¿Qué? —Se sonrojó.

—Nada.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué pasa? ¡Dime!

Me empecé a reír más fuerte y Nahuel soltó el portátil para asesinarme con la mirada.

Madre mía, era monísimo y estaba guapísimo.

—Me encanta escucharte hablar, Nahuel. Lo había echado tanto de menos, me encanta aprender de ti.

—Pero si no he dicho nada—. Se encogió de hombros y a mí me entraron ganas de besar esos mofletes.

—¿Te parece poco saberte las especies que habitan al otro lado del océano donde está tu hogar?

—Mi hogar está en cualquier lugar donde haya mar —me recordó, guiñándome el ojo.

—*Touché* —añadí, abrazándolo. Ya no me contenía.

Nahuel me sonrió y lo noté porque su cuerpo se relajó.

Volví a retirarme y seguí con mis preguntas. Tenía varias.

—¿Y por qué no estás en el Estrecho estudiando a los calderones?

—Varios motivos —respondió con una sonrisa arrebatadora.

—¿Te importaría especificarme cuáles?

—Los calderones también están en las Islas Canarias, y resulta que una persona muy importante para mí vive aquí. Sabía que iba a hacer una investigación larga y quería que fuese aquí.

Mi corazón empezó a latir con más frenesí. ¿De verdad yo había sido uno de sus motivos?

—Nahuel…

—Es la verdad, Itahisa —me interrumpió, poniéndose algo serio —. No sé si me crees o no, pero te juro que es la verdad.

—Está bien. —Volví a asentir y desvié la vista hacia el océano, no fuese a ser que, en ese momento, viese a uno de los calderones y me lo fuese a perder por mirar más de la cuenta a mi gran amigo que me traía medio loca.

—Otro de los motivos fue porque en el Estrecho no se puede bucear debido a las corrientes y a la cantidad de barcos que pasan por él al día; unos trescientos. Una locura, ¿verdad?

—¿Tantísimos? —Agradecí que Nahuel hubiese seguido con la conversación y me hubiese ayudado a no hacer una gran bola de pensamientos enredados sobre su confesión.

—Sí, el comercio en el Estrecho es grandioso. La entrada al Mediterráneo.

—¿Y los animales no sufren accidentes?

—Claro. A pesar de que hay muchas normas y regulaciones, hay accidentes. Hace poco murió un cachalote, por ejemplo.

Me estremecí al imaginarme un animal tan grande como un cachalote muerto en mitad del océano por culpa de los humanos una vez más.

—Lo sé, te entiendo.

Nahuel cerró el portátil y me pasó un brazo por la espalda.

—En resumen, si hubiese querido, también podría haber ido al Estrecho. Para ciertos grupos de investigación sí que se dan permisos para bucear en algunas zonas, pero no quise. Quería volver a verte, Itahisa, necesitaba volver a verte.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué después de tantos años?

—Porque sin ti nunca me sentí completo. Porque este sueño era de ambos, porque no quería seguir explorando el mundo sin ti a mi lado.

Sentí una ráfaga de viento en mi pelo y me acurruqué más a su lado. No estaba preparada para verbalizar en voz alta algunas cosas, pero agradecía que Nahuel sí pudiese hacerlo.

—¿Has visto muchos lugares espectaculares?

—No te imaginas cuántos, pero me gustaría seguir viéndolos contigo.

—A mí también me encantaría hacerlo. Cuando fui a la península de Valdés, lloré casi todos los días. Ver a las ballenas francas australes fue de lo más emocionante que he hecho en mi vida; escuchar sus soplidos desde el hotel… otro mundo.

—Pues ahora podemos ver juntos todo lo que hay cerca de tu hogar. Podemos estar en tus playas con nuestras cometas y en nuestro océano con mi velero. Podemos cumplir nuestra palabra y ser lo que queramos ser, juntos, Itahisa.

Nahuel hablaba con una pasión y un amor que me eran tan familiares. Desde pequeños había sido así: intenso como el que más, tan decidido y soñador.

—Me encantaría, Nahuel, ojalá…

—Dejemos los ojalá, podemos hacerlo. Lo estamos haciendo.

Me retiré para ver, atenta, su expresión y me fijé en su felicidad genuina.

—Tienes razón.

Asintió y se levantó, dándome la mano.

—Ven. Vamos a coger los prismáticos, a ver si vemos a algunos calderones.

—Esta noche pienso ponerme otro documental para refrescar los datos.

Se detuvo y me miró, insondable.

—No, por favor, déjame ser yo quien te cuente sobre ellos. Si hoy no los avistamos, tenemos muchos días. Me gustaría que mi investigación sea de los dos.

No podía ni quería negarme a sus palabras.

—Me parece un plan estupendo.

Pasamos el día con los prismáticos, comimos en la popa y vimos el atardecer antes de volver al puerto. No avistamos animales, pero fue un primer día de exploración maravilloso.

De repente, tenía un nuevo propósito en mi vida o, mejor dicho, había rescatado un viejo propósito de ella. Ser una profesional del kite era un sueño, pero el primero de todos esos, el que acompañaba a la pequeña Itahisa desde que tenía uso de razón, era explorar el gran azul. Y Nahuel acababa de recordármelo.

Capítulo 62

Nahuel

Septiembre en Gran Canaria – 26 años

Cogí un avión para ir a Las Palmas de Gran Canaria y hablar con el departamento de Biología Marina que me apoyaría en esta investigación con los calderones. Aproveché para proponerle a Itahisa que viajase conmigo y, aunque al principio no pareció muy convencida, terminó mandándome un emoji de aprobación a mi plan improvisado, que me había gustado muchísimo.

Cuando salí de la universidad, la vi esperándome con una de sus gorras de visera plana, unos vaqueros negros y una camiseta de tirantillas verde clarito que le sentaba genial con su piel tostada por el sol.

Me sonrió y se acercó a mí con entusiasmo. Todavía me costaba creer, en ocasiones, que eso pasase.

—¿Qué tal ha ido?

—Muy bien. He conocido al equipo, y todos parecen encantados con mis ideas. Me han dado algunos consejos sobre dónde suelen hacerse los mejores avistamientos de Fuerteventura, y voy a descargarme una aplicación que me han dicho que es con la que suelen registrar y monitorizar a los animales que ven. Yo voy a monitorizar los calderones. Mañana tengo una reunión con los de la ONG…

Me callé al sentir que estaba hablando de más, pero, al detener mi vista en Itahisa, la vi alegre y con un interés sincero.

—Sigue, venga.

—¿Y si vienes a la reunión de mañana?

—¿Yo?

La expresión de sorpresa en su rostro era una de mis favoritas y una de las que más había recordado durante años. Me encantaba sorprenderla desde que éramos niños. Ver cómo abría la boca y

alzaba las cejas… sus ojos se tornaban más brillantes y su pecho se hinchaba al inhalar una bocanada de aire más grande.

—Sí, *túúú*…

—¿Estás seguro?

—Sí, Itahisa, me encantaría que formases parte de esto.

—No sé qué puedo aportar.

—Eres una de las personas que más sabe de cetáceos de todas las que conozco.

—Pero ¿qué dices? —Meneó la cabeza y la melena—. Si yo solo…

—Itahisa, he conocido a mucha gente en este mundillo, y puedo asegurarte que pocas con tanta pasión como tú.

—Está bien, si tú quieres, yo…

Trató de contener la sonrisa, pero al final explotó en su cara, y a mí me fascinó.

Cuando llegué no sonreía demasiado, pero, en esos últimos días, había perdido la cuenta de las veces que la había visto hacerlo.

—Sí que quiero.

Pasamos esa tarde en las piscinas naturales del norte de la isla. Buceamos, viendo muchos peces, y nos bañamos hasta que el sol se puso. Por la noche, nos arreglamos y fuimos a cenar a un restaurante del paseo marítimo de Las Canteras.

Itahisa salió de su habitación con un vestido de manga corta, blanco, y sus Vans negras. Se había recogido el pelo en media cola y estaba guapísima.

Yo traté de decirle algún cumplido, pero abrí y cerré la boca varias veces sin pronunciar ninguna palabra.

Itahisa volvió a soltar una risa suave, se acercó a mí y posó ambas palmas en mis hombros.

—Estás muy guapo con esta camisa negra, Nahuel.

Me acaricié el anillo y me fijé en su collar. Nuestro collar.

—Tú siempre estás guapa, Itahisa.

Se sonrojó y me agarró del brazo.

—¿A dónde me vas a llevar a cenar?

—¿La verdad? No tengo ni idea. ¿Improvisamos?

Itahisa volvió a reírse, y así fue como acabamos en un chiringuito cualquiera, comiendo papas arrugadas y queso frito, mientras

observábamos a las personas caminar por el paseo marítimo, a las olas romper en la playa y conversábamos sobre nuestros hermanos y sus vidas y propósitos tan diferentes a los nuestros.

—¿No te resulta curioso?

—¿El qué? —le pregunté, reclinándome en la silla, con el estómago lleno.

—Que nosotros dos nos parezcamos más entre nosotros que a nuestros hermanos.

—Supongo que crecer tan unidos como lo hicimos influyó.

—¿Quién nos puso el primer documental? —me preguntó, echándose el pelo hacia atrás con curiosidad.

—Tu abuelo, Abhau.

—¿De verdad?

—Sí, quería que lo dejásemos un rato tranquilo y nos puso un documental de un pulpo, ¿no te acuerdas?

—¿De un pulpo? —frunció el ceño y apreté la mandíbula para no reírme—. ¿Te estás quedando conmigo?

—Claro que no —protesté con diversión.

—Pues no recuerdo nada de un pulpo.

—Yo tampoco me acuerdo mucho, pero sé que es el primer documental que vimos juntos. Después de ese empezaron los de los cetáceos y creo que también nuestra perdición.

—Ahora quiero ver un documental de un pulpo —comentó, acariciándose la mejilla—. Tengo que preguntarle a mi abuelo si se acuerda cuál nos puso.

—Sería genial volverlo a ver, pero, si no, hay otro que me gusta mucho; podríamos verlo juntos. Se llama *Lo que el pulpo me enseñó*.

—Me encantaría verlo.

—Tenemos próxima película juntos.

Levanté la mano para chocarle los cinco y ella me imitó.

Itahisa empezaba a corresponderme y a sentirse segura a mi lado. Mi hermano tenía razón: hablar tanto del pasado no era una buena idea, pero recordar momentos sencillos, como el de esta cena, era bonito, especial y nos hacía, al menos a mí, conectar con esos amigos favoritos del mundo.

Nos levantamos y paseamos por la orilla un rato.

—¿Hablas mucho con Abhau?

—¿Todos los días te parece mucho? —me miró, y sus ojos desprendieron una ternura preciosa.

—Nunca es mucho si se trata del gran Abhau.

—Voy a ir a visitarlo estas Navidades. ¿Quieres venir?

—¿Volver a Brujas? ¿Juntos? —Hasta para mí esa idea resultaba algo abrumadora.

—¿Sería demasiado?

—No lo sé. No sé si es buena idea; demasiados recuerdos bonitos allí, no sé si quiero que…

—Te entiendo.

—¿De verdad?

—Sí. Hay quienes creen que es mejor no volver a donde fuiste muy feliz porque puede que tu nuevo recuerdo no le haga justicia al anterior.

—¿Y tú qué crees?

—No lo sé, la Itahisa de junio te diría que cree como ellos, la de ahora está algo más reticente con esa idea.

—Yo solo quiero que todo siga yendo bien entre nosotros.

—Yo igual.

—De todas formas, aún queda mucho para Navidad.

—¿Tres meses? —Arrugó la frente y se agachó para tocar el agua de la orilla.

—Tres meses seguía siendo una barbaridad de tiempo esperando a verte.

Me lanzó un poco de agua y salió corriendo.

Volvimos al hotel y nos despedimos en mi puerta.

Quería abrazarla, quería besarla, quería quitarle ese vestido, pero, sobre todo, quería tenerla en mi vida un día más.

Capítulo 63

Itahisa

Septiembre en Gran Canaria – 26 años

Dormir aquella noche me resultó complicado. Por un lado, estaba nerviosa y ansiosa por conocer a la ONG SECAC, una sociedad para el estudio de los cetáceos en el archipiélago canario y, por otro lado, quería seguir pasando tiempo con Nahuel y dilatar todos los minutos que teníamos juntos.

Me había acostumbrado a poder verlo cada vez que quisiera, y esa sensación era completamente nueva. Pero mi parte más primaria seguía pensando que todo era finito, que en algún momento volvería a irse, que no siempre podría verlo si quería, así que una y otra vez debía calmarme y tratar de quedarme en el presente.

Cuando Nahuel llamó a mi puerta, todavía tenía las señales de la almohada pegadas a las mejillas. Me lavé la cara con cierta rapidez e intenté ponerme unos coloretes para que me quitasen la cara de sueño y cansancio, pero Nahuel golpeó con insistencia, así que solo pude hacer lo primero.

Abrí la puerta y me lo encontré con unos vaqueros cortos y una camisa rosa de lino. ¡Qué bien vestía ese hombre!

—Parece que a alguien se le han pegado las sábanas—. Verlo de buena mañana con ese humor y esa sonrisa me gustaba demasiado, y creo que ambos lo sabíamos.

—Calla. —Bufé, cogiendo mi riñonera *beige* y tratando de mantenerme seria.

—Disculpe usted.

Le pegué un pellizco en la cintura y salí corriendo antes de que me alcanzase.

Hicimos una parada para desayunar un bol de açai delicioso y llegamos diez minutos antes a la cita con la ONG.

Habíamos quedado en la universidad. La sede estaba en Lanzarote, bastante cerca de donde nosotros vivíamos, así que podríamos ir a visitarlos con asiduidad. Todos fueron muy agradables y no tuvieron ningún problema en que yo participase en la reunión. Me encantó cuando nos contaron los diferentes proyectos que tenían; mientras nos hablaron de la fotoidentificación, la necropsia o las llamadas que recibían para tratar de salvar a determinadas especies, permanecí completamente atenta.

No sabía que tan cerca de mi casa había grupos de personas que se encargaban de proteger y estudiar a los cetáceos con tanto afán, y era muy bonito tener la oportunidad de comprobarlo y vivirlo.

Nahuel les hizo varias preguntas más técnicas con las cuales yo me perdía un poco, pero decidí no interrumpirlos; estaba segura de que llegado el momento él me explicaría todo.

Era fabuloso y admirable verlo con las manos apoyadas sobre los planos de las islas y sus corrientes, explicando por dónde empezaría su investigación, rascándose la barbilla mientras pensaba y acariciándose el anillo de forma inconsciente mientras empezaba a hablarles de su experiencia, sus estudios y sus ganas por ayudar al mar.

Me di cuenta de que querer a Nahuel era demasiado sencillo. Una persona tan buena y dada a nuestro planeta; una persona que no busca el conflicto ni embellecerte los hechos con palabras.

En esta reunión fui consciente de que, a pesar de que habíamos sido tan amigos durante tantos años, Nahuel ya no era aquel adolescente que se despidió de mí una Navidad en Brujas: ahora era una persona adulta, con ideas más claras, propósitos de vida que estaba llevando a cabo y mucho conocimiento sobre su campo.

Nahuel era todo un hombre, y quería fijarme en él y dejar el rencor que sentía y me quedaba por aquel niño que se fue sin mirar atrás.

Al despedirnos del equipo, me sentía algo aturdida. Había sido demasiada información y, por mucho que hubiese visto documentales, yo no era bióloga marina.

Nahuel pareció notar mi turbación porque me agarró de la mano y tiró de mí hacia donde estaba nuestro pequeño Fiat de alquiler.

Me abrió la puerta y se montó en el asiento del piloto.

—¿Vamos a Punta de las Arenas?

No había estado nunca en esa playa. Para llegar allí, primero había que seguir una ruta de senderismo, y las veces que había ido a la isla no había tenido la oportunidad.

—¿Sabes que hay que andar un buen trecho? Yo, al menos, llevo mis Vans, pero tú vas en sandalias.

—¿Estás subestimando mis habilidades?

—Estoy siendo realista—. Sacudí la cabeza y puse los ojos en blanco. Escuché la risita brotar del pecho de Nahuel y lo fulminé con la mirada.

—Llevo las botas de montaña en mi mochila, también la crema de sol, el bañador y una toalla.

Me quedé callada, conteniendo la sonrisa, y miré por la ventanilla del coche.

—¿Algo que objetar?

—Yo no tengo botas de montaña —farfullé.

—¿No? ¿Qué hace una explotadora sin un calzado adecuado?

—Íbamos a ser exploradores de los mares —protesté.

—Me estoy quedando contigo, aunque creo que deberíamos ponerle remedio a eso. Para explorar los mares, también nos encontraremos montañas, y hay que andar con cuidado por estas.

Terminamos la conversación yendo a una tienda de deporte y comprándome mis primeras botas. Me recordaban un poco a las botas de agua por ser más pesadas que mis Vans habituales y a los chapoteos en los charcos en Brujas.

Cuando terminamos con la compra del material, cogimos un par de ensaladas en un súper y pusimos rumbo a la playa.

La ruta no fue demasiado dura, aunque Nahuel pensaba que el hecho de ser dos deportistas de *kite* nos estaba ayudando. Yo no pude evitar sonreír cuando habló en plural.

De cualquier forma, no hablamos demasiado mientras caminamos, y nos centramos más en el entorno. Una hora y media después, llegamos a nuestro destino, donde las vistas eran sobrecogedoras con los acantilados y las montañas al borde del océano, algunas nubes pintadas en el cielo y el mar en calma. Por

suerte, la marea estaba baja, así que aprovechamos para zambullirnos en el agua y mimetizarnos con esta durante un largo rato. Al salir, tendimos las toallas en una de las rocas y nos comimos las ensaladas y un par de barritas de fresa y chocolate blanco que llevaba en la mochila y de las que no me acordaba.

En cierto punto, me quedé dormida y, cuando abrí los ojos, me encontré con los de Nahuel, mirándome con los suyos irisados y un brillo febril en ellos.

La temperatura de mi cuerpo subió varios grados y comencé a respirar con irregularidad. Nadie nunca me había mirado de esa forma, como si hubiese traspasado todas las capas de mi piel y estuviese hablando directamente con mi alma.

Me mantuve callada porque tenía claro que cualquier palabra rompería el momento, y no quería que eso pasase por nada del mundo.

Nahuel me acarició el cuello y bajó hasta el hueco que había entre mis pechos, solo tapados por un bikini blanco.

Mi respiración se agitó y mis labios se entreabrieron a la par que los suyos.

Se mordió el inferior y se pasó la lengua por ellos, humedeciéndoselos. Parecía que se le habían quedado secos.

Alcé mi mano y también acaricié con mis dedos su pecho desnudo. Noté en la punta de mis huellas dactilares el latir de su corazón y aprecié cómo la mirada se le nublaba.

Quería besarlo; las ganas me cosquilleaban en los labios, no podía aguantar más. Así que me incliné y no supe exactamente quién de los dos se fundió con los labios del otro, quizás lo hicimos a la par. Lo que sí supe es que ese beso me transportó directamente al pasado, a los momentos más felices de mi vida, a la sensación de hogar.

Sus labios suaves, carnosos y, esta vez, no fríos, se deleitaron con los míos y me exploraron con calma, suavidad y amor.

Pero me fui lejos de ese presente, y ese fue un gran error porque recordar toda esa felicidad, llevaba consigo también todo el dolor que vino después.

Lo aparté, empujándolo del pecho, y salí corriendo por las rocas.

No podía. No podía besarlo y quedarme con el ahora.

Capítulo 64

Nahuel

Septiembre en Gran Canaria y Fuerteventura – 26 años

Recogí todas las cosas en dos segundos y, sin ponerme siquiera las botas, salí corriendo tras Itahisa.

Mierda. Mierda. Mierda.

—Itahisa —le grité.

La había perdido entre el camino, y solo había tardado unos cuantos segundos más en salir corriendo. Estaba claro que la gran deportista era ella.

Solté un grito algo más fuerte cuando me corté con una de las piedras.

Joder.

Tuve que parar; no tenía la mejor pinta, pero no tenía mi botiquín cerca. Cuando volviese al coche, tendría que ir a un ambulatorio a que me viese la herida que, por el momento, no paraba de sangrar.

Me senté, derrotado, y apoyé los brazos en las rodillas. Itahisa me había besado, no había sido solo yo, sino los dos; estaba seguro. Al igual que estaba seguro de que estaba siendo el mejor beso de mi vida.

Años después, mi cuerpo seguía recordando los labios de Itahisa, la forma en la que los movía cuando me besaba, ese sabor dulce que solían tener por su pasión por el azúcar y la textura suave por las cantidades ingentes de cacao que se echaba para que no se le agrietasen con el sol.

Sin embargo, Itahisa no lo había disfrutado tanto como yo; si no, no me explicaba cómo había vuelto a salir despavorida de mi lado.

Traté de respirar hondo y volví a mirarme el pie. Empecé por lo que podía controlar: el otro. Me puse el calcetín y la bota de montaña. Después, alcé el derecho y lo puse encima de la pierna

izquierda. Le eché la poca agua dulce que nos quedaba y me puse el calcetín. Empezó a llenarse de sangre.

—Itahisa —grité de nuevo. Esperaba que se diese cuenta de que algo no iba del todo bien, más allá de nuestro beso.

Transcurrió una media hora hasta que volvió. Menos mal.

La vi con el bikini blanco, las botas recién estrenadas bien puestas y los párpados de los ojos hinchados. Había estado llorando muchísimo.

Joder.

Sin embargo, nada más que me vio apoyado en la piedra, con ese calor pesado y sangre en la pierna y el calcetín volvió corriendo hacia mí.

Al menos, no quería que me pasase nada malo; algo era algo. Aunque después de verla corriendo de esa manera, entendí que quizás seríamos amigos, pero no más que eso. La línea que habíamos pasado, no se debía de repetir. No si el resultado era que volviese con los ojos como un pez globo.

—¿Qué te ha pasado? —clamó, arrodillándose a mi lado y posando sus manos sobre el calcetín derecho.

—Me he cortado con algo —indiqué con cara de circunstancias, tanteando qué debía hacer—. Lo siento, trataba de…

—Nahuel, perdóname.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos. Joder. Quería apartárselas, pero, otra vez, no sabía cómo debía comportarme.

—No llores, por favor, lo siento, no he debido besarte.

—No es eso, es que no puedo—. Su expresión era totalmente afligida y, en aquel momento, el corazón me dolió más que la herida del pie.

—¿Sería demasiado si te pidiese que me lo explicases un poco mejor? —solté, quizás sin pensar mucho.

—Ahora mismo, sí. Tenemos que llevarte a que te vea algún médico. ¿Tienes seguro de montaña?

—No, tengo de mar. Me toca andar, no tengo para pagar un rescate de un helicóptero.

—Yo tampoco. Cuando volvamos a Fuerteventura tenemos que sacarnos uno, ¿vale? Y más si pensamos explorar montañas para

visitar los mares —habló con cierto nerviosismo y tembleque en la voz, pero sus palabras me arroparon el pecho. Quizás no habría besos, pero no tenía en su mente alejarse otra vez.

—Me parece muy buena idea. —Sonreí.

—Ahora vas a apoyarte en mí y llegaremos al coche. ¿Nos queda agua o comida?

Negué con la cabeza.

—Está bien. Hemos comido hace nada y el camino no es muy largo. Lo vamos a conseguir.

Y lo conseguimos. Tardamos casi el doble y no dejó de dolerme en todo el rato. La sangre sí que se fue parando, así que no me desangré ni nada. Cuando estuvimos en el coche, Itahisa me llevó al primer ambulatorio que encontramos y allí me pusieron cuatro buenos puntos.

Al volver a sentarnos en el Fiat, nos miramos y, de repente, en un momento mágico y totalmente inesperado, empezamos a reírnos a carcajadas.

El pecho de Itahisa se movía con rapidez mientras me miraba con los ojos más limpios después de tantas lágrimas y meneando la cabeza de un lado a otro. Yo también me reí durante un buen rato.

—Vaya día, ¿eh? —comentó cuando nos calmamos.

—Y que lo digas —confesé, pasándome la mano por los caracoles y volviendo a mirarme el pie.

—No lo vamos a olvidar.

—Desde luego que no.

—Cuando volvamos no podremos estrenar tu tabla nueva—. Hizo un puchero con los labios y se me cortó la respiración a la altura del pecho. Tuve que mirar hacia la ventanilla y regañarme por pensar otra vez en esos labios.

—Podemos ver el documental que te comenté y empezar a estudiar a los calderones.

—Buena idea. —Su voz se cortó y supe que también estaba pensando en nuestro encuentro.

Ese encuentro que, durante semanas, pesó en nuestras cabezas, como una nube muy negra a punto de romperse y desatar una

tormenta, pero que persiste más días de lo esperado encima de ti, intacta por fuera, aunque preparándose para la descarga.

Capítulo 65

Itahisa

Septiembre en Fuerteventura – 26 años

Estuvimos tres días sin vernos cuando regresamos de Gran Canaria. Yo necesitaba pasar tiempo con mi madre, y su novio trabajaba esos días, así que aproveché para estar con ella.

Cuando me tiraba más de un día sin saber en qué andaba, me sentía muy mal. Era cierto que, en parte, agradecía tener mi independencia porque, así, al menos, no me cabreaba en la cama de saber que eran las tres de la mañana o las cuatro y mi madre seguía sin acostarse cuando se levantaba a las seis o siete. También agradecía no ver sus ojeras diarias y ese sueño que llevaba consigo a todos lados; en aquel momento, al menos, si no dormía solía ser por mis propios problemas, no por los de mi madre, pero, igualmente, no me encontraba bien si me tiraba más de un día sin llamarla, y en Gran Canaria había estado dos.

También aproveché para ver a mi padre y hacer una clase de yoga juntos en el gimnasio al que él suele ir. Mucha tensión acumulada por demasiadas circunstancias este verano, así que me vino muy bien estirar el cuerpo.

Y, además, esa mañana decidí pasarme por una herboristería y comprar un poco de savia de drago.

Entre tantos planes, no tuve tiempo de acercarme al velero de Nahuel y ver cómo seguía o, bueno, quizás no tuve la valentía de hacerlo. La verdad, no lo sé; pero ese día habíamos quedado con Aairam y Paola para ver el famoso documental del pulpo y despedirnos de mi hermana, que volvía a Madrid a terminar la carrera.

Nahuel pegó a la puerta una hora antes de la de la quedada; sin embargo, no me pilló por sorpresa. Yo misma le pedí que lo hiciera.

Llegó con un pantalón de chándal corto negro y una sudadera blanca con una tortuga en la espalda y la frase *«the ocean is calling»* que le quedaba estupendamente.

Nos estuvimos mirando varios segundos, alargando el momento. Al final, fui yo quien terminó dándole un abrazo para intentar que las cosas fuesen como antes de nuestro maravilloso y erróneo beso.

Nahuel entró cojeando y le insistí para que se sentase en el sofá y esperase a que yo sirviese dos zumos de sandía y piña riquísimos que había hecho.

—¿Cómo llevas el pie? —le pregunté, sentándome hacia él con las piernas en posición de flor de loto.

—Es un coñazo, la verdad, pero no me duele, así que no me quiero quejar mucho.

Lo vi poner una especie de puchero y desviar la vista al pie con cansancio. Si no hubiese salido corriendo de esa forma, seguro que no le habría pasado eso, pero no podía volver atrás y retroceder hasta antes del beso, así que…

—Te he comprado una cosa. Es savia de drago. ¿La conoces?

Negó con la cabeza y su expresión se tornó en una interesada. Me encantaba su curiosidad por todo en la vida.

—El drago es una planta autóctona de varias islas canarias. Los guanches utilizaban su savia para sanar el alma y las heridas —comencé, acercándome a él y pidiéndole permiso para tocarle el pie.

Nahuel asintió y respiró con profundidad cuando empecé a quitarle la venda que le rodeaba el empeine y la planta.

—¿En Fuerteventura había? —preguntó.

—¿Tú ves muchos árboles en Fuerteventura? —me jacté, tratando de quitarle importancia al asunto de que estaba acariciando su piel y me gustaba demasiado—. En Tenerife está el más famoso, el *drago milenario* de Icod de los Vinos, símbolo de la isla.

—Pues nunca había escuchado hablar de ellos—. Su voz ronca me erizó los pelos de la nuca. Retiré las manos de su piel para abrir el bote de savia.

—Mis antepasados —empecé—, descubrieron que, al entrar en contacto con la piel, se tornaba roja y, por eso, le llamaron la sangre de drago. Sus propiedades curativas eran muy importantes entre los

guanches; se dice que incluso en la antigua Roma se tenía conocimiento de esta planta.

Le pasé la yema del dedo índice y corazón con mucho cuidado por encima de la herida para untársela de la savia y se me secó la boca al ver la expresión de Nahuel. Con los ojos cerrados y los orificios de la nariz algo más abiertos, el aire le llenaba el pecho en varias respiraciones profundas y calmadas mientras mis dedos lo acariciaban. Cuando abrió los ojos, me enfrenté al deseo y a la paz a la misma vez.

—Estoy… —comenzó antes de carraspear—, estoy seguro de que esta savia va a terminar de curarme la herida.

Sus pupilas estaban dilatadas y el gris de sus ojos se encontraba algo más oscuro.

—¿Sí? —musité.

—Sí, por favor, no pares de rozarme. —Cerró los ojos de nuevo y yo llené su pie de caricias.

—Lo siento mucho, Nahuel. Siento haberme ido así y siento… —No era capaz de continuar, no teniéndolo tan cerca y queriendo repetir el momento—. Solo espero que los conocimientos de mis antepasados te ayuden y así puedas curarte antes —terminé añadiendo.

Nahuel abrió la boca para decir algo, pero nunca supe qué fue porque, en ese momento, sonó el timbre y sus palabras murieron entre sus labios.

Aairam y Paola llegaron con dos cubos de palomitas.

—¿Qué hacéis con las palomitas hechas ya?

Me levanté de un salto cuando Paola entró en la casa con las llaves que tenía para supuestos casos de urgencias. Menos mal que había tocado el timbre, aunque se hubiese pasado por la torera lo de esperar a que le abriese.

—Así empezábamos antes. —Me guiñó un ojo, cogiendo el mando de la tele y sentándose en uno de los extremos.

Aairam, al menos, tuvo la decencia de darme un abrazo y disimular el hecho de que me habían pillado tocando a Nahuel.

El documental empezó sin que intercambiásemos más que dos palabras, y yo traté de fingir indiferencia, pero me fue imposible. Me

tiré la hora y media con el corazón brincando en el pecho y la mano a dos centímetros de la suya, sin ser capaz de volver a acariciarle la piel.

Capítulo 66

Nahuel

Septiembre en Fuerteventura – 26 años

Por fortuna, me sabía este documental a la perfección, así que estar distraído mirando todas las expresiones de Itahisa lo más disimuladamente posible fue mi pasatiempo favorito.

Observé sus ojos marrones abrirse y encogerse de ternura cuando el pulpo hembra empezó a salir de su escondite. Y sonreí al presenciar lo que amaba los documentales y a los animales.

—No puede ser —gritó Paola cuando el pulpo se abrazó al pecho del humano—. Madre mía, madre mía, ¡qué fuerte!

Yo me reí y asentí.

—También flipé la primera vez —añadí.

—Es que —engulló las palomitas— mírala con sus tentáculos, abrazando el corazón del humano. Confía en él.

Me giré hacia Itahisa, quien contenía una sonrisita de pillina, y decidí acariciarle la mano. No tengo muy claro qué pretendía decirle.

Quizá un «me encanta tenerte a mi lado en el sofá, viendo un documental como antaño» o «sí, yo también creo que este documental es alucinante» o, mejor, «hemos conseguido que tu hermana alucine con el comportamiento de algún animal y, al final, ha sido el de un pulpo».

Fuera lo que fuera, por sus ojos, quise pensar que recibió todos y cada uno de esos mensajes porque el entendimiento se veía reflejado en ellos.

—No me creo que ponga todos los huevos y luego muera —gimió Paola, a la que ya no le quedaban palomitas cuando aparecieron los créditos en la pantalla.

—¿Por qué no? —musité—. Así es la vida: para que sea valiosa, ha de existir la muerte.

—Y tú, ¿desde cuándo eres tan sereno con este tema? —Frunció el ceño, levantándose a por agua y luciendo su chándal blanco precioso.

—Desde que vi cómo un grupo de orcas se comió a una ballena y pensé: «si quiero que haya orcas, tienen que morir ballenas o focas», por ejemplo.

—Qué hartura de naturaleza. Pues yo no pienso volver a comer un pulpo—. Regresó al sofá y se cruzó de brazos, haciéndonos reír a los cuatro.

—Muy bien, hermanita, así me gusta.

Alzó los ojos y meneó el vaso, apuntándonos a Itahisa y a mí.

—Bueno, y vosotros qué, ¿eh?

—A mí el documental también me ha encantado, sí. ¿Tú qué opinas, Aairam? —barbulló Itahisa ante la mirada acusatoria de Paola.

—Muy chulo, chicos. Me ha molado también. Lo mejor: ver cómo el pulpo se va recuperando después del ataque del tiburón.

—Ay, sí, eso también. —Paola hizo un mohín de lo más divertido —. No me gustan los tiburones.

El pecho de Itahisa empezó a moverse con fuerza cuando se rio.

—Eres de lo que no hay. Si te parecían interesantes —replicó.

—Hasta que he visto lo que pueden hacerle a un pobre pulpito.

—Aquí tienes otro ejemplo: si quieres que haya tiburones, algunos pulpos tienen que morir —expliqué.

—Mirad, yo me voy ya a Madrid, a la gran ciudad; a estudiar mucho y dejar de pensar en tantos animales porque me vais a volver loca de la cabeza. Cada vez que paso tiempo con tu hermano o contigo, acabo rayándome por la comida que como, la ropa que compro o el transporte que uso.

—Me alegra demasiado tener esa influencia.

Paola me miró, achicando los ojos, más claros que los de Itahisa, y pegándose a su hermana.

—Por suerte, mi hermanita, la más bonita y a la que yo más quiero, no me pone ya documentales de animales cuando estamos solas. —Se pegó a esta y empezó a abrazarla y a acariciarle el hombro y la mejilla con la de ella.

—¿En serio? ¿Y eso por qué, Itahisa? —Apreté los labios para no reírme, y ella puso los ojos en blanco.

—He tirado la toalla. Pero me alegro de que Samuel y tú consigáis algo.

Le guiñé un ojo y ella me correspondió con otro, con su hermana rodeada entre sus brazos.

—Os he visto, que lo sepáis —aseguró Paola sin despegarse de esta.

Estaba claro que iban a echarse mucho de menos.

Desvié la mirada de las dos y me fijé en Aairam. Se le veía muy cómodo y tranquilo en esa casa. Con una sonrisa alentadora, apoyando en los asientos del sofá, mirando alguna cosa en el móvil y con nosotros de fondo.

Me pregunté cuántas noches como esa habrían pasado los tres juntos, comentando algo que veían en la tele y sintiéndose como en casa, a pesar de ser la de Itahisa.

Me había perdido muchas noches y muchos días de vida al lado de Itahisa y, en ese momento, deseé que eso no volviese a suceder.

Capítulo 67

Itahisa

Octubre en Fuerteventura – 26 años

Añoraba muchísimo a mi hermana, como cada año, pero la mayoría de los días hacíamos una videollamada antes de irnos a dormir. Me encantaba verla con su antifaz en la frente, esos pijamas tan bonitos que siempre llevaba y la cara tan tersa por la cantidad ingente de cremas que se ponía. Yo, en cambio, solo me echaba aloe vera para después del sol y mucho cacao en los labios. Mis pijamas eran camisetas antiguas o de publicidad y no quería un antifaz ni bajar las cortinas porque adoraba que el sol entrase por la mañana en mi habitación.

Paola me había dicho en la última llamada que ya había empezado a hacer frío en Madrid, así que se había pasado la tarde de compras, como si no tuviese ya suficiente ropa; en mi isla, sin embargo, seguía haciendo muy buen tiempo. Calor durante el día y fresco por la noche, por lo que ir hasta el velero de Nahuel en unos pantalones cortos marrones y una camiseta de tirantillas roja seguía siendo lo más normal.

Muchísimas personas romantizaban sus vidas, y el otoño es una estación perfecta para romantizar; yo, no obstante, siempre quería vivir en un eterno verano de salitre y mar.

Nahuel no estaba en la cubierta de su velero cuando llegué al atardecer, por lo que bajé las escaleras y pegué a la puerta del camarote.

Me abrió sin camiseta, y tuve que respirar hondo antes de acercarme para darle un abrazo.

No es que fuese la primera vez que lo veía sin camiseta; pero el hecho de no esperármelo hizo que mi cuerpo no estuviese preparado.

—Me encanta cómo huele tu camarote. No recuerdo si te lo dije la primera vez que vine.

—La verdad es que no —contestó, sonriéndome con todos sus dientes blancos y perfectos—, pero me alegro mucho. Creo que es el aroma que tengo de brisa marina.

—Puede ser, ¿dónde lo tienes?

Me señaló un mueble entre el baño y su habitación y me acerqué hasta él. Olí el aroma.

—Sí, definitivamente es este. Creo que voy a copiarte —añadí, sentándome en la mesa y acercándome los libros que Nahuel ya tenía abiertos.

—A mí me gusta el aroma dulce a sandía de tu casa.

—¿Sí? —Su mirada enternecida me hizo sonreír.

—Sí, eres tú. Ese olor es tuyo desde que tengo memoria —respondió, colocándose una camiseta gris lisa antes de sentarse a mi lado.

—Cuando era pequeña no olía a sandía.

—Pero siempre has olido a gominolas.

Nahuel se mordió el labio y bajó la mirada. Se tocó el anillo y suspiró. Habían pasado días desde el beso. Ya podía hasta caminar y le habían quitado los puntos.

Lo curé con la savia tres veces. En ese momento, la tenía en el mismo mueble que el ambientador y la foto con sus padres, Samuel y sus abuelos de una Navidad en Brujas.

—Me encantó besarte —confesé, tras semanas de silencio.

Nahuel abrió los ojos con clara sorpresa y se mordió los carrillos, esperando a que continuase.

—Yo di el paso, al igual que hiciste tú, pero, cuando nos besamos, un aluvión de recuerdos me vino a la cabeza —empecé, intentando que el batiburrillo de pensamientos que tenía cobrase algún sentido —. Con ello, llegó el dolor que he intentado ir dejando a un lado desde que decidí que quería volver a ser tu amiga y tenerte en mi vida.

Nahuel tragaba y yo decidí mantener la vista fija en su nuez; era más sencillo ese lugar que su rostro.

—Sería demasiado fácil para mí volver a enamorarme de ti —expliqué, bajando el tono de voz—. No puedo simplemente divertirme contigo, Nahuel. Y no quiero que nos perdamos otra vez; no cuando tu estancia aquí es de un año; no ahora que nos hemos recuperado.

Me pasé ambas manos por el pelo, echándomelo hacia atrás y, al fin, me atreví a levantar la mirada.

Me encontré con unos ojos apenados y acuosos.

—No sé si podré quedarme más tiempo —me respondió en un susurro—. Tampoco sé si podré volver a enamorarme de ti —confesó, rompiéndome el corazón en trozos.

Apoyé las manos en las rodillas y me obligué a permanecer en el sitio. Me escondí en mí misma y apreté los dientes para no echarme a llorar.

—Porque no sé si alguna vez he dejado de estarlo siquiera —aclaró con una mirada insondable que me dejó sin palabras.

—Nahuel…

—Pero —añadió— también amo mi vida viajera tal y como es, y creo que, si tuviese que obligarme a quedarme en algún lugar, al final me pasaría factura y quizás me perdería. Y un Nahuel perdido no podría amar de verdad.

Quería abrazarlo, besarlo, llorar, reír, quitarle la ropa y volverlo a descubrir.

Habíamos tenido la conversación más sincera de nuestra vida y se nos notaba tristes.

—No puedo pedirte que vuelvas a enamorarte de mí, pero yo tampoco puedo prometerte que me quedaré aquí.

—Lo sé.

Capítulo 68

Nahuel

Octubre en Fuerteventura – 26 años

—¿Quieres que te cuente lo que he leído esta mañana de los calderones? —traté de cambiar de tema porque el anterior había sido muy intenso, real y triste.

No quería que Itahisa se fuera de mi velero, y la tensión de su cuerpo indicaba que deseaba volver a salir corriendo.

En la vida jugábamos con unas cartas, y esas eran las nuestras. En la baraja nos coincidían algunas, pero parecía que las más importantes no las teníamos iguales. Ella tenía miedo al futuro y a sentir; yo tenía miedo al amarre y a perderme la vida que transcurría en nuestra bola del mundo. Encontrar la carta indicada para ambos no me parecía que fuese imposible; pero aquel día no la teníamos.

—Está bien, sí.

—¿Qué sabes de ellos por ahora? —El ambiente estaba raro, así que me levanté y puse música de fondo. Me decanté por Bon Iver. También nos traje dos vasos de agua de la nevera y puse algunas aceitunas en el centro.

Itahisa le dio un par de sorbos grandes al vaso antes de respirar hondo y hablar sin que la voz le fallase.

—Lo que me has contado, cómo se les conoce y que son residentes en el Estrecho de Gibraltar y en las Islas Canarias.

—Sí. Es alucinante, ¿verdad? —continué dándole emoción a la conversación e intentando que Itahisa se relajase de verdad.

—Lo es, sí. Cohabitar con especies de delfines es maravilloso. —Me sonrió con sus ojos marrones.

—Muy bien. Sabes que se le considera un delfín —apunté.

—Pues claro, ¿por quién me tomas? —Itahisa soltó su mano de la mesa al fin y se acomodó en la silla. Íbamos por buen camino.

—¿Cómo se le distingue de otros delfines? —pregunté, acercándome a mi portátil y abriendo la pantalla para empezar a enseñarles fotos.

—Porque son más grandes que el delfín común, el delfín listado y el delfín mular.

—¿Solo por eso? —Cerré el libro que teníamos justo delante para que no viera las fotografías que estaba bicheando.

—Tenían alguna marca en su cuerpo, pero no la recuerdo bien—. Se encogió de hombros y me sonrió—. ¿Podrías recordarme cuál es, profesor?

Su tono de voz socarrón me hizo reír.

—Conque «profesor», ¿eh? Me gusta —admití, pasándome la lengua por los labios y regañándome al segundo por estar a punto de caer otra vez.

Itahisa apretó los dientes y me sonrió.

—Tienen una mancha blanquecina en forma de «w» en el pecho. Y son grises oscuros, tirando a negros.

—¡Eso! La marca blanca, sí.

—¿Qué más?, ¿qué más? —repetí, abriendo el portátil y mostrándole fotos en Internet.

Juntos terminamos de apuntar todos los datos que sabíamos: tenían las aletas pectorales largas, la aleta dorsal era plana y en forma de hoz. Tenían una esperanza de vida de unos sesenta años, solían medir entre cuatro y siete metros y pesar entre dos y cuatro toneladas.

Entre una cosa y otra, se nos hizo de noche y no nos dimos cuenta. Pero, cuando mi estómago rugió, Itahisa me sonrió y decidió pedir *pad thai* a domicilio.

Al escucharla dando la dirección del puerto de Cotillo y especificando que estábamos en un velero, volví a imaginarla conmigo en cualquier puerto del mundo, después de haber pasado la tarde aprendiendo sobre un animal o una especie, con la música de fondo, las sonrisas compartidas y la estancia oliendo a bruma marina con cierto toque dulzón.

Definitivamente, deseaba que mi imaginación se volviese una realidad.

Capítulo 69

Itahisa

Octubre en Fuerteventura – 26 años

El repartidor no tardó más de media hora, y cuando Nahuel subió a recoger el pedido, me quedé observando su casa con algo más de detenimiento.

La luz anaranjada de la lámpara me encantaba porque, combinada con los muebles de madera, le daba un toque muy hogareño. La cocina era pequeñita, pero estaba llena de utensilios; se podía apreciar que la utilizaba bastante. Cerca de la mesa principal había una estantería rebosante de libros. Paseé mi vista por sus lomos y pude ver títulos interesantes que me apunté en las notas del móvil. Por lo pronto, quería empezarme el de *Cómo hablar balleno*.

Escuché el crujido de la madera cuando Nahuel bajó las pequeñas escaleras y me detuve en la pared que tenía al lado. Había un gran bote de cristal encima de una balda; dentro, un montón de piedras pintadas que me trajeron demasiados recuerdos.

La sonrisa blanca y perfecta de Nahuel se borró cuando fue consciente de dónde se detuvo mi mirada. Yo me levanté con un impulso y me puse de puntillas para coger el bote de cristal. Lo abrí y esparcí las piedras por encima de la mesa llena de libros. Nuestra historia otra vez delante de mis narices.

Nahuel dejó la comida en la pequeña encimera y se acercó a mí, algo nervioso.

—Itahisa, lo siento, debería haber guardado el bote como hice la primera vez que viniste —comenzó.

Le puse mi mano en la boca, obligándolo a callarse, y me detuve en las piedras. Había un par nuevas. Una nuestra besándonos frente a un camino dibujado con estas en una puerta de garaje y otra de

ambos abrazados, desnudos, después de haber hecho el amor en el sofá de mis abuelos por primera vez.

Me mordí el labio inferior lo más fuerte posible para que las lágrimas no volviesen a deslizarse por mis mejillas y solo pude decir:

—Nuestra historia fue muy bonita.

Nahuel soltó y me miró, insondable, callado, temiendo que volviese a huir.

—No voy a irme, tranquilo. —Me acomodé en la silla y aparté a un lado las piedras para que tuviésemos hueco para comer.

Nahuel puso la comida en lo alto de la mesa y continuó, atento. Miraba a las piedras y a mí.

—¿Qué piensas? —traté de sonsacarle algo.

—Se me ha quitado el hambre —respondió, rodando su anillo en el pulgar.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y me pregunté si, quizás, me había portado mal con él. Desde que nos volvimos a ver hacía varios meses, había huido unas cuantas veces; podía entenderlo.

—Cuando he visto las piedras, he sentido un tirón en el alma que me llevaba a ellas. Hace muchísimos años que no veo las mías, las tengo guardadas en el altillo del armario, y cuando me mudé le pedí a mi hermana que me las trajese ella a casa. No quería verlas, me producía mucho dolor, como tantas cosas —me expresé con sinceridad.

Nahuel levantó las piernas y se sentó con las rodillas cerca de su pecho y la barbilla apoyada en estas. Esperando y en silencio.

—Sin embargo, ahora, al verlas, solo pienso en la inmensa suerte que he tenido de haberte conocido, de haber sabido lo que era la amistad desde que era un bebé, de haber experimentado un amor tan profundo y de conservar en mi mente, en mi diario, en tus grabaciones y en nuestras piedras todos estos momentos increíbles.

Me detuve en uno de los dibujos de un paseo en bicicleta que hicimos hasta Damme cuando teníamos catorce años y salió el sol una tarde por sorpresa. Recuerdo que Nahuel derrapó y terminó llenándome de barro toda la cara.

—¿Estás pensando en el barro que te comiste aquella tarde? —habló al fin, con cierta duda en la voz.

—Ya te vale, mira que conocerme tan bien. —Alcé los ojos y le hice cosquillas en las piernas. Quería que se relajase y que disfrutásemos de la cena.

Con cierta reticencia, terminó abriendo sus *noodles* con heura. Levantó el tenedor e inclinó el rostro para meterse un buen bocado.

—¿Crees que habrá algún hombre que llegue a conocerme alguna vez como tú? —pregunté en voz alta, sin ser consciente.

Nahuel terminó de masticar.

—¿Estamos incluyendo a Abhau, Eduardo y Aairam en tu pregunta?

Negué, metiéndome fideos en la boca.

—Pues entonces espero que no —confesó, enredando su mirada con la mía.

Capítulo 70

Nahuel

Noviembre en Fuerteventura – 26 años

Octubre se fue casi sin darnos cuenta. Retomamos las clases de *kitesurf* y, esta vez, la cometa negra y rosa fosforita pasaba la mayoría de las tardes con otra negra y verde fosforita. Me encantaba mi equipo. Me sentí cómodo con él desde el principio, y más cuando aprendí nuevos trucos. Fui capaz de hacer un *jump starts*. Itahisa me lo explicó paso a paso y dejó de ser necesario que tuviese todo el cuerpo tumbado en el agua para poder ponerme de pie. Empecé a lograr más control y a ser consciente de dónde incidía mi peso para hacer cada movimiento. Itahisa se pasaba las tardes sonriéndome, y cada vez que me salía algún truco nuevo, silbaba, poniendo una mano sobre la otra y soplando contra los dedos gordos.

Alguna que otra vez me caía al instante de conseguirlo, pero porque la buscaba con ganas. Me encantaba ver su sonrisa amplia, sus manos levantadas y su pelo hacia atrás, mojado después de haberse sentado en la arena y estar atenta a todos mis movimientos.

Por las mañanas, continué dedicándome en cuerpo y alma a los calderones. Visité la ONG SECAC en Lanzarote y me enseñaron sus instalaciones. El esqueleto de los cetáceos era algo que me fascinaba y disfruté mucho analizando los huesos de las distintas especies que se encontraban en sus laboratorios. Además, tuve varias llamadas con el departamento de la universidad y un par de avistamientos.

Itahisa no había tenido la oportunidad de ver ni a los calderones ni a ninguna otra especie en ese mes; por las mañanas seguía con su empresa y, por las tardes, después de terminar nuestras sesiones de *kitesurf,* solía irse a visitar a sus padres. Yo tenía muchas ganas

de saludar a Adela y a Eduardo, pero Itahisa siempre me ponía alguna que otra excusa para irse.

No era tonto y sabía que algo me escondía, pero no me apetecía romper la rutina que habíamos creado, en la que ambos parecíamos tranquilos y cómodos. Después del momento de las piedras, temí que volviese a huir de mí, pero eso no sucedió. Mi hermano me había dejado bien claro que era mejor no presionarla ni preguntar por su pasado, así que, por una vez en la vida, estaba siguiendo su consejo.

***

Salí con los rizos algo despeinados por la ducha de buena mañana que me acababa de dar tras comprobar el viento y preparar las velas. Era un domingo de mitad de noviembre, pero en la isla seguía haciendo buen tiempo. Una semana atrás había logrado un avistamiento precioso de calderones cerca de Isla de Lobos y quería intentar repetir la experiencia con Itahisa, así que la había invitado a pasar el día en el barco conmigo.

Estaba terminando de izar las velas cuando llegó con su monopatín, una sudadera blanca con una ola en la parte derecha del pecho, un pantalón verde oscuro corto y una gorra plana a juego, sosteniendo algo en las manos con mucho cuidado.

—He hecho un bizcocho de limón —me dijo como saludo con el viento alrededor del rostro.

—¿La receta de Fayna? —pregunté, haciéndoseme la boca agua. Hacía tantos años que no probaba ese bizcocho.

—Sí. Anoche los llamé y les hablé al fin de ti. —Sonrió—. Creo que casi seis meses ha sido tiempo suficiente para mantenerte en secreto.

La abracé como respuesta y me detuve unos segundos más de lo protocolario entre dos amigos. Me había hecho ilusión su comentario.

—¿Y qué dijeron? —Me senté en la proa y busqué mi sombrero. Me lo coloqué y alcé la vista, observando a Itahisa delante de mí.

—Los ojos claros de mi abuelo Abhau me produjeron un pequeño barullo en la barriga. Creo que mi abuelo es el hombre que mejor me conoce.

Me acordé de mi pregunta de hacía unas semanas mientras cenábamos y asentí.

—¿Por qué sentiste un barullo?

—No sé, su forma de mirarme… —Itahisa se sentó a mi lado y se apartó el pelo de la cara—. Él es el hombre más sabio que he conocido nunca y quien más ha sabido ayudarme estos años. Si no fuese porque detesta el calor, habría hecho todo lo posible por traerlo a vivir a mi lado… Me ha hecho mucha falta.

—¿Por qué? —Deseaba que, de una vez por todas, me contase lo que ocultaba. Yo no había sido el único causante de la pérdida de su sonrisa.

—Mi abuela me dijo la receta del bizcocho de limón y lo hice mientras hablaba con ellos. —Cambió de tema, con una expresión a caballo entre una mueca y una sonrisa—. Me aseguró que acertaría y me recordó la de veces que le habías pedido este bizcocho cada Navidad. También me mandaron saludos para ti y esperan verte en alguna ocasión.

—Dame su número, por favor, me gustaría llamarlos.

Itahisa me lo envió por WhatsApp y me lo apunté.

Había vivido muchos años sin saber de ellos poco más que lo que me contaba mi abuela, Liliana, cuando le preguntaba, pero ver que tantos años después se hubiesen acordado de mi bizcocho favorito me hizo otro clic en la cabeza, y pensé que desprenderme de toda esa vida ligada a mi abuelo, que acabó más pronto de lo que me esperaba, no era tan sencillo como había pretendido durante un tiempo.

Me levanté y solté el ancla. Quería que saliésemos a navegar, pero también quería hablarle de algo más personal a Itahisa.

—Creo —me puse las gafas de sol y miré al frente mientras íbamos saliendo del puerto—, que nunca te dije que para mí no volver a Brujas fue un alivio.

Los ojos de Itahisa se agrandaron, y se acercó a mi lado. Yo no me quité las gafas.

—Es difícil de explicar, también lo era de sentir. En Brujas estabas tú y eras todo para mí, pero también estaba el recuerdo de mi abuelo Julián, de los mejores años de mi vida y los momentos más mágicos.

»Cuando volvimos tras su muerte fue muy duro y, lo cierto era que, tras haberme ido dos años, no quería volver a experimentar toda aquella mezcla de emociones tristes que me producía estar en Bélgica. Así que no quería regresar, y aquella excursión al estrecho de Magallanes fue la excusa perfecta para no tener que enfrentarme al dolor que me producía saber que nada volvería a ser como antes.

Desvié la mirada y me fijé en que Itahisa tenía los puños escondidos en su sudadera blanca y miraba al suelo.

—Te echaba mucho de menos y, de hecho, lo mejor del año anterior había sido estar a tu lado y confesarnos de aquella forma tan especial nuestro amor; pero quería verte en otro sitio y otro lugar porque viajar hasta Brujas sin que me esperasen mis abuelos era demasiado doloroso. No solo para mí, también para Samuel, para mi padre y para mi madre. Si volvimos cuando tenía diecisiete fue porque yo había insistido mucho; a los dieciocho no me apeteció pasar otra vez por ese dolor.

—No sé qué decir, Nahuel, si me lo hubieses explicado, quizás…

La miré, tratando de sonreírle, y aspiré su aroma dulzón.

—¿Habrías venido a Neuquén? —farfullé, triste—. Éramos dos críos, Itahisa, dos críos enamorados que vivían a demasiados kilómetros de distancia y que habían conocido pronto lo que era un duelo.

—Siempre pensé que el océano era más importante que yo —musitó, mirándome.

—Solo quería no tener tantos recuerdos en esas fechas. Y no te voy a negar que fue un viaje espectacular. El cambio me vino genial, y después he sido muy feliz. He llegado a conocerme con profundidad y me he sentido orgulloso de todo lo que he conseguido, pero siempre me has faltado tú.

Itahisa me sorprendió abrazándome por la espalda.

—Gracias —comentó, haciéndome cosquillas con sus labios en mi columna vertebral.

—Solo quiero que vuelvas a ser la mujer que mejor me conoce del mundo. —Sonreí al horizonte—. También que sepas que nunca dejaste de ser importante para mí, pero no podía tenerlo todo, y elegí.

—Creo que Florencia y Liliana siempre te conocerán mejor —continuó hablando en mi espalda.

—No te creas, mi madre me ve muy poco; no le gusta demasiado el mar. Primero su hermano se alejó de la familia por culpa de este, y ahora yo. Mi abuela Liliana dejó de ser la misma después de la muerte de mi abuelo.

—Pero mis abuelos hablan con ella.

—Por supuesto, yo también. Seguimos unidos, pero dejó de querer conocer todas las capas que nos formaban a mi hermano y a mí porque la suya más externa se tuvo que hacer fuerte al quedarse viuda y creo que todavía no ha descubierto cómo entrar en la segunda capa de su ser; esa en la que Samuel y yo creemos que se encontraba el amor que nos profesaba.

—Nahuel…

—Ya.

—Lo siento mucho, no sabía que Liliana se había vuelto una persona más inaccesible.

—No tenías por qué saberlo, solo no quiero que me pase igual. No quiero hacerme viejo y volverme protestón, tener más presente el dolor que la alegría en mi vida y que los demás me vean tosco e inalcanzable, por eso he decidido contarte todo esto.

Moví un poco las velas para continuar perpendicular al viento y me giré hacia Itahisa, que continuó abrazada a mí, para colocarnos esta vez uno frente al otro.

—Bueno, ¿nos comemos ese bizcocho?

—Sí. —Puso su mejilla en mi pecho, cubierto por una camiseta rosa claro, y me apretó contra sí—. Te quiero mucho, Nahuel. —Oí.

Capítulo 71

Itahisa

Noviembre en Fuerteventura – 26 años

Nahuel me rodeó por los hombros y puso su barbilla en mi gorra.

—Yo también te quiero mucho, Itahisa, muchísimo.

No quería soltarlo, y no lo hice hasta que fue necesario volver a cambiar las velas. Siempre me había centrado en mi dolor y en el daño que Nahuel me había ocasionado al desaparecer de mi vida; no había pensado en que, quizás, él tendría sus motivos para haberlo hecho o que para él tampoco había sido sencillo.

Supuse que creer que Nahuel me expulsó de su vida como una tirita que arrancas de golpe para no tener que soportar el ir poco a poco sufriendo cada tirón de pelo me había ayudado, porque yo sí que había sentido cada pelo arrancarse de mi ser, y si hubiese pensado que él estaba igual, no habría podido empezar a odiarlo, y sin odiarlo no hubiese podido enfadarme hasta que quise creerme que lo había olvidado.

Las emociones humanas eran muy complejas y, sinceramente, no terminaban de gustarme.

—Mira. —Nahuel me despegó de sí y yo quise protestar—. Mira, Itahisa, ahí. —Su voz ilusionada me hizo girarme y, cuando presencié cómo varios animales saltaban del agua, lo miré, abriendo los ojos y conteniendo una sonrisa.

—Sí, sí, son calderones. —Lo vi tan contento otra vez que no podía creerme el efecto que el azul causaba en él. Era un efecto contagioso, de modo que, cuando tiró de mi mano para asomarnos lo máximo posible al agua, simplemente flipé.

Un grupo de seis calderones se estaba acercando más a nosotros. Al fondo, teníamos Isla de Lobos y, más allá, veíamos mi isla en pequeñito. No había ningún otro barco cerca, solo nosotros dos y ellos.

Empezaron a pasar por debajo del velero y, al inicio, me preocupé.

—No pasa nada, son muy juguetones, tenemos que demostrarles que somos humanos buenos que no vamos a hacerles nada, y verás cómo se relajan —me comentó Nahuel al oído y su aliento chocó contra mi cuello.

—¿Y cómo se lo vamos a demostrar? —pregunté, nerviosa e ilusionada a la par.

—Simplemente observándolos sin hacer nada más.

Y, eso hicimos. Al rato, se unió otro grupo de calderones y, en cierto momento, nos rodearon. Cuando respiraban, el agua de sus soplidos me mojaba el rostro y me acordé del avistamiento en la península de Valdés. Los calderones no eran ballenas y su tamaño no impresionaba tanto, pero eran igualmente adorables.

—Me encanta su piel, parece tan suave; les brilla con el reflejo del sol —comenté, aferrada a la barandilla del velero.

—Sí, son preciosos, mira ese —dijo Nahuel, señalando a un bebé que hacía círculos sobre sí mismo y jugaba con quien creíamos que era su madre.

—Qué monada, por favor. —Me puse las manos en las mejillas y sonreí. Nahuel me atrajo hacia sí y me abrazó el costado.

—Me encanta estar viviendo este momento a tu lado —dijo, de nuevo cerca de mi cuello.

—Y a mí. —Me giré y nuestros rostros quedaron a un palmo de distancia. Nos mantuvimos a milímetros, sin ser capaces de dar un paso hacia atrás ni un pequeño movimiento hacia delante hasta que el soplido de otro calderón nos bañó el rostro a los dos.

No nos alejamos en toda la tarde. Tampoco nos besamos, pero había momentos en los que no se necesitan besos ni caricias de por medio para saber que se marca un antes y un después.

Aquella tarde fue uno de ellos. Aquella tarde decidí que era hora de abrirme a Nahuel, que era hora de mostrarle todas las heridas que había sufrido desde que nos habíamos alejado porque quería recorrer el mundo a su lado en ese barco y tenía que dejar el miedo a un lado.

Capítulo 72

Nahuel

Noviembre en Fuerteventura – 26 años

El día que pasamos en el barco avistando calderones y bañándonos en Isla de Lobos fue espectacular. El agua cristalina nos permitió ver cientos de pececillos. Además, la recorrimos andando, y pensamos que la próxima vez podríamos alquilar un par de bicicletas. De vuelta a Fuerteventura, volvimos a ver varios calderones que parecían haber estado esperándonos. Yo tenía que empezar la tarea de monitorizarlos y, así, podría saber si eran los mismos; aunque Itahisa no lo dudó cuando volvimos a ver al, según ella, mismo bebé juguetón.

Lo disfrutamos tanto que, a la noche, antes de acostarme, decidí recordarlo todo en mi grabadora. Con el paso de los años, la había usado mucho más; al fin y al cabo, me había convertido en ese tipo de persona que vive experiencias que quiere conservar. Sin embargo, desde que había llegado a Fuerteventura, había decidido dejarla a un lado para no centrarme únicamente en el azul y en mis ansias exploradoras, pero aquel día había unido, después de tantísimos años, a Itahisa, mi velero, el azul y los animales.

Fue uno de los mejores días de mi vida y sabía que no podría explicar mejor todo lo experimentado si me esperaba a grabarme en un tiempo.

—¿Qué haces despierto, hermanito? Son las cuatro de la mañana en tu isla —especificó Samuel como si yo no lo supiese.

—No puedo dormir, tío. Hoy he hecho mi primer avistamiento con Itahisa.

Samuel me sonrió y dejó de pelar patatas para sentarse en su sofá negro.

—Te recuerdo que el primer avistamiento de Itahisa fue conmigo en la península de Valdés.

Puse los ojos en blanco y Samuel se rio.

—Mira, mejor, no me recuerdes eso, que me entran ganas de atravesar la pantalla y darte una buena colleja.

—Uy, qué agresividad, hermano, por favor.

—Es que manda cojones que hicieses ese viaje y ni me lo nombrases.

—Bueno, no me has llamado para reprocharme cosas, ¿no?

—No. Te he llamado para ver si me entra sueño viendo tu cara.

—No veas cómo estamos hoy.

Se acomodó todavía más en el sofá con sus gafas de pasta, su camiseta de chándal gris y una sonrisa.

—¿Qué?

—¿Estás feliz, hermanito?

—Sí —contesté sin titubeos.

—Has tenido que soportar hacerte una herida en el pie, que huyese varias veces de ti, aprender a hacer *kitesurf*… —Empezó a enumerar.

—Para ninguna de esas cosas usaría el término «soportar».

—¿No? ¿Y qué dirías?

—Vivir, simplemente —repuse.

—Vale, veo que esta noche es intensa.

—Sí. Hoy le he contado que no queríamos volver a Brujas porque el abuelo ya no estaba. Le he hablado algo más de mí. Sé que me dijiste que no removiese el pasado y te estoy haciendo caso…

—Nahuel —me interrumpió—, has hecho bien.

Arrugué el entrecejo y lo vi sonreírme con sus ojos grises, como los míos.

—¿De verdad?

—Que sí. Es importante que sepa el proceso que vivimos. Tus acciones quizás no fueron las más acertadas, pero tenías tus motivos, como siempre, está bien que los conozca. ¿Cómo ha reaccionado?

—Abrazándome por la espalda.

Mi hermano sacudió la cabeza.

—¿Estáis ya juntos otra vez?

—¿Lo hemos estado alguna vez? —le devolví la pregunta, fijándome en mi anillo.

—Mira que sois complicados.

—Con lo sencillo que nos veíamos de pequeños —articulé, terminando mi sonrisa en una mueca algo triste.

—Lo estás haciendo bien, Nahuel. Lo estáis haciendo bien —aclaró—. Volvéis a ser amigos, eso quiere decir que vuestro amor siempre va por delante de todo el dolor.

—Me ha dicho que me quiere —le confesé—, le he aclarado que yo también, muchísimo.

—Voy a preparar el esmoquin para la boda.

Me despedí de mi hermano un buen rato después, pero me hizo bien hablar con él. Siempre me hacía bien saber de él. Aunque me hubiese alejado más de lo esperado de mi familia, con Samuel no había sido así. A pesar de que tenía que reconocer que todo el mérito había sido de él. Mi hermano me había llamado una y otra vez mientras estaba en altamar, y siempre que tocaba tierra estaba ahí para quedar conmigo, verme y contarme todas sus cosas, bueno, todas no: lo de Paola e Itahisa se lo había tenido bien calladito. No obstante, la vida me había dado al mejor hermano del mundo y era en los últimos años cuando de verdad había empezado a valorarlo.

Capítulo 73

Itahisa

Noviembre en Fuerteventura

Terminé de preparar la tortilla de patata mientras hablaba con mi madre por teléfono y me vestía a toda prisa. Nahuel tocó al timbre justo cuando limpié la vitrocerámica, me peiné un poco con los dedos y corrí a abrirle.

—¡Qué bien huele siempre en esta casa! —Me sonrió con un abrazo.

—¿Qué te puedo decir? Me gustan los olores.

—¿Has hecho tortilla de patata? —Los rizos le habían crecido el último mes, y otra vez volvía a tenerlos como cuando era adolescente. Me detuve un segundo en su tatuaje y sus lunares porque acercarme a él e introducir mis manos con olor a tortilla de patata en su pelo no me pareció una buena idea.

—Sí —contesté cuando volví de mis pensamientos y lo vi sonreírme con descaro.

—Me encanta. ¿También has seguido la receta de Fayna?

—Esta vez me ha guiado mi madre —comenté sin más, sin ser consciente de que era la primera vez que la nombraba por voluntad propia delante de él desde que nos habíamos reencontrado.

—¿Cómo está Adela?

Ahí estaba mi oportunidad para abrirme; no obstante, quería llegar a Cofete de una pieza y sabía que si comenzaba esa conversación no saldríamos de mi salón, así que contesté un escueto «bien», fui a la habitación a por la mochila de la playa, cogí mi *skate*, el *tupper* con la comida y empujé a Nahuel de los hombros para cerrar la puerta.

—¿Has controlado los horarios de la guagua?

—He hecho algo mejor.

—¿El qué? —Arrugué la frente con curiosidad.

—Traerme el coche que alquilo a veces para ir a Puerto.

—Pues me parece una idea estupenda. —Lo seguí hasta el coche rojo que tenía aquel día y me hundí con ganas en el asiento delantero después de dejar las cosas en el maletero.

Nahuel cogió sus gafas de sol y su gorra celeste, la cual se puso hacia atrás, una botella de agua y una bolsa de chucherías de sandía que me pilló desprevenida.

—¿Y esto? —pregunté, abriendo la bolsa mientras ponía el GPS y nos dirigíamos al sur de la isla.

—Las vi en el quiosco esta mañana cuando iba a comprar el pan y me recordaron a ti, así que decidí comprarlas para que las compartiésemos en las dos horas y media de camino que nos quedan.

Le sonreí con todos los dientes y le di un brevísimo apretón en el muslo. Nahuel me guiñó el ojo y dejó la radio de fondo, flojita.

Tras varios minutos en silencio comiéndonos las sandías, él fue quien terminó rompiéndolo:

—No suelo hacer muchos viajes por carretera, pero creo que es algo que podría llegar a engancharme.

Estaba tan guapo con su perfil definido, su mandíbula cuadrada, su barba bien recortada y la ballena marcándole los músculos de su antebrazo.

—¿Itahisa?

—Mmm, ¿qué decías? —Me sonrojé.

—Que me encantan tus pecas —comentó sin más.

Me sonrojé todavía más.

—Ahora en serio, estabas hablándome de los viajes por carretera, ¿cierto?

—Exactamente, sí.

—A mí también me gustan, pero es cierto que no tengo coche, así que no suelo hacerlos. Aunque la guagua me relaja muchísimo. Me encanta subirme en ella, ponerme los auriculares y descubrir alguna playa perdida y escondida al bajarme y seguir cualquier rumbo con mi *skate*.

—Voy a tener que comprarme un *skate* ahora que estoy aprendiendo a hacer *kitesurf*.

—Me pregunto por qué tus abuelos decidieron regalármelo a mí solamente si éramos cuatro.

—Creo que supieron prever que serías la que más lo usaría.

Me metí otra chuchería de sandía en la boca y me quedé pensativa.

—¿Qué te ronda la cabeza?

—El momento en el que me lo regalaron. Hacía muchos años que no visualizaba con claridad a tus abuelos, concretamente a Julián.

—A veces, en la inmensidad del mar, me pregunto si seguiría recordando su rostro si hubiese nacido en otra época y no hubiese fotos.

—Yo no tengo ninguna foto.

—¿No? —Se sorprendió, ladeando un segundo el rostro para mirarme.

—Las guardé todas en casa de… —respiré— en casa de mi madre —terminé.

Nahuel se soltó del volante y me agarró la pierna. Al contrario de lo que hice yo, él sí mantuvo su palma varios minutos encima de mi muslo para darme cierto calor.

Al ver que yo me mantenía en silencio, continuó:

—Pero ¿crees que alguna vez preferiremos los viajes por carretera a los viajes en barco?

Solté el aire que contenía, bajé un poco la ventanilla y me comí otra chuche. Nahuel había traído demasiadas sandías.

—No lo sé; mis viajes en barcos han sido escasos, ninguno ha durado más de un día.

—Eso tenemos que cambiarlo. ¿Qué te parece si visitamos alguna otra isla en barco?

Sus gafas ocultaban sus ojos grises, pero pude identificar sin problemas que los achicaba su sonrisa.

—Me encantaría, la verdad. Y Nahuel, puede que pase que en algún momento de tu vida elijas el coche: pueden gustarte ambas cosas, puede gustarte todo.

Me apretó más fuerte la pierna y aumentó el volumen de la música. Arde Bogotá empezó a sonar y los dos modulamos la voz para ponerla más grave y seguir la canción de Los perros entre risas.

Capítulo 74

Nahuel

Noviembre en Fuerteventura – 26 años

La carretera para llegar a Cofete se me hizo más larga de lo esperado, suponía que el hecho de estar casi una hora por carriles con chinos que no paraban de saltarle al coche de alquiler me puso algo tenso.

—Ya me podrías haber avisado de adónde íbamos.

—Ya podrías haberlo investigado tú —replicó con una sonrisa y el sol reflejándosele en los ojos marrones.

—Está bien, ya queda poco, ¿no?

—¿Ves esa pequeña colina de ahí?

—Sí.

—Pues cuando lleguemos, te paras.

Diez minutos más tarde y tras cientos de chinos más, llegamos. Nos bajamos del coche y el viento casi se lleva mi gorra. Pero ante nosotros teníamos un mirador espectacular que mostraba una playa infinita y salvaje, con laderas de montañas a sus pies.

—Guau. —Fue lo único que alcancé a decir.

—Sí, lo sé.

Itahisa me miró subiéndose la capucha de su sudadera amarilla y se acercó algo más a mí.

Nos mantuvimos varios minutos en silencio hasta que decidí pasarle mi brazo por los hombros y atraerla hacia mí.

—Sin palabras.

—Una de mis playas favoritas de las islas Canarias.

—Y estamos viéndola juntos, increíble —murmuré dándole un beso en el pelo.

Pasaron unos minutos más hasta que Itahisa tembló; quise pensar que por el frío.

—¿Volvemos al coche?

Al retirarse de mí, tenía los ojos brillantes.

—¿Estás bien?

—Sí, demasiado, me da miedo.

—¿El qué?

—Que acabe —pronunció, girándose para volver al coche.

Bajamos por una carretera desterrada hasta la playa más grande de toda la isla.

—Itahisa, la felicidad no tiene por qué acabar y, sobre todo, la felicidad no tiene que depender de mí ni de nadie.

—Estoy cansada de las emociones humanas, de querer ser feliz y no conseguirlo nunca, de que un día tras otro haya algún problema que altere mi intento de paz mental diario, de que… —Rompió a llorar, y fui consciente de que lo que le sucedía era importante.

—No puedo apartar el coche aquí, este carril es muy estrecho —expliqué, algo agobiado. No quería que llorase ni se rompiese sin que yo pudiese hacer nada.

—Tranquilo —dijo con los labios cerrados entre una mueca y un puchero, y luego cogió la última gominola de sandía.

Terminamos el trayecto hasta la playa con las manos entrelazadas en la palanca de cambio, las ventanas cerradas para no ahogarnos con el polvo y el viento y la música de Arde Bogotá muy flojita.

Conseguimos aparcar, y antes de que me quitase el cinturón de seguridad, Itahisa ya estaba abrazándome el pecho.

—Mis padres se separaron el verano pasado. —Habló contra mi corazón.

Me imaginaba que algo así podría haber sucedido. Aunque no podía negar que pensar en Adela y Eduardo separados después de verlos durante toda mi infancia y adolescencia juntos y ver ese amor tan grande que se profesaban y lo felices que parecían estar era complicado.

—¿Qué pasó? —pregunté, sosteniéndola contra mí. A pesar de todo, no podía evitar sentirme orgulloso de volver a ver que confiaba en mí de ese modo.

—Mejor dicho, ¿qué no pasó?

Fuera, se escuchaba el rugido de las grandes olas del Atlántico, pero dentro del coche solo estábamos Itahisa y yo, abrazados y

escuchando nuestros corazones.

—Todo en la relación de ellos parecía idílico, pero, como siempre, los años ocasionan caídas, y en cada caída aparece una nueva grieta. En vez de intentar arreglarla con un pegamento profundo, se dedicaron a ponerle uno barato de barra, de esos que pegan un rato, pero que cuando vuelves al tiempo a tocar lo que pegaste, solo basta con rozarlo para que se vuelva a caer. Pues la relación de mis padres era así: una relación llena de grietas mal pegadas que llegó a su fin cuando apareció otra persona.

—Entiendo. —Continué pasándole la mano por el pelo mientras sus lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Lo peor no fue que apareciese otra persona, no fue ser conscientes años antes de esas grietas, tampoco fue ver a mi padre sentado en un sofá con la cara larga sin hablar durante toda la tarde, escuchar a mi madre diciéndome que no podía más y que lo mejor era que lo dejasen, ni que Paola me llamase llorando mientras estaba con mi expareja, porque, sí, esa es otra historia, para contarme que mis padres le habían dicho que se separaban y que se fuese de la casa, por favor, para que mi padre recogiese sus cosas…

Itahisa continuó hablando unos minutos más, y yo traté de seguirla y estar para ella en cada uno de los ejemplos que me ponía. También traté de dejar a un lado el hecho de que hubiese habido otra persona que hubiese llevado el calificativo de «novio», de impedir que, justo en ese momento, me doliese porque estábamos hablando de algo más importante que eso, aunque yo no hubiese conseguido tener novia, Itahisa sí me había reemplazado, supuse.

—Lo peor fue y sigue siendo la enfermedad de mi madre.

La abracé y carraspeé. *Mierda, me había perdido los últimos segundos.*

—Itahisa, yo… ¿Puedes repetirme lo último?, lo siento, lo siento —dije atropelladamente—. Están siendo tantas confesiones que me voy a mis pensamientos para tratar de procesarlas.

—Está bien, tienes que quedarte con que hubo muchos momentos horribles. Acompañar a mi padre a su nueva casa con el maletero lleno de sus pertenencias y la tele encima de mis piernas es uno de los momentos que me viene a la cabeza una y otra vez en

las noches que no alcanzo a dormir, pero lo peor es que mi madre tiene una depresión de las grandes y no quiere ir al médico, no quiere ir al psicólogo y está empeñada en que hablar con alguien no la va a ayudar.

Deslicé mi mano por su espalda y la apreté contra mí. Empezábamos a estar incómodos, pero no quería moverme; solo quería que siguiese soltando todo lo que llevaba dentro y que mi presencia le ayudase.

—Creo que no tengo mucho que aportar todavía, es mejor que tú continúes.

—Después de los años duros que pasé con la lesión, de tu pérdida, de los momentos con mis padres en los que sabíamos que iba a producirse esa separación y solo parecíamos dos imbéciles que no se movían ante el tsunami que estaba a punto de arrasar nuestras vidas, llegó la separación y, con ello, algunas que otras peleas, malas palabras, problemas económicos, culpa; pero, sobre todo, una tristeza infinita.

»Mi madre siente que jamás en la vida va a poder ser feliz y no hace más que repetirnos a mi hermana y a mí que no quiere… —Un sollozo ahogado de Itahisa me hizo estremecerme.

—Itahisa… —Besé su pelo y me recosté en el asiento para que pudiese apoyarse todavía más en mí.

—Ha pasado algo más de un año y las cosas mejoran muy poco. La culpa sigue carcomiendo a mi madre y no la deja ser feliz con su nueva pareja; es raro el día que la llamo y no llora, pero no quiere pedir ayuda médica y me siento muy sola en este proceso. Si no fuese por Paola, no sé qué sería de mí. Solo queremos volver a verlos sonreír de verdad, ¿crees que eso será posible?

—Por supuesto. —No lo dudé ni un instante, lo creía febrilmente.

—¿Cómo estás tan seguro? —farfulló, despegándose de mí, mientras agarraba mi camiseta blanca con los puños. Estaba empapada de sus lágrimas.

—Porque nada dura para siempre, ni siquiera la tristeza.

—¿Y si un día decide que ella no quiere durar para siempre?

Alcé su barbilla y vi las tormentas que habitaban en esos ojos tristes. Al fin, entendí por qué ya no era la chica tan feliz y risueña

que yo había conocido. Por supuesto que influía mi desaparición de su vida, pero ese no era el motivo que la había tenido así cuando llegué.

—No digas eso. Ni lo pienses. Ahora que sé esta historia, voy a ayudarte todo lo posible.

—¿Y cómo vas a hacerlo? —Sus ojos de cordero degollado me produjeron un dolor punzante en el interior. Itahisa no debía vivir con una carga así.

—Podríamos empezar yendo a visitarla los dos juntos. ¿Sabe que estoy en la isla?

Asintió y yo la atraje otra vez hacia mí. La abracé y le di un beso en la frente como antaño. Limpié sus lágrimas con mi pulgar y me detuve unos segundos de más en sus mejillas.

—¿Vemos esta playa? —le pregunté mirándola a los ojos—. Creo que correr y andar por este paisaje tan salvaje podría venirnos bien.

Y eso hicimos: corrimos, andamos y nos refrescamos en la orilla. Las mareas eran demasiado fuertes como para atrevernos a adentrarnos en ellas.

Tumbados en una toalla, cortamos la tortilla de patata.

—Está deliciosa, madre mía —expresé, disfrutándola de verdad.

Itahisa me sonrió y vi cómo esa tormenta se echaba a un lado y nos dejaba algo de espacio.

—Oye —inicié—, quizás no he hablado mucho, no te he dado muchos consejos, quizás no he sido la mejor persona escuchando…

—Nahuel —me interrumpió, agarrándome la mano—. No me has soltado ni me has dejado caer, me has escuchado; ya habrá tiempo para tus consejos. Hoy solo quería desprenderme de esta historia y sentirme un poquito menos sola.

Capítulo 75

Itahisa

Navidad en Brujas – 26 años

Desde aquel día en Cofete, Nahuel y yo nos acercamos y volvimos a ser grandes amigos. Pasábamos casi todo el tiempo libre que teníamos juntos. Visitamos muchas playas de la isla, hicimos mucho *kitesurf* y descubrimos otros muchos detalles de los calderones; por ejemplo, que la época de madurez sexual es entre los siete y los catorce años, que los embarazos de las hembras duran quince meses, que se pueden reproducir cada tres o cinco años y amamantar a sus crías durante más de dos años.

Mientras más sabíamos de la vida de los calderones, más nos gustaba salir a avistarlos y empezar a monitorizarlos. Después de Isla de Lobos, habíamos salido cinco veces más, pero solo en dos habíamos tenido suerte y los habíamos podido ver. Nuestra misión en aquel momento era ver a una madre amamantando a su cría; apenas había vídeos o grabaciones sobre eso. Buscando en Internet, solo encontramos un vídeo en el Pacífico colombiano de una ballena dándole su leche a la cría, y no se veía del todo claro. Así que Nahuel tenía una nueva misión.

Por eso, coger un avión rumbo a Brujas sin Nahuel, sabiendo que este volvía a su tierra natal, se me hizo raro; parecía el cuento al revés. Habíamos pasado juntos muchos meses y, en la Navidad, nos separábamos.

***

Aterricé en Brujas una tarde de mucha lluvia y mucho viento, de cielo gris y de frío. Cogí el tren para llegar al barrio de mis abuelos, pensando en la de veces que habíamos compartido el tren de Brujas Nahuel y yo, y los sorprendí llegando un par de días antes que mi hermana y mi padre.

—¡Mi pequeña! —exclamó mi abuelo cuando movió la cortina que daba al jardín en el que los esperaba tras tocar el timbre.

—La misma. —Me lancé a sus brazos nada más me abrió y disfruté de la suavidad de su piel y su barba blanca, de su olor a colonia de señor mayor y sus manos arrugadas tocándome las mejillas.

—¡Os he echado mucho de menos! —clamé, alejándome unos centímetros de él para abrazar a mi abuela, Fayna.

—¡Qué sorpresa tan bonita, mi niña! Pero no te he preparado nada especial de comer.

Mi abuela llevaba un chándal de lana burdeos y una sonrisa preciosa en su rostro. Mi abuelo estaba envuelto en una bata azul oscura y la barba le ocultaba la mitad del rostro, pero esos ojos brillantes y celestes que, por desgracia, yo no había heredado, estaban más que sonrientes.

Seguir teniéndolos en mi vida cada día era mi tesoro más preciado. La relación con mis abuelos era un eje conductor de mi existencia y me demostraba que no hacía falta verlos cada día para saber lo esenciales que eran para mí. De pequeña, una de mis grandes aspiraciones había sido encontrar un amor como el de ellos; una compañía férrea, segura, pacífica, tranquila; unos brazos que siempre reconfortaban, una conversación que te sacaba la sonrisa, una mirada que se reducía a ambos.

El amor de mis abuelos había sido mi gran ejemplo en la vida, y después de lo sucedido con mis padres era el ancla a la que me aferraba para seguir creyendo en él.

Hacía años que había dejado de relacionar a Nahuel con la palabra «amor» y, en aquel momento que había vuelto a mi vida, me preguntaba si quizás sí podría existir un presente y un futuro en el que Nahuel y yo compartiésemos la vida y nos quisiéramos de la manera en la que ellos lo hacían.

Al entrar en el salón y ver la chimenea encendida, el olor a la vela de *gingerbread*, el árbol de Navidad que rozaba el techo, una película de sobremesa en la gran pantalla, las mantas arrulladas en el salón y las agujas de punto de mi abuela en una esquina, los ojos se me aguaron.

—¿Qué te pasa? —Abhau me puso sus manos llenas de arrugas en los hombros.

—Me ha dado mucha ternura ver esta estampa en el salón y he pensado si llegaré a tenerla en mi vida.

—Por supuesto que sí, yo no tengo ninguna duda.

Me senté con mi abuelo en el sofá y, a los pocos minutos, mi abuela vino con té caliente y galletas de mantequilla. Me parecía increíble la rapidez con la que era capaz de servir a los demás.

—No lo tengo tan claro; a mi edad vosotros ya llevabais casi una década juntos, y yo sigo sola y dando tumbos.

—Los tiempos cambian, Itahisa —me aseguró mi abuelo—, y últimamente no estás muy sola, ¿o acaso las cosas con Nahuel han empeorado?

—Todo lo contrario, van muy bien, pero al tratar de imaginarme un futuro en un salón navideño como este, no lo veo a él, ¿por qué? —expliqué con cierta angustia.

—Date tiempo, daros tiempo. Además, que yo sepa, vosotros no queréis el salón. Queréis el mar, el barco, la cometa y los animales —especificó mi abuelo, cuyas pupilas desbordaban ternura.

—Hablando de animales, Nahuel dijo que tú fuiste el primero en ponernos un documental, ¿es eso cierto?

—Lo es, sí. Cuando era joven como tú, aspiraba a ser un David Attenborough. Con los años, las obligaciones me lo impidieron y traté de pasaros esa pasión a vosotros, ya que tu padre nunca se interesó demasiado por los animales; él era más de las carreras de moto.

—¡No tenía ni idea! ¿Por qué nunca me lo habías dicho?

—¿Por qué nunca me lo habías preguntado? —respondió con un guiño.

—¿Y tú? ¿Abuela? ¿También era ese tu sueño?

—El mío se basaba más en salir de esa isla en la que hacía tanto calor y había tan pocas oportunidades laborales, pero habría seguido a tu abuelo hasta el fin del mundo. Menos mal que fue a esta ciudad fresquita, pequeña y con tantas tiendas bonitas, en la que he podido dedicarme a tejer, cocinar y disfrutar de amistades tan importantes como la de Julián y Liliana.

Julián… Su recuerdo quizás se había apartado un poco de mí, pero en mis abuelos seguía bastante presente.

—¿Los echáis de menos? —Me terminé de quitar las botas de agua y me senté con mayor comodidad en el sofá entre ambos.

—Cada día, pero cuando creces, descubres que la nostalgia y el echar de menos son emociones inherentes a estar vivo y, amando tanto la vida como hacemos nosotros, decidimos aceptarlas.

Las palabras de mi abuela volvieron a hacer que los ojos se me llenasen de lágrimas. Pensar en mi madre era inevitable. También, en que era la segunda Navidad que no vendría a Brujas, en que estaría sola en uno de los días porque su novio trabajaba, en que quizás esa época se le viniese demasiado encima y se repitiese demasiadas veces lo poco que le gustaba lo que su vida le ofrecía.

Elegir era renunciar, y había querido renunciar a mi Navidad en Brujas por estar con mi madre. Luego, analicé con Paola la falta que nos hacían nuestros abuelos y las posibilidades que crecían cada año de que esas fuesen las últimas Navidades. Así pues, decidimos ir a Brujas. Paola solo iba a estar cuatro días y después se iría con mi madre; yo pensaba quedarme y disfrutar cada rato que pudiera con mis abuelos porque cuando la vida se me había puesto en una pendiente de más de cincuenta grados, el motor que me había hecho subirla estaba justo a mi lado aquella tarde.

Capítulo 76

Grabadora de Nahuel

Navidad en Neuquén – 26 años

Estoy llegando a casa, a Neuquén. Después de un día y medio de viaje intenso, me recibe un cielo soleado y casi veinticinco grados. Voy directo a encontrarme con mis padres y mi hermano. Espero que no haya muchas más personas en casa, sociabilizar con todos mis familiares de todos los grados es algo que no me apetece; prefería cuando nos ahorrábamos todo eso y pasábamos la Navidad nosotros cuatro con mis abuelos y la familia de Itahisa; pero las cosas han cambiado mucho y ahora, hacemos grandes asados y hablamos de todo y de nada con personas que veo un par de veces al año.

»En fin, también voy directo a confesarles que quizás me quede una larga temporada en aquella isla pequeña al otro lado del océano. Soy explorador de los mares, y explorando creo que he vuelto a quedarme prendado de mi primer amor.

Capítulo 77

Nahuel

Navidad en Neuquén – 26 años

—¿Cómo es la isla? —me preguntó mi padre, Lorenzo, mientras le ayudaba con el asado aquella tarde de calor y familiares.

—Bonita, tranquila, con olas gigantescas, mucha arena, pocos árboles, muchas cabras e Itahisa.

—A eso se reduce todo, ¿no? —me preguntó, mirándome y limpiándose las manos en el delantal que llevaba y retirándose un par de pasos del fuego.

—¿Cómo?

—Al final, la vida son las personas que nos rodean, y todos nos cansamos de vivir experiencias solos —expresó con demasiada seguridad.

Me giré hacia el jardín y vi a mis primos, mis tíos, mi hermano, mi madre, mi abuela y amigos de mis familiares, sentados rodeando la gran mesa de madera abarrotada de comida.

—No sé, papá. Me siento cómodo solo, más que aquí con tantas personas —le confesé.

—¿Sigues prefiriendo tu velero a Itahisa? —musitó, volviendo al fuego.

—No es cuestión de preferir, es cuestión de no tener que elegir.

—Pero en la vida siempre hay que elegir.

—Tú elegiste a mamá por encima de tus padres y aceptaste volver a Argentina. Sabiendo que el abuelo fallecería tan pronto, ¿no intentarías no haber tenido que elegir?

—¿Y obligarlos a venirse a vivir aquí? Ellos eran felices en Brujas, Nahuel; y yo lo he sido aquí. Me siento tranquilo de haberlos podido ver cada año, a pesar de toda la distancia que había.

Giró la carne y se concentró en las chispas que saltaban en la leña.

—Itahisa parece quererse venir a explorar el mundo conmigo. Creo que no tendría que elegir, pero es cierto que necesita algo de tiempo, por eso podría quedarme más tiempo en la isla, alargarlo unos cuantos meses más hasta que esté preparada.

—Me parece una buena idea, hijo. —Mi padre me palmeó la espalda—. Pero solo ten presente que, si al final no quiere subirse a ese velero contigo, vas a tener que elegir. Y espero que no la vuelvas a abandonar.

—Ya hemos hablado de eso. —Bufé—. No la abandoné.

—¿Y has hablado con tu hermano? —quiso saber.

Llevaba tres días en Neuquén llenos de actividades, familias, visitas y comidas; no había tenido mucho tiempo de hablar a solas con Samuel bien, pero entendí a lo que se refería.

—Sí, ya sé que Itahisa y Paola estuvieron en Argentina.

—Pues si llega el momento en el que Itahisa no se sube a ese velero, solo espero que, si vuelve a Argentina, tú también puedas verla. Como te dije, la vida son los momentos que creamos con las personas que queremos y, por muy solitario que te guste ser, cuando vayas envejeciendo te darás cuenta de que lo que más recuerdas son las miradas de los tuyos, las sonrisas, las palabras, las experiencias compartidas…

Mi padre era una persona demasiado familiar, por ello siempre volvimos a Brujas. Para él, el eje de su vida éramos nosotros; para mí, mi azul. No esperaba que lo entendiese, así que asentí y le di un fuerte abrazo; al fin y al cabo, era consciente de que no compartíamos tanto tiempo como a él le gustaría.

—Te quiero, hijo —me dijo, volviendo a centrarse en el asado.

—Yo también te quiero, papá.

Seguí ayudándolo y hablando de cómo les había ido los últimos meses por la zona. El trabajo de papá como mecánico de coches iba bien y pronto podría jubilarse; mamá también estaba contenta con la clase que le había tocado aquel año y mi abuela Liliana seguía estando callada, precavida y triste.

Me detuve en ella y decidí ir a abrazarla. Quizás no volvería a indagar más en ninguna de mis capas, pero eso no significaba que mi amor por ella fuese menor: estaba viviendo y jamás la había

escuchado decir que se quería ir. Estaba transitando la vida y, después de la historia de Itahisa, me pareció que quizás eso era suficiente.

***

Entré a mi antigua habitación con la batería social por los suelos. Me quité la ropa, me puse un pantalón corto negro y me tumbé en la cama, pensando en la conversación que había tenido con mi padre. Me pareció escuchar una voz conocida al otro lado de la pared. Salí de mi habitación y pegué a la puerta de mi hermano. Me encontré a Samuel con un pijama corto azul y sus gafas de pasta blancas, riéndose.

—¿Estás hablando con las chicas? —pregunté, incrédulo.

—Mirad, aquí está mi hermano —añadió por toda respuesta, girándome el teléfono. Me encontré a Itahisa y a Paola, tumbadas en el viejo sofá de sus abuelos, abrigadas con dos pijamas rojos y navideños iguales.

No pude negar que me dolió ver que estaban conversando y no me habían incluido; más aún cuando pensé en la de veces que habría sucedido aquello. ¿Cómo era que nunca los había escuchado? ¿Habría usado Samuel siempre los cascos?

Apreté y solté las manos un par de veces y me acerqué a Samuel con una sonrisa impostada.

—Ey, chicas.

La comisura de Itahisa se extendió nada más ver mi cara, lo que ocasionó que me relajase un poco. Llevábamos casi una semana sin hablar, más allá de un «feliz Navidad» y estaba algo nervioso sobre cómo comportarme con ella.

—¡Hola! ¿Qué tal las fiestas? —habló Paola, quien estaba apoyada en el pecho de Itahisa.

—No van mal. Mucha familia, mucha comida, mucha gente, mucho de todo. Son épocas un tanto surrealistas —confesé.

—¿Por qué? —Itahisa arrugó la frente, poniéndose más recta.

Samuel sacudió la cabeza y me acercó más el móvil.

—Todo el mundo está feliz y contento, todo se basa en consumir, luces, canciones… Esa no es la realidad de la vida.

—Nahuel, sí que te has vuelto soso con los años, madre mía. —Paola se pasó la mano por el rostro en un gesto teatrero y Samuel se rio con ella.

—No soy soso, soy optimista. No sirve de nada estar dos semanas o un mes celebrando la felicidad si durante el resto del año te sientes un desgraciado; tampoco sirve de nada comprar y comprar cosas si durante el resto del año te cuesta llegar a fin de mes o continúas con un trabajo de mierda para pagar facturas.

»La Navidad es puro escaparate. —Me encogí de hombros y me sentí más tranquilo. Al fin había dado mi opinión más sincera sobre las fiestas que menos me gustaban desde que me había hecho mayor.

—Joder. —Paola suspiró—. Este chico se ha vuelto aburrido, soso y viejo.

Samuel rompió a reír otra vez, y yo puse los ojos en blanco.

—Entiendo lo que dices, Nahuel, ya no es como cuando éramos niños, pero está en nosotros interiorizar la magia y el ambiente de estas fechas. Por supuesto, ya no son lo que eran, pero me alegro de tener una ventana al año en la que poder respirar con más calma.

Itahisa se mordió la uña del dedo gordo y desvió la mirada a algún lugar de aquel salón, quizás al árbol de Navidad. Si no recordaba mal, era lo que solía haber cerca de la televisión.

—Podrías tener esa ventana todos los días de tu vida si…

—Y, bueno —me interrumpió mi hermano—, ¿qué habéis cenado? ¿Ha preparado Fayna su tarta de limón de postre?

Lo miré con cara de pocos amigos, y este me dio un pisotón.

Me mantuve en silencio, algo apartado de la cámara de su teléfono móvil, y vi cómo interactuaban aquellos tres. Fui consciente, en primera persona, de que ellos jamás habían dejado de ser los amigos que habían sido en Brujas; de que yo no me había dado

cuenta de aquello durante nueve años y de que la manera en la que Samuel y Paola se sonreían no era normal.

Capítulo 78

Diario de Itahisa

Navidad en Brujas – 26 años

Mañana cojo el vuelo de vuelta a Fuerteventura. Me pregunto si alguna vez escribiré en este diario el día antes de irme de Brujas sin que la página acabe mojada por alguna de mis lágrimas. Ha sido una Navidad muy bonita a pesar de todo el dolor que llevamos encima Paola y yo. Hemos hablado con mi madre todos los días, y solo uno de ellos no ha llorado. No obstante, no somos capaces de hacernos a un lado y pensar en nosotras mismas antes que en ella, aunque sea en estas fechas que tanto adorábamos.

Paola se fue hace varios días para pasar fin de año con mi madre, y las llamadas con ella, Samuel y el nuevo integrante, Nahuel, han sido bastante divertidas. Bueno, Nahuel no ha participado demasiado, pero ha estado bien tenerlo presente por videollamada después de todos los años en los que se ha mantenido alejado.

No sabía que le había cogido cierto rencor a esta época; quizás, en un futuro, pueda hacer que vuelva a disfrutarla. No va a ser como cuando éramos niños, eso ya lo tengo más que aceptado, pero eso no quita que no podamos vivir momentos muy bonitos de adultos. Por ejemplo, el paseo que hemos dado mis abuelos y yo por Amberes, otra ciudad preciosa de Bruselas. Sacar fotografías analógicas, con la cámara que me han regalado mis abuelos, de sus manos unidas, mientras ambos se besaban en una de las pequeñas calles iluminadas por las luces de Brujas, o de los copos de nieve que danzaban antes de la Nochevieja en nuestras ventanas.

Cocinar pasteles con mi abuela, hemos conseguido hacer un pan de plátano exquisito; ver documentales con mi abuelo, vimos uno sobre Raja Ampat que estoy deseando compartir con Nahuel, estoy segura de que se añadirá ese destino a su lista de lugares para

explorar del mundo. O, tumbarme en el sofá y simplemente descansar conversando con ellos y mi padre.

Mi padre… va mejorando. Parece que ha conocido a una chica que lo tiene entretenido, lo cual nos encanta a Paola y a mí porque, al final, lo importante es pasarlo bien en la vida y somos seres sociables que necesitamos a otras personas en muchas ocasiones para estar mejor, para que nos den ese empujón que necesitamos. Así que me pone feliz ver que mi padre puede volver a compartir una conversación interesante con alguien que le atraiga.

En resumen, no han sido las mejores Navidades del mundo, pero tampoco las peores. He estado con mi familia, he descansado y he vivido lento. Y, aunque siempre me apetece volver a mi isla, no voy a negar que pasar aquí varios días, o incluso algunos meses más, no me importaría.

Capítulo 79

Nahuel

Enero en Fuerteventura – 26 años

Aterricé después de un vuelo algo insufrible en el que un bebé no se calló durante las tres horas que duró el trayecto desde Madrid a Fuerteventura. Sin duda, el vuelo más corto fue el peor.

Al menos, el tiempo en Fuerteventura era algo más fresco que en Neuquén y, a pesar de que hacía calor, se sentía la brisa del mar. Con un dolor de cabeza de los grandes, alquilé un coche y volví a Cotillo. Durante el camino, no conseguí bajar el dolor de cabeza, y no era de los que amaban tomar pastillas; de hecho, no recordaba haberlo hecho mucho el año anterior más allá de la experiencia del corte en el pie.

Estábamos en un año nuevo y mi plan era seguir al lado de Itahisa; era raro de cojones aquello. Normalmente, enero era de los meses más tristes cuando era pequeño porque todavía me quedaban once meses para volver a verla, pero las cosas habían cambiado; no solo la Navidad, sino el hecho de que fuese enero. Nada más me bajase algo el dolor, lo que pretendía hacer era ir en su búsqueda.

Por desgracia, entre el *jet lag* y el cansancio acumulado, no la volví a ver hasta el día siguiente, cuando pegó a la puerta de mi camarote.

Llegó con un par de trenzas hechas, una sudadera marrón clara y unos vaqueros largos.

Al abrir la puerta, a mi corazón se le saltó un latido y lo primero que hice fue abrazarla lo más fuerte posible.

—Te he echado de menos —expresé contra su pelo—. Estás preciosa con estas dos trenzas.

La retiré de mí para ver su rostro y me perdí entre sus pecas.

—Yo también te he echado de menos —afirmó, volviéndome a abrazar—. Tú también estás muy guapo con tu nuevo corte de pelo.

—Ya no tengo caracoles. —Me reí.

—En un par de semanas habrán vuelto a crecer —aseguró, poniéndome las palmas de las manos en la espalda.

Deseaba que la vida consistiese en encontrarnos siempre así, con abrazos tan viscerales y sentidos como aquel, con el cariño reflejado en nuestros ojos.

No habíamos hablado demasiado durante la Navidad; supongo que cada uno necesitábamos pasar cierto tiempo con los nuestros y analizar desde un prisma algo lejano qué estaba pasando entre nosotros; pero las videollamadas con nuestros hermanos nos habían mantenido cerca y… hablando de nuestros hermanos.

—Oye… —Bajamos las escaleras hasta mi comedor. Ese día hacía más viento de lo que solía hacer y, fuera, se sentía el frío—. ¿A ti te parece normal cómo se hablan Samuel y Paola?

Itahisa sonrió y puso una cara de pillina que jamás olvidaré.

—Diría que sí me parece normal. Los llevo viendo años.

Puse los ojos en blanco y le di un pequeño golpe en el brazo.

—¿Me estás diciendo que llevan años así?

—Sí, eso mismo —confirmó, mostrándome todos sus dientes en una sonrisa.

—Pero…

—Mira, Paola continúa estudiando la carrera; a ver qué pasa cuando la acabe.

—¿Ves a mi hermano viviendo en España?

—¿Ves a nuestros hermanos aguantándose más las ganas? —preguntó, haciéndose la listilla.

—¿Has hablado alguna vez de esto con ellos?

Asintió, abriendo el grifo y llenándose un vaso de agua. Un simple gesto que me demostró que se sentía cómoda en mi casa.

—¿Y ellos se han besado? ¿Ha pasado algo entre ellos?

Itahisa rompió a reír y se acercó a mí. Estaba sentado en las escaleras, haciéndome cientos de preguntas.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu hermano?

—¿Eso es que sí?

—Eso es que hables con él.

—Madre mía, Itahisa, madre mía. ¡Toda la vida pensando que nosotros íbamos a ser los que estaríamos juntos y ahora resulta que son nuestros hermanos!

No acababa de creerme la situación a pesar de haber visto la química irresistible que había entre ellos por meras videollamadas.

—Pero ¿desde cuándo no se ven?

—Mmm, creo que desde marzo del año pasado que Samuel fue a visitarla a Madrid. —Apretó los dientes, conteniendo la risa.

—¿Qué me estás contando?

—Es lo que tiene pasar tanto tiempo en un barco, Nahuel, te pierdes lo que ocurre en tierra firme.

—Mi hermano debería haberme contado que seguía teniendo tanta relación con vosotras.

—¿Y por qué crees que debería haberlo hecho si tú no preguntabas?

Imité un golpe seco en el corazón.

—Está bien, supongo que lo entiendo, aun así, flipo mucho.

Capítulo 80

Itahisa

Enero en Fuerteventura - 26 años

—Bueno, ¿has dejado ya de darle vueltas al asunto? —pregunté un rato después. Había estado enseñándole las fotografías analógicas que había hecho aquellas Navidades. En una de ellas, salía Paola, de espaldas, haciendo una videollamada con Samuel. Si algún día terminaban juntos, pensaba enseñarles aquella foto como prueba del amor que se profesaban y se negaban a profundizar con las excusas de que «es que nos llevamos seis años», «es que estamos muy lejos», «es que nos conocemos desde niños» y un largo etcétera.

Hasta donde yo sabía, Samuel y Paola habían compartido la cama alguna que otra vez, pero siempre sin querer nada serio, no fuese a ser que la amistad que teníamos se estropease. Yo, sinceramente, a aquellas alturas pensaba que eso sería imposible. Samuel había estado literalmente toda nuestra vida a nuestro lado, nos cuidaba y nos quería desde once mil kilómetros de distancia y, desde hacía algunos años, venía a vernos siempre que podía, dilatando algunos días más en Madrid para pasar tiempo con Paola.

No quería meterme demasiado en su relación, los dos estaban bien y contentos; si me necesitaban, ahí estaría. Pero me había hecho gracia que Nahuel se acabase de dar cuenta aquellas Navidades, demostrándome una vez más lo poco que sabía de su familia y lo desconectado que realmente había estado de todos, no solo de mí.

—Hasta que no llame a mi hermano en un rato no voy a dejar de darle vueltas —me confesó con una tímida sonrisa, algo desesperada —. Pensaba que quizás yo me estaba montando una película, pero, joder, no sé casi nada de mi hermano.

—Tampoco te tortures, ¿tú le has contado mucho de tus ligues a él? —pregunté, siendo consciente de que aquella pregunta me importaba más de lo que quería admitir.

—No, pero porque han sido muy pocos los ligues y ninguna mujer me ha vuelto a gustar desde que… —Apretó los dientes y sacudió la mano, restándole importancia.

—¿Desde qué? —pregunté con cierta ansia.

Me miró a los ojos y los enraizó con los míos.

—No creo que deba…

—Habla, Nahuel.

Me levanté y él hizo lo mismo.

—Nunca he conseguido volverme a enamorar porque, como te dije hace un tiempo, creo que nunca he dejado de estar enamorado de ti. Soy una persona un tanto solitaria a la que le encanta estar en su mundo y que, quizás, no tiene mucho en cuenta lo que piensan los demás, pero tengo sentimientos y siempre he sabido que el amor que sentía por ti era imposible de superar.

Después de sus palabras, las piernas se me volvieron gelatina, el corazón se me aceleró y pensé que me caía. Nahuel me había dicho aquello que llevaba nueve años queriendo escuchar y me tocaba a mí decidir si ese amor que me podía ofrecer era el que yo quería vivir.

Apoyé las manos en sus brazos, alcé el mentón y observé sus labios entreabiertos, sus ojos grisáceos llenos de intensidad y su respiración algo entrecortada. Lo tenía a milímetros de distancia y no me lo pensé mucho más cuando terminé de acercarme a sus labios y volví a besarlo.

Aquella vez no me fui al pasado de hacía nueve años, sino que me quedé en aquel presente en el que Nahuel se abrió a mí, en el que nos encontrábamos en su casa; un velero varado en Cotillo, donde la bruma marina y la sandía se mezclaban, y solo disfruté y disfruté.

El mejor beso de mi vida llegó. Veintiséis años había tardado. Solo esperaba no dejar de besar aquellos labios de aquella manera por el resto de mi existencia.

Capítulo 81

Nahuel

Enero en Fuerteventura – 26 años

Tenía a Itahisa completamente pegada a mí, con sus manos rodeándome el cuello y sus labios entrelazados con los míos. También los ojos cerrados, sintiendo solamente aquel momento, en el que el corazón de Itahisa bombeaba a martillazos junto a mi pecho. Disfrutaba a la par que trataba de calmarme. Como Itahisa se aupase un centímetro, notaría cuánto la deseaba, y no sabía si eso era una buena idea.

En aquel momento, me sentía en equilibrio sobre una cuerda. Un paso en falso y podría salir huyendo. ¿Debía disfrutar o alejarla de mí?

Cuando bajó sus manos por mi espalda para meterlas dentro de mi camiseta, mi cuerpo acabó de despertarse directo contra su barriga.

Mierda.

Itahisa se alejó un paso y abrió los ojos. Se mordió los dientes y me miró con carita de niña buena con aquellas dos hermosas trenzas.

—Me estás volviendo loco —dije con la voz ronca.

—Es lo que pretendo —aseguró, pasándose la lengua por el labio inferior.

¿Qué me había perdido entre la conversación en la que me dijo que no podía permitirse ser nada más que amigos y esta? ¿Tanto le habían dado las Navidades para pensar? Madre mía, yo solo quería hacer las cosas bien, y sentía que todo se iba a desmoronar.

—Nahuel —murmuró, pegada otra vez a mi boca, mordiéndome el labio inferior—. Te deseo desde que empecé a ser consciente de que las personas pueden desearse y, en este momento, lo único que quiero es sucumbir a este deseo.

—¿Y dentro de un rato? ¿Qué pasará? —No sé cómo saqué la fuerza para alejarme un mini paso de ella y poner las manos en sus mejillas pecosas.

—Que te seguiré deseando como cada día de mi vida.

—Itahisa… —Mi voz queda debió de advertirla de que de verdad tenía el cerebro lleno de miedos e inseguridades.

—Está bien, lo siento, no debí haberme lanzado así.

Volvió a colocarse mejor la sudadera, la cual no sabía cómo había terminado subida y arrugada a la altura de sus pechos. ¿Había sido yo? ¿Mientras mi cerebro daba vueltas mis manos se habían estado moviendo?

—No es eso, me encantaría que te lanzases encima de mí cada día de nuestra vida —dije, sin medias tintas—, pero lo pasaría fatal si mañana vuelves a desaparecer. O amigos o novios, pero no puedo tener un lío contigo, Itahisa, contigo, no —terminé con la voz ronca y pasándome las manos por mis caracoles inexistentes.

—Tienes razón, Nahuel.

Después de esas palabras, se quedó callada. Yo esperé algunos minutos, por si decidía añadir algo más, pero ni una palabra salía de sus labios, rojos e hinchados por mi culpa.

—Itahisa, por favor, di algo más.

—Estoy cansada de contenerme contigo, Nahuel. De echarte de menos, de tener la oportunidad de estar juntos ahora y no hacerlo por miedo.

La envolví en mis brazos y respiré su olor dulzón.

—Yo me siento igual, ¿qué te parece si vemos una película? Son muchas confesiones esta noche, no hagamos nada que luego pueda hacer que nos arrepintamos.

—No me voy a arrepentir por hacer el amor contigo.

Y hasta ahí mi intento de contención.

Aupé a Itahisa, quien me rodeó con las piernas, y la senté en la mesa del comedor. Tiré todas las fotos al suelo y la tumbé. La miré a los ojos antes de empezar a acariciarle sus largas y definidas piernas.

Ella cerró los ojos durante algunos segundos, disfrutando de mis caricias, pero cuando empecé a acariciarle su lugar más íntimo, los

abrió, y el brillo y el amor que había en ellos me abrumó.

Itahisa también me amaba, tanto como yo a ella. Ni los años ni la distancia habían conseguido apagar nuestros sentimientos y, en aquel momento, tumbada frente a mí, me sentí el hombre más afortunado del gran planeta azul.

Los gemidos de Itahisa eran melodía para mis oídos, y notar en las yemas de mis dedos el recuerdo de aquel cuerpo de años atrás me hizo emocionarme y soltar un par de lágrimas dispersas.

Quería mucho a aquella chica que tenía frente a mí, retozándose y disfrutando, muchísimo, y no había sido capaz de demostrárselo durante años; así que, aquella tarde, me esmeré todo lo que pude para tratar de hacer que gozase todo lo humanamente posible.

Tras un par de orgasmos en los que me abrazó y me apretó las caderas con sus piernas, alzó su cuerpo, con los ojos irisados y los músculos algo blandos. No obstante, me desnudó con el mismo amor con el que yo la había tocado y, cuando entré en su interior, completamente abrazados, piel con piel, supe que ese era mi lugar favorito del universo; ninguna playa me produciría una sensación de placer, tranquilidad y hogar como la que estaba sintiendo al estar abrazado a Itahisa y haciéndole el amor.

Capítulo 82

Itahisa

Enero en Fuerteventura – 26 años

Tras varios minutos abrazados, escuchando el martilleo de nuestros corazones y el viento que rugía fuerte aquel día, me retiré de Nahuel con cierta duda y miedo, pero, cuando vi su sonrisa, aquella que me volvía loca, las lágrimas se agolparon en mis ojos y empecé a reírme y a llorar a la vez.

Nahuel frunció el ceño con cierta preocupación y alejé cualquier duda que pudiese bañar su rostro, volviendo a acercarme a sus labios y acariciando su entrecejo.

—Te quiero mucho, Nahuel.

—Mi Itahisa… —Suspiró en mis labios—. Te quiero tanto.

Me reí, besándolo, y así nos pasamos gran parte de la tarde: abrazados, besándonos, descubriéndonos y diciéndonos cuánto nos queríamos.

Cuando la luna le robó su sitio al sol, estábamos tumbados en su cama. Debía confesar que, cuando vi el peluche de ballena que los Reyes Magos nos trajeron la Navidad de nuestros seis años, los ojos se me volvieron a llenar de lágrimas y me lancé a abrazarlo. Pensar que Nahuel tenía en su pequeño hogar tantos recuerdos de nuestra vida juntos me hacía querer achucharlo lo más fuerte posible.

—¿Tú conservas el tuyo? —preguntó mientras me acariciaba la barriga con las yemas de sus dedos.

—Como siempre, todo lo relacionado con nosotros está en el altillo de uno de mis armarios.

—Quizás podríamos sacar las cajas juntos. Se me ocurre. —Alzó su rostro, apoyando la mano en su cabeza y mirándome—. ¿Y si cuando nos vayamos a explorar el mundo ponemos en nuestra cama las dos ballenas idénticas?

No me esperaba aquella propuesta, la cual me hizo reír.

—¿Qué pasa? —Sus ojos grises brillaban más que otras veces, y él sonreía, travieso.

—Nada, me gusta que des por hecho que nos iremos en este velero juntos y que esta será nuestra cama.

—¿Acaso no quieres? —La duda se reflejó en su rostro.

—No, no. Solo no me lo esperaba.

—Ya te lo dije: o novios o amigos; no concibo ser nada que baile entre esas dos palabras.

Le di un beso, tirándolo de nuevo hacia la almohada. Abracé su/nuestro peluche y comencé a hablar:

—¿Conoces la leyenda guanche de Gara y Jonay? —Achuché más fuerte a Nahuel apretando a la ballena entre nosotros.

—No, ¿de qué va?

—Es una de las leyendas más famosas y románticas de las Canarias, concretamente de La Gomera; el Romeo y Julieta guanche —confesé.

—Pero ¿entonces? —Alzó las cejas—. ¿Es triste?

Asentí, fijando la vista en el techo de madera.

—Durante mucho tiempo, pensé que nuestro amor era como el de Gara y Jonay: imposible. Sin embargo, desde que volviste, estoy cambiando de opinión. —Le sonreí, volviendo a fijar mi vista en él—. Cuenta la leyenda que unos chorros llamados Chorros de Espina, que existen en la isla de La Gomera, pueden descifrar el destino y hacer milagros. Estos pueden predecir si vas a encontrar el amor o no.

—¿En serio? —me preguntó con una sonrisa—. ¿Y cómo lo predicen? —Nahuel me observaba bonito, y me gustaba muchísimo.

—Se supone que si cuando te miras en sus aguas esta está tranquila y limpia, el amor llegará pronto; si se enturbia, habrá desamor.

—Vale, yo estoy seguro de que el agua estaría limpia ahora mismo para nosotros.

Me reí y rocé mi frente con la suya.

—Yo fui de viaje a esta isla unos tres años después de vernos. El agua…

—Estaba limpísima —me interrumpió, haciéndome reír.

—Bueno, sigo. —Me apoyé de nuevo en las almohadas sin perder la sonrisa, a pesar de que, después de encontrarme un agua tan marrón debido a dos días de lluvias intensas, lloré largo y tendido, procesando lo que no quería aceptar en su momento—. Cuando llegaban las fiestas de Beñesmer, el día 15 de agosto, las jóvenes iban a estos chorros a conocer su destino. —Y aclaré—: Beñesmer es como los guanches llamaban al mes de agosto.

»Ese año la princesa Gara fue a conocer su suerte en el amor y, cuando se miró, el agua pasó de estar tranquila a enturbiarse y terminar mostrando un sol de fuego. La princesa se asustó y fue a preguntarle a un sabio llamado Gerían, que le explicó que, pasara lo que pasara, no debía aproximarse al fuego.

Nahuel continuaba acariciándome cualquier parte de mi piel que encontraba con una mano mientras que, con la otra, se sujetaba la cabeza y me seguía mirando con mucha ternura.

—Con motivo de esas fiestas, llegaron a la isla numerosos guanches, entre ellos Jonay, desde Tenerife. Cuando sus miradas se cruzaron, quedaron perdidamente enamorados.

—¿Algo así como nosotros?

—No seas tonto. —Volví a reírme—. No pudimos enamorarnos con meses de vida.

—¿Dónde está la ley que diga eso?

Sacudí la cabeza y desvié mi mirada hacia sus dedos, los cuales se movían por el interior de mi muñeca izquierda en aquel momento.

—Nahuel, no me líes, ya casi acabo la historia.

—Me encanta que me cuentes historias de tu cultura, Itahisa —confesó.

—El caso es que se lo comunicaron a sus familiares y, en el mismo momento en el que hicieron público su compromiso, el volcán del Teide comenzó a escupir lava.

»Gara se acordó de las palabras del sabio. Su amor era imposible. Además, sus padres le prohibieron verse. Gara era la princesa de Agulo, tierra de agua, y Jonay era de la isla del volcán, tierra de fuego.

»Después de esa prohibición, el volcán del Teide se calmó; pero Jonay no era capaz de olvidarla y, una noche, se zambulló en el mar

para buscarla. Cuando se encontraron, se fueron juntos al pico más alto de La Gomera, perseguidos por sus familiares, así que, cuando se dieron cuenta de que era imposible vivir su amor, cogieron un palo afilado por ambas puntas, se lo pusieron entre ellos, apoyado en sus pechos, y, abrazándose, murieron en el acto.

—Madre mía, la historia es tristísima.

—Te dije que era el Romeo y Julieta guanche.

—Pues nosotros no somos así, nuestro amor no es imposible.

—Nunca pensé en matarme contigo, tranquilo. —Me reí—. Pero sí que pensé que veníamos de dos mundos diferentes, al igual que ellos.

—Nuestras familias no están enfrentadas y ningún otro volcán, aparte del que vive en mi interior, ha entrado en erupción hoy.

Los ojos grises de Nahuel se volvieron traviesos y sus caricias se volvieron más intensas.

—¿Algún dato más que quieras darme antes de dejarme descubrirte de nuevo?

—El parque nacional de la Gomera se llama Garajonay —contesté, perdiendo el aliento por el nuevo rumbo de sus caricias.

—Pues este barco se llama Nahuelitahisa.

—¿De verdad? —Abrí mis ojos en grandes.

—Desde este mismo momento, sí.

Lo besé y volvimos a perdernos entre caricias, jadeos, deseo y mucho amor.

Capítulo 83

Nahuel

Enero en Fuerteventura – 26 años

Al tercer tono, mi hermano cogió la llamada. Vestido con un traje azul marino, estaba comiendo patatas con carne.

—¿Qué pasa? ¿Sabías que me ibas a pillar en la hora de la comida? —inquirió con la boca llena.

—Shh. —Me alejé de la habitación, andando lo más despacio que pude.

Sus ojos se abrieron, lo que me hizo reír, ya que con las gafas que llevaba puestas estos parecían mucho más grandes.

—¿Está Itahisa en tu cama?

Asentí.

—Habla más flojo —le pedí.

—Joder, hermanito, al fin.

Meneé la cabeza y me puse los cascos; la iba a despertar.

—No te he llamado por eso.

—Pues yo te he contestado, y ahora quiero todos los detalles.

—Samuel, centrémonos. —Mis palabras lo hicieron reír, y casi se atraganta con la comida—. Eso por comer tanta carne —lo chinché.

—Nahuel, déjate de tonterías.

Puse los ojos en blanco.

—A ver, te he llamado porque tengo una pregunta muy importante.

—Tú verás con lo que me vas a salir.

—¿Qué pasa entre Paola y tú?

Empezó a toser y yo no sabía si reírme o preocuparme. Unos segundos más tarde, y con la cara roja por falta de oxígeno, se quitó las gafas para limpiarse las lágrimas que le habían caído de tanta tos.

—¿Cómo que Itahisa está en tu cama? —Se hizo el tonto.

—Yo te he preguntado primero. —Apreté los labios.

—Y yo no pienso decirte nada hasta que tú no hables.

—Samuel.

—Nahuel. —Me retó con la mirada.

—Mierda. —Tenía las de perder. Quería esa información y mi hermano lo sabía, así que, observando su sonrisa de sobrado, empecé a relatarle lo acontecido el día anterior.

—Al fin, hermano, al fin. —Se le veía tan contento e ilusionado que me contagió su alegría.

—Sí, sigo en una nube.

—Entonces, ¿ya tengo cuñada?

—No lo sé, quiero pensar que sí, pero no se lo he pedido oficialmente —especifiqué.

—Hombre, yo creo que eso de «o amigos o novios», lo deja muy claro, pero estaría bien que tuvieras algún gesto romántico, sí.

—Ya te he contado yo; te toca, venga.

—Pues, hermanito, no tengo demasiado que decirte. Paola está en la otra punta del mundo y la quiero demasiado como para cagarla y perderla. Hemos aprendido de los errores de nuestros hermanos —dijo.

—Estás ocioso, ¿eh?

—Para qué te voy a decir que no si sí.

—Pero ¿te gusta?

—Gustarme se queda corto: me encanta, la verdad.

—Guau. —Mi hermano hablaba sin reparos; me sorprendió mucho.

—¿Y tú a ella?

—Diría que, por lo que pasó la última vez que nos vimos, también.

—¡Samuel! ¿Entonces…?

—Entonces dejemos que termine la carrera y ya iremos viendo.

—¿Cómo podéis estar tan tranquilos?

—¿Te lo repito? —Enarcó las cejas divertido—. Hemos aprendido de los errores de nuestros hermanos.

Sacudí la cabeza, pasándome la mano por los cortos rizos.

—¿Cuándo os veis la próxima vez?

—Creo que en Semana Santa iremos a Nueva York.

—¿Todos los viajes que te has pegado por ahí han sido con ella?

—Todos no, pero muchos sí, correcto.

—Joder, flipo.

—Es lo que tiene no vivir encerrado en un barco.

Me lanzó esa pullita de broma, pero debía admitir que me dolió.

—Vete a tomar por culo.

—Gracias, hermano, valoro tu amor.

—Ahora Itahisa está en mi barco, quizás no lo he hecho todo tan mal.

—Más te vale que siga estando en el futuro.

—¿Por qué no iba a ser así si a los dos nos gusta lo mismo?

—Solo te digo que, si no, podéis coger aviones a otros lugares del mundo. A nosotros nos está funcionando.

—¿Quién más sabe lo vuestro? —pregunté, levantándome a por agua.

—Itahisa sabe algunas cosas, y un par de amigos míos y otro par de ella. No hay un «nuestro», hermano, al menos no por ahora; y no mientras siga estudiando.

—Y me lo dices tan tranquilo.

—Mira, ya he terminado de comer, tengo que seguir con el proyecto. Te lo digo tan tranquilo porque lo estoy y, por última vez, has sido un buen maestro de no repetir errores.

—Anda y que te den, eh.

—Yo también te quiero.

Colgó el teléfono y me quedé mirándolo con los dedos apretados. ¿Tan difícil lo habíamos hecho Itahisa y yo? Bueno, mejor dicho, ¿yo? Quizás sí existe el punto medio entre amigos y novios.

Capítulo 84

Itahisa

Febrero en Fuerteventura – 26 años

Enero pasó como un soplo de aire bastante fresco, literalmente. Nahuel y yo nos dimos la oportunidad de conocer cada uno de los rincones de nuestra piel y, por primera vez en años, reí más veces de las que lloré.

Mi escuela de *kitesurf* había ido muy bien; que hiciese tal cantidad de viento ocasionó que se apuntasen a las clases un buen número de personas con más experiencia, lo que hizo divertidísimas las mañanas. Nahuel seguía aprendiendo diferentes trucos y empezamos a darle vueltas a la idea de intentar montarnos los dos juntos en la misma tabla. Era muy probable que nos cayésemos, pero navegar a mi estilo con él a mi lado era un antojo que no quería perderme.

Además, su investigación iba viento en popa y ya había conseguido empezar a monitorizar a varios calderones. Se había dado cuenta de que había más machos que hembras por la zona, así como más adultos que juveniles, por lo que parecía que no estábamos en la época de reproducción.

Aproveché una de las conversaciones que tuve con mi hermana para contarle lo que escuché de la charla que tuvieron los dos hermanos. Paola no hizo más que llevarse las manos a los ojos para taparse la cara, como si tuviese cinco años, y reírse.

—¿Te puedes tomar este tema en serio de una vez? —protesté sin poder contener la risa.

—Te repito lo mismo, hermanita, hemos aprendido de los errores de nuestros hermanos.

Mis bufidos y sus carcajadas se mezclaron y, al final, solo pude sonreír al ver que ella era feliz así. No esperaba nada más en aquel momento y la amistad con derecho a algo más que tenía con Samuel

parecía bastarle porque en sus ojos no había ninguna de las tormentas que, durante un tiempo, habían habitado en los míos.

El abrazo de mi madre me pilló desprevenida y me hizo devolver mis pensamientos a aquel momento presente.

—Te quiero muchísimo, lo sabes, ¿verdad? ¿Sabes que eres todo para mí?

—¿Y este ataque repentino de amor? —repuse, devolviéndole el abrazo y dándole un beso en el hombro.

—Quería decírtelo, cariño, hoy me siento algo mejor.

—Me alegro mucho, mami.

Había ido a visitarla con barritas de chocolate que había comprado en nuestra tienda de confianza. Yo siempre prefería la sandía, pero mi madre era muy dulcera y donde se pusiese una onza de chocolate iba ella.

Nahuel estaba a punto de llegar, y yo estaba muy nerviosa.

Había intentado posponer aquel encuentro lo máximo posible, pero el día anterior Nahuel se había puesto serio después de colgarle el teléfono a mi madre y que varias lágrimas se deslizasen por mis mejillas.

Siempre era así: había días buenos y días malos y, al menos, me alegraba de que Nahuel volviese a verla después de tantos años en uno de los buenos.

—Mamá, ¿seguro que te parece una buena idea?

—Sí, cariño. Nahuel es importante para ti. —Se había vestido con unos vaqueros claros, una camiseta de mangas largas, finita y rosa, y se había maquillado un poco, aunque, mientras la veía, pensaba en que mi madre era guapísima, solo necesitaba sonreír un poco y ya iluminaba la estancia. Si consiguiese que aquello fuese posible…

—Lo es, sí, pero no quiero que los recuerdos te apaguen.

—Mi amor, nuevos recuerdos no harán que una bombilla que ya no enciende se apague.

Apreté los dientes y sentí que los huesos de la cara me temblaban.

No iba a llorar.

El timbre sonó.

***

Abrí la puerta y me encontré a un Nahuel con los rizos algo más crecidos y bien peinados, lo cual me sorprendió. Fuera hacía viento.

Alcé las cejas, preguntándole en silencio cuánto tiempo llevaba intentando arreglarse el pelo, cuando me estrujó entre sus brazos.

—¿Cómo estás?

—Hoy es un día bueno. —Me encogí de hombros porque «bueno» significaba que estaba algo más alegre por fuera, pero no por dentro; por dentro seguía pensando que había perdido toda su luz.

Mi madre nos interrumpió con un pequeño carraspeo y vi cómo entre ellos se creaba ese entendimiento de personas que han compartido tantas cosas juntas hacía años, pero que, en aquel momento, podrían parecer dos desconocidos.

—Hola, Adela —la saludó Nahuel.

Mi madre decidió saltarse todo protocolo y fue a nuestro encuentro para abrazarnos.

Envuelta entre ambos, me sentí cobijada y querida, pero pronto noté mi hombro húmedo: mi madre estaba llorando.

Cuando nos soltó, trató de disimularlo lo mejor que pudo, lo cual fue imposible.

—Vamos, venid, he hecho chocolate, e Itahisa ha comprado más. —Se giró rumbo al salón y Nahuel me apretó la mano. Una mirada de entendimiento por su parte me bastó para sentir que no estaba loca. Cualquier persona que hubiese tenido la oportunidad de conocer a mi madre podía ver en lo que se había convertido.

Era duro. Muy duro.

—Qué bonita es tu casa. —Nahuel trató de sacar algún tema.

—Gracias, ahora está un poco vacía. Sin las niñas y… el ambiente es diferente.

—A mí me parece muy acogedora.

Y la verdad era que la casa de mis padres siempre había tenido una atmósfera bonita y tranquila, con muebles algo antiguos, una chimenea que pocas veces habíamos encendido y una cocina con

barra americana para poder compartir mayor tiempo juntos en el salón. Aquellas paredes habían sido un verdadero hogar, a pesar de que en aquel momento me encontraba como una intrusa escarbando en los recuerdos de una vida pasada.

—¿Qué tal te va con la investigación? —preguntó mi madre, algo más serena.

—Muy bien. Hay muchísimos calderones por la zona.

—Eso me dijo Itahisa. ¿Qué es lo que haces exactamente?

Y, así, con un tema trivial y sencillo, fue como pasamos la tarde. No sabía qué esperar de aquel rato y, para mi sorpresa, en algún punto en el que hablábamos de que la velocidad a la que nadan puede llegar a unos treinta y cinco kilómetros por hora, conseguí relajarme.

Los ojos de mi madre se aguaron alguna que otra vez; sobre todo cuando le preguntó por sus padres, Lorenzo y Florencia, y por su abuela, Liliana. De Samuel ya sabía algo. El hecho de confirmar que los padres de Nahuel continuaban juntos hizo que sus ojos se deslizasen hacia el suelo y cogiese la taza de chocolate algo más fuerte de lo que se esperaba.

Me imaginaba que, en su cabeza, pensaba en lo mal que lo había hecho todo, en lo bueno que hubiera sido seguir con mi padre en… En un sinfín de cosas que, por suerte, Nahuel pareció intuir también. Cada vez que a ella los nudillos se le marcaban en la taza, él soltaba un nuevo dato sobre los calderones.

Cuando la tarde llegó a su fin y nos despedimos de mi madre, me detuve unos segundos en el abrazo que compartimos y le di las gracias.

Sabía lo que le costaba estar con personas y sabía el esfuerzo que podría suponerle enfrentarse a la presencia de Nahuel porque, sí, en ese momento me hacía feliz, pero mi madre estuvo a mi lado cuando aquello no era así y, pese a todo, decidió centrarse en aquella tarde y tratar de dejar cualquier reproche de lado para volver a hacerme feliz.

Sabía que mi madre quería eso y que lo intentaba cada día; estaba enferma y, por ello, no podía culparla. Lo único que sí le reprochaba era que nunca quería pedir ayuda.

—No ha ido mal la tarde, ¿no?

El beso de Nahuel en mi frente me devolvió a la calle iluminada por varias farolas por la que transitábamos.

—No, la verdad. —Hice una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Algún día, cambiaré esa pregunta por: «Ha ido genial la tarde, ¿no?».

Lo miré y me encogí de hombros.

—Te lo prometo, Itahisa.

Otro beso en la frente, otro abrazo, otra promesa.

Ojalá se cumpliese.

Capítulo 85

Nahuel

Febrero en Fuerteventura – 26 años

Sentados frente a la playa del Bajo de la Burra, observando todas las piedras que parecían palomitas y viendo cómo el segundo mes del año terminaba, Itahisa me abrazó antes de preguntarme:

—¿De verdad piensas que hemos cometido tantos errores? ¿Nuestros hermanos se ríen de nosotros o podríamos haberlo hecho mejor?

—No lo sé —contesté, acomodándola sobre mi hombro.

—He hablado un par de veces con Paola del tema y de verdad parece feliz así.

—Samuel está igual, sí.

—¿Por qué nosotros no fuimos capaces? —Agarró un puñado de falsas palomitas antes de esparcirlas por nuestras piernas unidas, extendidas entre montones de piedrecitas blancas.

—Creo —empecé—, que tú y yo siempre hemos sido personas intensas que han ido con todo lo que tenían a por lo que querían. Nunca se nos han dado bien los puntos medios.

—Pues está claro que, entonces, yo no era lo que tú querías porque fuiste con nada a por mí. Bueno, ni siquiera viniste. —Se encogió de hombros.

—No, Itahisa —la corregí, alzándole la barbilla—. Yo quería dos cosas con todo mi corazón y el hecho de dar todo de mí para el mar hizo que no pudiese darte nada a ti.

—Lo cual es un error. Deberíamos ser como nuestros hermanos, Nahuel.

—Yo no estaría enamorado de ti si no fueses como eres, Itahisa.

Sus ojos marrones y mis ojos grises se enredaron.

—Nahuel, «estar enamorado» son dos palabras con mucho significado.

—Lo sé. Pero es lo que siento, es lo que he sentido siempre, desde que soy un niño; desde que me fijaba en tu boca y tus dientes y los míos estaban desproporcionados en tamaño con respecto a nuestros rostros, siempre he sentido algo especial por ti y, ahora, Itahisa, iría a por todas contigo. Te lo prometo.

»Soy un hombre adulto e independiente que sabe que formas parte de lo más importante de su vida —terminé de hablar, casi sin aliento, y la sostuve por los hombros. No quería que dudase ni un segundo.

—¿De verdad esta vez vas con todo? —musitó, haciendo un puchero y echándose un poco hacia atrás.

—De verdad —me reafirmé—. ¿Y tú? ¿También vas con todo?

Asintió, y mis labios empezaron a abrirse en una sonrisa.

—Dímelo —supliqué.

—Sí, Nahuel, con todo ahora y siempre.

La estrujé entre mis brazos y busqué sus labios con deseo.

—¿Quieres ser mi novia, Itahisa? —farfullé mientras la besaba.

Itahisa sonrió y lo sentí en mis labios.

—Sí —aseguró, alejándose unos milímetros para que pudiésemos mirarnos a los ojos.

Nuestras caras de tontos enamorados podrían verse a cientos de kilómetros y, allí, en aquella playa de La Oliva, llenos de falsas palomitas, viviendo nuestra propia película, Itahisa y yo empezamos a ser algo con nombre propio por primera vez en nuestras vidas.

Capítulo 86

Itahisa

Marzo en Fuerteventura – 26 años

—¡Muy bien, Itahisa! ¡Cuatro *raley* seguidos! —me gritó Aairam.

Yo moví la mano en el aire, encogiendo los tres dedos centrales y alzando el meñique y el pulgar.

Acabábamos de terminar de comer después de una mañana intensa con dos grupos de principiantes, y el viento estaba perfecto para dejarse llevar, así que Aairam y yo habíamos decidido lanzarnos al mar y saltar y saltar.

El *raley* era un truco algo más avanzado, pero que Nahuel ya había conseguido hacer también. Consistía en saltar y extender el cuerpo para conseguir que la tabla pasase por encima de la cabeza.

Era uno de mis favoritos porque me ayudaba a dejarme llevar por completo y a sentir, durante un segundo, que volaba.

Aairam también adoraba saltar de esa forma con la tabla y, por ello, aquella tarde lo hicimos una y otra vez hasta que nos tumbamos, exhaustos, en la arena, sin parar de reírnos.

Me puse la mano como visera y tosí para expulsar un poco de agua salada que me quedaba dentro del organismo. Aairam aprovechó para tirarme arena.

—¿Qué haces? —Me reí escupiendo agua y arena.

—Divertirme.

—A mi costa. —Enarqué las cejas.

—Eso siempre. —Volvió a tirarme arena—. ¿Has pensado qué vas a hacer para tu cumpleaños?

Negué con la boca cerrada, moviéndola de un lado a otro.

—¿Qué me dices de bajar hasta Jandía y hacer *kite* en Sotavento? Hace varios meses que no vamos.

Se me cortó el cuerpo y miré al cielo.

En esa playa se formaban unas lagunas espectaculares para practicar con el *kite* pero, estando allí la última vez con Aairam, fue donde Yeray me llamó para decirme que se iba, que no aguantaba más mi tristeza, la de mi familia ni la isla.

Yeray nunca fue Nahuel, pero sí fue hogar, tranquilidad y amor durante un tiempo.

Perderlo también a él y volver a sentir el abandono fue duro. Más de lo que trataba de reconocer.

—No sé.

—Va, Itahisa, ha pasado ya más de un año. Te flipaba esa playa. Nos flipaba —se corrigió poniéndose una sudadera amarilla por encima.

El tono de piel de Aairam me encantaba, y cuando se ponía colores vivos me parecía que estaba guapísimo.

—Oye, ¿esa sudadera no era de Lucía?

—No cambies de tema —protestó—. Te veo mejor, y creo que sería un buen momento para ir al lugar que terminó de romperte y verlo con otros ojos. Podríamos invitar a Nahuel si quieres también.

—No.

—Qué rapidez, ni pensarlo un poquito. —Trató de sonreírme, y yo me acerqué a él.

—No le he contado la historia de Yeray —musité.

—Pues deberías.

—¿Para qué?

—Para que conozca a una persona que fue muy importante para ti.

—¿Qué más da? Ya no está. —Me encogí de hombros y me entró frío. El bikini celeste se me pegaba al cuerpo y el viento me ponía la piel de gallina.

—Esa misma filosofía tuviste con Yeray: ¿para qué hablarle de Nahuel si ya no está? ¿Para qué contarle de mi primer amor si ya no existe? ¿Para qué comentarle los problemas de mis padres si no puede hacer nada?

—Aairam —protesté con un quejido.

A veces, mi mejor amigo se ponía bien pesado, y aquella tarde estaba siendo una de esas veces.

—Solo digo que parte de lo que sucedió con Yeray es que no dejaste que te conociese del todo; no hagas lo mismo con Nahuel.

—Estoy intentándolo, ¿vale? Ya te dije que ha estado hasta en casa de mi madre.

—Lo sé. —Me apretó la pierna y se acercó a mí para cogerme la mano y darme un beso en los nudillos—. Estoy orgulloso de ti.

—Pues yo no tanto, no me cuentas nada de Lucía; creía que ya no estabais juntos y hoy llevas su sudadera.

Aairam ya era un hombre alto, fuerte y musculoso cuando Lucía, toda menudita y pequeñita, había entrado en el último año a nuestro instituto. Venía de Madrid, y sus padres se acababan de mudar a la isla porque habían encontrado trabajo en el hospital como técnicos de rayos. Aairam se había quedado prendado de ella al instante, ellos tuvieron su aventura y ella volvió a Madrid a estudiar. Cada verano venía a visitar a sus padres y habían estado años con idas y venidas. No aguantaban una relación a distancia, pero tampoco aguantaban estar en la misma isla sin verse.

Yo no pensaba que fuese una relación demasiado sana y hacía un par de años se había acabado definitivamente, pero Lucía se había mudado a la isla en enero y, desde entonces, Aairam salía corriendo más rápido de nuestro trabajo y no se tomaba tantas tropicales conmigo como de costumbre. Aquel día se había puesto una sudadera inmensa suya que le había regalado a Lucía la primera vez que se habían separado, para cuando ella se fuese a estudiar.

—No sé si estamos juntos; con Lucía siempre es difícil.

—Aairam, consejos vendo y para mí no tengo —le comenté, alzando el dedo y moviendo la cabeza con mucha profesionalidad, ocasionando que una carcajada brotase de su rostro.

—Eres un caso, eh.

—Cuéntame qué pasa con Lucía.

—Si volvemos a las lagunas de Sotavento.

—Vaale… Siempre ganas, de verdad. —Me crucé de brazos y él siguió riéndose—. Pero… vamos los dos solos y nada de decirle esto a Nahuel.

—Está bien. —Puso los ojos en blanco y yo le lancé arena a la boca.

—Ah, y mejor vamos el próximo finde. El de mi cumpleaños quizás podría hacer algo con Nahuel. Él cumple a finales de mes y yo a mitad, no sé, podríamos…

—Sí, sí. Haced algo, aprovechadlo. Al fin estáis juntos en vuestros cumpleaños. Han tenido que pasar veintisiete años para que sucediese, no hay ningún problema en ir la próxima semana nosotros.

Le di un abrazo y me levanté. Todavía teníamos que limpiar las cometas y ducharnos y, hacía frío.

Veintisiete años. Se decía pronto, pero cuando llevabas conociendo a una persona desde que habías nacido y te dabas cuenta de los años que habían tenido que pasar para compartir un simple cumpleaños, comprendías lo cerca y, a la vez, lo lejos que siempre habíais estado.

Capítulo 87

Nahuel

Marzo en Fuerteventura – 26 años

Llamé a su puerta e Itahisa me recibió con un pijama celeste de pantalón y mangas cortas precioso.

Eran exactamente las 00:00 y me encontraba con una tarta en forma de cola de ballena delante de su puerta, cantándole cumpleaños feliz.

Itahisa se hacía un año mayor, y yo tenía el privilegio de vivirlo a su lado.

Sus ojos se aguaron de lágrimas y no me dejó acabar porque se lanzó a mi cuello, casi aplastando la tarta, y me besó sin parar.

La última semana había estado más ocupado con la investigación y no había podido ni ir a las clases de *kitesurf* ni verla; me había dado cuenta de que pasar una semana así me parecía demasiado.

Antes había sido capaz de estar un año; en aquel momento, siete noches eran un mundo. Ella se había ido un par de días al sur con Aairam a hacer *kitesurf* y, después, había estado liada con la madre y su trabajo; y entre mis obligaciones y las suyas no nos habíamos dedicado el tiempo que merecíamos.

—¡No me lo esperaba! —exclamó, arrastrándome al interior de su hogar.

—No aguantaba ni un minuto más sin verte y quería que recordases este cumpleaños de una forma diferente.

Itahisa sonrió con todos sus dientes y me volví a perder en su sonrisa, sus pecas y ese arito en la nariz que tan bien le sentaba.

—¡Pero si mañana nos vamos de viaje!

—¿Y qué? Vamos, voy a encender las velas otra vez, no has pedido ningún deseo.

—Creo que este año prefiero no pedir nada.

—¿Y eso por qué? —me extrañé—. Además, en una tarta hecha por mí, seguro que el deseo se puede cumplir más rápido.

—¿Las has hecho tú?

—¿Te crees que solo Fayna y tú sabéis hornear?

Se rio de mi broma y sentí que el pecho me vibraba. Su risa me hacía muy feliz.

Itahisa sopló las velas, cerró los ojos y pidió su deseo. Luego, nos comimos la tarta de ballena, rellena en su interior de chocolate, y nos volvimos a explorar lento y con muchísimo amor.

Abrazados en la cama, mientras me acariciaba el brazo, me dijo dos cosas: una me hizo reír y la otra abrazarla muy fuerte.

—¿Cómo te sientes acostándote con una mujer mayor que tú? Y creo que quiero bajar todas las cosas del altillo.

***

Después de dormir estupendamente y abrazados todo lo posible, nos levantamos con dos sonrisas de bobos. Nos íbamos a La Gomera en velero. Trescientos kilómetros de viaje, en un ferry unas cinco horas, en nuestro velero, lo que hiciese falta.

Itahisa terminó de hacer su maleta mientras yo desayunaba un buen café mirando al mar y me impregnaba del olor a sandía de su humificador.

Cuando cerramos la puerta de su casa y entrelazamos los dedos, la observé y la vi con su gorra negra de visera plana, sus vaqueros largos, su sudadera blanca y su maleta echada a la espalda. Me volví a sentir otra vez como el hombre más afortunado del planeta.

Debí poner de nuevo mi sonrisa de bobo porque Itahisa arrugó la nariz, sonriendo, y me acarició la nariz con la suya.

—Te amo —le dije de manera directa.

—Te amo —me respondió con la misma sencillez.

Me mordí el labio inferior, respiré hondo y agradecí a la vida.

Capítulo 88

Itahisa

Marzo en La Gomera – 27 años

El día de mi cumpleaños lo pasamos en alta mar. Vimos desde lejos Gran Canaria y Tenerife, y también muchos calderones y delfines. Tuve los prismáticos conmigo durante gran parte del día. Comimos una ensalada de pasta tumbados en la proa, cogí el timón y aprendí a manejar la botavara.

Recibimos mucho sol y viento en el rostro. Nos reímos a todas horas e hicimos el amor dos veces.

Nahuel desprendía una felicidad inigualable y yo, después de muchos años, sentí que volvía a ser feliz. Quizás el estado de emoción de Nahuel era inalcanzable para mí, pero sí que fui consciente de que, a pesar de todos mis problemas con mi madre, mi lesión, mi miedo al sentimiento de abandono… podía sentirme bien e, incluso, podía ser feliz.

—Quiero vivir toda la vida así contigo, Nahuel —le comenté mientras veíamos cientos de estrellas abrazados, con dos mantas echadas por encima sobre uno de los cojines del exterior del velero.

—Yo también, Itahisa. —Su beso en la frente me transmitió mucha paz y, así, acurrucados entre el mar, el cielo, las estrellas, dos mantas y varios almohadones, nos quedamos dormidos.

Nos levantamos a mitad de la noche, cuando Nahuel tosió un poco, y nos fuimos a dormir a su camarote, con las manos y la vista entrelazadas, y nuestros corazones latiendo al unísono.

***

Llegamos a La Gomera a la tarde siguiente. Esa era mi isla favorita después de Fuerteventura, más pequeñita, menos conocida y con una naturaleza espectacular. Atracamos en el Puerto de San Sebastián y aprovechamos para salir a pasear por su capital y cenar un almogrote espectacular.

La Gomera era una isla muy virgen y Nahuel no paraba de observar cada rincón, hacerle fotos con mi cámara analógica, maravilloso regalo de mis abuelos, y besarme en cada esquina.

A la hora de dormir, volvimos a su/nuestro velero porque, por más que yo insistía en decir que era suyo, Nahuel no paraba de aclararme que quería que todo lo que tuviésemos fuera de los dos. Estaba tan seguro de nosotros que no dudaba en usar el plural a cada ocasión.

Y lo cierto era que, aunque yo también me sentía muy segura, todavía había una pequeña parte de mí en la que habitaba el miedo.

Cuando alquilamos un coche para llegar al Parque Nacional de Garajonay, decidí que había llegado el momento de hablarle a Nahuel de Yeray. Otra ola más de mi vida que quería que viviese y traspasase desde las profundidades, sin saltarla con rapidez y sin importancia.

—Bueno, ¿empezamos? —Nahuel se había puesto una gorra negra y sus rizos, ya largos de nuevo, le salían por los lados. Estaba precioso, tan contento. Sus gafas de sol y una camiseta rosa le sentaban genial con su piel tostada. Llevaba sus botas de montaña y dos buenas botellas de agua a cada lado de la mochila.

—Sí, venga.

Comencé a andar y me agarró de la mano.

—Vamos a subir al pico más alto de esta isla y vamos a besarnos. Nosotros no somos Gara y Jonay.

Cerré los ojos con una sonrisa y disfruté de su caricia por mi mejilla pecosa.

El camino no era demasiado largo, apenas cinco kilómetros, pero era tan precioso como lo recordaba.

Un sendero marrón con hierba baja y muy verde a ambos lados, y con árboles altos que nos daban sombra y nos acompañaron durante los primeros kilómetros.

—Increíble, no estamos tan lejos de Fuerteventura, y ¡mira!, ¡cuántos árboles! —exclamó Nahuel, haciéndome más y más fotos con la cámara analógica.

—Gran Canaria también tiene verde —le respondí, riendo.

—Pero ¿tanto como este? —Se abrazó a uno de los árboles y yo aproveché para robarle la cámara y hacerle una foto.

—No, tanto no. Este parque nacional es un paraíso verde de casi cuatro mil metros cuadrados. Hay dieciocho sendas para recorrerlos; es simplemente una pasada.

—Ya te digo. —Soltó al árbol y se acercó a mí. Pegó su rostro al mío y nos sacó una de las fotos que más me gustan de mi vida.

—¿Sabes qué es la lluvia horizontal? —Me hice la interesante mientras íbamos ascendiendo y empezábamos a ver los diferentes picos de las montañas que nos rodeaban.

—Algo he leído sobre ella —me respondió con el mismo tono de sabelotodo y la cámara apuntando a uno de esos picos—. Pero explícamelo mejor, profesora.

Puse los ojos en blanco y le di otra dosis de información.

—Lo más destacable de Garajonay es que genera mucha más agua de la que consume debido a los vientos alisios que, cuando se encuentran con las montañas, se enfrían y condensan su humedad sobre toda esta vegetación. —Sonreí, pasando las manos por alguna de las hierbas más altas—. A este fenómeno se le llama lluvia horizontal; sucede mucho en los bosques de laurisilva.

—Ocurre algo parecido en algunas zonas de América del Sur. ¿Sabes cuántos litros pueden llover al año por aquí?

Hicimos una pausa y nos sentamos en el tronco de un árbol caído que estaba recubierto de vegetación.

—No, no soy una enciclopedia —bromeé—. Lo miro en Internet, un momento.

Asintió y continuó con el ojo pegado al objetivo, sacando distintas fotos.

—Unos mil litros por metro cuadrado —aseguré después de haber bicheado varias páginas.

—La naturaleza es una puñetera pasada, ¿eh?

Apreté los labios en una sonrisa antes de robarle un beso y seguimos ascendiendo hasta dejar atrás la sombra de los árboles para perdernos por un camino de un marrón intenso que nos llevó al alto de Garajonay, un conjunto de piedras apoyadas una sobre la otra de forma vertical y un sendero que termina en un círculo formado en la tierra.

Nahuel corrió los últimos metros para tocar esas piedras y, cuando yo llegué con la lengua fuera y ganas de un poco de agua, me aupó en brazos para que tratase de tocar las puntas.

—Estas vistas y este lugar son una puñetera pasada, tío.

—¿Verdad?

—La historia de estos dos tiene que ser falsa, ¿cómo vas a querer suicidarte en un lugar tan mágico?

—Bueno, mejor que hacerlo en una carretera común, ¿no? —Me encogí de hombros y traté de contener la sonrisa, pero me era muy difícil. Observar a Nahuel en aquel viaje estaba siendo mi pasatiempo favorito.

—No, estoy seguro de que esa leyenda tiene que ser falsa. De todas formas, vamos a darnos un buen beso y a comernos los bocadillos de queso, que tú y yo vamos a bajar de aquí vivos y felices.

Y eso hicimos: disfrutamos de nuestros bocadillos de queso de cabra que habíamos comprado en la ciudad y nos quedamos hasta que el sol empezó a bajar porque decidí que allí arriba era un buen lugar para que Nahuel conociese a Yeray.

—Se llamaba Yeray —indiqué.

Capítulo 89

Nahuel

Marzo en Fuerteventura – 26 años

Tragué el trozo de bocadillo que me había metido en la boca y me acomodé.

—¿Cómo?

—La persona que estuvo a mi lado. Mi primer novio. Se llamaba Yeray.

—¿Sigue vivo? —Agrandé los ojos y el corazón me martilleó muy rápido.

—Sí, sí —se corrigió, encogiendo las piernas para volver a pegarlas a su cuerpo.

—Menos mal. —Cogí la botella de agua y le di un buen sorbo. Me acerqué a Itahisa y posé mis manos en sus rodillas desnudas. Estaba listo para escuchar esta historia, una que quizás escocería.

—Lo conocí después de una competición en Costa Calma, unos meses antes de que me lesionase. Él vivía en Tenerife y había ido a pasar unos días a Fuerteventura. Le encantaba el *windsurf* y estaba pensando probar el *kitesurf*.

Se detuvo a mirar el horizonte y le dio otro mordisco a nuestro bocadillo. No me miraba. Supuse que se había alejado en sus recuerdos.

—El primer encuentro fue bastante bonito. Quedé primera en aquella competición y salí del agua eufórica. Aairam y mi padre me cogieron en volandas y gritamos todos de alegría durante un buen rato. Cuando volví a pisar la arena, vi que me miraba con las manos en los bolsillos, ojos marrones como los míos y una sonrisa misteriosa.

»Le pregunté qué pasaba y me respondió un simple «nada». Sin embargo, estuve fijándome en él toda la tarde y, para mi sorpresa,

cuando fuimos a cenar por la noche, él estaba en el bar con sus amigos.

Itahisa sonrió para sí y yo le apreté la rodilla. Entendía que se hubiese ido a sus recuerdos, pero parecía estar viviendo de nuevo algo muy especial y los celos acudieron a mí sin poder evitarlo.

—Aairam me empujó para que fuese a su encuentro y, cuando me acerqué a él, se levantó antes de que sus amigos le dijesen nada. Me dijo que se llamaba Yeray, yo me presenté como Itahisa y resulta que él ya lo sabía: habían estado bicheándome en Internet. Quizás fueron las tropicales de más que llevaba encima, la euforia de lo bien que me estaba yendo la temporada o la alegría de descubrir que me podía gustar algún otro hombre —añadió, volviendo el rostro hacia mí con cierta pena y nostalgia.

Otro mordisco al bocadillo y su mano posada encima de la mía para continuar la historia mirándome a mí.

—La cosa es que pasamos una noche increíble y un par de días más espectaculares. Hicimos *windsurf* y lo disfruté bastante. Yeray trató de hacer algún que otro movimiento de *kite,* y sus amigos y Aairam se cayeron rápidamente bien. Mi padre volvió a casa con mi madre y yo reí muchísimo, Nahuel, no te imaginas cuánto —especificó con cierto anhelo en aquella mirada—. Llevaba años con la sensación de que mi corazón se había quedado roto en Brujas y resultó que aquel viaje estaba reparándomelo.

Tras esas palabras, se produjo un pequeño silencio. Supuse que me tocaba añadir algo, pero no sabía el qué. La sensación de celos seguía recorriéndome el cuerpo, a pesar de que me alegraba de que Itahisa hubiese sido feliz.

Antes de continuar, decidió darme un abrazo, que le agradecí en el alma, y se movió un poco para acomodarse.

—Después de aquellos días, volvió a Tenerife. Estuvimos hablando y viajando de una isla a otra durante varios meses hasta que terminó sus estudios para montar paneles solares y, sin esperarlo, recibió una oferta de trabajo en Fuerteventura. Saltamos de alegría cuando nos vimos, sabiendo que se había acabado la distancia. Durante aquel tiempo, pensaba que siempre tendría que

enfrentarme a la maldita distancia, pero la vida parecía haberme dado la carta de fin de esa partida.

»Se mudó a Corralejo y fuimos felices, pero llegó mi accidente y todo empezó a cambiar. Él continuaba con su trabajo y su vida estable, siempre estaba para mí; pero yo me volví hermética, me cabreé con la vida y entré en bucles de pensamientos horribles.

»No entendía por qué me quitaban todo lo que más amaba. Pensaba que lo más duro que tendría que vivir era aprender a estar sin ti y, de repente, tras pocos meses de alegría y cuando estaba consiguiendo hacerlo, una nueva prueba llegó y tuve que aprender a dejar de ser lo que siempre había querido ser. —Su voz amarga y su dolor se me instalaron en el pecho.

Puse mi otra mano, libre ya del bocadillo, encima de la suya y, así, quedaron unidas. Respiré hondo y ella siguió en silencio.

—Yeray estuvo ahí, y poco a poco me fui recuperando. Me ayudó mucho con la idea de mi escuela de *kite* y trató de hacerme reír cada día; muchos, lo consiguió. Pero los problemas de mis padres aumentaron, mi hermana no estaba y yo me enfadé demasiado con la vida. Además, mientras más problemas tenía, más pensaba en ti. —Sus ojos estaban tristes y la sonrisa que me dedicó no me gustó nada—. Empecé a sentir celos y envidia, a imaginarte siendo feliz con tu barco por el mundo con alguna chica y a odiarte por haberte alejado tanto. De repente, Yeray no me era suficiente, pero era lo único que me quedaba o, al menos, así pensaba.

»Fui capaz durante años de preguntarle por ti a Samuel, pero decidí que ya tampoco quería saber nada de nada. Recuerdo que cogí el avión para ir a la península de Valdés con mi hermana y Yeray me preguntó qué se me había perdido en Argentina. Me di cuenta de que no le había contado algunas de las cosas más importantes de mi vida, pero decidí que era mejor así. ¿Para qué le servía saber de tu existencia si me habías abandonado y te odiaba?

—Itahisa… —La interrumpí porque escucharla hablar así de mí dolía de verdad—. Sé que esta no es mi historia, pero duele escucharla y duele saber que pensabas así de mí.

—Aairam fue quien me convenció para hablarte de Yeray; no quiere que me pase contigo lo mismo que me pasó con él —me

explicó—. Y, en la historia de Yeray, como en todo en mi vida, estás tú. —Se encogió de hombros.

—Está bien, sigue.

—¿Seguro?

—Sí.

Pero antes agarré su rostro pecoso y la besé con dolor y rabia, pero también con amor.

—El viaje a la península de Valdés me sanó un poco el alma y el corazón. Disfrutar de las ballenas francas australes, descubrir la conservación que llevaban a cabo allí, pasar tiempo con mi hermana y Samuel… Alejarme de los problemas de mi familia, dejar de pensar en mi lesión y en mi negocio…

»En fin, fueron unos días que me sentaron increíble y no le presté toda la atención a Yeray que merecía, pero siempre pensaba que, al sentirme tan mal, necesitaba prestarme atención y regalarme ese viaje a mí. No podría querer bien a Yeray si no me quería a mí misma primero, y no podría querer a Yeray bien si no te dejaba ir de una vez por todas. —Bajó las pestañas para cerrar los ojos y respirar.

—Yeray intentó salvar nuestra relación cientos de veces y, la verdad, yo no se lo permití. Hoy en día me sorprende todo lo que aguantó y me encantaría escribirle para pedirle perdón y decirle que fui una egoísta porque, cuando se fue, hace dos eneros, mientras estaba en la laguna de Sotavento con Aairam, por una llamada escueta en la que simplemente me dijo: «Se acabó, no puedo más, me voy a casa», el corazón terminó de rompérseme en tantos, tantos cachitos que estoy segura de que me faltan algunos.

Las lágrimas descendieron por su rostro y yo alcé mi mano para limpiárselas.

—Yeray era un hombre buenísimo, que me quiso con todo lo que tuvo, y yo fui una egoísta que no supo mantenerlo a su lado. Cuando se fue, en lugar de tratar de pensar en el verdadero motivo por el que había decidido dejar de intentarlo, me aferré al sentimiento de abandono y pensé que nada de lo que merecía la pena conseguía conservarlo en mi vida jamás.

»Es muy triste pensar así. Es muy triste ser una persona triste, pero, de repente, tú volviste, y las cartas de mi vida se volvieron muy confusas. Mi juego consistía en perder cosas, no en recuperarlas. ¿Qué tenía que hacer?

»Ya sabes el resto. No hay más escondido, solo quiero que tú sí me conozcas como me conocías a los dieciséis; solo quiero que nuestro amor sí se cuide cada día.

Sus lágrimas siguieron descendiendo por el rostro, y sus manos apretaban las mías en sus piernas. Refugiados de los últimos rayos del sol por nuestras gorras, acerqué mi frente a la suya.

—Gracias, Itahisa, por contarme esto, por permitirme estar en tu vida y por haberme vuelto a abrir tu corazón después del daño que te he ocasionado.

—Solo… no vuelvas a hacerlo, por favor.

—No lo voy a hacer. Te lo prometo.

Un gemido del alma, un hipido del pecho, un beso en la frente, un sol que se escondió.

Bajamos del pico enamorados, vivos y también algo más limpios por dentro.

Capítulo 90

Itahisa

Marzo en La Gomera – 27 años

Volvimos al velero con muchas ganas de darnos una buena ducha. Había sido un día espectacular en el parque nacional y había terminado de contarle a Nahuel la última ola que había azotado mi vida.

Bajando hacia el coche, pensé que yo no conocía demasiado lo que había vivido él aquellos años y quería preguntarle, pero también quería que saliese de él.

Y, a pesar de mi historia y del dolor que le había transmitido, Nahuel había continuado abrazándome, dándome besos y haciéndome reír.

La sensación de poder abrirte a alguien que te arropase con su presencia, te escuchase y te siguiese queriendo era increíble. Me había sentido sola muchos años, pero, poco a poco, esa sensación se estaba alejando. No creía que la vida volviese a sonar tan bonita como cuando todos cenábamos juntos en Navidad en la casa de nuestros abuelos, pero esta melodía no me parecía demasiado fea.

Nahuel se duchó primero y yo aproveché para hablar con mis abuelos y mi madre. Le mandé un mensaje a mi padre, que estaba cenando con sus amigos, y a mi hermana, que estaba disfrutando de un concierto de un grupo de música nuevo que había descubierto: Belinte, con toques de Arde Bogotá. Decidí ponerme sus canciones hasta que Nahuel terminó.

—Qué buen ritmo, ¿no?

—¿Verdad? Me gusta esta de *Inmortal*.

—Como nuestro amor. —Me sonrió, tirándose en el colchón a mi lado.

—Eres un poco cursi, ¿no?

—Será mi gusto vulgar para impresionarte. —Me dio un abrazo y reí en su cuello.

—¿Por qué te la sabes? —Me alcé y fui a coger mi toalla.

—Las paredes de este velero no son muy gruesas y la has puesto como tres veces. He cogido la letra y el ritmo rápido.

—Me los ha descubierto Paola, está ahora mismo en uno de sus conciertos.

—Nunca he ido a un concierto —me explicó, recostándose en la cama y alzando sus brazos por encima de la cabeza para apoyarse con mayor comodidad.

—¿No entra dentro de los planes de biólogo ermitaño en su velero? —le chinché.

—Parece que no, pero me gustaría ir a uno contigo. Me gustaría hacer muchas más cosas cotidianas contigo.

—¿Y el rollo explorador? —Me quité la ropa sudada y me fui a la ducha.

—Todo puede compaginarse. —Su mirada lasciva me hizo reír.

Cuando salí de la ducha estaba sonando *Sigues aquí*, del mismo grupo, y no pude más que tirarme encima de él y disfrutar de los sonidos de la guitarra eléctrica y la voz grave del cantante.

Porque, sí, seguía ahí con él, un día más, al igual que él conmigo. Veintisiete años después, seguíamos juntos. Tan inesperado y bonito, al final.

***

Nos despertamos y pusimos rumbo, con el velero, al Valle del Gran Rey. Unas montañas altas y marrones se alzaban a los pies de la orilla de las playas. Aproveché las aguas calmadas y la cercanía a la costa para manejar el velero y ponernos perpendiculares al viento.

El paseo en la casa de Nahuel fue espectacular. Nos dimos un par de baños en el mar y salimos a comer a uno de los chiringuitos que se encontraban a pie de playa. Mientras comíamos, le conté lo bien

que lo había pasado con Aairam el fin de semana en Sotavento y quedamos en ir juntos. Era un lugar muy bueno para seguir mejorando con el *kite* porque, con la subida de las mareas, se formaban lagunas que te permitían navegar sin grandes corrientes. Sotavento había sido mi escuela, el sitio en el que me atrevía a dar más pasos en mi deporte, y me apeteció muchísimo probar a montarnos juntos en la tabla allí.

—¿Entonces Lucía y Aairam no están juntos? —Caminábamos de la mano por una playa de arena negra con las barrigas llenas por los potajes de berros y el sol incidiendo de frente.

—Pues tampoco lo sé. Está complicado el amor últimamente.

—¿Solo últimamente? —expresó, haciéndome reír.

— Aairam quiere seguir con ella o, bueno, volver. Pero Lucía no acaba de adaptarse a vivir aquí. Yo creo que terminará yéndose otra vez.

—¿Y por qué Aairam no la acompaña?

—¿Estás pidiéndole a un guanche que se aleje del mar para irse a la gran ciudad? —Alcé las cejas bien alto, sorprendida.

Me cogió en volandas y se rio.

—Entiendo que a Paola no la consideráis guanche, ¿no?

—Paola es diferente, le da igual la naturaleza.

—En Madrid también hay naturaleza —insistió.

—No hay mar. Aairam también pertenece al mar.

—Entiendo, sí. —Me soltó y volví a tocar el suelo—. ¿Alguna vez pasó algo entre vosotros?

Me fijé en sus rizos llenos de sal y en la ballena que le cubría su antebrazo mientras intentaba asentar su pelo.

—Nos dimos un beso y automáticamente descubrimos que lo nuestro no iba más allá de la amistad. —Me reí.

—Me cae bien, es un buen tío.

—Es el mejor —confirmé.

—Pensar que tuve ese puesto durante años y lo perdí. —Meneó la cabeza con fingida derrota.

—No vas a recuperarlo. —Alcé la barbilla, muy entera.

—Me conformo con ser el mejor novio del mundo, en vez del amigo.

—Por ahora no estás ni en los *rankings* —lo chinché—. Tienes que currártelo más.

Se relamió los labios y me sonrió con esos ojos grises que me volvían loca.

—Voy a currármelo cada día y cada segundo.

Me volvió a alzar en volandas y, con la ropa puesta, nos metió en el mar.

Protesté con poco interés y llegamos nadando hacia el velero, nos desvestimos y nos encontramos de nuevo. Demasiadas horas sin sentirlo dentro.

Capítulo 91

Nahuel

Abril en Fuerteventura – 27 años

Un par de días antes había terminado marzo celebrando mi cumpleaños. Itahisa había hablado con mis padres para que estuviesen en videollamada cuando llegué a su casa. Me había preparado una tarta de queso de cabra y mermelada de arándanos que estaba deliciosa. Fayna y Adela la habían ayudado a hornearla: una desde Brujas y la otra yendo a su casa.

Más tarde, Itahisa me contó lo bien que se lo había pasado con su abuela y su madre preparando el bizcocho de mi cumpleaños, y me encantó pensar que había contribuido, en cierta medida, a que pasasen un buen rato. Fayna era la madre de Eduardo, sin embargo, seguía teniéndole un cariño enorme a Adela y no le reprochaba nada de lo que había pasado.

Adela, según me contó Itahisa, al principio no podía ni hablar con ellos, pero parece que poco a poco estaba perdonándose a sí misma esa parte. Además, su madre sabía lo importante que era para ella su abuela, así que me pareció un gran gesto por parte de Adela.

Por otro lado, mi hermano me llamó para felicitarme mientras terminaba de ir a comprarse alguna ropa para su próximo viaje a Nueva York con Paola. Todavía no me entraba en la cabeza que nuestros hermanos fuesen a encontrarse en un país los dos solos; era raro de cojones, por más que trataba de normalizarlo.

En la historia de nosotros cuatro, la pareja éramos Itahisa y yo, y punto.

Además, Itahisa me regaló un bañador que imitaba los colores de la piel de un tiburón ballena de una marca sostenible española que me había encantado, Fitplanet, así que, con mi bañador, estaba ayudando a distintas ONG marinas. Pensar en gente joven, como

nosotros, que buscaba la creatividad y una forma de montar una empresa teniendo presente la sostenibilidad, me flipaba.

Al día siguiente, fuimos a las cuevas de Ajuy y lo amé. Me encantaba el color azul del agua que acariciaba las rocas oscuras de las cuevas, el camino para ir de unas a otras y las vistas de camino a esos acantilados. Después de nuestra pequeña excursión, volvimos al bar de Cotillo, en el que quedamos la primera vez. En aquella ocasión, las papas arrugadas y las tropicales fueron compartidas entre risas, confidencias y planes futuros.

Mi investigación iba genial. Había conseguido monitorizar a tres familias de calderones por la zona y, además, se sabía que estos eran unos animales que solían viajar en grupos, pero no había tantos indicios documentados. Ahora, podíamos empezar a afirmar que nunca los habíamos visto solos en todos estos meses. Todavía me quedaba encontrar a una madre amamantando a su hijo, pero no había demasiados bebés.

Mi universidad estaba muy contenta y empezaba a tener cierto interés en investigar a estos animales en otros lugares del mundo, por lo que, si todo iba bien, quizás podría moverme después del verano e Itahisa estaba ilusionada con la idea.

—¿Te imaginas buceando en otras aguas turquesas como estas? ¿Alzando mi cometa en otras playas? ¿Nadando con más especies? —expresaba con sus ojos marrones brillantes y una sonrisa preciosa en su rostro.

—Imagino eso y más. ¿Despertarnos y acostarnos cada día juntos? ¿Cocinar y luego almorzar en la proa de nuestro barco? ¿Convertirme en un *kitesurfista* tan bueno que te hará competición?

Itahisa comenzó a reír y meneó el rostro. Aquel día llevaba el bikini blanco de nuestro primer beso tras el reencuentro. Unos vaqueros cortos claros, sus Vans de cuadros y la gorra de visera plana negra. Toda ella desprendía aventura y despreocupación, y me gustó. Me gustó ver que sus ojos brillaban, en vez de estar tristes; me gustó pensar en todo lo que habían cambiado las cosas desde que había llegado, hacía diez meses.

—Quizás podríamos irnos este verano de vacaciones a algún sitio también. ¿Qué te parece la Polinesia? He estado investigando una

isla en la que las ballenas jorobadas se pueden avistar sin problemas e, incluso, podríamos lanzarnos al agua.

Sentí la emoción cosquilleando en la punta de los dedos a medida que el plan empezaba a formarse en mi mente.

—Me parece una pasada. Serían unas vacaciones increíbles. Déjame que hable con Aairam y miramos fechas.

Me sonrió con sinceridad y se apartó el pelo, que estaba más largo que cuando llegué, con esos toques rubios que tanto me gustaban por el sol.

—¿Lo dices de verdad? —pregunté con cierta duda. Parecía muy bonito para que se cumpliese.

—De verdad de la buena: no quiero esperar más tiempo para empezar la aventura que nos espera en nuestra vida.

Me levanté de la silla y me acerqué a la suya, me arrodillé y le di un beso.

—Dios, cuánto te quiero —exclamé, bebiendo su risa con mis labios.

Capítulo 92

Itahisa

Abril en Fuerteventura – 27 años

Estábamos sentados en la arena después de haber estado cuatro horas subidos en las tablas con las cometas bien arriba cuando me sonó el móvil y vi una videollamada de mi hermana.

Contesté, arropada en la toalla para terminar de secarme y el labio inferior moviéndoseme solo del frío.

—¡*Holaa*! —me saludó Paola con entusiasmo.

—Buenos días —respondí mientras, en la isla, el sol empezaba su rumbo a la cama.

—¿Qué haces? —dijo, sentándose en un banco.

—Secarme, hemos salido hace poco del agua —enfoqué a Nahuel, quien estaba escribiendo algún mensaje a uno de sus profesores.

—Anda, ¿todavía no te has cansado de tanto *kite*, Nahuel? —comentó mi hermana con una sonrisita.

Llevaba su pelo, ya de por sí liso, planchado. Las mechas rubias recién puestas, un jersey finito *beige* y colorete rosa en los pómulos. Estaba preciosa, elegante y bonita como siempre.

—Es imposible que mi hermano se canse del agua. Yo creo que en otra vida tenía branquias.

—Anda, si es mi hermano. —Nahuel se acercó a mí, y Samuel hizo lo mismo con Paola.

Los cuatro aparecimos en la llamada.

—¿Dónde estáis? —preguntó Nahuel.

—En Central Park —respondieron al unísono, haciéndonos reír.

—¿Y qué tal? —dije.

—Pues la verdad que muy bien —aseguró el hermano—. Es un buen lugar de calma, por decirlo de alguna forma, entre tantos edificios.

—¿Flipando mucho con la arquitectura? —Sonreí.

Mi hermana puso los ojos en blanco y terminamos riéndonos.

—Me gusta, sí. —Samuel se encogió de hombros y Paola lo miró.

Esa mirada fue la llave de la cerradura. En tres meses, mi hermana acababa la universidad y solo le quedaría el máster. No sabíamos dónde le llevaría la vida, pero, sin duda, tanto Nahuel como yo estuvimos de acuerdo en que sería cerca de Samuel.

Hablamos un rato más y nos contaron que habían ido a la cafetería Central Perk, la cual no existía como tal, sino que se llamaba The Little Owl, también pasearon por la Quinta Avenida y subieron a lo alto del Empire State Building.

Disfrutamos mucho hablando con ellos y viéndolos interactuar tan cerca el uno del otro. Yo estaba más acostumbrada a la dinámica de risas y cachondeo que se tenían, pero Nahuel parecía estar en mitad de una película de lo absurdo en la que no sabes qué esperar ni cómo interactuar o reaccionar.

Nuestros hermanos se querían, ellos lo llevaban a su manera, pero desde fuera, si los veías juntos, no había mucho más que añadir.

Anduvieron por el Central Park mientras nosotros veíamos cómo la luna se abría paso.

Samuel llevaba una camisa verde clara preciosa y un pantalón chino negro que le sentaba muy bien. Además, esas gafas de pasta blanca le daban el toque hípster que le faltaba.

Samuel y Nahuel tenían rostros muy parecidos, pero no habían podido evolucionar hacia estilos más diferentes; supongo que lo mismo que nos sucedía a Paola y a mí.

—Bueno, os vamos a dejar —expresó mi hermana, llegando a un puesto de comida rápida.

—Pasadlo muy bien y no comáis muchas hamburguesas de carne —le dije.

—Que sí, pesada, que estamos siendo cautos con nuestro consumo de carne y de todo —replicó con una voz de cansancio que me hizo reír.

—Oye —añadió Samuel, antes de que nos diese tiempo a colgar —. ¿Cuándo es la boda? Necesito saberlo con tiempo para pedirme

las vacaciones, eh, no me seáis de esos que la ponen en el último momento o deciden no celebrar nada.

Nahuel puso los ojos en blanco, le sacó la peseta y le colgó.

—¡Qué hermano más pesado tengo! —Pero a mí no me engañaba: su tono de voz se había llenado de nervios.

—¿Qué? —me preguntó, achicando los ojos grises.

—Solo para tu información, si alguna vez tuviera que casarme con alguien, tendría claro que ese alguien serías tú —expresé, y recibí un abrazo y un beso.

—Tomo nota. Yo pienso lo mismo.

***

Entre las cosas que habíamos empezado a compartir Nahuel y yo, también se incluían las clases de yoga semanales con mi padre.

La primera vez que Eduardo y Nahuel se vieron fue un poco violento; al fin y al cabo, mi padre sabía el daño que me había ocasionado y su instinto protector era muy grande. Sin embargo, a la cuarta semana de ir a estirar el cuerpo con él, había decidido que tenía que enterrar el hacha. Él siempre me había recomendado que le diese una oportunidad a Nahuel y, cuando había llegado su momento, le había costado más de lo que se esperaba. No obstante, tras el primer choque inicial, compartir una merienda con mi padre después de la clase se volvió algo rutinario. Por eso, aquella tarde en la que Nahuel tuvo que quedarse en su velero por una reunión con su universidad y mi padre y yo fuimos a merendar, salió el tema de mi madre.

Muchas más veces de las que me gustaba, quedar con mis padres a solas significaba hablar del otro; y tantos meses después me pesaba. Entendía que ellos necesitaban desfogarse y hablar de lo que sentían, pero seguía pensando que el psicólogo les vendría mejor que yo.

Aquella tarde tocó hablar de divorcios y papeles, temas legales y económicos; temas que no me gustaban y que habría preferido hablar antes de una clase de yoga, no después.

Sin embargo, pese a que no estuvimos demasiado de acuerdo en el argumento, mi padre prometió pensarlo y, para mí, eso significaba menos dolor y ansiedad; menos egoísmo y más amor.

Me pesaba hablar de lo mismo en bucle y, a la vez, me gustaba saber que podría ser mediadora.

—¿Y cómo va tu madre con su novio?

—Va bien, papá, lo quiere, lo quiere bastante.

Era una mierda tener que admitirle aquello a mi padre, pero también me parecía importante que lo tuviese claro.

—¿Tú tienes mucho trato con él?

Negué.

—¿Y piensas tenerlo? —dijo con la voz llena de dolor.

—Creo que mucho no, pero sí cada vez más. Es la pareja de mamá, papá. Ella lo quiere.

—No soporto pensar que estaréis con la persona que nos destrozó la vida.

—Papá… —empecé con calma. Primero el tema del divorcio y luego eso. Definitivamente, aquella tarde no me encantaba—. No hay un único culpable, pensaba que ya todos habíamos aceptado eso.

—Sí, yo no le echo la culpa a tu madre, pero ese hombre… no sé qué habrá hecho con ella.

—Papá, por favor.

Corté la conversación, enseñándole un vídeo de un motorista en África que estaba en la Reserva Nacional de Masai Mara.

—Mira, ¿cuándo me vas a llevar a un viaje así?

Miró con detenimiento aquel vídeo mientras se terminaba su café descafeinado.

—Pronto, cariño.

—Pues más vale que sea bien pronto porque me voy a ir a vivir con Nahuel. —Hala, ya lo había soltado.

Los ojos de mi padre se agrandaron y me dio un abrazo.

—¿De verdad? ¿A dónde?

—Adonde nos lleve la vida, papá. Creo que me toca vivir lo que siempre había soñado.

—Sí, cariño, te toca, pero tu madre se va a quedar sola.

El pecho se me estrujó un poquito; tenía muy presente aquel detalle.

—Sola no, papá, con Adrián —especifiqué.

Porque si mi madre se fuese a quedar sola, por supuesto que no me iría a ningún lado. Pero ella estaba enamorada y contenta al lado de él. Cuando saliese de esa depresión, todo iría mejor; por eso, tenía que empezar a tratarlo y a aceptarlo más.

Había llegado la hora de seguir perdonando.

Capítulo 93

Nahuel

Mayo en Fuerteventura – 27 años

Ir en coche con Itahisa era algo cotidiano que me gustaba muchísimo. En aquella ocasión, teníamos el maletero lleno con nuestras dos cometas: la rosa fosforita de Itahisa y la verde mía. Íbamos a pasar el día en las famosas lagunas de Sotavento.

En medio de nuestros asientos teníamos otra bolsa de chuches de sandía abierta, esta vez compradas por Itahisa, y en la radio sonaba *Carry you home* de Alex Warren.

—En la universidad no encontré demasiados amigos —le confesé a Itahisa sin saber por qué justo aquel día.

Esta se quitó la mano de la boca y masticó con más calma, mirándome, atenta.

—Siempre me había considerado una persona sociable, no había tenido problemas en relacionarme con mis amigos del colegio ni con vosotras, pero en la universidad no fui capaz de entablar grandes relaciones pese a que, en teoría, me encontraba cerca de las personas que más se debían parecer a mí.

—¿Por qué crees que se deberían parecer a ti? —Arrugó los ojos y los pliegues del lateral de su frente se le marcaron.

—Todos estudiábamos Biología —solté con simpleza.

—Anda que no hay especialidades dentro de la biología, Nahuel.

—Ya, en Neuquén la gente no ama tanto el mar, suelen ser más de montañas.

—¿Crees que puede influir el hecho de que estéis lejos del mar?

Cogí una de las sandías y la mastiqué. La autovía de un solo sentido para cada lado iba prácticamente vacía a aquella hora de la mañana. Era muy cómodo conducir así.

—Por supuesto. Mis compañeros siempre preferían los lagos y las cumbres.

—Debo confesarte que a mí también me fliparía hacer *kite* en un lago entre montañas —expresó con una tierna sonrisa.

—Pues, sin duda, lo haremos.

Puse mi mano derecha en su pierna y ella me la arropó con cariño.

—Cada vez que tenía tiempo libre, me iba con mi tío a la costa, me metía en el barco y dejaba pasar las horas, hablando con mi mente, sintiendo el viento frío del océano y escuchando los cantos de las ballenas.

»Sin darme mucha cuenta, empezó a costarme relacionarme con personas. Cuando más consciente fui de ello fue en una cena de Navidad de mi equipo de investigación. Un par de chicas muy guapas, con las cuales yo no había coincidido nunca, estaban haciendo un intercambio en mi departamento y vinieron a la fiesta.

»Por algún motivo, una de ellas se interesó en mí. Bailamos más pegado de lo que me apetecía y trató de sacarme demasiados temas de conversación. Recuerdo que yo solo estaba pensando en una excusa para salir de ahí. No me apetecía lo que parecía que iba a ser evidente que iba a suceder si continuaba allí.

»Decidí ir al baño y, cuando volví, ya no estaba. Respiré bastante hondo y una risa algo cínica brotó de mí. Había tardado mucho rato en los servicios a propósito; pero también había caído en la cuenta de que, más allá de un par de besos tontos con alguna conocida un rato cualquiera, no había vuelto a sentir la necesidad de pasar un rato con ningún ser humano después de ti. Ni siquiera con mi familia.

Tragué saliva y continué conduciendo; había hablado muchísimo.

Miré de reojo a Itahisa y la vi meneando las pupilas de sus ojos con avidez.

—¿Te arrepientes de haberte encerrado tanto en ti?

Unos segundos de silencio para expresar en voz alta aquello que llevaba pensando varios meses desde que estaba viviendo en la isla.

—Creo que sí. Me encerré demasiado en mi idea de vida, y creo que me he perdido una juventud de lo lindo y la posibilidad de conocer a personas que habrían podido ser interesantes. Creo que

cerré y limité mis pensamientos y, al crecer, en vez de abrirme al mundo, me cerré.

—Discrepo con esto último —me corrigió, entrelazando nuestros dedos y acariciándome la mano con movimientos sutiles de su dedo pulgar—. Lo correcto sería decir que te abriste tanto al mundo que te cerraste a las personas.

Le sonreí y puse en un ángulo de noventa grados el brazo con el que conducía.

—Me gusta que pienses así de mí.

—¿Eres feliz, Nahuel?

—Lo cierto es que sí que lo soy y lo he sido todo este tiempo, pero, eso no quita que haría algunas cosas diferentes ahora.

—Bueno, hemos cumplido veintisiete hace nada, tenemos tiempo para hacer las cosas de otro modo.

—Creo que la muerte de mi abuelo Julián fue el cambio de todo. Y creo que pensar en volver a perder a una persona así hizo que me alejase. Si compartía menos con ellos, dolería menos, ¿no?

La mueca que se formó en mis labios tuvo que ser bien transparente porque Itahisa me dio un abrazo mientras conducía.

—¿Entonces crees que si me hubiese muerto el año pasado te habría dolido menos? Ocho años sin vernos ya te habrían curado de cualquier dolor, ¿no?

—Dios, no. Me habría arrancado los pelos, me habría vuelto loco por no haber intentado volver a estar contigo. —Solo de pensarlo se me aceleró el corazón.

—Ahí tienes la respuesta, Nahuel. La muerte duele. Siempre va a doler, pero es mejor sentir el dolor por alguien con quien has compartido todo el tiempo que has podido que el sufrimiento de sentir que no aprovechaste el tiempo con ese alguien cuando sí que podías.

—Tienes razón, y no paro de verlo ahora, viviendo contigo. Este año también me ha cambiado a mí. Ahora soy más feliz y tengo más paz. No tengo tantos miedos y no me asustan las personas, aunque sigo eligiendo a los animales.

Sonrió y un rayo de sol justo incidió en su arito, iluminándole el rostro.

—Me alegra haberte hecho bien.
—Me has hecho mucho más que bien.

***

Llegamos a la laguna de Sotavento una hora y media después. Cuando bajamos a la playa, vi perfectamente la formación de esa laguna con el agua turquesa y la arena como dique.

Itahisa y yo inflamos las cometas y nos preparamos para una buena sesión de *kitesurf*. Un par de horas después, nos comimos unos bocadillos de tortilla de patata y nos bañamos en el mar que se hallaba fuera de aquel muro inventado.

Por la tarde, decidimos montarnos juntos en la tabla con la cometa de Itahisa. Ella se sentó mientras que yo me agarraba a la barra. Hicimos juntos algunos de los trucos sencillos que aprendí al comienzo cuando llegué, como el *jump start*. También nos caímos varias veces y tuvimos que levantar la cometa del mar, con el gran esfuerzo que aquello conllevaba. Pero, cuando nos pusimos ambos de pie y simplemente navegamos con la cometa, conmigo abrazado a la espalda de Itahisa mientras esta la sostenía con completa facilidad, unas cuantas lágrimas de felicidad se me escaparon.

Cada día en aquella isla, desde hacía meses, estaba siendo absolutamente perfecto. Había llegado a Fuerteventura diez meses antes con mucha incertidumbre y esperanza y, de repente, todo lo que soñaba que sucediese en aquel avión se había hecho realidad.

Volvimos a la arena cuando la laguna se vació y el sol se despidió.

La playa se fue quedando desierta, y nosotros no queríamos movernos de allí.

—Hace tres años estaba gordo —volví a soltarle como si nada—. Después decidí que iba a hacerme vegano, así adelgazaría y no me comería ningún animal. Luego me decanté por no comer pescado; en alta mar pasaba hambre como para ponerme exquisito.

»Después, mi hermano me pasó una rutina de tabata y me dediqué a seguirla en cuerpo y alma. Ahora no estoy gordo, pero tampoco estoy como Samuel. El gimnasio me aburre, pero al menos he encontrado el *kite* y me siento mucho más fuerte.

Miré a Itahisa, quien me observaba con una sonrisilla que me calentaba.

—¿Qué? —dije, reacio.

—Nada, continúa. Me encanta que me cuentes cosas de los años en los que no nos hemos visto.

—Bien, pues, ¿qué más? En una de mis expediciones nos encontramos con un mar muy embravecido. Yo había dejado la maleta en la cubierta del barco y me había puesto a hablar con unos y con otros. Por la noche, cuando llegó la hora de ducharme, no tenía la maleta. Subí a la cubierta y descubrí que había desaparecido: se la había tragado el mar, literalmente.

Itahisa empezó a reír y yo meneé la cabeza, recordando aquella historia.

—Sobreviví tres semanas con el mismo bañador y la misma camiseta. Por suerte, mis compañeros de tripulación me prestaron los productos de higiene; menos mal que sobraban cepillos de dientes —comenté, sarcástico, pero lo pensaba en serio—. Me di cuenta de que el bañador era la clave de mi armario y de mi vida.

»Ahora no puedo hacer una maleta y olvidarme de uno. Lo eché hasta en unas vacaciones que hicimos en el invierno de Argentina, al sur de la Patagonia, con mis padres. No lo saqué de la maleta, pero me sentía seguro teniéndolo ahí.

—Nahuel, de verdad. —Itahisa meneó la cabeza—. Eres un caso.

—¿Qué puedo decir? —Me encogí de hombros y me tumbé en la arena—. Hace un año y medio pasé por una gripe un tanto fuerte. Una noche con mucha fiebre, conseguí dormirme y soñé contigo. Tú te acercabas a mi cama con un dibujo de los dos, como aquel que me regalaste cuando éramos niños —confesé, sintiendo cómo la sonrisa de Itahisa se volvía contenida y su atención se centraba por completo en mí.

»Me tocabas la frente y me asegurabas que iba a ponerme bueno. Luego, te metías en mi cama y me abrazabas. Conseguiste

quitarme la gripe y que durmiese plácidamente. Al despertarme de aquel sueño, una sensación de vacío muy grande me apresó. La Itahisa que me cuidaba tenía rostro de adolescente. Pensé que no sabía cómo eras entonces. De qué color era tu pelo, si lo tenías corto o largo, cuántas pecas nuevas te habrían salido o si algún tatuaje te pintaba la piel —dije, tragando con cierta dificultad.

Los ojos de Itahisa se empañaron. Se pasó la manga de su sudadera blanca por el rostro y se acostó a mi lado.

—Al día siguiente fui a mi universidad y les pedí investigar a los calderones en las Islas Canarias. Quería vivir en Fuerteventura, quería encontrarte y volver a conocer las pecas de tu piel.

—Nahuel. —Un quejido brotó de su pecho.

—Lo sé, solo trato de que tú también me conozcas a mí a través de los años.

—Muchas gracias. —Posó su cabeza en mi pecho y yo empecé a hacerle círculos en la espalda.

Una pareja bajó a la playa con su perro y pusieron música de fondo. Me gustó escuchar la suave melodía de Jessy & Joy. Alcé mi rostro al cielo y nos perdimos entre las estrellas.

Capítulo 94

Itahisa

Mayo en Fuerteventura – 27 años

Antes de tocar el timbre, respiré una buena bocanada de aire y metí las manos entre las mangas de mi sudadera verde.

Mi hermana abrió la puerta y la sonrisa forzada se tornó sencilla. Desde antes de irse a Nueva York, no la había visto, y me encantaba tenerla cerca.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien. Están en la cocina terminando la cena. Adrián nos ha traído un vino para brindar por una nueva oportunidad.

La saliva se me quedó atascada a mitad de la garganta, pero asentí.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —se interesó Paola sin cerrar todavía la puerta de casa. Parecía que ambas estábamos deseando salir corriendo de allí.

—Nerviosa, pero bien. Creo que hacemos lo correcto. Ha pasado mucho tiempo y mamá se merece ser feliz. Mientras no aceptemos a Adrián, no va a serlo del todo.

—Creía que encontrármelo por la casa de vez en cuando iba a ser suficiente. —El puchero que se formó en los labios de mi hermana me hizo abrazarla.

—Ha sido suficiente durante casi dos años.

—Está bien, podemos hacerlo. —Sus manos me rodearon la espalda con una fuerza inusual en ella.

—Claro que sí. —Hacía tiempo que había dejado guardado en el altillo de siempre el rol de hermana mayor, pero aquella tarde volví a cogerlo—. Por mamá —le aseguré.

—Por mamá —repitió mi hermana, cerrando la puerta al fin.

Las dos anduvimos por el pasillo con parsimonia hasta llegar al salón. La mesa estaba decorada y con varios platos en el centro.

—¿Estamos en Navidad y no lo sé? —dije a modo de saludo, tratando de relajarme.

Mi madre se había puesto guapísima. Unos vaqueros acampanados azules, un jersey gris clarito, un poco de pintura y media cola. Estaba justo sacando del horno un sol de hojaldre con jamón serrano y queso: una de sus recetas estrellas cuando había invitados.

—¿Cómo estás, cariño? —me preguntó cuando me acerqué a abrazarla.

—Bien, ¿y vosotros? —Me giré hacia Adrián y, con otra buena bocanada de aire, le di dos besos a otro hombre que me había hecho muchísimo daño. Pero, tratando de que mi cuerpo aceptase lo que ya había hecho mi cerebro, me dije que la vida tenía estas cosas: no podía culparlos eternamente por quererse. No funcionaba así, no era justo ni para ellos ni para mí.

Adrián me apretó el hombro y asintió.

—Estamos bien, Itahisa. ¿Qué tal las clases de *kite* hoy? —quiso saber mientras descorchaba el vino y lo llevaba a la mesa.

—Bien, he tenido un par de alumnos nuevos.

Y, así, con temas triviales y en apariencia sencillos, pasamos la noche hablando del viaje de mi hermana y de su universidad, de mi escuela de *kite*, de la investigación de Nahuel, y del nuevo trabajo de mi madre como camarera en una cafetería.

No fue la más fácil de nuestra vida y, sin duda, distaba mucho de ser una de las mejores, pero sí que una de las más importantes, porque, en ella, Paola y yo tratamos de mostrarle a mi madre que la apoyábamos a un nivel más profundo, que aceptábamos lo que había decidido hacer y que la queríamos por encima de todo.

No hablamos sobre una próxima cena, pero sí sobre una ruta al pico de la Zarza los cuatro, sobre enseñarle a hacer *kite* y sobre la posibilidad de que, alguna vez, se pasaran por mi casa.

Concretar el plan no nos pareció necesario; en aquel momento, era suficiente para todos con imaginarlo.

—Muchas gracias por lo que habéis hecho hoy—. Mi madre me abrazó, sollozando, antes de abrirme la puerta.

Paola se unió al abrazo y yo extendí mis manos para cubrirlas a las dos.

—Tendríamos que haberlo hecho antes —especifiqué en voz alta, creyéndolo de verdad.

—No, no —negó mi madre—. Tengo unas hijas maravillosas. Sois tan importantes para mí, solo quiero teneros siempre a mi lado.

—Siempre nos vas a tener contigo, mamá —confirmó mi hermana con la voz grave.

—Sí, mamá, siempre.

—Siento muchísimo que tengáis que pasar por todas estas cosas, siento muchísimo que el hombre que ha estado sentado esta noche en la mesa no haya sido vuestro padre, pero…

—Mamá —la corté. Porque aquella noche no era de mi padre, era de nosotras tres y nuestro intento por hacer las cosas sencillas las unas a las otras—. En la mesa ha estado la persona que te hace vibrar ahora.

Sollozó más fuerte, dándome muchos besos, y yo seguí agarrada a ellas.

Lo eran todo para mí.

Capítulo 95

Nahuel

Junio en Fuerteventura – 27 años

—Empújame un poco más alto, que no llego —me pedía Itahisa entre risas.

—¿Más? —Posé mis manos en sus muslos y traté de impulsarla sin caerme—. Yo encantado, eh.

Itahisa se reía y se movía más de la cuenta: no lo íbamos a conseguir.

—Así no puedo, Nahuel. ¿Estás seguro de que la idea de la escalera no es mejor?

—Segurísimo. Me gusta sentirte subida en mis hombros. Quiero que bajemos esa caja juntos.

—Te prometo que nos subimos los dos en las escaleras y la sacamos juntos.

—Que no —protesté, respirando fuerte; estaba empezando a cansarme.

—Vale, vale. Pues, venga, un último intento.

Volví a auparla e Itahisa consiguió sacar una caja muy grande del altillo del ropero.

De repente, el peso en mis hombros aumentó y perdí el equilibrio.

—Menos mal que hemos caído en el colchón —ironizó, poniendo los ojos en blanco—. No creo que un accidente a una semana de irnos a la Polinesia hubiera sido buena idea.

Bufé, haciéndola reír otra vez, y me senté en la cama, tratando de volver a respirar con normalidad.

Itahisa llevaba una cola alta, una camiseta de tirantillas negra, un pantalón de deporte blanco, los calcetines altos por encima del tobillo del mismo color y el collar con una ballena pintada que le

regalé, al que se agarraba y que nunca había decidido guardar en aquella caja.

—Oye, jamás te he preguntado por qué el collar sí lo has conservado.

—Me lo quité durante un tiempo, pero me sentía desnuda. Me di cuenta de que me dolía más tenerlo lejos de mí que encima. Es mi amuleto. El que me ha conducido en la vida hasta aquí.

—¿ Quieres decir que yo soy tu amuleto? —Una sonrisa canalla brotó de mi rostro.

—Anda, calla ya. Vamos a abrir la caja.

Se fue a la cocina a por las tijeras, y yo aproveché para silbarle mientras caminaba. Ese pantaloncito me encantaba y ella lo sabía.

Volvió con una sonrisa en el rostro que me bebí con los labios y abrimos la caja con muchas ganas.

Las piedras que dibujaban nuestra vida estaban en una de las esquinas, nuestro peluche de los Reyes en la otra y, en mitad, un diario.

—¿Y esto? —me interesé, cogiéndolo.

—Esto era yo confesando todo lo que sentía por ti a estas páginas —me respondió, quitándomelo de las manos.

—Eh, déjame leerlo.

—Es secreto—. Se levantó de la cama y salió corriendo hacia el salón.

La seguí y la tiré al sofá.

—Oye, venga, déjame leerlo.

—No. Es privado, igual que tus grabaciones. Estas son las mías, solo que sin voz.

—Está bien. ¿Ya no escribes diarios?

—Sí, por supuesto que sí, solo que este era el A. N. y el de ahora es el D. N.

—No me lo puedo creer —comenté, riéndome.

—Pues sí, créetelo. Y tengo más escritos Después de Nahuel que Antes de Nahuel.

—Eso hay que cambiarlo. Voy a regalarte uno nuevo que se llame S. N.

Itahisa arrugó la frente con curiosidad.

—Siempre Nahuel. —Le sonreí con todos los dientes, y ella cogió un cojín para lanzármelo a la cara.

—Anda, volvamos a la habitación, quiero recordar los dibujos de las piedras y abrazar a mi peluche ahora que vuelvo a quererlo.

—Está bien, pero son los mismos dibujos que ves casi cada día en el velero. En algún momento leeré ese diario.

—Te aseguro que no. —Se alzó muy entera y meneó el culo con ganas hasta volver a la habitación. Era una traviesa, y a más pasaba el tiempo y mejor se encontraba, más.

***

Teníamos las manos entrelazadas mientras mirábamos la pista de despegue, que pasaba ante nosotros a gran velocidad. Por primera vez en nuestra vida, nos montábamos en un avión juntos para despegar y aterrizar cogidos de la mano. Dejábamos Fuerteventura por un par de semanas para conocer otra isla.

—¿Estás feliz? —le pregunté a Itahisa mientras la veía sonreír sin parar. Llevaba un cojín alrededor del cuello con el que pretendía dormir en el vuelo largo que saldría de Madrid, unos vaqueros cortos y una sudadera rosa con una ola en la espalda.

—Me da miedo decirlo en voz alta, pero sí. Mucho.

—¿Por qué te da miedo?

—Por si se acaba pronto este ratito de vida en el que las cosas van bien.

—No se va a acabar. Esto no ha hecho más que empezar.

Itahisa acercó su rostro al mío para darme un beso suave, largo y profundo. Hacía meses que sus labios me producían calor y me transmitían amor y ternura.

—Estamos en un avión —farfullé en su boca cuando sentí que le daba intensidad al beso.

—¿Crees que estaríamos muy locos si nos vamos a los baños?

Mi cara debió de ser un poema porque el pecho de Itahisa se expandió por la risa.

—A ver… podría estar bien, pero los escándalos públicos no son lo mío. Y los sitios cerrados tampoco, la verdad.

—Es broma, Nahuel, yo tampoco soy tan atrevida.

Su arito, brillando por la luz del sol que incidía por la ventana del avión, me encantó. Le acaricié la mejilla con la yema de los dedos y dejé la palma posada en ella. Le di un beso en la frente y murmuré en su piel.

—Nada más que lleguemos al hotel, pienso explorar contigo cada parte de la habitación.

Me sonrió y se apoyó en mi hombro. Pusimos *La ciudad perdida* y nos reímos bastante con Sandra Bullock y Channing Tatum.

—Tenemos que mirar dónde se ha grabado esta película —me dijo cuando aparecieron los créditos—. Me ha encantado, qué risa.

—Ahora, nada más que aterricemos en Madrid, lo miramos.

***

Llegamos al aeropuerto de Barajas y salimos corriendo, en busca de nuestro siguiente vuelo. Itahisa corría, llena de felicidad, y yo la seguía, embobado y enamorado. En mi cabeza había recreado cientos de planes increíbles para hacer con ella en los próximos días y en esa vida.

Su móvil empezó a sonar cuando llegamos a la siguiente puerta de embarque y, mientras lo buscaba, yo seguí dedicándome a observarla.

—¿Qué? —dijo con una sonrisa arrebatadora y su pelo largo algo revuelto por la carrera.

—Te amo —le solté otra vez.

—Y yo a ti, te amo mucho, Nahuel.

Me dio un beso rápido y terminó de coger el móvil.

—Es mi padre, un momento.

La cara de Itahisa cambió en el segundo en el que se pegó el teléfono a la cara.

—Papá, ¿qué pasa? No me asustes, por favor. ¿Qué pasa? —dijo mientras mi corazón empezaba a acelerarse de forma incontrolada.

Capítulo 96

Itahisa

Junio en el aeropuerto de Madrid – 27 años

—¿Dónde está tu madre? —me preguntó mi padre con la voz ahogada.

—Trabajando en el restaurante, ¿por qué?

—¿Y Adrián? ¿Dónde está Adrián, Itahisa?

—No lo sé, papá.

—¿No lo sabes? ¿Seguro? —La inquietud en su voz me llegaba directa a las terminaciones nerviosas.

—No, no lo sé. ¿Qué pasa?

—Me han dicho una cosa, Itahisa, me han … —Su voz volvió a cortarse, y por mi mente pasaron un sinfín de escenarios. ¿Habría engañado a mi madre? *No, por favor,* supliqué al cielo. En aquel momento en el que habíamos decidido avanzar, no podía estar pasando aquello.

—¿Papá? —Hablé algo más alto—. ¿Qué pasa, papá? ¿Qué te han dicho?

—Itahisa. —Un nuevo quejido brotó de su interior—. Itahisa, hija, me han dicho que…

—¿Qué, papá? —grité, algo más fuerte. Estaba poniéndome histérica.

—Que se ha matado. Que ha tenido un accidente de tráfico yendo al trabajo. Que ha muerto.

Mi mente se quedó en blanco. No era capaz de procesar aquellas palabras. Durante unos minutos no fui capaz de reaccionar.

—¿Itahisa? —dijo mi padre.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté como un autómata.

—Una amiga que teníamos todos en común me acaba de llamar —. La voz de mi padre sonaba destrozada.

—¿Pero es seguro? ¿Está confirmado?

—No lo sé, parece que sí.

Noté que empezó a faltarme el aire. Me iba a caer. Nahuel debió darse cuenta de la gravedad de la situación porque me sostuvo mientras mi rostro iba perdiendo el color.

Joder. Joder. Mi madre. Madre mía, mi madre.

Quizás fui un poco egoísta, pero el miedo atroz que sentí al pensar que mi madre se quedaba sola y que lo único que parecía hacerla sonreír se había ido, acampó en cada célula de mi cuerpo.

—¿Mamá lo sabe? —dije con un murmullo.

—Creo que no.

—Madre mía, papá… —Y ahí me rompí. Comencé a llorar y no dejé de hacerlo hasta más de tres días después.

Colgué. Nahuel me miraba con la angustia que anticipa que lo que iba a decir iba a cambiarlo todo.

—Ha muerto el novio de mi madre en un accidente de tráfico.

No sé cómo fui capaz de decirlo en voz alta.

Nahuel me abrazó y me llevó hasta los asientos que teníamos más cercanos. Buscó varias cosas en el móvil y se fue a hablar con una de las azafatas de la compañía. Una hora después, teníamos el vuelo de regreso a Fuerteventura.

Había llamado varias veces a mi madre, pero no me lo cogía. Suponía que seguía trabajando. Y, en mi mente, se sucedían cientos de escenarios terribles en los que le contábamos lo que había sucedido y ella suplicaba a la vida haber sido ella la que se iba.

Mi madre no estaba bien. Llevaba mucho tiempo sin estarlo, pero, después de algo así, ¿cómo se repondría? Había perdido a su familia por intentar encontrar su felicidad, pese a que le estaba siendo casi imposible y, cuando pequeños rayitos de sol se estaban posando en su vida, le pasaba eso.

Mientras íbamos en el vuelo de regreso a Fuerteventura, seguía con la mente a mil por hora. Nahuel me acariciaba y me abrazaba todo el rato, pero no era capaz de sentir nada de sus caricias. Solo pensaba que, pese a no ser la primera vez que me enfrentaba a un duelo, sí era la primera vez que vivía en primera persona cómo la vida podía estropearse de un segundo a otro; cómo una persona

sana, fuerte, deportista, alegre y con tantas ganas de vivir podía desaparecer del mapa en un plis plas sin que te dieses cuenta.

—Bebe agua —me pidió Nahuel, acercándome una pequeña botella que había pedido.

—No me entra nada.

—Va, solo unos sorbitos, por favor.

—Nahuel, yo… yo no lo quería, ¿por qué me siento así?

—Porque eres una buena persona y porque sabes que tu madre lo quería mucho y porque ha muerto. Y la muerte siempre duele.

—Sí, pero ¿tanto?

—Ha sido inesperado. Todavía estás asimilando. Tú tranquila, transítalo todo, llora y vacíate lo que necesites. Estoy aquí.

Asentí, apoyándome en su pecho. Empezaba a ver mi isla de fondo. No había estado lejos de ella ni seis horas.

—Pero bebe agua, por favor—. Vi sus ojos grises oscurecidos y sentí la ansiedad en su voz, así que le hice caso.

Bebí varios sorbos y acepté todos los pensamientos horribles que pasaban por mi mente. ¿Si no tuviese tanto miedo de que mi madre fuese capaz de hacer una locura, me sentiría tan mal? «¿Solo estoy mal por mi madre o también por él?». Ya nunca vendrá a mi casa; quizás tendríamos que haber concretado los planes antes. Quizás deberíamos haberlo aceptado antes.

—Ey, Itahisa. —Alcé la mirada para detenerme en Nahuel cuando mis piernas flaquearon al intentar alzarme del asiento—. Todo va a salir bien. No estás sola. Nunca lo vas a estar.

Asentí como si lo estuviera escuchando desde dentro de una pecera: con eco y lejanía. Encendí el móvil y me encontré con cinco llamadas perdidas de mi hermana y dos de mi madre.

Los dedos me temblaron cuando marqué a la segunda.

Capítulo 97

Itahisa

Junio en Fuerteventura – 27 años

—Itahisa. —El desgarro en la voz de mi madre me confirmó que ya lo sabía.

—Mamá. —La voz se me cortó y las lágrimas se agolparon en mis ojos, impidiéndome ver lo que tenía delante—. Mamá, lo siento tanto tanto tanto —repetí sin cesar.

—Lo sé, cariño, lo sé. ¿Cómo ha podido pasar?

—No lo sé, mamá, no lo sé. Te quiero muchísimo, ¿lo sabes? —Me tropecé con uno de los escalones y Nahuel me agarró del brazo para que no me cayese. Me sentía sin fuerzas; no veía del agua que me salía de los ojos y el sudor frío no me abandonaba la espalda.

—Lo sé, claro que lo sé. —Su llanto me dolía en cada hueso del cuerpo—. No me lo puedo creer —gimió con todo lo que tenía.

—Ya voy, mamá, voy corriendo hacia ti. ¿Estás en el restaurante?

—Sí, aquí estoy, sí.

Colgué con mucho dolor. Alquilamos un coche y fuimos más rápido que en toda nuestra vida. Mientras, hablé con mi hermana.

—Itahisa, no me lo puedo creer. Mañana estoy allí, no hay más aviones hoy. Has cogido el último. Madre mía. —Paola se hallaba en una fase de negación. Repetía mi nombre sin parar y solo me suplicaba que cuidase a nuestra madre aquella noche.

Y, sin duda, lo iba a hacer. Aquella noche y cada día de mi vida. Le prometimos que no la dejaríamos sola. Paola tenía que terminar sus estudios y, seguramente, empezar su máster. Yo podía quedarme en la isla con ella. Yo la sujetaría cada vez que fuese a desfallecer.

Capítulo 98

Nahuel

Julio en Fuerteventura – 27 años

El entierro de Adrián fue una de las experiencias más turbias, raras y dolorosas a las que me había tenido que enfrentar.

Para mi sorpresa, Adela había estado más entera y fuerte que el resto de su familia. Eduardo se veía destrozado y Paola e Itahisa vivían con miedo, sin ser capaces de dejarla sola.

Entendía todo por lo que habían pasado durante años y trataba de ponerme en la piel de dos hijas que, antes de que sucediese una tragedia como esta, ya temían que su madre decidiese quitarse la vida. En aquel momento, el miedo las carcomía. Por eso, Itahisa volvió a casa de su madre y estaba pendiente de ella cada segundo. Paola había vuelto a Madrid para hacer el último examen y graduarse. Fue un momento agridulce, ya que solo estuvieron mi hermano y su padre.

Samuel había venido un par de días a la isla y habíamos disfrutado, dentro de lo posible, de un rato entre hermanos. Adela lo abrazó, desconsolada, cuando lo vio, y ciertos celos volvieron a aparecer en mí, a pesar de que trataba de no pensar en que mi hermano había seguido siendo una columna dura y persistente para la familia de Itahisa mientras que yo me había ido derribando a trocitos hasta desaparecer. Pero, oye, estaba reconstruyéndome con ganas y prisas.

Entre un acontecimiento y otro, también llegó el final de mi investigación en la isla. Ya teníamos todos los datos que necesitábamos y suficiente monitoreo sobre los calderones en las diferentes épocas del año en las Canarias. Me pareció fascinante tener datos de ellos a más de ochocientos veinte metros de profundidad. Estamos hablando de casi un kilómetro: una locura. También confirmamos que eran capaces de estar hasta veinte

minutos sin salir a la superficie y que se alimentaban de peces y calamares; comían unos veintisiete kilos al día. Una barbaridad, como todo gran animal.

Cuando me escapé un día en avión para ir a la Universidad de Gran Canaria, me sentí mal. Estaba dejando sola a Itahisa una noche y le había prometido que no la dejaría sola. No estaba cumpliendo mi palabra, pero había muchos papeles que firmar y un contrato que terminar para empezar otro.

A mi vuelta, fui directo a casa de Adela, y cuando Itahisa me abrió la puerta, nos fundimos en un abrazo profundo, fuerte e intenso. Parecía que llevábamos años sin vernos. Aquel verano había cambiado completamente: la Polinesia había pasado a un tercer o cuarto plano.

En aquel momento, lo importante era no dejar sola a Adela y conseguir que sus labios fuesen curvándose en pequeñas sonrisas, que quisiese acudir a un especialista que le ayudase y que las chicas no se sintiesen solas.

A Paola le dieron la noticia de que tenía plaza en el máster. Itahisa la abrazó con una sonrisa más contenida, real, pero llena de dolor. Yo pensé que si Paola volvía a Madrid, Itahisa no dejaría la isla.

Un pensamiento egoísta, pero una realidad también. Yo tenía que seguir trabajando. Mi siguiente destino eran las Islas Feroe. Allí se tenía la mala costumbre de matar a un promedio de seiscientas veinticinco ballenas piloto o calderones, y queríamos ir para intentar cambiar aquella práctica y ver si los comportamientos de estos animales se modificaban en esas aguas frías.

Tumbados en la arena, abrazados, después de un rato de *kitesurf,* y antes de acompañar a Itahisa a casa de su madre para que tuviese la cena lista cuando esta volviese de trabajar, rompí el silencio. No podía más.

—Oye, sabes que mi investigación aquí ha terminado —empecé, tratando de allanar el terreno.

Movió la cabeza en mi pecho y adentré mis dedos en su cuero cabelludo. Me encantaba estar en contacto con ella siempre.

—En septiembre empiezo el nuevo proyecto relacionado con los calderones. Esta vez son solo seis meses en Islas Feroe —expliqué, lento.

—¡Qué pasada! —trató de sonar emotiva, pero su voz se rompió.

—¿Crees que podrías acompañarme? Quizás no todos los meses; puedo tratar de retrasar el proyecto un poco, podríamos pasar allí un par de meses. Ir buscando la manera. Cuando termine, podemos volver aquí y, dependiendo de cómo vayan las cosas, hablo con mi universidad. Lo de Adrián ha sido tan precipitado que no he tenido tiempo para pensar en cómo hacerlo —le confesé, sin tener claro que me hubiese expresado del todo bien.

—Ya iremos viendo, Nahuel. Estamos en julio. —Fue su respuesta.

Suspiré. No iba a darme por rendido tan pronto, pero conocía a Itahisa. Las probabilidades de que decidiese acompañarme en dos meses eran escasas. Tenía que hablar con mi universidad.

Continué acariciando su cabeza y su espalda hasta que la alarma de su móvil sonó. Antes no teníamos horarios, podíamos pasarnos la tarde tumbados en aquella arena. Sin embargo, desde hacía casi un mes, nuestra vida la regían los horarios de Adela.

Capítulo 99

Itahisa

Septiembre en Fuerteventura – 27 años

Íbamos en el coche mi madre, Nahuel, Paola y yo. Mi hermana se iba a Madrid después de haber pasado todo el verano con nosotras. Había entrado en el máster y tenía que hacerlo, no había ninguna duda.

—Os voy a echar mucho de menos —gimió cuando nos abrazamos las tres justo en la entrada del aeropuerto—. Cuidaos mucho. Voy a intentar venir todo lo que pueda.

—No te preocupes, cariño, estaremos bien —aseguró mi madre.

Paola y yo intercambiamos una mirada. Mi madre había llorado todos y cada uno de los días de aquel verano, pero también era cierto que, quitando los cuatro primeros días, se había levantado cada día, se había puesto guapa y había salido a la calle.

En aquel momento, sus discursos se movían entre dos orillas. Por un lado, seguía repitiéndonos, siempre que tenía la oportunidad y la pillábamos bajita de ánimos, que solo vivía por nosotras; por otro, aquellas mañanas en las que el sol parecía querer brillar en su mente nos contaba que quería vivir por ella y por Adrián.

—Adrián no tiene nada más que hacer en el día de hoy. Solo dormir, seguro que está descansando, con lo tarde que nos acostábamos —nos decía algunas veces.

Yo había decidido pedir ayuda psicológica. Lo que había pasado con mi madre había sido la última gota que colmaba el vaso. La forma en la que me estaban afectando todas las cosas no era sana. Había estado dos semanas casi sin probar bocado, y sonreír había vuelto a ser tan difícil como antes de Nahuel.

Y, hablando de Nahuel, había conseguido retrasar su incorporación al proyecto para noviembre, pero, igualmente, tendría que estar fuera seis meses.

No me lo decía en voz alta, pero sabía que deseaba que yo le dijese que iba a acompañarlo y, la verdad, se lo merecía. No me había dejado ni a sol ni a sombra. Sin embargo, aquellas noches en las que, abrazada a mi madre, me lo planteaba, el sudor frío volvía a diluirse por cada parte de mi cuerpo, el corazón se me aceleraba y un dolor se me instalaba en la barriga.

Me quería ir con él. Quería que se hiciese realidad todo con lo que había soñado durante meses, pero no podía dejar a mi madre. Sabía que, si me montaba en aquel velero y nos poníamos rumbo al norte del mundo, en vez de sentir ilusión y ganas en mi interior, las piernas me flaquearían y la ansiedad me comería.

Tenía que empezar la terapia.

Capítulo 100

Nahuel

Noviembre en Fuerteventura – 27 años

Itahisa y yo estábamos sentados en mi velero. Lo tenía todo listo para continuar mi viaje vital. Iba a volver a romper mi promesa e iba a dejarla sola, no obstante, creía haberlo hecho lo mejor posible durante aquellos cuatro meses.

—¿Estás segura? Tu hermana viene a visitarla cada dos o tres semanas, y tu madre está mejor de lo que todos pensábamos que iba a estar —dije por millonésima vez mientras veía cómo se abrazaba a sí misma para hacerse más pequeña.

—Mi madre está llena de caretas, pero la realidad es que sigue llorando cada día.

—Y es normal que eso suceda —dije más alto de lo que pretendía —. También se levanta cada día, trabaja, se ríe, va al gimnasio y sale a la calle.

—No puedo, Nahuel, no me entiendes; pero no puedo irme.

—¿Ni siquiera un mes? ¿Y si buscamos un vuelo de última hora para enero?

—No. —Se encerró en sí misma y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Está bien. Nos vemos en seis meses, ¿vale?

Itahisa movió la cabeza en un gesto casi imperceptible.

—Eh. —Posé mi mano en su barbilla y le alcé el rostro. Entrelacé mis ojos grises con los suyos marrones y dejé que las lágrimas se escurriesen por mi mejilla—. Tengo un regalo.

Metí mi mano en el bolsillo trasero de mi vaquero y saqué una fotografía.

—Le he hecho una copia a la original. Para que la guardes cerquita.

Itahisa acarició, con su dedo pulgar, nuestros rostros de niños en aquel tren de Bélgica. Ella apoyada en mí, durmiendo, y yo tocándola, como siempre.

—Me encanta —aseguró con una sonrisa muy pequeña.

—A mí también.

Le dio la vuelta y leyó mis palabras.

«Tuyo por siempre. Nahuel».

Me abrazó, rodeando mi cuerpo a la altura de mis costillas, y lloró desconsoladamente sobre mi pecho.

—Esta vez no vamos a perdernos, Itahisa, de verdad que no. En breve estoy aquí y la investigación se parará hasta que puedas venirte conmigo.

Seguía pensando que ya podía venirse conmigo, pero trataba que la rabia no me comiese. Esperaba que la psicóloga a la que había empezado a ir la ayudase a entender que el miedo que sentía por su madre empezaba a ser enfermizo y sin sentido. Ella no podría salvarla contra todo. Si su madre quería irse de este mundo, sucedería, pero no era el caso; los momentos de flaqueza los tenía, pero estaba mejor de lo que todos habíamos esperado.

—Te amo mucho, Nahuel.

—Y yo a ti, Itahisa, muchísimo.

Nos desnudamos por última vez y partí hacia mi nuevo destino. Las Islas Feroe me esperaban.

Tercera Parte

Capítulo 101

Itahisa

Navidad en Brujas – 30 años

Pegué a la puerta de mis abuelos junto a mi madre. Nos abrió Paola y se lanzó encima de nosotras, dándonos un abrazo que casi nos tira al suelo.

—¡Estoy muy nerviosa! —expresó con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo me reí y la apreté más fuerte contra mí.

—Está lloviendo a mares, sigue el abrazo dentro —dije, arrastrándola hacia el interior de la casa y observando una nueva Navidad en el hogar de mis abuelos.

—Hola, mi niña. —Mi abuela Fayna se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla—. Adela, bienvenida de nuevo. —Mi madre sonrió y soltó un par de lágrimas. Yo le apreté el antebrazo y ella me miró, invitándome a alejarme sin palabras.

—Muchas gracias, Fayna. —Escuché que decía mientras me acercaba al salón a saludar a mi abuelo.

—Abuelo —susurré por si estaba dormido, cuando lo vi tumbado, pero él giró el rostro hacia mí y levantó las manos.

—Mi niña. —Me sonrió con su ternura extrema y yo le correspondí.

Me acerqué al sofá y lo abracé. Agarré sus piernas, me las puse encima de las mías y comencé a contarle qué tal me habían ido los últimos meses mientras escuchaba el murmullo de mi hermana, mi madre y mi abuela en la cocina.

—¿Entonces una de tus alumnas más pequeñas ha ganado la competición europea?

Asentí con orgullo y le enseñé varios vídeos. Mi abuelo cada vez veía peor, ya ni sus gafas le libraban de la mala vista; tampoco podía andar e iba en silla de ruedas, por lo que dormían en la planta baja.

Pero el hecho de que mi hermana se hubiese mudado a Brujas hacía un año definitivamente con ellos los había ayudado mucho.

—Si todo va bien, quizás me dedico a entrenarla solo a ella. La acompañaría por el mundo, no sé. Aairam se puede quedar con nuestra empresa en Fuerteventura y yo, al fin, saldría de mi trozo de tierra —comenté con anhelo y cierta esperanza.

—Me parece que es un gran plan. Si volviese atrás, habría sido menos cerrado con el calor y habría ido a verte.

Sus ojos eran cada vez más pequeños y su rostro estaba cada vez más arrugado. Sus manos tan suaves me acariciaron el brazo.

Sus manos me parecían una bonita metáfora de vida. Nacíamos con los dedos y las palmas más suaves y blanditas del mundo, luego crecíamos e íbamos endureciéndolas a la vez que la vida nos obligaba a ello y, cuando llegábamos a la tercera edad y podíamos volver a descansar, empezábamos a arrugarnos y a tener menos obligaciones; estas volvían a volverse blandas y suaves como al empezar el camino en la tierra. Se suponía que los mejores años de la vida eran aquellos en los que nuestras manos estaban más robustas; no obstante, los años en los que más tranquilos estábamos eran al inicio y al término. Y, al final, la vida se basaba en eso: la tranquilidad con uno mismo.

—No te preocupes, abuelo, para mí siempre has estado en cada uno de los momentos en los que me he subido en la tabla.

—Vale. ¿Cómo ves a tu hermana? Lleva un mes con la sonrisa tonta en el rostro y los nervios en la barriga y en las cucharas que se lleva a la boca. Tiene a tu abuela de los nervios; dice que, como siga comiendo tan poco, el vestido le va a quedar enorme.

—¿Solo un mes con la sonrisa tonta? —Arrugué el entrecejo—. Yo creo que desde que Samuel hincó la rodilla en el restaurante en Fuerteventura no ha perdido esa sonrisa.

Mi abuelo se rio y yo lo acompañé.

—Abuelo —añadí—. Yo también estoy atacada —le confesé—. ¿Crees que podré con lo que se viene la próxima semana?

—¿Desde cuándo no habláis?

—Desde que no le abrí la puerta cuando volvió de las Feroes.

—¿Y has sabido algo de él?

Negué. Paola había intentado contarme, en ocasiones, algunas cosas de Nahuel, pero, cuando empezaba, el corazón me martilleaba tanto que parecía que iba a salírseme del pecho, las tripas se me retorcían y el aire no me entraba. La última vez, todo acabó por mi culpa, era más que consciente, pero al ver a mi madre en aquella casa junto a mis abuelos paternos, sabía que no había tomado una mala decisión.

—Todo irá bien, mi niña, todo. Por primera vez en años, vas a tener a tu familia entera en Brujas; solo nos faltará Julián.

Desvié la vista hacia el árbol de Navidad lleno de bolas de colores que Paola y Samuel habían montado y asentí. Ellos dos lo habían conseguido. A pesar de todo, se habían elegido. Habían sido mucho más valientes que yo e iban a tener su gran recompensa.

Samuel había ido a su graduación de la carrera y también a la del máster. Cuando esta terminó, le había dado un beso de película frente a las escaleras de la universidad y le había pedido si, de una vez, podían ser novios.

Los ojos de mi hermana, al igual que los míos, se habían llenado de lágrimas de alegría en aquel momento. Por supuesto, mi hermana le había dicho que sí. Samuel había vuelto a Argentina, preparado sus maletas y se había mudado a Europa. Durante el proceso, a mi abuelo le habían empezado a doler los huesos con mayor intensidad. Mi padre y yo teníamos nuestros trabajos en la isla; además, yo estaba con mi madre y no podía dividirme más, así que Paola le había propuesto a Samuel empezar de cero en Brujas, donde todo había comenzado. A este le había parecido una buena idea, pero, no había sido tan sencillo encontrar trabajos allí. Así que, durante un tiempo, estuvieron a caballo entre Madrid, Fuerteventura y Brujas hasta que, por fin, hacía un año se habían mudado a la pintoresca ciudad belga.

Yo estaba encantada, aunque extrañaba muchísimo a mi hermana. Con un vuelo, podía ver a cuatro personas que amaba. No tener que dividir mi tiempo libre entre tantos lugares esperaba que me ayudase a empezar a descubrir otros nuevos.

Desvié la vista de nuevo hacia mi abuelo y lo vi con los ojos cerrados y la respiración pausada: se había quedado dormido. Les

escribí un mensaje a mi madre y a mi hermana para que bajasen la voz y me quedé acariciándole las piernas, perdida en mis pensamientos durante un buen rato, hasta que Paola entró en la estancia de puntillas y se sentó a mi lado.

—¿Me acompañas a probarme el vestido? No veas la que me han dado mamá y la abuela. ¿Tan delgada me ves? —Sus ojos verdes llenos de preocupación, su pequeña brecha a causa de la caída del trineo más marcada al arrugar las cejas y su pelo largo, liso y rubio, por encima de su pecho, solo la hacían verse preciosa ante mí.

—Paola, vas a ser la novia más bonita del mundo.

Me agarró el cuello, dándome un abrazo, y me apretó contra sí.

—Te quiero mucho.

Nos levantamos con cuidado y fuimos hacia nuestra antigua habitación.

—Madre mía. —Me llevé las manos a la boca cuando vi el vestido colgado en un perchero—. Es precioso.

Paola meneó la cabeza en sentido afirmativo y se agarró a mí.

—Lo es, sí, habéis hecho un gran trabajo ayudándome con él.

Mi abuela la había acompañado en persona y mi madre y yo por videollamada a cada prueba. Al final, nos habíamos decidido por uno palabra de honor con pequeñas perlas que imitaban a los diamantes en una fila a lo largo del pecho, en forma de corpiño, y con una falda larga, lisa, blanca y sin vuelo que se le pegaba a las caderas. El ramo de flores lo habíamos comprado en una floristería preciosa de los Países Bajos y yo había decidido regalarle la estampación de este en un vestido suave y de seda de tirantillas. Había encontrado a una chica que se llamaba Olivia y que hacía *ecoprint,* y una de las prendas que hacía eran vestidos estampados con los ramos de flores de las bodas.

A Paola y a Samuel les encantó la idea, y pensé que así llevarían el recuerdo de su boda en un vestido más ponible.

—Pruébatelo —le pedí.

Paola se quitó el chándal color crema y se puso su vestido. La ayudé a cerrarse el corpiño y ambas nos quedamos mirándonos al espejo que nos había visto crecer. Yo llevaba unos vaqueros oscuros sencillos y un jersey *burdeos*. Me había cortado el pelo a la altura de

los hombros y mi arito en la nariz y mi collar eran mis únicos complementos. Paola, vestida de blanco, justo un paso por delante de mí; las dos agarradas de la mano.

Se me escapó un sollozo. No tenía claro si de alegría, nostalgia, añoro, miedo o incertidumbre por lo que me esperaba aquella semana, pero, como en toda mi vida, Paola se giró y me abrazó contra sí.

—Te quiero tanto, hermana. Eres y estás preciosa. El vestido te sigue quedando fenomenal —le aseguré.

—Y yo a ti. Todo va a irte bien también.

Capítulo 102

Nahuel

Navidad en Brujas – 30 años

Aterricé en Brujas trece años después, con un temporal de lluvia y viento terrible. Cuando bajé del avión, ni la gabardina gris que llevaba, ni la bufanda, ni mis guantes negros me parecieron suficiente. Corrí hacia el interior del aeropuerto hasta sentirme a salvo de la lluvia y llamé a mi hermano.

—Acabo de aterrizar —anuncié con los dientes castañeándome—. Se me había olvidado el clima de invierno de aquí, por Dios.

Una carcajada como respuesta.

—¿No será que ya no tienes una ilusión grande por la que venir? El clima siempre ha sido así y nunca te habías quejado, ¿eh?

Meneé la cabeza y seguí las indicaciones que, a pesar de los años, seguía recordando de memoria para llegar a por mis maletas.

—Creo que la boda de mi hermano es un motivo bastante importante y que me hace bastante ilusión.

—Así me gusta. —Oí cómo ponía el freno de manos y paraba el coche—. Te espero en el aparcamiento.

—Perfecto.

Colgué y fui entrando en calor a medida que andaba hacia las maletas. Ese era otro problema de aquellos inviernos fríos. En la calle te pelabas, pero en el interior de los edificios, te asabas. Era muy difícil llevar un buen *outfit* con el que sentirte bien tanto dentro como fuera.

Cogí la maleta; no era demasiado grande, pero iba a quedarme un par de semanas con mi hermano. Los dos últimos años no lo había visto mucho. Me había mudado a La Paz, en Baja California, y allí predominaba un clima seco con pocas lluvias y temperaturas entre los dieciocho y veintidós grados. Así que el golpe de frío europeo no me gustó demasiado.

Salí del aeropuerto y me encontré a mi hermano, esperándome con una gabardina negra parecida a la mía, un gorro blanco y una sonrisa de oreja a oreja en su rostro. Anduve más rápido para llegar a él y darle un fuerte abrazo.

—¡Qué planta tiene este novio! —Me palmeó la espalda y, sin perder la sonrisa, me llevó hasta su coche: un deportivo rojo.

—Qué ganas tenía de verte, hermanito.

Sus palabras me gustaron.

—Yo también a ti.

Era la primera vez que lo visitaba desde que se había mudado a Brujas, aunque habíamos coincidido una vez en Neuquén en nuestro invierno. Nuestros padres y nuestra abuela continuaban en Argentina, así que toda nuestra familia estaba desperdigada y, con tantos kilómetros de por medio, no era sencillo vernos tan a menudo como quisiéramos.

—¿Qué tal el vuelo? —me preguntó mientras observaba la hierba baja de la carretera verde y las nubes grises que cubrían el cielo en aquella tormenta.

—Bien, algo largo con las escalas. Pero he dormido bastante, así que me siento fresco. ¿Tú cómo estás? ¿Ya están todos? —inquirí, tragando con cierta dificultad.

—Nervioso, ¡me voy a casar! ¡Me cuesta creérmelo todavía!

Me reí y noté la vibración en mi pecho.

—Yo no tuve dudas desde que os vi hablando por videollamada aquella Navidad en Neuquén. Quizás por eso me costó asimilarlo, pero os queríais; se os notaba desde aquel momento, así que estoy muy feliz por vosotros. Os lo merecéis. Voy a tener una cuñada increíble.

—Muchas gracias, hermanito. La verdad es que sí: eres afortunado con la cuñada que te ha tocado.

Lo observé sin ningún disimulo y presencié cómo mantenía la sonrisa varios segundos mientras conducía. Estaba radiante y se le notaba. La felicidad te podía convertir en alguien muy guapo, y con sus gafas de pasta blanca y su pelo corto sin apenas caracoles, su mandíbula cuadrada y sus ojos grises parecidos a los míos, sin duda lo estaba.

—Con respecto a tu pregunta —empezó con más cautela—. Sí, ya están todos, eres el último rezagado. Papá, mamá y la abuela llegaron hace dos días; el padre de Paola hace tres, y la madre e…

—Puedes decir su nombre —aseguré, notando los nervios en el centro de mi estómago.

—Itahisa —finalizó— llevan aquí cinco días.

—Estupendo. ¿Y qué habéis estado haciendo? —continué preguntando.

—Comiendo mucho. Desde que la abuela llegó, no se ha despegado de Fayna y Abhau. Ambas han preparado el bizcocho de limón para darte la bienvenida.

Sus palabras me llevaron a la última vez que había probado aquel bizcocho en mi velero en ese trozo de isla del Atlántico.

—Quiero darte las gracias por venir —continuó Samuel al cabo de un rato en el que no había hablado. Los recuerdos siempre permanecían en mi cabeza, pero había conseguido verlos desde una perspectiva bonita y positiva. No obstante, aquella vez me iba a tener que enfrentar directamente con la protagonista de casi todos ellos, y no era sencillo.

—No me perdería la boda de mi hermano por nada del mundo, Samuel.

—Lo sé, pero también sé todo lo que implica para ti estar aquí.

—Estoy bien, de verdad, ahora tengo una nueva vida que me hace feliz. Solo tengo que recordarme eso cada día. ¿Ella hasta cuándo está?

—Creo que una semana más.

—Perfecto.

Para ser la primera vez que la veía después de que no me hubiese abierto la puerta de su casa, hacía casi cuatro años, una semana me parecía bien. Así, la siguiente podría disfrutarla más tranquilo con mi familia. Luego, Paola, Samuel y yo volaríamos hasta la Baja. Habían decidido que su luna de miel fuese allí; algo que no me habría esperado ni en un millón de años. Resulta que querían hacer avistamientos de ballenas y disfrutar de los colores, la comida y el calor mexicano.

—Pues, ya estamos —anunció mi hermano, apagando el coche.

Desvié la vista de un lado a otro de la calle. A la derecha, la casa que ahora era de mi hermano y Paola; a la izquierda la de Abhau y Fayna. El torrente de recuerdos me inundó y tuve que esperar varios minutos sentado en el coche con la compañía de mi hermano para calmarme y ser capaz de abrir esa puerta antes de recibir a mis familiares con la sonrisa que casi todos se merecían.

Capítulo 103

Itahisa

Navidad en Brujas – 30 años

Oí el coche de Samuel y el estómago se me subió a la garganta. Llevaba toda la mañana atacada. Había ido al centro comercial a revelar fotos de nuestras Navidades juntos en Brujas para regalárselo a Paola y a Samuel y me había perdido en los recuerdos de todas aquellas fotos. Si a la Itahisa de nueve años le dijesen que su hermana y el hermano de su amigo favorito se casarían, no se lo creería; tampoco que su amigo favorito y ella, durante unos meses, vivieron en el mismo lugar del mundo, se amaron e incluso fueron novios y, por supuesto, lloraría sin parar si se enterase de que perderían el contacto completamente gran parte de sus vidas hasta ser desconocidos.

No había elegido el mejor día para armar un álbum de fotos, pero lo había postergado desde que había llegado y no estaba segura de si iba a ser capaz de hacerlo teniendo a Nahuel en frente.

En aquel momento, Samuel pegó a la puerta de mis abuelos, mi hermana bajó las escaleras a toda prisa y se detuvo a mi lado. Me dio un abrazo y yo asentí antes de que abriese la puerta y me encontrase frente a frente con el amor de mi vida.

Los caracoles de Nahuel asomaban por debajo de su gorro negro. Llevaba una gabardina larga y elegante, que le llegaba por debajo de las rodillas, y una sonrisa que no terminó de parecerme sincera en el rostro.

Abrazó a mi hermana, a mi madre, a mi padre y a mi abuela. Yo había decidido quedarme en un segundo plano, junto a mi abuelo, Abhau, que no me soltaba la mano. Estaba temblando, y no fui consciente hasta que Nahuel se acercó a nosotros.

Su olor a bruma marina me inundó las fosas nasales durante unos instantes antes de sentirlo a un milímetro de distancia de mí. Me dio

un abrazo algo torpe y rápido, y yo no fui capaz de soltarle la mano a mi abuelo.

—Abhau. —Se arrodilló junto al sofá.

Su voz grave no había cambiado desde la última vez que lo había visto. Seguía teniendo las puntas del pelo más rubias y, al quitarse los guantes, observé que llevaba dos anillos. El suyo de siempre en el dedo índice de metal y otro en el dedo anular de su mano derecha, fino y elegante.

La boca del estómago se me cerró todavía más. No sabía nada de Nahuel, les había pedido específicamente a mi hermana y a Samuel que no me contasen nada de nada. No era capaz de saber de su vida, a pesar de que él estaba cada día presente en la mía. Había cometido el mayor error de mi vida hacía casi cuatro años y no había conseguido enmendarlo. En aquel instante, con aquel anillo en su dedo, pensé que lo había perdido para siempre, que no había vuelta atrás.

—¿Cómo estás, chaval?

Mi abuelo lo miraba con amor, al igual que toda mi familia. A pesar de todo lo que hubiese pasado entre nosotros, Nahuel era familia: era una persona increíble y se merecía todo ese amor.

—Pues ahí vamos, no estamos mal. ¿Y tú qué? ¿Has probado ya la tarta de limón?

Escucharlo hablar con mi abuelo me sacó una tímida sonrisa. Ambos eran los mayores fans de aquel postre. Estaba sintiendo demasiadas cosas, no quería salir corriendo, pero necesitaba un minuto en el baño para mí.

—Estaba esperando para que la compartiésemos juntos, como antaño.

Los ojos azules de mi abuelo sonreían. Yo sabía que estaba contento por volverlo a ver, pero no me soltaba la mano.

Nahuel desvió la vista hacia nuestros dedos entrelazados y ascendió su mirada hacia mí. El gris de sus ojos me cautivó y, cuando tragó, el movimiento de su nuez y sus labios me quitaron la escasísima serenidad que me quedaba.

—Voy un momento al baño.

Me levanté, tratando de que las piernas no flaqueasen, y subí a la planta de arriba. Cerré la puerta con delicadeza y ahogué un gemido antes de empezar a llorar.

La vida volvió a unirme con Nahuel. ¿Qué me esperaba, si nuestros hermanos iban a casarse? Sin embargo, no podíamos estar más lejos en aquel instante.

Capítulo 104

Nahuel

Navidad en Brujas - 30 años

Después de conversar un rato con Abhau, entré a la cocina y me encontré con un silencio rápido nada más que me sintieron. Los miré con cara de pocos amigos y arrugué el entrecejo.

—¿Hablando a mis espaldas? —traté de sonar desenfrenado.

Adela y Eduardo estaban apoyados en la isla con una copa de vino. Mi hermano abrazaba a Paola por la espalda, dejando caer su peso en uno de los muebles, y Fayna estaba sentada, partiendo la tarta.

—¿Cómo estás? —preguntó Paola sin rodeos.

—Asimilando haberla visto —confesé sin tapujos, quitándome la gabardina y quedándome con un jersey blanco de cuello alto y unos vaqueros.

La hermana de Itahisa se soltó de mi hermano y me dio un abrazo muy fuerte.

—Gracias, Nahuel. Gracias por haber venido a nuestra boda y por haberte acercado a ella.

—Como os dije cuando me disteis la noticia, no me perdería vuestra boda por nada del mundo. Y, como os digo desde que todo terminó, siempre querré a Itahisa. —Bajé la vista hacia el anillo de oro blanco que posaba en mi mano derecha y lo giré con mi pulgar —. Tenemos que buscar la forma de hacer que esto sea sencillo para nuestra gran familia.

Todos me miraban con ternura, amor y algo parecido a la pena. No terminaron de gustarme aquellas miradas. Lo había pasado muy mal, y una parte de mí siempre le tendría un hueco guardado a Itahisa en mi corazón, pero era feliz en mi nuevo hogar. Había encontrado una nueva familia y, en pocos meses, sería yo quien pisase el altar.

***

Pasamos un par de días todos juntos, comiendo a más no poder, visitando Brujas y sus mercadillos y liados con los preparativos de la boda. Mi hermano se casaba en dos días y lo único que faltaba para que la boda fuese perfecta era que entre Itahisa y yo no hubiese una nube tan oscura como las que se posaban aquella mañana en el cielo; así que decidí dar el paso. Me tomé un buen café en la casa de mi hermano y crucé la carretera. Pegué a la puerta con tres suaves toques, por si Abhau seguía durmiendo, y me abrió Itahisa.

Ella no se despegaba de su abuelo. Había decidido dormir abajo junto a él, y solo parecía subir las escaleras para encerrarse en el baño durante largos minutos cuando yo estaba por aquella casa.

—Hola —comencé con torpeza, pensando en si aquella había sido una buena idea—. Mi hermano me ha prestado el coche. He mirado el tiempo y, aunque estas nubes grises no se van a ir, no parece que vaya a llover esta mañana. —Tragué y traté que la respiración no se me acelerase—. ¿Quieres venir conmigo al parque natural de Zwin?

La sorpresa bañó su rostro y los ojos se le agrandaron. Estaba igual de preciosa que hacía cuatro años. Las pecas seguían cubriéndoles los mofletes y el puente de su nariz, sus ojos marrones seguían siendo vivaces y sus labios más que apetecibles. Me regañé mucho por aquel pensamiento y me fijé en su melena por los hombros: era lo único que había cambiado.

—Mmm, sí, vale.

Sonreí cuando aceptó.

—¿Nos vamos ya de ya? —preguntó, dejándome entrar.

—¿Cuándo estés lista?

—Vale, dame quince minutos.

—Perfecto. Te espero junto a Abhau.

***

Me encontraba con Abhau. Estaba mostrándole algunas fotos del último encuentro con las ballenas jorobadas que había presenciado antes de venirme a Brujas cuando Itahisa bajó las escaleras con cautela.

Se había puesto unos vaqueros claros sencillos, un jersey verde y unos tenis blancos. Un poco de maquillaje en el rostro y un gorrito del mismo color que los zapatos con un pompón en la cabeza. Hacía muchísimos años que no la veía tan abrigada, y debía confesar que estos días por Brujas con las ropas que llevábamos me recordaban a nuestra infancia y a todas las veces que le había quitado el gorro, tirándole del pompón, y salía corriendo bajo la lluvia mientras ella protestaba.

—¿Vamos? —preguntó, manteniendo las distancias mientras yo regresaba al momento presente.

—Sí.

Nos despedimos ambos de Abhau, dándole un beso, y nos montamos en el coche de Samuel.

—¿Te puedes creer que esté conduciendo un coche rojo y deportivo? —Traté de romper la tensión que nos rodeaba y maldije por no tener gominolas de sandía para hacer algo mientras el silencio nos rodeaba.

—¿Y tú que yo vaya de copiloto? —La respuesta de Itahisa me gustó: parecía que ella también quería colaborar.

—¿Tienes frío? ¿Enciendo la calefacción? Puedes poner calor en los asientos, lo descubrí ayer, una pasada.

Itahisa se rio muy suave, y me frustré por no haber podido detenerme para presenciarlo.

—Lo sé, sí. Me he montado varias veces en este coche.

—Ah, claro. ¿Los visitas mucho?

—No tanto cómo me gustaría —confesó, encendiendo la calefacción de su asiento.

—Ya, yo lo hago incluso menos.

—Es normal, vives muy lejos, ¿no?

—En México, en Baja California —dije, aun sabiendo que ya conocía esa información. Había salido el tema varias veces en los dos días que llevábamos viéndonos.

Itahisa asintió y se metió los puños de las manos dentro de las mangas de su jersey verde. Puse la radio, esperando que algún cantante nos ayudase a hacer más fácil aquel momento, pero no fue así. Toda la música que salía era bastante mala y la casi media hora que tardamos en llegar no fue demasiado cómoda para mí.

Nos bajamos en el aparcamiento, y decidí pagarlo para tres horas. Quizás perdía dinero o quizás no. La verdad era que no tenía muy claro cuánto podría durar una conversación entre dos desconocidos como nosotros.

Cogí unos prismáticos y entramos al parque. Teníamos la opción de pagar para ver las diferentes marismas y lagunas o hacer un recorrido por nuestra cuenta que podría llevarnos a la playa. Aunque hacía mucho frío, el viento se estaba comportando, así que caminar no era muy duro. Nos decantamos por la segunda opción y nos detuvimos en varios lugares para analizar con una aplicación qué aves estábamos escuchando y observarlas con prismáticos.

—Sabes —inicié mientras continuábamos andando—, siempre había querido venir a este parque. Cuando era adolescente pensaba que, en el momento en el que tuviese el carné, te podría proponer venir aquí. Me alegro de que al final se haya dado la ocasión —confesé con las manos en los bolsillos y los prismáticos en el cuello.

—Yo vine una vez hace varios años. En una escapada que hicimos en verano mi padre y yo. Había muchas florecillas pequeñitas, estaba bonito. Nosotros hicimos la ruta de las marismas —me habló, mirando a todos lados menos a mí.

—Anda, no lo sabía.

—Ya.

Claro, por supuesto que no sabía eso; ni cientos de cosas más.

Vi un tronco y decidí que teníamos que hablar de una vez.

—¿Nos sentamos?

Se mordió los labios y meneó sus pupilas con rapidez.

—Está bien.

Extendí mi mano.

—Después de ti —le pedí.

Nos sentamos el uno junto al otro en el tronco y miramos la marisma que teníamos en frente; las hojas naranjas, marrones y

rojizas de los árboles que ya cubrían todo el suelo y los cientos de gansos que habían llegado del mar del Norte para pasar el invierno, acompañándonos aquella mañana. Tragué y terminé haciéndole la primera pregunta:

—¿Cómo estás, Itahisa?

Capítulo 105

Itahisa

Navidad en Brujas – 30 años

Me miré las manos, cubiertas por los guantes, y respiré antes de subir la mirada hacia su rostro. Decidí centrarme en su nariz porque sus labios y sus ojos grisáceos me hacían sentir demasiado.

—No estoy mal —dije, sincera—. ¿Y tú?

Asintió, pasándose las manos por el rostro.

—Yo estoy bien. ¿Cómo siguen tus padres?

Comprendí que Nahuel me haría todas las preguntas que habitaban en su mente. Me había llevado allí para hablar conmigo a solas y era mi decisión quedarme de nuevo en la superficie o bajar a las profundidades del mar.

—Nahuel, antes que nada… —Se me rompió la voz y se me escapó un sollozo—. Mierda —añadí con una sonrisa completamente falsa.

Sus ojos se volvieron más brillantes.

—Antes que nada, quiero pedirte perdón. Siento en el alma no haberte dejado entrar en mi vida la última vez.

Nahuel asintió y dos lágrimas tímidas descendieron por su rostro, permitiéndome ser consciente del dolor que le había causado.

—Me agobié. Cuando terminaste tu investigación en las Feroe, te ofrecieron otros seis meses más y lo rechazaste para quedarte conmigo. Me agobié y pensé que te iba a arrebatar tu sueño. Mi madre continuaba fatal y yo no iba a ser capaz de irme contigo.

»Si me enfrentaba a tu mirada, no iba a poder dejarte ir, no cuando decidiste quedarte a mi lado. No sabes cuánto necesitaba ese cariño, pero no quería que en un futuro me echases las culpas por no haber seguido tu plan de vida, por haber tenido que renunciar a lo que te movía el alma. No quería que pasasen los años

y me mirases con arrepentimiento: quería que fueses feliz con lo que siempre habías soñado, y lo hice muy mal. Ahora lo veo.

Solté todas las palabras que tenía atascadas en la garganta desde hacía casi cuatro años y me abracé a mí misma.

Por las mejillas de Nahuel descendieron más de dos lágrimas. Centró los ojos en mí y me observó, insondable. Cuando empezó a hablar, lo hizo con la voz algo rota, estrujando un poco más mi corazón:

—La vida son decisiones. No comparto la que tomaste, pero no merece la pena echártelo en cara. Creíste que hacías lo mejor para mí y no me dejaste decidir. Quise quedarme más tiempo; te había hecho una promesa. Pero mandaste a Aairam a decirme que ya no me querías y que te habías dado cuenta de que había sido un gran error haber pasado aquel año conmigo.

»Me destrozaron aquellas palabras, sobre todo porque sabía que no eran verdad. Siempre había pensado que eras una mujer valiente y descubrí, tras un mes intentando verte, que no. Me rompiste el corazón sin atreverte siquiera a mirarme a la cara mientras lo hacías. —Hizo una pausa y terminó añadiendo—: pero te he perdonado.

Sus palabras eran aguijones que se iban clavando en todas las partes esenciales de mi cuerpo. El corazón se me había quedado sin espacio para más pinchazos.

—Lo siento, Nahuel, lo siento muchísimo; solo quería que fueras feliz.

—Quizás no fui claro con mi mensaje: para mí la vida era muy bonita y me sentía muy feliz teniéndote a mi lado.

Me apreté más los brazos contra el cuerpo y temblé. Me di cuenta, rápido, de que me había equivocado. No hicieron falta muchos meses: cuando mi padre se presentó en casa, dispuesto a hablar con mi madre y a perdonarse todo lo que habían vivido para ser el apoyo del otro desde un nuevo lugar llamado amistad, entendí que al final nada duraba para siempre como me había dicho Nahuel, y que mi madre mejoraría. No iba a tener que quedarme toda la vida pendiente de ella con esa intensidad. Me faltó paciencia durante aquel año y luego me escaseó la valentía para pedirle perdón a Nahuel e ir a buscarlo.

Nahuel se acercó un poco a mí y posó una mano en mi pierna, tratando de calmarme.

Sorbí por la nariz.

—¿Paola y Samuel te cuentan cosas de mi familia? —farfullé.

—Sí.

—Entonces, más o menos ya estás al día —musité.

—Me gustaría saber la historia de cómo has vivido el tema de tus padres por ti. Creo que me lo merezco —añadió con una mueca.

—Mi padre fue quien decidió ir a hablar con mi madre. No nos lo contó ni a mi hermana ni a mí, pero, un día, se presentó en casa, y cuando abrí la puerta, empecé a ponerme muy nerviosa. Hacía casi tres años que no pisaba aquel suelo, que ni siquiera pasaba por nuestra calle.

»Me abrazó y me pidió hablar con mi madre. Yo no entendía nada y entré un poco en *shock*, pero lo cierto es que entraron dos almas algo rotas y salieron dos personas con heridas que iban a empezar a sanar.

»Mi madre sigue sin estar completamente bien. Nunca ha pedido ayuda psicológica, y la muerte de Adrián fue un palo muy grande. También lo fue para mí. En ocasiones, me despierto en mitad de la noche pensando que Paola se puede morir al día siguiente o Samuel o incluso tú. En esos momentos, se me acelera el corazón a más no poder y trato de calmarme.

Nahuel apretó la mano que tenía posada en mi pierna y se acercó un poco más a mí.

—Yo sí he ido al psicólogo, y menos mal. Me explicó que hay muchos tipos de amor y uno de ellos es amar tanto a alguien que aceptas y entiendes que tienes que dejarlo ir para que sea feliz. Y, si te soy sincera, para consolarme por mi decisión trato de pensar en eso.

Sus ojos verde grisáceos descendieron, y sorbió por la nariz. El rostro de ambos seguía bañado en lágrimas.

—Mi madre no se ha recuperado completamente, pero está mejor. Ahora tiene la compañía de mi padre a menudo y, para mi sorpresa y la de Paola, han sabido adaptar su nueva relación de una buena manera.

»Lo peor: yo tampoco me he recuperado. Me pregunto si viviré cada día de mi vida poniéndome en la mente de Adrián. Muchas veces mantengo un diálogo imaginario conmigo misma, pensando cómo habría reaccionado él si le hubiesen dicho que iba a morir aquel día sin vuelta atrás. ¿Habría tratado de recuperar más rápido a sus hijos? ¿Habría hablado más con mi madre la noche anterior? ¿Habría perdido su alegría y ganas de vivir? Me encantaría poder mantener una última conversación con él. Despedirme de alguna forma.

—Te entiendo. La muerte de mi abuelo Julián también me hizo hacerme muchísimas preguntas —añadió con cierta calma—. Creo que en la vida de todos los seres humanos hay un antes y un después. Vivimos de una forma hasta que alguien cercano muere de un segundo al otro. Sabemos que no somos eternos, sabemos que tenemos que morir, pero experimentarlo en primera persona con alguien allegado es la bofetada más grande que la vida puede darnos. A partir de ese momento, cambiamos nuestra forma de vivir. Algunos decidimos tomar un camino, y otros otro; pero sin duda no creo que ninguno sigamos por el mismo.

Hablar con Nahuel era sanador. Un bálsamo que trataba de curar ciertas heridas. Sus palabras me parecieron completamente ciertas.

—¿Crees que hice bien dejándote marchar? —pregunté al cabo de un par de minutos de silencio.

—La verdad, no lo sé. Quisiera pensar que no, pero ahora mismo me gusta mucho mi vida, yo… yo voy a casarme.

Capítulo 106

Nahuel

Navidad en Brujas – 30 años

El poco color que tenía Itahisa en su rostro aquella mañana desapareció tras mis palabras, pero necesitaba contarle aquella verdad. Teresa se lo merecía, y nosotros también.

—Me había fijado en tu anillo —susurró, levantándose y mirando al cielo.

Yo me levanté con ella y también llevé mis ojos hasta los pájaros que nos rodeaban.

—¿Sois felices?

—Sí —declaré varios segundos después.

—¿Fuiste tú quien le propuso matrimonio?

Negué y recordé aquel día en mi velero en el que Teresa se había arrodillado ante mí. Llevábamos juntos casi dos años. La había conocido cuando me había mudado a la Baja. Ella era apneísta profesional y le encantaba el azul tanto como a mí. Yo había llegado a México huyendo de mi pasado y con el corazón roto. Teresa apareció en una cantina, meneando las caderas y haciéndome olvidar aquella noche todas las que llevaba sufriendo. Todo empezó de manera natural y sencilla, no había pretensiones de futuro ni de enamorarnos. Ella estaba centrada en la apnea y en bailar por las noches y yo en curarme y en seguir investigando la mayor cantidad de especies de animales marinos posibles.

Los días fueron pasando y nuestro vínculo fue creciendo. Una noche, mientras estábamos tumbados en el velero, observando las estrellas, me di cuenta de que ya no necesitaba que fuese Itahisa quien estuviera entre mis brazos para sentirme bien y feliz; de que Teresa también me calmaba el corazón y me hacía pensar que no quería estar en ningún otro lugar.

Le pedí que fuese mi novia con un susurro al oído, y ella se giró con sus ojos negros, asintiendo y regalándome un beso tierno y con amor. Desde aquel momento, vivíamos una vida sencilla. Nos queríamos y respetábamos nuestro modo de vivir; no nos exigíamos nada que no podíamos dar. Hice un buen grupo de amigos y me mudé a una casita cercana al mar de color rosa con ella. Teníamos el velero en el mar y aquel hogar en tierra firme.

Cuando se había arrodillado, apenas un par de meses atrás, lo había visto lo más natural del mundo. Con Teresa no había recuerdos de toda una vida, pero sí había mucha complicidad, calma y amor. Me pareció la persona indicada con la que compartir mi vida.

—¿Te has ido con ella? —Itahisa iba andando a mi lado, rumbo a aquella playa.

—Perdona—. Me mordí el interior de las mejillas y me pasé una mano por el pelo, encontrándome con el gorro.

—No te preocupes. Es una mujer afortunada.

—Me gustaría pensar que sí. Yo también soy un hombre afortunado.

Llegamos a la playa y nos detuvimos ante las olas del mar del Norte. Aquel día estaba algo bravo.

—Itahisa, te perdono, de verdad, y deseo que tú también puedas avanzar en la vida. Sé que una muerte no es sencilla, pero hay muchos caminos por los que se pueden seguir. Pregúntate cuál elegiría la Itahisa que creció en Navidades aquí.

Capítulo 107

Itahisa

Navidad en Brujas – 30 años

La mañana que pasé con Nahuel fue muy dura, pero también reparadora. Quería pensar que sus palabras y su perdón me ayudarían a avanzar. Como le había contado a mi abuelo, si todo iba bien, iba a dedicarme a entrenar a una de mis alumnas, y eso conllevaría viajar mucho. Quizás, podríamos ir a Sudáfrica y ver desde otro prisma aquella competición que no había podido realizar años atrás.

Saber que Nahuel había continuado con su vida no era sencillo, y fui consciente de que me costaría asimilarlo, pero, al mismo tiempo, me recordaba una y otra vez que, cuando estuve un mes sin abrirle la puerta, esperaba que aquello llegase a suceder.

Nahuel me lo puso muy fácil durante el resto de los días que compartimos. No volvimos a quedarnos solos y tampoco hablamos demasiado en profundidad, pero sí que compartimos mesa en el matrimonio y nos emocionamos con nuestros hermanos cuando le regalé el álbum de fotos a ambos. Al final, había decidido pegar la foto que le hice a mi hermana por videollamada mientras hablaba con Samuel la Navidad que Nahuel descubrió que entre ellos había algo. Aquel fue nuestro último momento feliz de los cuatro, y me pareció bonito dejarlo en aquellas hojas.

Los votos de nuestros hermanos fueron preciosos. Me alegré muchísimo por ellos. Habían sido dos personas valientes y habían conseguido su recompensa. Estaba segura de que vivirían una vida que iba a merecer la pena ser recordada.

Mis padres bailaron una canción juntos y yo aproveché para hacerles una foto con la analógica que seguía teniendo de mi abuelo. Sin duda, mi gran acompañante fue él: mi abuelo.

Después de varias horas de música, decidí que quería compartir una canción con él, así que me senté en su silla de ruedas y lo abracé por el cuello para movernos al ritmo de la canción *A thousand years*. Sabía que más pronto que tarde el camino de mi abuelo por esta tierra terminaría. Ya superaba los noventa años y tenía que tratar de conseguir que ese final no me llevase consigo. No era una persona que estuviese emocionalmente demasiado bien, pero quería ser fuerte y llegar a estarlo. Parecerme a mi madre en aquel aspecto no era algo que quisiese que sucediese.

Mi abuelo me abrazó y me aseguró que me querría miles de años más. Nahuel nos vio compartiendo aquel momento y nos sonrió. Asintió con un pequeño movimiento y yo traté de sonreírle. Iba guapísimo con un traje celeste. Por supuesto, también amaría a aquel hombre miles de años, pero quizás podría amar a alguien más.

Capítulo 108

Nahuel

Verano en Brujas – 37 años

Abhau había muerto hacía un par de días. Me enteré cuando estaba haciendo una inmersión con mantarrayas en el Mar Rojo y cambié todos mis planes para conseguir coger un avión que volviese a llevarme a Brujas. Mi hermano ya me había comentado que Abhau había empeorado muchísimo. Itahisa se había mudado allí con él la última Navidad, y Aairam y Tania, la chica que había entrenado y que se había convertido en una gran *kitesurfista*, estaban ocupándose del negocio durante aquellos meses.

Por una vez en la vida, Brujas no me recibió con tanto frío; de hecho, hacía hasta calor con mi ropa negra, así que no sentí la humedad que me calaba los huesos. En Bélgica, en invierno, a menudo llovía, pero, incluso cuando no, la humedad podía jugarte una mala pasada, y tantas gotas de agua condensadas en el ambiente podían mojarte igualmente.

Samuel me estaba esperando en su coche con mi sobrina Idaria y otro bebé de dos años al lado.

—¡Hola, tito! —exclamó la pequeña de seis años, echándome sus bracitos al cuello.

—Hola, pequeña, ¿cómo estás? —Le di un sonoro beso en el moflete suave y ella me sonrió con mucha ternura.

—¿Bien y tú?

—Bien también.

Mi hermano me palmeó la espalda y me fijé en que ambos, padre e hija, tenían el mismo puente de cupido. Mi sobrina era guapa a reventar, con caracoles rubios y ojos color miel. Sin duda, con aquellos padres tenía a quién salir.

Una vez que saludé a Idaria, me fijé en el niño que estaba a su lado y tragué saliva. La alegría y el resquemor se mezclaron en mi

interior.

—Hola —empecé, flojito—. Tú debes ser Aday, ¿no?

Jugaba con un peluche pequeño de un pulpo celeste entre las manos y me observaba con detenimiento. Callado.

—Aday, él es mi tito. El hermano de mi padre —comentó mi sobrina con su desparpajo característico—. Es muy bueno. Viaja mucho y ve muchos animales.

Aday solo me observó, pero no abrió la boca en todo el trayecto. Me pareció la viva imagen de Itahisa. Tenían los mismos ojos, la nariz redondita y pequeña y vestía unas zapatillas de cuadros blancos y negros diminutos y una camiseta blanca de mangas cortas. Me pregunté si, cuando creciese, tendría pecas pintadas en el rostro al igual que su madre.

Llevamos a los niños con una amiga de Paola y mi hermano y yo nos fuimos hacia el pueblo de Damme. Allí enterraban a Abhau en un par de horas.

—¿Cómo estás? —me preguntó mi hermano tras dejar a los niños —. Idaria tenía muchas ganas de verte. Siento que hayas conocido a Aday así, pero tenía que dejarlos a los dos con Camille.

—No te preocupes. Más pronto que tarde lo acabaría conociendo. Me alegro de que haya sido contigo, puedo procesarlo mejor. ¿Cómo es?

—Un niño muy listo. Abhau no se despegaba de él. Tenías que haberlo visto durante estos últimos meses en casa con ambos nietos tumbados junto a él. Les ha puesto más documentales a ellos que a ti y a Itahisa. Paola y yo estamos temiendo que nos va a salir como sus tíos. Aday todavía no habla, pero entre todos los peluches que tiene su favorito es el pulpito. Lo llama así —especificó.

—El gran Abhau… ¿Cómo están Paola e Itahisa?

—Tristes, pero bien. Ha sido una muerte lenta, se ha ido poco a poco y han tenido tiempo para despedirse de él. No le ha faltado mucho para los cien años, hoy en día me parece una larga vida.

—¿Y Fayna?

—Fayna hace tiempo que dejó de recordar las cosas. No creo que falte mucho para que se vaya también. Aun así, cuando Abhau murió en el sofá, cerrando los ojos como si fuese a echarse una siesta,

algunas lágrimas se le escaparon. Las chicas quieren pensar que una parte escondida de su abuela sigue acordándose de todos ellos.

—Ahora vive en una residencia, ¿no?

—Sí, pero los meses que Itahisa ha estado aquí se la traía todos los días con ella.

Asentí. La vida era una rueda. Las personas que nos habían cuidado de pequeños y nos parecían tan grandes, fuertes y poderosas, se iban haciendo mayores hasta apagarse y, por el camino, en muchas ocasiones, se cambiaban aquellos roles y nos tocaba a los que éramos pequeños y diminutos cuidar de nuestros poderosos. Aquella no era una tarea sencilla, menos aún cuando enfermaban, como Fayna. Pero en el caso de Abhau esperaba que Itahisa hubiese exprimido, hablado y sentido todo lo que quería. Había tenido tiempo y estaba seguro de que lo habría aprovechado.

Mi abuela Liliana también había fallecido hacía un par de años. Itahisa había querido venir al entierro, pero acababa de tener un hijo y no podía desplazarse a la otra punta del mundo. Así fue como me enteré de que había sido mamá. Mi hermano y Paola me contaban alguna que otra cosa sobre ella. Nosotros nos mandábamos un mensaje por Navidad y en nuestros cumpleaños, pero nunca nada en profundidad. Al menos, habíamos sido capaces de dejar los rencores de lado.

—¿Y vosotros? ¿Cómo estáis?

Nos faltaba poco trayecto hasta Damme, y empezaba a revolvérseme la barriga. Otra vez me tocaría transitar un buen conjunto de emociones.

—Todo bien. Hermanito. Liados entre nuestros trabajos e Idaria. Siempre que podemos nos escapamos a alguna capital europea. Paola está empeñada en que Idaria conozca el encanto de las ciudades que nos rodean y se sienta muy europea —sacudió la cabeza—. Ya sabes, su trabajo relacionado con las instituciones y sus miedos no dichos a que salga como sus tíos y se vaya lejos.

Me reí porque aquello que me contaba mi hermano me pareció lo más natural, viniendo de Paola.

—Pero es una madre y una compañera de vida increíble —especificó.

Vi sus ojos emocionados y le palmeé el hombro.

—Lo es, sí —confirmé.

—¿Y tú? ¿Cómo sigues?

—Yo también estoy bien, igual que la última vez que nos vimos—. Desde que tenía una sobrina, trataba de que no fuese más de medio año.

Me miró y me sonrió.

—Me alegro de que estés aquí, aunque el motivo no sea el deseado: siempre es una alegría volver a ver a mi hermanito.

Aparcó el coche en la calle principal de piedra y anduvimos cinco minutos hasta llegar a la iglesia.

Había mucha gente esperando fuera, pero mis ojos se encontraron directamente con los de Itahisa y con los de aquella persona que la rodeaba con fuerza y le daba un beso en la frente.

Se me cerró el estómago. Una cosa era saber que Itahisa había rehecho su vida y otra, muy diferente, era verlo en primera persona.

Capítulo 109

Itahisa

Verano en Brujas – 37 años

Noté la presencia de Nahuel antes de verlo. Apareció en el jardín de la iglesia del pequeño pueblo de Damme, sin caracoles en el pelo y vestido completamente de negro, con vaqueros oscuros y camiseta de manga corta.

Yeray también lo vio, y su abrazo se afianzó. Cuando volvimos a encontrarnos, decidí que tenía que contarle toda mi historia si quería que aquella segunda oportunidad de la vida nos fuese bien. Ahora, por primera vez, iba a conocer a Nahuel.

Subí la mirada hasta los ojos de Yeray, y este asintió. Me dio un breve beso en los labios y me soltó. Se giró para hablar con Aairam y Lucía, y yo me acerqué a mi cuñado y a Nahuel.

—Hola —saludé, con las lágrimas queriendo escapárseme de los ojos.

Nahuel me miró de arriba abajo y terminó dando un paso hacia mí y atrayéndome contra su pecho. Me envolvió en sus brazos y le di rienda suelta a todas mis emociones.

—Lo siento mucho —murmuró en mi pelo.

—Lo sé —dije contra su camiseta—. Se ha ido en paz —añadí.

Nahuel movió su cabeza y sentí su barbilla apoyarse en mi nuca.

—Yo también siento mucho lo de Liliana y no haber podido ir —dije.

—Lo sé. Tienes un hijo precioso.

Sorbí por la nariz y lo apreté también en mis brazos. Hacía tantos años que nos habíamos abrazado por última vez que no me lo creía.

—¿Lo has conocido? No sabía si Samuel lo dejaría primero con Camille o iría a por ti.

—Fue imposible que Idaria no viese a su tío —explicó el aludido, dándome un abrazo cuando me retiré de Nahuel.

—Lo entiendo. Esa niña te ama. —Traté de sonreír.

—Y yo a ella —me aseguró Nahuel.

Me giré y vi a Aairam, Lucía y Yeray pendientes de nosotros.

—¿Quieres…? —No sabía muy bien cómo seguir aquella pregunta.

—Sí, venga, vamos. Hace mucho tiempo que no veo a Aairam.

Y tanto, pensé, recordando aquella última conversación que tuvieron y por la que Aairam se enfadó por primera vez conmigo. Me aseguró que nunca más mentiría y haría daño de ese modo a nadie.

Escasos pasos después, estábamos frente a ellos.

Aairam tomó la iniciativa y lo abrazó. Se palmearon la espalda y se encontraron con la mirada. No habían compartido mucho tiempo de vida, pero sí sabían de la existencia del otro desde que tenían uso de razón.

A pesar de todo lo que habíamos vivido, los tenía a los dos a mi lado, treinta y siete años después, un día tan significativo como aquel. Lo agradecí en silencio. Desde que vivía desde el agradecimiento, las cosas me estaban yendo mejor.

—Ella es Lucía —expresó Aairam.

Los ojos de Nahuel me miraron un segundo, abriéndose de más, y yo asentí con los labios sellados y tratando que la sonrisa no se me escapase. Exactamente: era aquella Lucía de la que le había hablado. Resultó que también fueron capaces de limar sus diferencias y casarse. Vivían en Fuerteventura, pero la idea era que, cuando yo volviese a la isla, se mudasen a la capital. Lucía había vivido muchos años en ese trozo de tierra y quería cambiar un poco de aires.

—Encantado—. Se dieron dos besos y me tocó el turno.

—Y este es Yeray. Yeray, Nahuel, Nahuel, Yeray.

Se dieron la mano, y respiré hondo.

—Un placer —comentó Yeray.

—Lo mismo digo —dijo Nahuel, tragando con cierta dificultad—. Siento mucho la pérdida.

—Gracias —respondió mi pareja—. Pero en este caso, y por lo que Itahisa me ha contado, quien tiene que darte el pésame soy yo a ti.

Los ojos de Nahuel se volvieron brillantes y su mandíbula cuadrada se notó algo tensa.

—Gracias —respondió, compungido.

Las campanas comenzaron a sonar, indicando que la misa iba a empezar, así que nos adentramos en el interior de la iglesia. Fue muy bonita. Mi padre dio un discurso precioso y Paola y yo tratamos, entre lágrimas, de dejarles claro a todas aquellas personas que se habían acercado que nunca volvería a haber un hombre en la tierra más bueno que mi abuelo, aunque eso ya lo sabía la mayoría.

Cuando lo enterraron, permanecí cerca de mi abuela. Hacía tiempo que se había ido a otra dimensión muy lejana, pero aquellos días parecía sentirse más inquieta y, de vez en cuando, la tristeza se acomodaba en su rostro. Había pronunciado el nombre de mi abuelo una única vez con dolor, pero, a los minutos, cuando le preguntamos por él, ya no se acordaba. Hubiese dado mucho de lo que tenía por poder recuperar la mente de mi abuela, pero aceptar su enfermedad había sido mejor que tratar de luchar contra ella.

Yeray no se despegó de mí en ningún momento, y se lo agradecí. Me hacía mucha falta durante aquellos días. Nahuel y Samuel también anduvieron cerca, enfrente de nosotros.

Nahuel empezaba a tener algunas arruguitas en los ojos y algunos mechones de pelo blancos. Cuando lo miraba, podía recordar perfectamente el niño que había sido, jugando conmigo, pero la imagen que me devolvía ya era la de un adulto hecho y derecho.

La misa terminó y volvimos a nuestros coches para llegar a Brujas. Los más allegados desayunamos algo rápido en la casa de Paola y Samuel, conversamos y tratamos de recordar anécdotas de mi abuelo.

—Recuerdo que mi abuelo me cuidó todos los días que tuve los puntos en la ceja tras caerme con un trineo. Mi abuela le dio sangre de drago para curarme y él me la juntaba cada día, asegurándome que la sabiduría guanche me curaría —contaba Paola mientras se comía un sándwich de queso.

Mi mirada viajó en busca de Nahuel, y lo encontré observándome. Me pregunté cómo continuaría su pie. ¿Se seguiría notando aquella

pequeña cicatriz, tantos años después?

Nahuel me dedicó una sonrisa discreta y yo se la devolví.

—No siempre cuidaba tanto, ¿eh? —bromeó mi padre—. A mí me dio varias veces con la zapatilla cuando me tiraba a la nieve sin ropa para hacer angelitos. Me repetía que me iba a resfriar y luego le tocaría a él aguantarme con los mocos… —Unas carcajadas se escucharon por el salón.

Yo me retiré en busca de mi abuela, quien estaba sentada en su vieja butaca con la mirada perdida en el techo.

—Yeray, voy a llevar a Fayna a la residencia.

—Vale, ¿quieres que te acompañe?

—No te preocupes, voy yo.

—Está bien. Oye, amor —Me giré con la pregunta en los ojos—. ¿Por qué no vas con Nahuel y pasas un rato con él?

El pecho se me movió, agitado, y arrugué el entrecejo.

—¿Cómo?

Yeray me rodeó con sus brazos y posó sus labios en los míos.

—Sé que te hará bien. Yo paso el día hoy con Aday, Aairam y Lucía.

—Está bien, gracias, amor.

Me retiré, cogiendo a mi abuela del brazo y acercándome a Nahuel.

—¿Quieres acompañarme a la residencia? —La sorpresa se reflejó en sus ojos. Miró instintivamente a Yeray y a mí, y mi pareja le dedicó una sonrisa alentadora.

—Mmm, está bien.

Salimos por la puerta, agarrando a mi abuela, que cada vez andaba peor, y nos sentamos en el coche de mi hermana.

—¿Este también tiene asientos calefactables? —Fueron las primeras palabras de Nahuel.

Me reí y asentí.

—Una maravilla, ¿verdad?

—Madre mía, el nivel de nuestros hermanos.

Condujimos con una música muy suave hasta la residencia de mi abuela. Ella tenía la mirada perdida y emitía algún que otro sonidito por la boca que era imposible de entender. Antes de bajarme del

coche, ya estaban esperándonos un par de cuidadores con una silla de ruedas.

Mi abuela se negaba a usarlas con toda la fuerza que tenía. Mi familia quería pensar que aquella silla le recordaba a Abhau, pero realmente no teníamos ni idea. Quizás nos montábamos todas las películas en nuestras cabezas, tratando de buscarles señales, pero nos ayudaba. Vivir una enfermedad como la de mi abuela había sido otro episodio muy muy duro de mi vida.

Me despedí de ella con un beso en la mejilla, aunque sus ojos continuaron vacíos cuando sintió mis labios. Me resigné y entré en el coche, agarré con fuerza el volante y solté el aire.

—¿Cómo estás, Itahisa?

Capítulo 110

Nahuel

Verano en Brujas – 37 años

—En este momento no lo sé —respondió—. Mejor que cuando nos vimos la última vez sin duda, pero muy cansada por lo que ha pasado en los últimos meses —añadió.

Volvía a tener el pelo más largo, continuaba con su arito en la nariz y sus pecas, pero las ojeras bañaban su rostro.

—Es normal.

—Lo sé, por eso no le doy muchas vueltas. Quiero decir, cualquier persona con un hijo de dos años, una abuela enferma de Alzheimer y un abuelo que acaba de morir estaría cansada, ¿no?

—Exacto.

—Pese a todo, me apetece hacer algo diferente. ¿Y si vamos con las bicicletas hasta Holanda?

—Venga, sí, me parece un buen plan.

Buscamos un aparcamiento a menos de cinco minutos de la residencia y andamos otros diez para llegar a un negocio de alquiler de bicis. Pedimos dos y comenzamos a pedalear a lo largo del río Reie, alejándonos de la ciudad entre sus canales y sus molinos. Hacía un día soleado y, por una vez, íbamos a tener muchas horas de luz en aquella ciudad. Cuando llegamos a las afueras, giramos hacia la derecha y nos encaminamos hacia Damme de nuevo. Nahuel y yo pedaleábamos a la par, el uno al lado del otro, y, cuando llegamos al pequeño pueblo, Nahuel frenó.

—¿Te apetece entrar?

Acabábamos de despedirnos de mi abuelo hacía escasas horas, pero la verdad era que sí.

—Por favor —respondí con una sonrisa pequeña.

—Después de ti. —Alargó el brazo.

Llegamos al cementerio que se hallaba detrás de la iglesia y nos sentamos frente a la tumba de mi abuelo. Habíamos decidido tallarle su nombre en un trozo de madera. Cruzamos las piernas y acaricié aquella tierra que acababa de ser removida.

—Creo que no podrá descansar en un lugar mejor que este —comenté, dándoles voz a mis pensamientos—. Un lugar entre canales, calles empedradas y fresquito. Él no quería pasar calor nunca. —Me reí.

—Desde luego que no. Bélgica fue su hogar, por muy guanche que fuese.

—El Dios supremo guanche se llama Achamán. Él era quien regía el universo y protegía a nuestro pueblo frente a las adversidades y los grandes desastres naturales —comenzó a explicarme—. Lo consideraban un Dios bondadoso. Los lugares de culto de aquel Dios eran las montañas; el Teide sin duda siempre fue sagrado. Mi abuelo no ha querido enterrarse según las tradiciones guanches, pero incluí en su caja un poco de tierra del Teide. Me la trajo Yeray.

—Me parece una idea muy buena, Itahisa.

—¿Tú crees?

—Sí. Sé lo que adoras tu cultura y creencias ancestrales. —Recordé la leyenda de Gara y Jonay, y me di cuenta de que era cierto que no terminaríamos juntos, pero, al menos, no habíamos muerto—. Así que es un gesto muy tuyo. Tu abuelo te amaba con todo, estoy seguro de que se alegraría de saber lo que hiciste.

Asintió y se mordió el labio.

—¿Continuamos?

Me levanté de la tierra y le tendí la mano. Nos mantuvimos agarrados unos segundos más de lo que podría considerarse normal hasta que ella me soltó.

Seguimos pedaleando casi tres horas más, siguiendo el cauce del río entre árboles verdes y un fresco muy apetecible hasta pasar por debajo de la autovía y llegar al pueblo de Sluis, en Holanda. Reventados, paramos en un supermercado a comer algo y, siguiendo el camino que nos llevaba al centro, nos encontramos con una señora adorable que vendía mermelada casera en un pequeño

puesto en la acera de su casa. Compramos una de piña y otra de granada, y un búho tallado.

—¿Qué vas a hacer con ese búho? —La curiosidad de Itahisa nunca desaparecería.

—Si me lo permites, bueno… —me corregí—, si tú y Yeray me lo permitís, me gustaría regalárselo a Aday.

Itahisa sonrió con todos los dientes como respuesta.

—Por supuesto que sí —expresó con júbilo—. ¿Quieres que nos sentemos a beber un par de cervezas?

—Venga.

Nos acomodamos en una terraza cercana al molino de una de las calles de aquel pueblecito y brindamos.

—Por la vida —empecé.

—Y por nosotros —continuó, Itahisa—. ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Qué tal Teresa?

—Bien, estamos bien. Ahora mismo está en el Mar Rojo. Hemos montado una empresa de viajes relacionados con los buceos y el mar. Tenemos un grupo al mes más o menos y los llevamos a sitios espectaculares. No sé si te acuerdas de la chica que estampó las flores del ramo de Paola en un vestido, la malagueña.

—Sí, sí, por supuesto. Olivia.

—Exacto. Ella y su pareja han venido a varios de nuestros viajes; puedes leer sus comentarios, nos han ayudado a impulsar el negocio en España. Estamos muy contentos con lo que estamos consiguiendo. Conociendo a tanta gente y viendo sus caras de felicidad cuando terminan el buceo.

—Me lo imagino, tiene que ser un proyecto increíble.

—Te juro que lo es, sí.

Itahisa me sonrió con ternura y yo me encogí de hombros.

—¿Estoy hablando demasiado? —pregunté, rascándome la coronilla.

—Para nada. Me encanta.

—Vale, bien. Pues Teresa está ahora mismo en Egipto. Estábamos con uno de nuestros grupos cuando Samuel me llamó. Perdona por haber tardado un par de días en llegar. No conseguí estar antes.

Itahisa sacudió la mano, restándole importancia.

—Estás aquí y es lo que importa. Yo no pude estar cuando faltó Liliana. —Miró la cerveza, como si de repente fuese algo muy importante—. Ni cuando se fue Julián —farfulló.

—No te preocupes, de verdad. Tenías motivos de sobra para no estar y, yo te sentí cerca en ambos momentos.

Sus ojos marrones se entrelazaron con los míos y la piel de sus hombros se le puso de gallina. Se giró para ponerse una rebeca azul y me fijé en su collar.

—¿Crees que alguna vez te lo quitarás? —pregunté, moviendo la cabeza hacia este.

Itahisa se lo agarró instintivamente con la mano.

—No. Al menos, si tengo elección.

—Muchas gracias por seguir conservándome cerca —declaré, y la voz se me volvió algo ronca.

—He aprendido que así es como quiero tenerte: cerca.

Traté de sonreír, pero varias emociones se me atascaron en la garganta.

—¿Cómo es ser madre? —pregunté para cambiar de tema y rebajar aquellos sentimientos que parecían habernos envuelto.

—Una experiencia inexplicable. De repente, todos mis problemas y mis preocupaciones pasaron a un segundo lugar. Desde que vi la cara de Aday supe que quería ser mi mejor versión cada uno de mis días y, por primera vez desde mi adolescencia, siento que lo soy.

»Tengo problemas cada día, pero la manera en la que los afronto ha cambiado completamente. —Hizo una pausa antes de continuar —: ¿Sabes? Soy feliz con mi familia. Me despierto cada día y agradezco tener a Yeray y a Aday a mi lado. Fueron tantos años los que parecía que nunca conseguiría estar bien si no te tenía conmigo… pero no —dijo con calma—. He aprendido a colocarte cerca del centro de mi corazón, en un lugar a buen recaudo, pero sin que lo ocupes entero.

Sus palabras me arañaban la piel a la vez que me la acariciaban. Entendía de qué hablaba porque a mí me sucedía lo mismo. Era muy feliz junto a Teresa y no quería cambiar aquello, a pesar de que Itahisa siempre sería ese amor que se me quedó en las entrañas.

—Me alegro mucho —confesé de manera sincera—. Te lo mereces.

—Gracias.

Nos terminamos las cervezas y volvimos a Brujas.

Capítulo 111

Itahisa

Invierno en Neuquén – 46 años

—¡Tita! —me llamó mi sobrina, arrastrándome hasta la terraza de Lorenzo y Florencia—. ¡Cuéntales a mis amigas tu historia de amor con el tito Yeray! Es muy bonita.

Cinco niñas de quince años me miraban con detenimiento mientras me sentaba en el jardín con un mate.

—Está bien. —Sonreí—. Pero tú también te la sabes, ¿por qué no empiezas tú y, si hace falta, yo te corrijo?

—Vale. —Idaria se sentó cerca de mí y se ajustó sus gafas de ver de pasta blanca, similares a las de su padre—. Voy a contaros una historia de amor superbonita de segundas oportunidades, como las de los libros que nos gusta leer.

Las amigas de mi sobrina sonreían y asentían. Estaban en pleno descubrimiento de sus emociones y sentimientos, y el amor era uno de los que llegaba primero para avisarnos de que sería clave en nuestras vidas.

—La primera vez se conocieron tras una competición en la que mi tía lo bordó. Él se sabía hasta su nombre —añadió con emoción, lo que ocasionó que me riese—. Coincidieron en un bar por la noche y terminaron juntos. Mi tito hasta se mudó a Fuerteventura con ella, pero mi tía tuvo un accidente con la cometa y se puso muy triste —aseguró, llevándome a aquellos años.

»Y el amor se apagó hasta que dejó de funcionar. —Me pareció un buen resumen de aquella etapa, sí—. Años más tarde, cuando mis padres se habían casado y yo ya había nacido, mi tita no estaba triste. ¿Voy bien? —Su coleta rizada se meneó cuando giró la cabeza hacia mí.

—Muy bien, sí—. Me pareció muy curioso escuchar cómo iba contando mi historia. Tantos años de dudas, miedos,

autoconocimiento, sufrimientos, Nahuel, mis padres… contados así de sencillos ayudaban a ejemplificar las cosas que nos retorcían por dentro y que años después siempre se veían más sencillas.

—Un día, mi tía se montó en una guagua que iba a reventar. La persona que iba detrás de ella la empujó sin querer y ella terminó chocándose contra una espalda. Levantó la vista y era él, mi tío Yeray, que se había mudado a la isla otra vez.

»Él se había ido la primera vez sin despedirse, así que el encuentro no fue sencillo. Sin embargo, mi tita, que es más buena que todo en este mundo y se parece a mi bisabuelo Abhau —aclaró —, le sonrió.

Que Idaria me tuviese en un pedestal tenía mucho que ver con mi hermana y mi cuñado. Desde que había nacido su hija, no habían hecho más que hablar bonito de todos nosotros y, con el paso del tiempo, a pesar de que no nos veíamos demasiado, seguía queriéndome tanto como yo a ella.

—Fue amor a segunda vista. Desde entonces, no se han separado, y cuando los miro, pienso que ojalá llegue un Yeray a mi vida pronto.

Las amigas de mi sobrina suspiraron, cual adolescentes quinceañeras, y yo terminé riéndome con ganas.

—Seguro que encontráis a vuestro Yeray, pero no tengáis prisa. El mío apareció para quedarse a los treinta y tres; todavía os queda mucho por vivir.

Decidí callarme la parte más importante: Yeray era mi segundo gran amor: el primero era su tío, pero no hacía falta que conociese tantos detalles. Por supuesto, no era tan buena como mi sobrina pensaba en aquellos años. No cuando, en ocasiones, seguía soñando con los ojos grisáceos de Nahuel y sus labios fríos rozando los míos.

—¿De qué hablasteis en aquel autobús? —me preguntó una de sus amigas.

—¿Cómo sabías que aquella vez iba a salir bien? —inquirió otra.

—¿Lo quieres todos los días de tu vida o a veces te cansas? —añadió una tercera.

Poco a poco fui respondiéndoles a todas y, cuando entró mi hermana, me encontró sentada en un círculo, como si volviese a

tener quince años.

—Veo que la tita os gusta, ¿eh? —Paola me abrazó por detrás y se sentó con Idaria y conmigo—. ¿De qué habláis, chicas?

—Del gran amor de la tita —aseguró su hija.

Mi hermana me cogió la mano y me dio un beso. Nuestros ojos se encontraron y sobró el entendimiento.

Un rato después, decidimos levantarnos y dejarlas solas.

—¿Has terminado ya la tarta? —le pregunté.

Aquella noche íbamos a celebrar los quince cumpleaños de Idaria, y mi hermana estaba más atacada que en su boda con todos los preparativos. Tenía que ser una fiesta perfecta: era la celebración más importante de cualquier niña argentina y mi hermana quería hacer honores a la cultura de Samuel.

Tras la muerte de mi abuela, pocos meses después de la de mi abuelo, siguieron en Brujas un par de años. Paola volvió a quedarse embarazada y perdió al bebé. Los médicos le dijeron que aquello pasaba más a menudo de lo que parecía y que podía haber múltiples factores; una vida ajetreada entre ellos.

Mi hermana trabajaba muchísimo en las instituciones europeas, y decidió que quería un cambio. Allí estaban solos y, cuando crearon su balanza, decidieron mudarse con la familia de Samuel a Neuquén.

Que mi hermana estuviese tan lejos era duro, pero, por suerte, existían las videollamadas y los aviones. Nos veíamos siempre un par de veces al año y, de vez en cuando, continuábamos viajando a Bélgica; al fin y al cabo, mis abuelos seguían allí.

—No, todavía no. No me sale bien el *frosting*.

—Anda, deja que te eche una mano.

—Gracias, la repostería nunca ha sido lo mío.

—Deberías haberme dejado que te ayudase desde esta mañana —indiqué, poniéndome un delantal y recogiéndome el pelo.

—Entonces te habrías perdido la preciosa conversación con mi hija y sus amigas.

Puse los ojos en blanco y me reí con disimulo, ordenando la mesa para empezar la receta.

—¿Vamos a tenerla siempre engañada? —me preguntó.

—Cuando sepamos seguro que no le dirá nada a su primo, podremos contarle mi historia con Nahuel.

—Está bien, pero no creo que a Aday le importe. Él ve cada día cuánto se quieren sus padres.

—Por si acaso, Pao. Todavía no quiero que sepa nada, solo tiene once años.

—Vale, pero nunca habéis hecho nada malo.

—Lo sé.

Y era verdad. No obstante, temía que, si mi hijo se enteraba de lo que había sucedido con Nahuel, nos analizase con lupa y pudiese encontrar pequeños gestos que hablarían más de lo que quería. Como el nerviosismo de mis manos al pensar que volvería a verlo aquella noche.

Capítulo 112

Nahuel

Invierno en Neuquén – 46 años

Mi padre fue quien nos recogió a Teresa y a mí aquel año. Volver a Neuquén siempre significaba volver a mi viejo hogar porque, aunque en aquellos años tuviésemos una casita de colores en la Baja California, no había nada como estar, en la casa de mis padres, con mi hermano, Paola y mi sobrina. Cuando era más joven, no me apetecía mucho pasar tardes y días rodeado de familia, pero, a medida que iba creciendo y envejeciendo, me gustaba más volver a Neuquén. Si echaba la vista atrás, llevaba más de veinte años lejos de casa.

Teresa y yo le habíamos preparado un regalo especial a nuestra sobrina Idaria. Además de llevárnosla a uno de nuestros viajes a las Islas Mauricio en un par de meses, le habíamos regalado las entradas para asistir a un espectáculo del *Circo della Vita*, el mejor circo del momento a nivel mundial. Idaria se tiraba horas en clases de *ballet* y adoraba ver las actuaciones de la contorsionista, una tal Briana, así que, cuando descubrimos que iban a hacer una gira por Latinoamérica, no lo dudamos y sacamos tres entradas. Yo era el tito que siempre defendería que echase todo el tiempo posible en aquello que le removía por dentro y, parecía ser que, en su caso, eran el *ballet* y la danza.

Mi padre me abrazó con ganas. Se le veía contentísimo de tenernos en casa. Teresa también se alegraba. No eran muchas las ocasiones en las que coincidía con nuestra familia, entre el estilo de vida que llevábamos y que ella también tenía que viajar a la capital de México de vez en cuando para visitar a los suyos, no solía ver a mis padres más de una vez al año.

—¿Cómo ha ido el vuelo? —nos preguntó al sentarnos.

—Bien. No tan corto como me gustaría, pero bien. ¿Cómo estáis vosotros? —pregunté, observándolo.

La edad corría para todos y mi padre cada vez se parecía más a la imagen que tenía de mi abuelo Julián cuando era niño.

—Bien, bien. Paola está atacada. —Se carcajeó—. Y tu hermano quiere tirarse de los pelos; dice que ni en su boda estuvo así de nerviosa. Quiere hacerlo todo perfecto. Lleva una semana tragándose todos los vídeos de YouTube que puede para aprenderse los detalles que debe tener la fiesta de los quince.

—Pobrecita —comentó Teresa—, yo la entiendo. Seguramente estaría igual.

—Pues menos mal que hemos decidido no ser padres.

Me giré hacia el asiento de atrás, donde ella se sentaba, y me sacó la lengua.

—Menos mal, sí. A ver en qué espacio-tiempo de nuestra vida lo habríamos metido.

Continuamos el trayecto, hablando un poco de todo. Apenas quince minutos después, estábamos en la verja de nuestra casa.

Lo primero que escuché fue la risa de Itahisa al otro lado de la puerta y las palmas de las manos se me mojaron. Todavía recordaba los años en los que la entrada de aquella casa había estado decorada con las piedras de nuestra historia: ella nunca lo llegó a ver. Me preguntaba qué habría pensado aquel Nahuel que las pintó con tanta ilusión si le hubieran contado que Itahisa pisaría su hogar cuando estuvieran llegando a los cincuenta, con una familia de la que él no formaría parte y para celebrar el cumpleaños de la sobrina que ambos tenían en común.

La vida había dado muchas vueltas, más de las que nunca me habría imaginado, y había llegado el momento de que Itahisa conociese a la mujer con la que llevaba casi veinte años de mi vida.

Mi padre metió las llaves de casa en la cerradura y entramos. Itahisa se giró con la nariz llena de harina, un delantal sucio y una sonrisa.

Sus ojos se entrelazaron con los míos y sentí el corazón más arropado. Luego desvió la mirada hacia mi mano y la de Teresa, con los dedos entrelazados, y la profundidad que vi en ella me paralizó.

No sabía qué estaba pensando en aquel momento, pero supuse que estaría tratando de asimilarlo, al igual que me había ocurrido a mí la última vez que nos habíamos visto en el entierro de Abhau.

Meneó la cabeza, tratando de librarse de algunos pensamientos, y se sacudió las manos en el delantal.

—Hola —comentó, sonriendo, y me perdí en aquella sonrisa. Itahisa brillaba aquel año. La vi tranquila, feliz y en paz; tal y como se hallaba en mis recuerdos de la adolescencia. Ya no tenía ojeras ni los hombros agachados, su pelo en una coleta alta y su collar siempre presentes—. Encantada, soy Itahisa.

Teresa la miró un segundo y luego a mí, y noté el instante exacto en el que mi mujer se relajaba en nuestra presencia. Cuando conocí a Teresa, había tenido el corazón destrozado por culpa de aquella mujer que teníamos en frente, pero, con los años, los detalles que le había ido contando de Itahisa mostraban cómo de importante era para mí. Siempre la había pintado como una mujer triste y con mucho dolor en el corazón, pero, en ese momento, la persona que teníamos en frente irradiaba justo lo contrario.

—Igualmente, yo soy Teresa.

Se dieron un torpe abrazo y luego llegó mi turno.

—Hola —la saludé.

—¿No me vas a dar ni un abrazo? —bromeó—. ¿No quieres un poco de harina en los rizos?

La atraje hacia mí, soltando la mano de Teresa, y respiré su olor a sandía. Abrazar a Itahisa era mi sensación favorita en el mundo, y sabía que aquello no cambiaría; darían igual los años que pasasen.

Nos separamos y arrugué el entrecejo al ver la mirada que me dedicó cuando nuestros rostros se encontraron algo cerca.

—Idaria está fuera en el jardín con sus amigas. Aday y Yeray han ido a visitar la ciudad y tu madre anda por alguna otra habitación de esta casa —me dijo Paola como saludo.

—Hola, cuñada. Un placer verte de nuevo, tan guapa como siempre.

—Anda, calla ya. Las arrugas empiezan a preocuparme, y si no me tiño, tengo demasiadas canas.

—Paola, por favor, eh. —Se rio su hermana—. Déjate de tonterías, que estás preciosa. Oye, Teresa, ¿te apetece ayudarnos?

Recordé que mi mujer seguía en la misma sala que nosotros tres, y me enfadé conmigo mismo por mi despiste. Menos mal que Itahisa había estado atenta. En mi defensa, solo podía añadir que la felicidad de Itahisa me había deslumbrado aquel mediodía.

Capítulo 113

Itahisa

Iruvai (temporada seca) en Maldivas – 58 años

—¡¿Pero a dónde me lleváis, chicos?! —Me sentía muy nerviosa, a la par que ilusionada, cuando me bajé del coche.

La noche anterior, Yeray y Aday me habían obligado a salir a cenar con mi hermana y se habían quedado solos en casa. A la mañana siguiente, mi hijo había entrado en nuestra habitación con un bizcocho *red velvet* con glaseado de sandía para cantarme cumpleaños feliz. Uno de los *hobbies* que compartía con él era hornear siempre que podíamos.

Después, me habían obligado a vestirme y me habían puesto un antifaz. Desde entonces, mi marido y mi hijo se habían convertido en mis pies y mis manos.

—Mamá, te quedan muchas horas, así que paciencia.

—¡¿Nos vamos de viaje?! —Sentí la risa de ambos cerca de mi espalda y, a los pocos segundos, el ruido del aeropuerto llegó a mis oídos.

—Efectivamente —confirmó Yeray, y por su tono sabía que estaba sonriendo.

—Madre mía. ¿Paola lo sabía?

—Sí, mamá. Paola, el tito, la prima, los abuelos: todos estaban enterados. Por eso hoy no hay celebración en casa. Cuando volvamos celebramos con ellos, que sabemos las ganas que tenías de celebrarlo con la tita ahora que por fin se han mudado a Fuerteventura.

—Vale —aseguré con el pecho lleno de amor—. Me parece una idea estupendísima.

***

Casi dieciséis horas después, y tras un par de escalas, llegamos al destino. Solo sabía que teníamos que estar bien lejos. En Madrid me habían puesto unos tapones para que escuchase lo menos posible. La idea había sido maravillosa, pero sentía los ojos muy cansados por el antifaz y los nervios me burbujeaban en la barriga. Acababa de cumplir cincuenta y ocho años y me sentía como una niña esperando a los Reyes.

Cuando salimos del aeropuerto, cada uno de mis dos hombres se puso a un lado y me quitaron el antifaz a la par. Frente a mí apareció Nahuel con otra tarta y una sonrisa.

—¡Bienvenida a Maldivas! —dijeron los tres al unísono.

—¿A Maldivas? —Unos segundos de *shock* antes de salir corriendo, agarrada de ambos para abrazar a Nahuel.

—Itahisa, la tarta, ¡cuidado!

—Ups, perdón, perdón.

—El último trayecto es hasta Maafushi con Nahuel, pero pensamos que podías disfrutar de las vistas de la lancha. El aterrizaje último ha sido precioso —comentó mi hijo con una sonrisa linda.

—No sé qué decir, sigo sin palabras.

—Mamá, en este viaje vas a ser la exploradora que has querido ser desde niña.

Lágrimas de felicidad me llenaron los ojos. Observé a mi alrededor y traté de asimilar esas palabras.

Al final, lo máximo que había viajado había sido el tiempo que había estado entrenando a Tania. Luego, había apostado por tener una familia y quedarme en mi isla con mi negocio y ellos. No me arrepentía, llevaba una vida que adoraba, y eso me parecía una gran suerte.

No obstante, era cierto que, desde que Aday era pequeño, en la tele salían cientos de animales. Además, cuando coincidió con Nahuel y Teresa en el cumpleaños de Idaria y fue más consciente del estilo de vida de ambos, empezó a interesarse por el buceo. Mi hijo era la mezcla perfecta de quien fue mi gran amigo y de mí. Hacía *kitesurf* de miedo y buceaba igual de bien. El pasado septiembre se había graduado en Ciencias del Mar y estaba trabajando con la ONG

en la que Nahuel trabajó un año: SECAC. Las vueltas de la vida era uno de mis temas favoritos y, si me ponía más específica, las vueltas de la vida que me llevaban a Nahuel.

Yeray me abrazó y yo me escondí en su pecho.

—Gracias —murmuré.

—Dáselas a tu hijo y a Nahuel. Llevan preparándote esta sorpresa meses —me explicó.

Alcé la mirada hasta su rostro. Sus ojos marrones, como los míos, estaban llenos de ilusión. Acaricié su pelo canoso y liso, las arrugas de su rostro y su lunar en la mejilla. Llevaba casi treinta años al lado de aquel hombre, y cada día lo veía más guapo que el anterior.

—Gracias por haberlo aceptado así.

—Itahisa, hace muchos años que no tengo ninguna duda sobre nosotros —pronunció en mi frente, depositándome un beso—. Sé que Nahuel siempre será especial para ti, que nunca dejarás de quererlo y que los recuerdos que tienes con él son uno de tus tesoros más preciados, pero también sé que me amas a mí y que eres feliz a mi lado. No necesito más.

Lo abracé y Yeray me secó las lágrimas.

—Soy la mujer más afortunada del planeta.

—Papá, mamá, ¿podéis dejar las carantoñas para cuando estéis solos en la habitación? —gritó nuestro hijo con la puerta del taxi abierta—. Estamos esperándoos.

—Sí, sí, perdón.

Capítulo 114

Nahuel

Iruvai (temporada seca) en Maldivas – 57 años

Las muestras de cariño y el amor que se profesaban Yeray e Itahisa siempre me arañarían el corazón. Tras nuestro último encuentro en Neuquén, las cosas entre Teresa y yo fueron empeorando hasta que llegó la separación.

Fue muy dolorosa, pero terminé aceptándola. Teresa quería ser la única que ocupase mi corazón, y aquello para mí era humanamente imposible. Siempre que Itahisa estuviese en una habitación, mi atención se centraría en ella, y comprendí que no era justo.

Podía confirmar que había amado mucho a Teresa y había sido muy feliz, pero no había sido suficiente para ella; no tras verme interactuar con mi amiga favorita del mundo.

Cuando cerré la puerta de mi casa rosada en Baja California y volví a mi velero, me pregunté cuál sería mi próximo paso. Me encantaba la vida que había llevado allí, pero, de nuevo, me había dejado solo, y la limonada que estaba bebiendo me sabía algo agria. Escribirle a Itahisa no era una opción: ella estaba feliz en su isla con su familia; mi hermano igual con Paola, por lo que me encontré muy muy solo. Tenía cincuenta años y sentí que debía volver a empezar.

Las Maldivas aparecieron en un vídeo que me salió en Internet y pensé que sería buena idea irme a Asia un tiempo, a aquel archipiélago lleno de vida marina. Así que, con un nuevo propósito en mi vida, cogí todos mis ahorros y planeé mi larga travesía. Pasé por Hawái y la Polinesia Francesa y me detuve varios meses en cada una de ellas para explorarlas.

En la Polinesia Francesa me acordaba en todo momento de Itahisa, y pensé demasiado lo diferente que habrían podido ser nuestras vidas si Adrián no hubiese muerto aquel día. Mirando el paso de los años desde fuera, y como un conjunto en vez de

separarlo por detalles, Adrián había sido poco significativo en la vida de mi amiga e, incluso, en la de su madre, pues varios años después se echó otra pareja y todavía seguía con él. Pero, en realidad, había marcado un antes y un después en nosotros.

Aunque las canas bañasen nuestros pelos rubios y las arrugas hubiesen llegado a nuestros rostros, todavía nos consideraba jóvenes a Itahisa y a mí, no obstante, teniendo en cuenta la vida que llevábamos, quizás nos quedarían cuatro o cinco ocasiones, si era muy optimista, para vernos.

Aquellos pensamientos me martirizaron los meses que pasé solo en mi velero hasta llegar a Maafushi. De hecho, se me pasó por la cabeza varias veces irme a Fuerteventura, donde todo había comenzado, y ver qué pasaba. Pero, igual que la idea me venía, se iba. Itahisa era feliz con su familia, y yo no era nadie para tratar de arrebatársela.

Mi gran sorpresa fue cuando su hijo me encontró por las redes sociales con dieciséis años y me explicó que quería ser explorador. Algo se resquebrajó en mi corazón para automáticamente volver a pegarse. Mi relación con Aday había sido algo que no esperaba, y nuestra pasión compartida uno de mis mayores regalos en la vida. Le había ayudado muchísimo en la distancia con su carrera y nos habíamos encontrado en varios lugares del mundo para bucear juntos.

Aday no había tenido ni idea de lo que había pasado entre su madre y yo cuando éramos jóvenes, pero, hacía un par de años, cuando volvió de las Islas Mauricio a su casa, Itahisa decidió contarle nuestra historia. Según me informó Aday, su madre temía que se enterase por mí, aunque yo jamás hubiese abierto la boca sin su consentimiento. Me explicó que lloró mucho y liberó muchas emociones, y me dijo que me admiraba todavía más por la relación que habíamos creado, a pesar de querernos de aquella forma, por haber conseguido abrir nuestro corazón a otras personas y no haber hecho daño a la gente que nos importaba.

Yo no estaba seguro de si aquello podría considerarse bueno o, si en realidad, había sido falta de coraje y valentía para el amor. Pero viendo cómo se miraban mientras esperábamos en el taxi, pensé

que lo había hecho bien. No ir en busca de Itahisa había sido una buena decisión porque, aunque para mí Itahisa siempre sería mi centro de atención, para ella lo era su pareja, Yeray.

—Sí, sí, perdona. Vamos —contestó, riendo, calentándome por dentro.

Me pasé las manos por los caracoles y sonreí. Tenía diez días con ellos, debía aprovecharlos.

***

—Tenéis todo, ¿no? —pregunté mientras iban subiendo a mi velero —. ¿Gafas?, ¿tubo?, ¿crema de sol?

—Sí, todo; me he asegurado antes —especificó Aday.

El hijo de Itahisa tenía veintitrés años y era la viva imagen de ella cuando la había encontrado en Fuerteventura. Su rostro también estaba bañado por pecas; sus ojos eran marrones; su pelo era rubio, liso y corto, pero, cuando se lo dejaba crecer un poco, las puntas se le aclaraban por el sol y el mar; y su estilo de vestir, igualito que el de su madre: zapatillas Vans, sudaderas y vaqueros. De Yeray también tenía rasgos, como las manos con los dedos anchos y fuertes o el lunar de la mejilla; pero, al verlo, yo solo podía pensar en Itahisa.

—Perfecto. Tengo comida en la cocina, luego bajamos a prepararnos algo.

—Genial. Gracias, Nahuel.

—A ti, Aday. ¿Crees que está contenta?

Desviamos la mirada juntos y la encontramos mirando el océano con las manos agarradas a las barras de mi velero. Su melena lisa, más corta, al viento. Una sudadera rosa y gris para protegerse de este y una expresión serena.

—Diría que sí. —Respiró antes de seguir—: ¿Se ha montado alguna vez más en este velero después de vuestra separación en Fuerteventura?

Negué, apretando mis labios.

—Esta es la primera desde entonces. —La voz se me quebró y traté de disimularlo—. He guardado todo lo que tenía con ella en un mueble, no quiero haceros sentir incómodos.

—Nahuel, es tu vida y la de mi madre, no tenías por qué guardar nada. —Se acercó para palmearme la espalda.

—Mmm, sí. Vamos a izar las velas, que parece que hoy hay muchas mantarrayas.

Aday volvió a darme un abrazo antes de ayudarme a poner en marcha el velero. Mientras nos poníamos a ello, Yeray se acercó para preguntarnos si necesitábamos ayuda. Cuando la rechazamos, se fue con Itahisa. La abrazó por la espalda, rodeando su cuerpo con sus brazos. Ante esa imagen, tuve que apartar la mirada, Itahisa estaba en mi casa junto a otro hombre y no había nada que yo pudiera hacer.

Capítulo 115

Itahisa

Iruvai (temporada seca) en Maldivas – 58 años

Cada día en el velero de Nahuel fue mágico y maravilloso. Vi cientos de hermosas criaturas aquella semana y, sin duda, mis favoritas fueron las mantas de arrecife: enormes e impresionantes. Siempre salía del mar con lágrimas en los ojos por tanta emoción, y mi hijo y Nahuel no perdían la sonrisa, animándome a expresar todo lo que había sentido bajo el gran azul.

—Es como si estuviésemos dentro de uno de nuestros documentales, pero siendo nosotros los protagonistas que graban con la cámara. Me puedo imaginar perfectamente la voz de David Attenborough o la de mi abuelo Abhau como narradores de este espectáculo de vida.

Las palabras me salían entre gritos o con la voz cortada mientras meneaba las piernas para mantenerme a flote. Siempre quería quedarme el máximo tiempo posible en ese azul, y cuando subíamos al velero el resto de mis emociones decidían tomar la iniciativa. El primer día que me subí a aquel barco había sido emocionante a la par que nostálgico y triste. Bajé aquellas escaleras con el corazón en un puño y, cuando me hallé frente a la mesa del salón, busqué a Nahuel.

Mi amigo miraba al suelo y se rascaba la coronilla mientras Yeray comentaba lo bonito que tenía el camarote. Y era cierto; tan bonito como hacía treinta años, pero ni rastro de nuestro peluche o de nuestras fotos; lo cual era normal: ambos habíamos llevado vidas totalmente diferentes, ya no tenía sentido que nos conservase entre sus paredes.

Hacer de comer en aquella diminuta cocina con los cuatro abajo era difícil, así que, por lo general, se quedaban juntos mi hijo y Nahuel para preparar el menú y Yeray y yo subíamos a la superficie.

Yeray disfrutaba del mar como cualquier isleño, pero no sentía esa devoción que nos caracterizaba a mi hijo, a Nahuel y a mí; sin embargo, estaba disfrutando muchísimo también.

El penúltimo día de nuestro viaje, con un sol radiante en nuestras cabezas y cientos de tonalidades de azules frente a nosotros, Yeray se puso su gorra y miró al mar antes de ahondar a su manera en lo que había vivido aquellos días.

—Ahora quiero bucear por miles de sitios con Aday, nada más que me jubile, pienso irme con él a recorrer el mundo.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Vais a dejarme sola? —arrugué el entrecejo, bromeando.

—Jamás, pero he dado por hecho que tú no vas a esperarte a mi jubilación. Tú te vas el mes que viene mismo.

Nos reímos y alcé mis manos para recogerme el pelo en una coleta.

—Qué bien me conoces, amor.

—¿Son muchos los recuerdos compartidos en este barco? —Quiso saber, echando las manos hacia atrás y acomodándose, con las piernas colgando casi rozando el agua.

—Sí.

—¿Me podrías contar alguno?

—¿Eso no sería algo masoca? —Puse cara de pocos amigos.

—Puede ser, pero creo que necesito saber qué se te pasa por la mente durante estos días.

—Mmm, en este velero tuve mi primer avistamiento con los calderones. Fue un día muy bonito —rememoré—. Pasamos mucho tiempo juntos aquí investigando sobre ellos.

—¿Te arrepientes? —Soltó algo más serio.

—¿Cómo? —Me asusté.

—¿Te arrepientes de no haberlo intentado de nuevo? ¿De seguir conmigo ahora que él está soltero?

—Claro que no. ¿A qué vienen estas preguntas?

—A que nunca te he visto tan feliz como en estos días, Itahisa.

Me quedé en silencio, buscando qué podía contestarle.

—Es el mar, Yeray, el mar es mi motor de vida.

—¿Y por qué lo abandonaste?

—No lo hice. Cada día vivo en él. ¡Me tiro horas haciendo *kitesurf*! —Estaba empezando a ponerme más nerviosa.

—Solo quiero que sepas que eres libre para elegir la vida que quieras, ¿vale? Si quieres volver al mar, a un velero, a Nahuel…

—Yeray, no. Te amo —le aseguré—. Y amo nuestra vida.

Gateé hasta acercarme a él y le di un beso profundo.

—Está bien. —Sonó poco convencido, pero me respondió al beso y al abrazo con la costumbre de dos personas que llevan haciendo eso desde hace muchos años.

Capítulo 116

Nahuel

Verano en Fuerteventura – 70 años

Estoy conduciendo hacia la playa de Cotillo con las emociones en cada poro de mi piel. Jack Johnson de fondo y una gorra sobre los rizos blancos. Las manos apoyadas en el volante, llenas de arrugas, pero tan suaves como el recuerdo que tengo de las de mi abuelo y, posteriormente, de las de mi padre.

Mi abuelo y mi padre murieron con poca edad más que yo. La vida empieza a mostrarme el final del túnel; no obstante, si volviese a nacer, pediría vivirla del mismo modo. Bueno, siempre habría algo que me gustaría cambiar, y es que Itahisa hubiese llenado cada día de esta con su presencia física y no solo con recuerdos e imaginaciones.

Hacía un año y medio que se había quedado viuda. No pude ir al entierro de Yeray porque yo también me encontraba en el hospital, infección en los riñones, por suerte, me la pillaron a tiempo. Cuando salí de aquel lugar, quería poner mi velero rumbo a Fuerteventura y atracar ahí por el resto de vida que me quedase, sin embargo, hablándolo con Samuel terminamos viéndolo una idea no muy buena.

Itahisa amó a Yeray y compartió con él casi cuarenta años de vida. ¿Quién me creía que era yo para llegar en aquel momento y explicarle que ya no me iría?

Dejé pasar los meses y el tiempo hasta que su hijo Aday vino con su familia a visitarme a Australia, donde había pasado los últimos cinco años de mi existencia, y me dijo que a qué esperaba para ir en busca de su madre.

Sin duda, ese fue el impulso que necesité para planear mi última travesía antes de llegar al primer y último puerto de mi vida.

Casi un año después, estoy en Fuerteventura, vuelvo a tener un coche alquilado y los pensamientos que me han acompañado todos estos meses, luchando por ser el más destacado.

Aparco junto a la playa de arena blanca, rocas negras y agua transparente que alejó a Itahisa la primera vez que me volvió a ver y me bajo del coche.

Mis piernas no se mueven con la misma precisión que entonces, y a mis hombros les empieza a costar llevar el peso de mi anhelo y mi deseo.

Busco entre cometas una rosa fosforita y la hallo a unos cien metros hacia la derecha. Continúo andando hacia allí con mi botella de agua, mi mochila y una toalla La extiendo y me siento con las rodillas pegadas al cuerpo.

Me toca disfrutar del espectáculo. Itahisa sigue moviéndose con su tabla y su cometa como si tuviera veinte años y, cuando se acerca a la orilla y me ve, se vuelve a caer.

Una carcajada nerviosa brota de mi pecho cuando la veo tratando de elevarse para, esta vez, acercarse en vez de huir de mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, incrédula, pero con una sonrisa.

—Venía a entregarte una cosa —respondo cuando se arrodilla a mi lado para darme un abrazo que me reconforta y me da, como mínimo, un par de años más de vida.

—¿El qué? —Curiosa, como siempre, se sienta a mi lado. Sus ojos marrones avispados y sus pecas desperdigadas por el rostro entre arrugas y años de vida.

Abro mi mochila y saco un conjunto de folios.

—«Siempre nos quedará un libro» —lee en voz alta, sin comprender.

—Esta es nuestra historia. Entre sus páginas, la mitad de los capítulos están en blanco, espero que tengas tiempo y ganas para dar tu punto de vista; la otra mitad son los míos y la historia de nuestro amor.

Itahisa se lleva las manos a la boca y sus ojos marrones se vuelven acuosos.

—¿Cómo? —sigue sin procesar.

—No he podido compartir la vida a tu lado, pero al menos, siempre nos quedará este libro.

Capítulo 117

Itahisa

Verano en Fuerteventura – 70 años

Abrazo a Nahuel con cada parte de mi ser y me escondo en su cuello. Sus rizos me acarician la frente y su corazón bombea junto al mío.

—Te quiero —expresa—. No puedo seguir callándomelo más, casi cincuenta años me parecen suficientes.

Lo aprieto más fuerte contra mí y lloro en su pecho. De felicidad, de tristeza, de esperanzas, de miedo, de incertidumbre, de amor.

—Yo también te quiero, Nahuel —le digo, retirándome para perderme en sus ojos grisáceos, algo más escondidos por el paso de los años.

—He llegado a mi lugar en el mundo. ¿Me permites atracar mi velero aquí hasta el final de mis días?

—Por supuesto. Verás que nos quedaremos con algo más que un libro.

La ternura en su rostro ilumina los lugares de mi interior que se habían ido apagando. La soledad va a desaparecer. Volvía a tener a Nahuel y al mar. Todo continuaría yendo bien.

Agradecimientos

Acabo de terminar de corregir esta novela para devolvérsela a la editorial y tengo los ojos acuosos y brillantes. No quiero sonar pretenciosa, pero estoy inmensamente orgullosa de esta historia, creo que es la mejor que he escrito hasta ahora e, incluso, me da miedo pensar que quizás sea la mejor que escriba nunca.

Desde que tengo uso de razón, los libros han sido mi salvavidas y esta novela ha sido el más grande de todos. Los últimos dos años de mi vida fueron bastante convulsos, muchos cambios tanto positivos como negativos, y muchas primeras veces. Pasé por enfermedades, conocí el duelo y fui consciente de lo que es una depresión. Esta novela me ha ayudado como nada en mi vida. He llorado muchísimos días mientras la escribía, pero, ahora, puedo decir que las cosas van bastante mejor, y que, al leerla, me siento como Itahisa y Nahuel con sus recuerdos del pasado: los acepto y estoy mejor.

Quiero decirle a cualquier persona que viva en su día a día con depresión o con una persona cercana que la tenga, que se puede sonreír a pesar de todo y que está permitido sentirse bien. En la vida tenemos ratitos y huequitos para todo, no hay que martirizarse.

Dicho esto, quiero agradecer en primer lugar a mi pareja, Diego. Gracias por haber estado conmigo en todos los momentos que tú y yo sabemos, gracias por haberme llevado a Fuerteventura a pasar tiempo con tu familia y tus amigos, por haberme descubierto lugares tan bonitos en los que pasaste tu infancia, y por haberme inspirado otra vez a escribir una nueva novela. Que pertenezcas a tantos sitios del mundo, me da mucha inspiración de lugares y culturas. Gracias también por haber viajado conmigo a Bélgica las Navidades pasadas, justo antes de terminar esta historia. Por haber llegado a Holanda conmigo en bici, por haber estado en aquel cementerio de Damme y por sentarte a mi lado a observar pájaros en Zwin. Gracias por compartir el amor por la naturaleza y el mar conmigo, para cuando salga esta novela, nos quedará poco para estar en el Mar Rojo

siendo grandes exploradores como Itahisa y Nahuel. Pasar la vida a tu lado es un regalo inmenso.

Gracias a mi hermana. Eres lo mejor que tengo en la vida, lo he dicho ya en algunos libros. Ahora que no vivimos en la misma ciudad, me siento como Paola e Itahisa, te echo de menos a rabiar, pero siempre encontramos la forma de vernos y estar juntas. Eres lo opuesto a mí, a la vez que eres mi igual, contigo las tormentas que nos han azotado han sido más sencillas, por favor, sigue queriéndome y cuidándome como lo haces, yo no te soltaré nunca.

Gracias a mis padres, por hacerlo siempre lo mejor que sabéis, por querernos como lo hacéis y por apoyarme en cada uno de mis proyectos. Os quiero, el paso de los años puede asustar, pero seguimos siendo una familia, diferente a cuando éramos pequeñas, pero una familia.

Gracias a la vida. Me encanta y me maravilla. Las vueltas de esta me parecen uno de los temas más interesantes del mundo. Echar la vista atrás y ver cómo un momento concreto fue el cambio para que hoy en día las cosas sean de la manera que lo son me fascina. Estoy deseando experimentar todas las vueltas y sorpresas que esta me quiera traer porque amo vivir.

Gracias al mar. Apenas estoy empezando a descubrirte y ya me haces vibrar por dentro, ojalá pueda vivir una vida llena de ti, ojalá pueda bucear con todos los animales que deseo, ojalá nunca deje de ser una exploradora.

Gracias a mi editorial, Ediciones Kiwi, por seguir apostando por mis historias, cuidarlas con mimo y continuar dándome la oportunidad de estar en librerías, ferias, eventos… Y, gracias a mis compañeras de letras, sobre todo a Alexandra Cárdenas, Natalia Brown y Julia de la Fuente. Me ayudáis y me dais consejos preciosos, sois unas profesionales y escritoras maravillosas y os admiro un montón.

Y, por último, muchísimas gracias a todas las personas que me leéis y me dais la oportunidad, espero estar a la altura cada vez que cerráis un libro mío, y espero que este os haya hecho viajar, sentir y vibrar. Ojalá volvamos a encontrarnos pronto entre letras.

Un abrazo gigantesco,

Silvia.

Índice de contenido

1. Copyright
    1. Nota del Editor
2. Prólogo
3. Capítulo 1
4. Capítulo 2
5. Capítulo 3
6. Capítulo 4
7. Capítulo 5
8. Capítulo 6
9. Capítulo 7
10. Capítulo 8
11. Capítulo 9
12. Capítulo 10
13. Capítulo 11
14. Capítulo 12
15. Capítulo 13
16. Capítulo 14
17. Capítulo 15
18. Capítulo 16
19. Capítulo 17
20. Capítulo 18
21. Capítulo 19
22. Capítulo 20
23. Capítulo 21
24. Capítulo 22
25. Capítulo 23
26. Capítulo 24
27. Capítulo 25
28. Capítulo 26
29. Capítulo 27
30. Capítulo 28

31. Capítulo 29
32. Capítulo 30
33. Capítulo 31
34. Capítulo 32
35. Capítulo 33
36. Capítulo 34
37. Capítulo 35
38. 7 años después
39. Capítulo 36
40. Capítulo 37
41. Capítulo 38
42. Capítulo 39
43. Capítulo 40
44. Capítulo 41
45. Capítulo 42
46. Capítulo 43
47. Capítulo 44
48. Capítulo 45
49. Capítulo 46
50. Capítulo 47
51. Capítulo 48
52. Capítulo 49
53. Capítulo 50
54. Capítulo 51
55. Capítulo 52
56. Capítulo 53
57. Capítulo 54
58. Capítulo 55
59. Capítulo 56
60. Capítulo 57
61. Capítulo 58
62. Capítulo 59
63. Capítulo 60
64. Capítulo 61
65. Capítulo 62
66. Capítulo 63

67. Capítulo 64
68. Capítulo 65
69. Capítulo 66
70. Capítulo 67
71. Capítulo 68
72. Capítulo 69
73. Capítulo 70
74. Capítulo 71
75. Capítulo 72
76. Capítulo 73
77. Capítulo 74
78. Capítulo 75
79. Capítulo 76
80. Capítulo 77
81. Capítulo 78
82. Capítulo 79
83. Capítulo 80
84. Capítulo 81
85. Capítulo 82
86. Capítulo 83
87. Capítulo 84
88. Capítulo 85
89. Capítulo 86
90. Capítulo 87
91. Capítulo 88
92. Capítulo 89
93. Capítulo 90
94. Capítulo 91
95. Capítulo 92
96. Capítulo 93
97. Capítulo 94
98. Capítulo 95
99. Capítulo 96
100. Capítulo 97
101. Capítulo 98
102. Capítulo 99

103. Capítulo 100
104. Tercera Parte
105. Capítulo 101
106. Capítulo 102
107. Capítulo 103
108. Capítulo 104
109. Capítulo 105
110. Capítulo 106
111. Capítulo 107
112. Capítulo 108
113. Capítulo 109
114. Capítulo 110
115. Capítulo 111
116. Capítulo 112
117. Capítulo 113
118. Capítulo 114
119. Capítulo 115
120. Capítulo 116
121. Capítulo 117
122. Agradecimientos

Puntos de interés

1. Portada
2. Inicio del contenido
